PAUL AVRICH

KRONSTADT 1921

“Éste fue el relámpago –dijo Lenin refiriéndose a la rebelión de Kronstadt– que iluminó la realidad mejor que cualquier otra cosa.”

En marzo de 1921 los marineros de la fortaleza naval del golfo de Finlandia, el “orgullo y gloria” de la Revolución Rusa, se levantaron en una revuelta contra el gobierno bolchevique, al cual ellos mismos habían ayudado a llegar al poder.

Bajo la divisa de “soviets libres” establecieron una comuna revolucionaria que sobrevivió durante 16 días, hasta que se envió un ejército a través de la superficie helada, con el fin de aplastarla.

Después de una lucha larga y encarnizada, con grandes pérdidas por ambos bandos, los rebeldes fueron sometidos.

KRONSTADT 1921

PAUL AVRICH

UTOPIA LIBERTARIA
COLECCIÓN

PAUL AVRICH

KRONSTADT

1921

© Anarres

Corrientes 4790 Buenos Aires / Argentina Tel: 4857 –1248

La reproducción de este libro, a través de medios ópticos, electrónicos, químicos, fotográficos o de fotocopias son permitidos y alentados por los editores.

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

CONTENIDO

RECONOCIMIENTOS

INTRODUCCIÓN

1. LA CRISIS DEL COMUNISMO DE GUERRA

2. PETROGRADO Y KRONSTADT

3. KRONSTADT Y LOS EMIGRADOS RUSOS

4. EL PRIMER ASALTO

5. EL PROGRAMA DE KRONSTADT

6. LA REPRESIÓN

7. EPÍLOGO

APÉNDICES

BIBLIOGRAFIA

RECONOCIMIENTOS

Me complazco en expresar mi gratitud a los muchos colegas y amigos que me ayudaron en la preparación de este volumen. Debo un especial agradecimiento a tres maestros y estudiosos sobresalientes, los profesores Geroid T. Robinson, Henry L. Roberts y Michael T. Florinsky, que me guiaron en el estudio de la historia rusa en la Universidad de Columbia. También estoy en deuda con Max Nomad y con el profesor Loren Graham, que leyeron todo el manuscrito y me hicieron valiosos comentarios y críticas. Marina Tinkoff, Xenia J. Eudin, Anna M. Bourguina, N. Zhigulev, Peter Sedgwick, Edward Weber, Alexis struve y Eino Nivanka tuvieron la amabilidad de responder a mis preguntas y de formularme una cantidad de útiles sugerencias. Agradezco al profesor Philip E. Mosely por permitirme el acceso al Archivo de Historia y Cultura de Rusia y de Europa oriental de la Universidad de columbia, y a su conservador, L. F. Magerovsky, por la ayuda que me prestó en la localización de los documentos pertinentes. Expreso también mi reconocimiento a los funcionarios de las bibliotecas de Columbia y Harvard y de la Hoover Library, a la Biblioteca Pública de Nueva York, a la de la Universidad de Helsinki, a la del Congreso de Washington y a los Archivos Nacionales, por la gentil ayuda que me prestaron en mi búsqueda de materiales. Aunque he tomado elementos de muchas fuentes, tengo una deuda de gratitud especial con los estudios precursores de ida Mett y George Katkov, que

están incluidos en la bibliografía. Es innecesario decir, sin embargo, que me cabe enteramente la responsabilidad de este volumen.

Agradezco al Instituto Ruso de la Universidad de Columbia, con el cual he estado vinculado como investigador, y particularmente a su director, profesor Marshall Shulman, por la cálida hospitalidad y el aliento que me brindó. Deseo agradecer también a la John Simon Guggenheim Memorial Foundation, a la American Philosophical Society, al American Council of Learned Societies y al Social Science Research Council, por el apoyo que me brindaron en mi investigación sobre el anarquismo ruso y las revueltas de masas, trabajo del cual derivó el presente estudio.

INTRODUCCIÓN

"Éste fue el relámpago –dijo Lenin refiriéndose a la rebelión de Kronstadt– que iluminó la realidad mejor que cualquier otra cosa."[1] En marzo de 1921 los marineros de la fortaleza naval del golfo de Finlandia, el "orgullo y gloria" de la Revolución Rusa, se levantaron en una revuelta contra el gobierno bolchevique, al cual ellos mismos habían ayudado a llegar al poder. Bajo la divisa de "soviets libres" establecieron una comuna revolucionaria que sobrevivió durante 16 días, hasta que se envió un ejército a través de la superficie helada, con el fin de aplastarla. Después de una lucha larga y encarnizada, con grandes pérdidas por ambos bandos, los rebeldes fueron sometidos.

El levantamiento provocó de inmediato una apasionada controversia que nunca se apaciguó. ¿Por qué se sublevaron los marineros? Según los bolcheviques, eran agentes de una conspiración de la Guardia Blanca tramada en el oeste de Europa por emigrados rusos y los Aliados que los apoyaban. Sin embargo, para sus simpatizantes esos marineros fueron mártires revolucionarios que lucharon por restaurar la idea del soviet contra la dictadura bolchevique. La represión de esta revuelta constituyó, según ese punto de vista, un acto de brutalidad que descalabró el mito de que la Rusia Soviética era un "Estado de obreros y de campesinos". Como consecuencia,

una cantidad de comunistas del exterior cuestionaron su fe en un gobierno que podía tratar tan despiadadamente una auténtica protesta de masas. En este respecto, Kronstadt fue el prototipo de sucesos posteriores que llevarían a los radicales desilusionados a romper con el movimiento y a buscar la pureza original de sus ideales. La liquidación de los kulaks, la Gran Purga, el pacto nazi–soviético, la denuncia de Stalin por Kruschev, produjeron un éxodo de miembros y simpatizantes del partido que se convencieron de que la revolución había sido traicionada. "Lo que cuenta en forma decisiva –escribió Louis Fisher en 1949– es el hecho mismo de que ocurriera un 'Kronstadt'. Hasta que eso sucedió, uno podía vacilar en el plano emocional, dudar intelectualmente o incluso rechazar del todo la causa en su propio espíritu, pero rehusarse, sin embargo, a atacarla. Yo no tuve nada como 'Kronstadt' durante muchos años."[2]

Otros encontraron su "Kronstadt" aun más tarde, en la sublevación húngara de 1956. En efecto, en Budapest, como en Kronstadt, los rebeldes trataron de transformar un régimen autoritario y burocrático en una auténtica democracia socialista. Sin embargo, para los bolcheviques tal herejía constituía una amenaza mayor que la oposición lisa y llana a los principios del socialismo. Hungría –y también Checoslovaquia en 1968– fue peligrosa no porque fuera contrarrevolucionaria, sino porque, como en el caso de Kronstadt, su concepción de la revolución y del socialismo divergía netamente de la que sostenía el liderazgo soviético; sin embargo, Moscú, igual que en 1921, denunció el levantamiento como un complot contrarrevolucionario y procedió a reprimirlo. El aplastamiento de la rebelión de Budapest, observó un crítico de la política

soviética, mostró una vez más que los comunistas no se detenían ante nada cuando se trataba de destruir a quienes desafiaban su autoridad.[3]

Sin embargo, no hay que exagerar demasiado tales comparaciones, pues acontecimientos separados por treinta y cinco años y ocurridos en diferentes países con participantes enteramente distintos, no pueden ofrecer más que un parecido superficial. La Rusia Soviética no era, en 1921, el Leviatán de décadas recientes. Era un Estado joven e inseguro, que se enfrentaba con una población rebelde en el interior y con implacables enemigos externos que anhelaban ver a los bolcheviques desalojados del poder. Y, hecho más importante aún, Kronstadt estaba en territorio ruso; lo que los bolcheviques enfrentaban era un amotinamiento en su propia armada, en el punto de vanguardia más estratégico, que vigilaba el acceso desde el exterior a Petrogrado, y temían que Kronstadt pudiera encender la chispa en el territorio continental ruso o transformarse en el trampolín para otra invasión antisoviética. Había pruebas crecientes de que los emigrados rusos estaban tratando de ayudar a la insurrección y de aprovecharla en beneficio propio. No se trata de que las actividades de los Blancos puedan excusar las atrocidades cometidas por los bolcheviques contra los marineros. Pero hacen más comprensible que el gobierno sintiera urgencia por aplastar la revuelta.

En unas pocas semanas el hielo del golfo de Finlandia se fundiría, y podrían entonces embarcarse abastecimientos y refuerzos desde el oeste, para convertir la fortaleza en una base que permitiera una nueva intervención. Aparte de los

motivos de propaganda, Lenin y Trotsky parecen haberse sentido auténticamente preocupados por esta posibilidad.

Lamentablemente, pocos historiadores occidentales han tomado adecuadamente en cuenta estas preocupaciones. Y los autores soviéticos, por su parte, falsearon considerablemente a los hechos al tratar a los rebeldes como incautos o agentes de una conspiración Blanca. Este volumen trata de examinar la rebelión con una perspectiva más auténtica. Para realizarlo, es necesario ubicar a Kronstadt en un contexto más amplio de eventos políticos y sociales, pues la revuelta fue parte de una crisis mayor que caracterizó la transición del Comunismo de Guerra a la Nueva Política Económica, crisis que Lenin consideró como la más grave que había enfrentado desde su llegada al poder. Es necesario, además, vincular el levantamiento con la larga tradición de rebelión espontánea que había en Kronstadt misma y en toda Rusia. Esperamos que tal enfoque arroje alguna luz interesante sobre las actitudes y conducta de los insurgentes.

Aparte de esto, hay una cantidad de problemas específicos que requieren cuidadoso análisis. Entre los más importantes están la composición social de la flota, el rol desempeñado por el descontento nacional, la cuestión de la participación Blanca y la naturaleza de la ideología rebelde. Por supuesto, hay algunas de estas cuestiones a las que no podrán darse respuestas definitivas hasta que estén accesibles para su examen los archivos soviéticos pertinentes, hecho que probablemente no ocurra por algún tiempo. Entretanto, en este volumen tratamos de ofrecer una exposición completa de la rebelión, en la medida en que lo permiten las fuentes

disponibles. Hemos utilizado una cantidad de documentos pertinentes de los archivos occidentales, y también de materiales soviéticos publicados que se han descartado a menudo como mera propaganda pero que, si se los utiliza con el debido cuidado, son de auténtico valor porque esclarecen algunos de los problemas más significativos.

Es importante, sobre todo, examinar los motivos antagónicos de los insurgentes y de sus adversarios bolcheviques. Los marineros, por un lado, eran fanáticos revolucionarios, y como todos los fanáticos a lo largo de la historia deseaban recobrar una época pasada, en la cual la pureza de sus ideales no había sido aún mancillada por las exigencias del poder. Los bolcheviques, en cambio, que habían surgido victoriosos de una sangrienta Guerra Civil, no estaban dispuestos a tolerar ningún nuevo desafío a su autoridad. A lo largo del conflicto cada bando se comportó de acuerdo con sus propios fines y aspiraciones particulares. Decir esto no equivale a negar la necesidad del juicio moral. Sin embargo, Kronstadt presenta una situación en la cual el historiador puede simpatizar con los rebeldes y conceder, no obstante, que los bolcheviques estuvieron justificados al someterlos. Al reconocer este hecho se capta en verdad toda la tragedia de Kronstadt.

NOTAS

1. V. I. Lenin, *Polnoe sobranie sochinenii*, 5ª ed., 55 vols., Moscú, 19581965, XLIII, pág. 138.
2. Richard Crossman (comp.), *The God That Failed*, Nueva York, 1950, pág. 207.
3. Emanuel Pollack, *The Kronstadt Rebellion*, Nueva York, 1959, Introducción. Cf. Angelica Balabanoff, *Impressions of Lenin*, Ann Arbor, 1964, págs. 58–59.

I. LA CRISIS DEL COMUNISMO DE GUERRA

En el otoño de 1920 la Rusia Soviética comenzó a pasar por un inquieto período de transición de la guerra a la paz. Durante más de seis años el país había conocido una continua intranquilidad, pero en ese año, después de la guerra mundial, la revolución y la guerra civil, la atmósfera se iba despejando. El 12 de octubre el gobierno soviético firmó un armisticio con Polonia. Tres semanas más tarde el último de los generales Blancos, el barón Peter Wrangel, tuvo que huir por mar y así se ganó la Guerra civil, aunque ésta dejó al país desgarrado y ensangrentado. En el sur, Néstor Mackno, el guerrillero anarquista, seguía en libertad, pero en noviembre de 1920 su ejército, que había sido temible, fue dispersado y ya no constituyó una amenaza para el gobierno de Moscú. Se había recuperado Siberia, Ucrania y el Turquestán, junto con la cuenca carbonífera del Donetz y los campos petrolíferos de Bakú; en febrero de 1921 un ejército bolchevique completó la reconquista del Cáucaso capturando Tiflis y poniendo en fuga al gobierno menchevique de Georgia. Así, luego de tres años de existencia precaria, en que su destino pendió de un hilo día a día, el régimen soviético pudo jactarse de ejercer un control efectivo sobre la mayor parte del vasto y amplio territorio de Rusia.

El fin de la Guerra Civil señaló una nueva era en las relaciones

soviéticas con otros países. Los bolcheviques, archivando sus esperanzas de una inminente sublevación mundial, trataron de obtener el "período de respiro" que se les había negado en 1918 a raíz del estallido del conflicto civil. Entre las potencias occidentales, a raíz de ello, se habían esfumado las expectativas de un inminente colapso del gobierno de Lenin. Ambos bandos deseaban tener relaciones más normales, y a fines de 1920 no había ningún motivo para que este deseo no se realizara; al levantarse el bloqueo aliado y detenerse la intervención armada en Rusia Europea, se eliminaron los obstáculos más serios que se oponían al reconocimiento diplomático y a la reanudación del comercio. Además, durante el curso del año se habían celebrado tratados formales con los vecinos de Rusia ubicados sobre el Báltico, es decir, con Finlandia, Estonia, Letonia y Lituania; y en febrero de 1921 se firmaron pactos de paz y amistad con Persia y Afganistán, mientras que estaba en perspectiva un acuerdo similar con los turcos. Entretanto, emisarios soviéticos, sobre todo Krasin en Londres y Vorovsky en Roma, negociaban acuerdos comerciales con una cantidad de naciones europeas, y las perspectivas del éxito en tales negociaciones eran brillantes.

Y sin embargo, pese a todos estos desarrollos favorables, el invierno de 1920–1921 constituyó un período extremadamente crítico en la historia soviética. Lenin reconoció esto cuando dijo al Octavo Congreso de los Soviets, en diciembre de 1920, que una transición suave a la reconstrucción económica y social por vía pacífica no sería fácil de realizar.[1] Aunque se había triunfado en el campo militar y la situación exterior iba mejorando rápidamente, los bolcheviques enfrentaban graves dificultades internas. Rusia estaba agotada y en bancarrota. Las

cicatrices de la batalla eran visibles en todos los rincones del país. Durante los últimos dos años la tasa de mortalidad había subido bruscamente, la hambruna y la pestilencia se llevaban millones de víctimas, aparte de los millones que habían caído en combate. Desde la Época de las Perturbaciones, en el siglo XVII, el país no había visto tales sufrimientos y semejante devastación. La producción agrícola disminuyó en forma drástica; la industria y el transporte estaban en una situación desastrosa. Rusia, según las palabras de un contemporáneo, había surgido de la Guerra Civil en un estado de colapso económico "sin paralelo en la historia de la humanidad".[2]

Había llegado el momento de restañar las heridas de la nación, y para ello se requería un cambio en la política interna que fuera paralelo con el alivio que ya se experimentaba en los asuntos exteriores. Sobre todo, esto significaba el abandono del "Comunismo de Guerra", programa improvisado para enfrentar la emergencia de la Guerra Civil. Como su nombre implica, el Comunismo de Guerra llevaba el duro sello de la regimentación y la compulsión. Dictado por la escasez económica y la necesidad militar, se caracterizaba por una extremada centralización de los controles gubernamentales en todos los sectores de la vida social. Su piedra angular era la incautación forzada de los cereales de los que se despojaba al campesinado. Se enviaban destacamentos armados al campo para que requisaran el excedente de producción con el fin de abastecer a las ciudades y aprovisionar al Ejército Rojo, que constaba de unos cinco millones de hombres. Aunque se les habían dado instrucciones de que dejaran a los campesinos lo suficiente para sus necesidades personales, era común que los pelotones de requisición tomaran a punta de pistola los

cereales destinados a consumo personal o separados para la próxima siembra. “La esencia del ‘Comunismo de Guerra’ –admitió Lenin mismo– consistió en que tomó en realidad del campesino todos sus excedentes y a veces no sólo eso sino también parte del cereal que éste necesitaba para su propia alimentación. Lo hizo para satisfacer los requerimientos del ejército y para mantener a los obreros.”[3] Además de los cereales y vegetales, los destacamentos alimentarios confiscaron caballos, forraje, carros y otros elementos para uso militar, a menudo sin pago de ninguna clase, de modo que los campesinos tenían que prescindir de artículos tales como el azúcar, la sal y el kerosén, para no mencionar el jabón, las botas, los fósforos y el tabaco, o los clavos y los trozos de metal que necesitaban para realizar reparaciones esenciales.

Hay pocas dudas de que la requisición compulsiva (llamada en ruso *prodrazverstka)* salvó al régimen bolchevique de la derrota, pues sin ella no podrían haber sobrevivido ni el ejército ni la población urbana, de los cuales el gobierno obtenía su apoyo principal. No obstante, el precio inevitable fue el enajenamiento del campesinado. Forzados por las armas a entregar sus excedentes y privados de compensación por artículos de consumo de extrema necesidad, los aldeanos respondieron del modo que era de esperar: los destacamentos alimentarios, cuando no tropezaron con la resistencia abierta, se vieron obstaculizados por tácticas evasivas en las que se utilizó a fondo hasta el último recurso de la astucia campesina. En 1920, una autoridad importante estimaba que los campesinos lograban sustraer con éxito más de una tercera parte del total de la cosecha a los equipos gubernamentales de acopiamiento.[4] Además, los campesinos comenzaron a cultivar

sólo la tierra necesaria para satisfacer sus propias necesidades directas, de modo que a fines de 1920 la cantidad de hectáreas sembradas en la Rusia europea era sólo de las tres quintas partes de la cifra correspondiente a 1913, que fue el último año normal antes del comienzo de la guerra y de la revolución.[5] Una buena parte de esta baja fue resultado, por supuesto, de la devastación que experimentó el campo ruso, pero la política de la *prodrazverstka* contribuyó por cierto a la declinación catastrófica de la producción agrícola durante el período de la Guerra Civil. En 1921 la producción agrícola total había descendido a menos de la mitad de la cifra de preguerra, y la cantidad de ganado a más o menos dos tercios de ese número. En particular, fueron gravemente afectados productos básicos como el lino y la remolacha azucarera, que disminuyeron a una cifra de alrededor de un quinto a un décimo de sus niveles normales.[6]

Al mismo tiempo, la requisición forzada reencendió la lucha secular en Rusia entre la población rural y la autoridad estatal de base urbana. Lenin había comprendido desde hacía mucho tiempo que, a raíz de la atrasada situación económica y social de Rusia, resultaba esencial realizar una alianza táctica con el campesinado para que el partido pudiera alcanzar, y luego retener, el poder. Los bolcheviques, como mínimo, tenían que mantener neutrales a los campesinos. Fue este motivo, principalmente, el que llevó a la formación de un gobierno de coalición con los revolucionarios socialistas de izquierda en diciembre de 1917; y la misma consideración puede haber influido también en la elección de M. I. Kalinin –uno de los pocos bolcheviques de cierta prominencia cuyos orígenes campesinos eran perfectamente conocidos– como presidente

de la República Soviética. Pero el principal medio para asegurarse el apoyo de los campesinos consistió en dar cumplimiento al viejo sueño de éstos, la *chernyi peredel,* es decir, una distribución general de tierras. Los decretos sobre tierras que promulgaron los bolcheviques el 26 de octubre de 1917 y el 19 de febrero de 1918, estaban en muy estrecha armonía con las urgencias populistas e igualitarias de la población rural. Adoptando el programa agrario de los revolucionarios socialistas, cuyas doctrinas fueron recortadas a medida de las aspiraciones del campesinado, el joven gobierno soviético abolió todas las propiedades rurales privadas y ordenó que la tierra se repartiera proporcionalmente sobre una base igual entre quienes la habían trabajado con sus propias manos y sin ayuda de trabajo contratado.[7] Los dos decretos dieron nuevo ímpetu a un proceso que los aldeanos habían comenzado por sí mismos, varios meses antes, durante el verano de 1917, y en 1920 la tierra ya estaba dividida en más de 20 millones de pequeñas propiedades trabajadas por unidades familiares individuales.

No puede asombrarnos, entonces, que la población rural recibiera con júbilo estas medidas iniciales de los bolcheviques, atenuadas sólo por la cautela tradicional de los campesinos ante los edictos oficiales que emanaban del Estado. Para los campesinos, la revolución bolchevique significó primero y ante todo la satisfacción de su hambre de tierras y la eliminación de la nobleza, y en ese momento sólo deseaban que se los dejara en paz. Atrincherándose en sus nuevas propiedades, miraban con suspicacia cualquier intromisión exterior. Y éstas no tardaron mucho en llegar. Cuando la Guerra Civil se agudizó y los equipos de requisición llegaron hasta el campo, los

campesinos comenzaron a considerar a los bolcheviques como adversarios, más bien que como amigos y benefactores. Se quejaron de que Lenin y su partido habían eliminado a los señores y dado al pueblo la tierra sólo para quitarle el producto de su trabajo y su libertad de utilizarla como le pareciera adecuado. Además, los campesinos veían con malos ojos las granjas estatales que las autoridades habían establecido en algunas haciendas más grandes expropiadas a los nobles durante el período de la Guerra Civil. Para los aldeanos, una verdadera *chernyi peredel* significaba la división entre el pueblo de *toda* la tierra. Significaba además la abolición de la "esclavitud asalariada", que se perpetuaba en las granjas estatales. Como Lenin mismo dijo: "El campesino piensa: si hay grandes granjas, entonces soy otra vez un agricultor a sueldo".[8]

Como resultado de estas políticas, fueron bastantes los campesinos que llegaron a pensar que los bolcheviques y los comunistas eran gente diferente. A los primeros les atribuían el don precioso de la tierra, mientras acusaban amargamente a los últimos –particularmente a Trotsky, Zinoviev y a otros líderes comunistas cuyo origen "extranjero" era bien conocido– de imponerles una nueva forma de esclavitud, esta vez hacia el Estado en lugar de la nobleza. "Somos bolcheviques, no comunistas. Estamos en favor de los bolcheviques porque éstos expulsaron a los señores feudales, pero no estamos en favor de los comunistas porque ellos están en contra de la propiedad individual de la tierra."[9] Así describió Lenin la actitud de los campesinos en 1921. Un año más tarde su disposición de espíritu, como lo muestra un informe policial de la provincia de Smolensko, había cambiado muy poco: "Entre los campesinos no hay límite para las murmuraciones contra el gobierno

soviético y los comunistas. En la conversación de todos los campesinos medios y de los campesinos pobres, por no hablar siquiera de los kulaks, se oye decir lo siguiente: 'No están planeando la libertad para nosotros, sino la servidumbre. Ha comenzado el tiempo de Godunov, en que los campesinos estaban ligados a los dueños de la tierra. Ahora nosotros [estamos ligados] a la burguesía judía representada por gente como Modkowski, Aronson, etcétera'".[10]

Sin embargo, el grueso de los campesinos, durante el tiempo que duró la Guerra Civil, continuó tolerando al régimen soviético como un mal menor en comparación con la restauración Blanca. Pese a su aguda antipatía por el partido gobernante, temían más aún un retorno de los nobles y la pérdida de su tierra. Los pelotones de recolección de alimentos encontraban por cierto a menudo resistencia en las aldeas, y esa resistencia costó bastantes vidas bolcheviques, pero los campesinos se abstuvieron de la oposición armada en una escala suficientemente seria como para amenazar la existencia del gobierno. Sin embargo, con la derrota del ejército de Wrangel en el verano de 1920, la situación cambió rápidamente. Una vez evaporado el peligro Blanco, el resentimiento de los campesinos contra la *prodrazverstka* y las granjas estatales creció más allá de todo control. Se produjeron oleadas de sublevaciones campesinas que barrieron la Rusia rural. Los estallidos más serios ocurrieron en la provincia de Tambov, en el sector medio del Volga, en Ucrania, en la región norte del Cáucaso, en el oeste de Siberia, zonas periféricas donde el control gubernamental era relativamente débil y la violencia popular tenía antecedentes de larga data.[11]

Las rebeliones cobraron rápidamente fuerza durante el invierno de 1920–1921. En ese período, según observó Lenin, “decenas y centenares de miles de soldados desbandados” volvieron a sus aldeas nativas y engrosaron las filas de las fuerzas guerrilleras.[12] A comienzos de 1921 habían sido desmovilizados unos 2.500.000 hombres –casi la mitad del total de los efectivos del Ejército Rojo–, en una atmósfera de violencia e intranquilidad social que amenazaba la estructura misma del Estado. Se trataba de una situación de un tipo no infrecuente en Europa en los años que siguieron inmediatamente a la Primera Guerra Mundial, cuando la desmovilización militar en gran escala agravó las tensiones económicas existentes y agudizó el descontento popular. Pero en Rusia la situación era particularmente grave. En casi siete años de guerra, revolución y desorden civil se había alimentado un espíritu de ilegalidad que era difícil erradicar. La población civil desquiciada no había llegado aún a asentarse, cuando la desmovilización, como observó Lenin, desató a una horda de hombres inquietos cuya única ocupación era la guerra y que, naturalmente, concentraron sus energías en el bandidaje y la rebelión. Para Lenin la situación era equivalente a una resurrección de la Guerra Civil, pero en una forma distinta y más peligrosa –más peligrosa, según su punto de vista, porque no la estaban librando elementos sociales en bancarrota cuyo tiempo en la historia ya había pasado, sino las masas populares mismas–. El espectro de una enorme *jacquerie,** una nueva revuelta de Pugachev, “ciega y despiadada” según la celebrada expresión de Pushkin, parecía acosar al gobierno, y esto en un momento en que las ciudades, centros tradicionales de apoyo bolchevique, se encontraban en una situación de agotamiento y debilidad y padecían también de intranquilidad profunda.

Entre noviembre de 1920 y marzo de 1921 aumentó fuertemente el número de estallidos rurales. Sólo en febrero de 1921, en vísperas de la rebelión de Kronstadt, la Cheka informó de 118 levantamientos campesinos aislados en diversas partes del país.[13] En el oeste de Siberia la marea de la rebelión arrolló casi toda la región de Tiumen y buena parte de las provincias vecinas de Cheliabinsk, Orenburg y Omsk. Las comunicaciones por medio del ferrocarril transiberiano se vieron seriamente interrumpidas, lo cual agravó la escasez ya grave de alimentos en las grandes ciudades de la Rusia europea. En la zona media del Volga, donde Stenka Razin y Pugachev habían reclutado el mayor número de partidarios, bandas de merodeadores armados –campesinos, veteranos del ejército, desertores– vagaban por el campo en busca de alimento y botín. Sólo una leve línea separaba el bandidaje de la revuelta social. Por todas partes hombres desesperados tendían emboscadas a los destacamentos de requisición y luchaban con decisión salvaje contra todos los que osaban interferir su acción. La lucha más encarnizada ocurrió quizás en la fértil provincia de Tambov, foco de revueltas campesinas desde el siglo XVII. Acaudillada por A. S. Antonov, ex socialista revolucionario cuyos talentos como luchador guerrillero y reputación como Robin Hood podían competir con los de Néstor Mackno, la rebelión escapó de todo control durante más de un año hasta que el experto comandante rojo, Miguel Tujachevsky, que acababa de aplastar la revuelta de los marineros en Kronstadt, llegó con un gran ejército para sofocarla.[14]

Aparte de la elevada incidencia de las insurrecciones campesinas durante el invierno de 1920–1921, nos sorprende

el elevado número de hombres que entraron en las filas rebeldes. En su punto máximo, el movimiento de Antonov contaba con unos 50.000 insurgentes, mientras que en un solo distrito del oeste de Siberia las guerrillas, según fuentes que probablemente no exageran, incluían a 60.000 hombres.[15] Simples campesinos, armados con hachas, palos, horquillas y algunos rifles y pistolas, libraron batallas campales con formaciones regulares del ejército, y su desesperado valor provocó una tasa de deserción tan alta entre las tropas gubernamentales –muchos de cuyos componentes compartían los antecedentes y actitudes sociales de los guerrilleros–, que hubo que retirar a las unidades especiales de la Cheka y a los cadetes de la escuela de oficiales comunistas, cuya lealtad estaba fuera de toda duda. Al carecer de armas modernas y de organización efectiva, las bandas dispersas de campesinos no pudieron finalmente enfrentarse con las fuerzas rojas ya fogueadas. Además, los insurgentes no tenían ningún programa coherente, aunque sus eslogans eran en todas partes los mismos: “Abajo la requisición”, “Fuera los destacamentos que se incautan de alimentos”, “No entreguen sus excedentes”, “Abajo los comunistas y los judíos”. Aparte de esto, compartían un odio común contra las ciudades, de donde venían los comisarios y los destacamentos de requisición, y contra el gobierno que les enviaba a esos intrusos. La población de Tambov, según observaba un comandante militar bolchevique en esa provincia, consideraba a la autoridad soviética como responsable del envío de “los comisarios y funcionarios saqueadores”, fuerza tiránica que no conocía ni compartía la vida del pueblo. No es sorprendente, por lo tanto, que uno de los grupos rebeldes de Tambov se haya fijado como objetivo principal “el derrocamiento del gobierno de los

comunistas–bolcheviques que han reducido el país a la pobreza, la muerte y la desgracia”.[16]

Aunque la resistencia armada y la evasión a las requisiciones alimentarias fueron sus armas más contundentes, los campesinos pusieron también en juego otros medios tradicionales de protesta: las humildes peticiones al gobierno central. Entre noviembre de 1920 y marzo de 1921, las autoridades de Moscú fueron bombardeadas con llamados urgentes que venían de todas las regiones del país, en los cuales se pedía la finalización de las políticas coercitivas del Comunismo de Guerra. En un momento en que los Blancos ya estaban derrotados, argumentaban los peticionantes, perdía su justificación la requisición forzada de cereales. En su lugar los campesinos solicitaban el establecimiento de una tasa fija sobre su producción y el derecho a disponer de los excedentes como mejor les pareciera. Y como un incentivo más para la producción, pedían que aumentara el abastecimiento de bienes de consumo para el campo.[17]

No obstante, estas solicitudes del pueblo llano encontraron pocos oídos sensibles dentro de los círculos administrativos soviéticos, donde el pequeño terrateniente era considerado, en gran medida, como un pequeño–burgués incurable que, luego de haber obtenido la posesión de la tierra, dejó de apoyar a la revolución. Los bolcheviques temían, más que a cualquier otra cosa, al atrincheramiento capitalista en las aldeas rusas. Siempre atentos a los paralelos históricos, recordaban al campesinado de 1848, que sirvió como baluarte de la reacción en Europa occidental, y evitaron toda concesión que pudiera robustecer a los propietarios campesinos independientes de su

propio país. Además, para muchos bolcheviques el sistema del Comunismo de Guerra, con su dirección estatal centralizada de la economía, llevaba las marcas esenciales distintivas de la sociedad socialista con que soñaban, y estaban poco dispuestos a abandonarlo para restablecer el mercado libre y fortalecer la existencia de un campesinado fuertemente atrincherado.

Un enérgico expositor de este punto de vista fue Valerian Osinsky (cuyo nombre real era Obolensky), líder del grupo centralista democrático del ala izquierda dentro del partido comunista. Osinsky expresó su posición en una serie de influyentes artículos aparecidos en la segunda mitad del año 1920. Rechazando cualquier concesión que consistiera en la fijación de una tasa en especies o en la resurrección del libre comercio, exigía una mayor intervención estatal, y no una disminución de ella, en la vida agrícola. La única solución para la crisis agraria campesina, escribió Osinsky, reside en la "organización masiva compulsiva de la producción" bajo la dirección y el control de funcionarios del gobierno.[18] Para lograrlo, proponía la formación de "comités de siembra" en cada localidad, con la misión principal de hacer aumentar la producción ampliando el área sembrada.

Los nuevos comités reglamentarían también el uso de los equipos, los métodos de siembra, el cuidado del ganado y otras cuestiones que afectaban a la eficiencia de la producción. Osinsky sugería además que se exigiera a los campesinos que concentraran su semilla en un banco común de semillas, y que la distribución de ésta fuera determinada por el gobierno. Su punto de mira último era un sistema de explotación socializada

de las granjas, en el cual todas las pequeñas propiedades se colectivizaran y la tarea agrícola se cumpliera sobre una base común.

Lo que implicaban las recomendaciones de Osinsky no era meramente la conservación del Comunismo de Guerra, sino su reforzamiento prácticamente en todas las fases de la vida rural. Lejos de pacificar a los campesinos, sus propuestas sólo fueron un nuevo motivo de alarma, y aquéllos no tardaron en hacer oír su voz. Surgió una oportunidad a fines de diciembre de 1920, cuando se reunió en Moscú el Octavo Congreso de los Soviets. El plan de Osinsky ocupó un lugar central en las deliberaciones. Aunque la mayoría comunista lo aprobó por un margen de votos muy grande, la oposición se expresó por boca de los mencheviques y los socialistas revolucionarios, que hacían entonces su última aparición en una reunión nacional de esta clase. Feodor Dan y David Dallin por los mencheviques, y V. K. Volsky e I. N. Steinberg por los socialistas revolucionarios de derecha e izquierda, condenaron unánimemente las políticas de “bancarrota” del Comunismo de Guerra. Exigieron el inmediato reemplazo de las requisiciones de alimentos por una tasa fija en especies, con libertad de comercio respecto de los excedentes que sobrepasaran las obligaciones de los campesinos respecto del Estado. Todo enfoque basado en la compulsión, argumentaba Dan, sólo precipitaría la declinación del área sembrada y una reducción suplementaria de la producción de grano, que tanta falta hacía; la aplicación continuada de la fuerza ampliaría el abismo entre ciudad y campo, impulsando al campesinado a tomar las armas de la contrarrevolución. En una posición similar, Volsky exhortaba al gobierno a alentar la formación de cooperativas

voluntarias y a abandonar las granjas estatales a las cuales se oponían tan encarnizadamente los campesinos. Y Dallin, al referirse a los comités de siembra de Osinsky, advertía que cualquier nuevo instrumento de coerción sólo agravaría la crisis existente.[19]

Otras objeciones a la política agrícola del gobierno fueron formuladas por los campesinos mismos en una sesión a puerta cerrada de los delegados rurales al congreso. Lenin asistió personalmente, y las notas que envió al Comité Central del partido y al Consejo de Comisarios del Pueblo son de enorme interés. La oposición al proyecto de Osinsky, como muestran las notas de Lenin, era unánime y contundente. Con desprecio no disimulado, un campesino de Siberia –región ya profundamente afectada por las rebeliones campesinas– denunció la idea de establecer comités de siembra y de que el Estado interfiriera más en los asuntos de las aldeas: "Osinsky no conoce Siberia. Yo he sembrado allí durante treinta y ocho años, pero Osinsky no sabe nada".

Otros delegados atacaron los esfuerzos del gobierno por colectivizar la agricultura, pero su peor animosidad se reservó para la confiscación de cereales mediante destacamentos armados que, decididos a cumplir sus cuotas arbitrarias, no hacían ningún distingo entre el campesino ocioso y el que trabajaba con ahínco. Había sido incautado tanto cereal, dijo un delegado, que ni los seres humanos ni los animales tenían nada que comer. Un campesino de Tula protestó diciendo que debido a las confiscaciones excesivas diez provincias fértiles de Rusia central (incluida la suya propia) se habían quedado sin semilla para la próxima siembra. Para elevar la producción de

alimentos, dijo un delegado de Perm, debemos liberarnos de este flagelo de la requisición compulsiva.

Los oradores protestaron, uno después de otro, afirmando que sólo se les había dado una pequeña compensación, y a veces ninguna, por su producción. “Si queréis que sembremos toda la tierra –declaró un campesino de la provincia de Minsk– dadnos sólo sal y hierro. No diré nada más.” Necesitamos caballos, ruedas, rastras, repiqueteaban otras voces. Dadnos metal para reparar nuestras herramientas y cobertizos, o moneda sólida con valor real para pagar al herrero y al carpintero. Un delegado de la provincia de Kostroma expresó la opinión de todo el grupo cuando declaró: “A los campesinos hay que darles incentivo, pues de otro modo no quieren trabajar. Puedo aserrar madera bajo el látigo, pero no se puede cultivar bajo el látigo”. “¿Cómo proporcionar incentivo? –preguntaba un campesino de Novgorod–. Es muy simple: un porcentaje fijo de requisición de grano y de ganado.”[20]

Lenin mismo no era de ninguna manera indiferente ante la situación por la que atravesaba el campesinado. Cuando se enteró, por ejemplo, de que los campesinos de un determinado distrito habían sido sometidos a confiscaciones excesivas y privados del grano necesario para sembrar, intervino personalmente en su ayuda.[21] Ya en noviembre de 1920 había comenzado a considerar la posibilidad de “la transformación de las requisiciones de alimentos en una tasa en especies”,[22] que era precisamente lo que los mismos aldeanos estaban solicitando. Pero, por lo menos por el momento, rechazó tal paso como prematuro. En efecto, el peligro de una reanudación de la Guerra Civil, dijo Lenin en el

Octavo Congreso de los Soviets, aún no se había evaporado por completo. Estaba por firmar la paz formal con Polonia; y el ejército de Wrangel, abastecido por los franceses, seguía preparado en la vecina Turquía, listo para golpear en la primera oportunidad conveniente. Era obvio entonces que no debía precipitarse la transición a un nuevo programa económico de época de paz.[23] En una ocasión anterior Lenin había ejemplificado este punto con una fábula rusa. Hablando ante una asamblea de representantes rurales de la provincia de Moscú en octubre de 1920, admitió (con gritos de aprobación por parte del auditorio) que el campesinado gemía bajo una pesada carga de contribución, que había provocado una grave escisión entre ciudad y campo, entre obrero y campesino. Pero si el carnero y el chivo se pelean, preguntó Lenin refiriéndose al proletariado y el campesinado, ¿debemos permitir que el lince de la contrarrevolución los devore a ambos?[24]

Así, pese a las dudas cada vez más profundas, Lenin se atuvo a las viejas políticas del Comunismo de Guerra. En diciembre de 1920, en el Octavo Congreso de los Soviets, puso su sello de aprobación sobre el proyecto de Osinsky, de creación de un banco público de semillas y de una campaña de siembra en la primavera siguiente. A continuación el congreso aprobó una resolución que exigía un "amplio plan estatal de siembra compulsiva" bajo la dirección general del Comisariado de Agricultura. Se establecerían comités de siembra en cada provincia, distrito y municipio, encargados de administrar toda la mano de obra y equipo disponible para ampliar el área de tierra cultivada.[25] Pero Lenin consideraba que, por lo menos en ese momento, no era factible realizar ningún intento más de colectivizar la agricultura. Ya no creía que el socialismo pudiera

lograrse en un futuro cercano. Rusia, según afirmó en el Octavo Congreso de los Soviets, seguía siendo un país de pequeños campesinos, y los campesinos “no son socialistas”. Tratarlos como tales equivalía a construir el futuro de Rusia sobre arena movediza. Aunque se había clausurado el Sujárevka (el famoso mercado negro de Moscú), su espíritu vivía en el corazón de todo pequeño propietario. “Mientras vivamos en un país de pequeños campesinos –dijo Lenin–, el capitalismo tendrá en Rusia una base económica más fuerte que el comunismo.” Pero si la transición al socialismo iba a ser larga y difícil, agregaba, tanta mayor razón para no retirarse ante las fuerzas capitalistas en el campo. Así, la compulsión y no la concesión seguía siendo el santo y seña de la política agrícola bolchevique.[26]

La situación en las ciudades, que hasta entonces habían sido el principal baluarte de apoyo bolchevique, era en muchos aspectos peor que en el campo. Seis años de disturbios habían desquiciado la economía industrial de la nación. Aunque las estadísticas publicadas varían en muchos detalles, el cuadro que surge es casi el de un colapso.[27] A fines de 1920 la producción industrial total había bajado a alrededor de un quinto de los niveles de 1913. El abastecimiento de petróleo y de materias primas alcanzó un estado particularmente crítico. Aunque los campos petrolíferos de Bakú y la cuenca carbonífera del Donetz se habían recuperado en la primavera y el otoño de 1920, el daño fue amplio y muy difícil de reparar. Muchas de las minas estaban inundadas y otras obras en curso quedaron destruidas. La producción total de carbón en Rusia, a fines de 1920, era sólo de un cuarto de los niveles de preguerra, y la de petróleo no pasaba de un tercio. Peor aún, la producción de hierro fundido bajó a menos del 3 por ciento de

los niveles de 1913, y la producción de cobre casi se había detenido. Por falta de estos materiales básicos, los principales centros industriales del país se vieron forzados a reducir la producción en forma muy extrema. Muchas grandes fábricas sólo podían funcionar parcialmente, y su fuerza de trabajo disminuyó a una fracción de lo que había sido cuatro o cinco años antes. Algunos sectores importantes de la industria pesada llegaron a cesar por completo en su actividad. Y en las empresas productoras de bienes de consumo, la producción total disminuyó a menos de un cuarto de los niveles de preguerra. La manufactura de calzado se redujo a un décimo de lo normal, y sólo en veinte plantas textiles siguieron funcionando las máquinas.

Integraban esta situación de desastre dos factores adicionales: los efectos asfixiantes del reciente bloqueo aliado y la desorganización del sistema de transportes del país. El bloqueo, impuesto después del tratado de Brest–Litovsk de 1918, fue finalmente levantado en 1920, pero el comercio interior no revivió hasta el año siguiente, e incluso entonces en muy pequeña escala. Como resultado, la Rusia Soviética se vio privada de equipo técnico, maquinaria y materias primas que necesitaba con urgencia y cuya falta impidió una rápida recuperación del sistema industrial. Al mismo tiempo, los medios de transporte quedaron gravemente desquiciados. En buena parte del país habían sido arrancados los rieles y destruidos los puentes por los ejércitos en retirada. Trotsky, al informar sobre la situación de los transportes al Octavo Congreso de los Soviets, observaba que más de la mitad de las locomotoras en Rusia estaban descompuestas; y la producción de nuevas máquinas había descendido al 15 por ciento de la

cifra correspondiente a 1913.[28] Como el abastecimiento de petróleo normal era a lo sumo intermitente, el personal ferroviario se vio reducido a hacer funcionar los trenes con madera, y esto aumentó el número de averías e interrupciones del servicio. Las comunicaciones estaban deterioradas en casi todas partes, y en algunos distritos la parálisis era total.

La quiebra del sistema ferroviario detuvo la entrega de productos alimenticios a las ciudades hambrientas. Las provisiones llegaron a ser tan escasas que los obreros y otros habitantes de las ciudades se vieron reducidos a raciones de hambre. Las pequeñas cantidades de alimentos disponibles se distribuían de acuerdo con un sistema preferencial ideado originariamente para favorecer a los obreros de las industrias bélicas, pero que se mantuvo aun después de la terminación de la Guerra Civil. Así, a comienzos de 1921, los obreros de las fundiciones de Petrogrado y de los altos hornos *(goriachie tsekhi)* recibían una ración diaria de 800 gramos de pan negro, mientras que otros obreros que realizaban tareas excepcionalmente pesadas *(udarniki)* recibían 600 gramos, y las categorías menores no pasaban de 400 o incluso de 200 gramos.[29] Pero aun esta magra asignación se distribuía sobre una base irregular. Según nuestras fuentes, la dieta de los trabajadores del transporte llegaba a un promedio de 700 a 1.000 calorías por día,[30] cifra muy por debajo del mínimo necesario para enfrentar el trabajo de todo un día.

La crisis alimentaria en las ciudades se complicó mucho a raíz de la desintegración del mercado regular durante el período de la Guerra Civil. Bajo el sistema del Comunismo de Guerra se abolió todo comercio privado y cesó virtualmente de existir el

intercambio normal de bienes entre la ciudad y el campo. Su lugar lo ocupó rápidamente un mercado negro. Enjambres de vendedores ambulantes correteaban de aldea en aldea comprando pan y vegetales para venderlos o realizar operaciones de trueque con los hambrientos habitantes de las ciudades. A fines de 1920 el comercio ilícito había llegado a proporciones tales que suplantó en gran medida a los canales oficiales de distribución. Al mismo tiempo, la inflación alcanzó niveles vertiginosos. Sólo en el curso del año 1920 el precio del pan aumentó más de diez veces.[31] El gobierno soviético, para atender a sus propios gastos, comenzó a imprimir dinero con un ritmo frenético, y como resultado de esta acción un rublo de oro que equivalía a 7 rublos papel y 85 kopecks en 1917, valía por lo menos 10.000 rublos papel tres años más tarde.[32] A fines de 1920 los salarios reales de los trabajadores fabriles en Petrogrado habían descendido, según estimaciones oficiales, al 8,6 por ciento de sus niveles de preguerra.[33] A medida que iba bajando el valor de la moneda, se pagaba a los trabajadores una proporción cada vez mayor de su salario en especies. La ración de comida *(payok)* llegó a constituir el núcleo del salario, al cual se agregaban los zapatos y vestimentas que el gobierno entregaba a los obreros y, a veces, una fracción de lo que producían, que ellos trocaban normalmente por comida.

No obstante, los trabajadores fabriles raramente tenían lo necesario para poder alimentarse ellos mismos y sus familias, y se fueron uniendo a las oleadas de habitantes de las ciudades que abandonaban sus hogares y se trasladaban al campo en busca de alimento. Entre octubre de 1917 y agosto de 1920 (fecha en que se tomó un censo), la población de Petrogrado disminuyó de casi 2.500.000 habitantes a más o menos

750.000, lo cual equivale a una baja de casi dos tercios. Durante el mismo período Moscú perdió casi la mitad de sus habitantes, mientras que la población urbana total de Rusia declinó en alrededor de un tercio. Una buena proporción de esta migración la componían trabajadores industriales que iban volviendo a sus aldeas nativas y reanudaban su anterior forma de existencia campesina. En agosto de 1920 Petrogrado, por ejemplo, quedó con sólo un tercio de los 300.000 obreros fabriles de los que podía jactarse tres años antes, y el decrecimiento total de obreros en toda Rusia excedió el 50 por ciento.[34] Parte de esta dramática declinación era atribuible, por supuesto, a la alta tasa de mortalidad en el frente, y parte a la gran cantidad de personas que volvían a sus aldeas para participar en el reparto de tierras; la dislocación de la industria y la falta de petróleo y vestimenta contribuyeron también a este éxodo. Pero la mayoría buscaba comida, especialmente durante 1919 y 1920, años en los cuales los abastecimientos de las ciudades se aproximaron con rapidez a niveles de hambre.

Aun entre quienes prefirieron quedarse, había muchos operarios que restablecieron viejos vínculos con sus aldeas, haciendo viajes periódicos en busca de alimento o volviendo a ellas durante períodos de enfermedad, o para ayudar en la cosecha. Es irónico que esto ocurriera en un momento en que el país, según los cánones ideológicos del partido bolchevique, debía haber adquirido un carácter urbano e industrial cada vez más acentuado. Pero en lugar de ello, debido a los efectos del reparto de tierras y de la Guerra Civil, Rusia volvió a ser, en gran medida, la primitiva sociedad agraria de la cual sólo había comenzado a emerger en época reciente. Para el gobierno soviético, que gobernaba en nombre del proletariado

industrial, la situación estaba cargada de peligrosas implicaciones. No sólo el desplazamiento de gente de la ciudad a la aldea diluía la base social de la autoridad bolchevique, sino que el renovado contacto entre campesinos y obreros servía para aumentar las tensiones populares existentes. Las quejas de los campesinos provocaron reacciones muy fuertes entre los visitantes urbanos, que pudieron ver con sus propios ojos el impacto que producía el Comunismo de Guerra en el campo. Y pronto se difundió un sentimiento de frialdad de los campesinos y obreros hacia sus parientes plebeyos que integraban el ejército y la armada. El resultado fue una ola creciente de disturbios rurales, agitación industrial e intranquilidad militar, que iba a alcanzar un clímax explosivo en Kronstadt, en marzo de 1921.

Entretanto, la situación de las ciudades y pequeñas poblaciones seguía deteriorándose. A comienzos de 1921 los elementos mismos de la vida ciudadana se iban desintegrando. Debido a la crisis de abastecimiento petrolero, los talleres, las viviendas y las oficinas no pudieron calentarse en los meses inusitadamente rigurosos del invierno. No se podía comprar en ninguna parte ropas de abrigo y botas, y se hablaba de casos de personas que morían heladas en sus departamentos carentes de calefacción. El tifus y el cólera barrieron las ciudades y cobraron una cuota alarmante. Pero el alimento siguió constituyendo el peor problema: pese a la fuerte declinación de la población urbana, los abastecimientos no eran aún suficientes. Los operarios iban perdiendo su energía física y caían víctimas de todas las formas de desmoralización. A fines de 1920 la productividad promedio había descendido a un tercio de la tasa de 1913.[35] Impulsados por el frío y el

hambre, los hombres abandonaban sus máquinas durante días enteros para juntar madera y víveres en el campo circundante. Viajaban a pie o en vagones de ferrocarril atestados, llevando sus posesiones personales y los materiales que habían podido sustraer de las fábricas, con el fin de intercambiarlos por cualquier alimento que pudieran conseguir. El gobierno hizo todo lo posible para detener este tráfico ilegal. Se distribuyeron destacamentos armados que bloqueaban los caminos *(zagraditel'nye otriady)* con el fin de vigilar el acceso a las ciudades y confiscar los preciosos sacos de alimentos que los "especuladores" traían de vuelta para sus familias. La brutalidad de los destacamentos camineros se hizo proverbial en todo el país, y los comisariatos de Moscú se vieron inundados de quejas por los métodos arbitrarios que se aplicaban.[36]

Otra queja importante de la clase trabajadora era la referente a la creciente regimentación del trabajo bajo el sistema del Comunismo de Guerra. La fuerza impulsora de este desarrollo fue Trotsky, el Comisario de Guerra. Alentado por el éxito que había obtenido cuando logró dar forma a un Ejército Rojo rápidamente improvisado, Trotsky trató de aplicar métodos similares de disciplina militar a la tambaleante economía industrial. En enero de 1920, el Consejo de Comisarios del Pueblo decretó, en gran medida por instigación de Trotsky, una obligación general de trabajo para todos los adultos capaces y autorizó, al mismo tiempo, la asignación de personal militar ocioso para tareas civiles. A medida que se aproximaba el fin de la Guerra Civil, destacamentos enteros de soldados del Ejército Rojo, en lugar de ser licenciados, eran mantenidos como "ejércitos de trabajo" y se los destinaba a

tareas tendientes a aliviar la creciente crisis petrolera y del transporte y a salvar del colapso a las industrias básicas. Se emplearon miles de veteranos en cortar madera, sacar carbón de las minas y reparar vías férreas, mientras otros millares eran asignados a tareas pesadas en las grandes fábricas urbanas. Entretanto, se intentó reforzar la disciplina laboral entre la fuerza civil de trabajo para reducir los hurtos y el ausentismo y elevar la producción individual. Sin embargo, los resultados de estas medidas políticas fueron desalentadores. Como era de esperar, el endurecimiento de la disciplina y la presencia de tropas en las fábricas provocaron un fuerte resentimiento en los obreros regulares y violentas quejas contra la "militarización del trabajo", en las reuniones de fábricas y de sindicato. Y los soldados, por su parte, estaban ansiosos de volver a su hogar, una vez terminada la guerra. A muchos rusos les parecía que la "militarización del trabajo" había perdido su justificación en el momento mismo en que el gobierno trataba de ampliarla. Los líderes mencheviques compararon la nueva regimentación con la esclavitud egipcia, cuando los faraones utilizaban el trabajo forzado para construir las pirámides. Insistían en que la compulsión no lograría más éxito en la industria que el que había logrado en la agricultura.[37] Con gran alarma de los observadores gubernamentales, tales argumentos iban obteniendo una resonancia positiva entre los operarios de las industrias, cuya desilusión respecto de los bolcheviques y de su programa de Comunismo de Guerra se iba aproximando al punto de las demostraciones abiertas contra el régimen.

La "militarización del trabajo" fue parte de un esfuerzo más amplio tendiente a imponer el control central sobre la

vacilante economía de la nación. Durante 1917 y 1918 los trabajadores industriales habían puesto en práctica el slogan sindicalista del “control de los obreros” sobre la producción.[38] Esto significaba que los comités locales de fábrica y taller supervisaban la contratación y despido de los trabajadores, participaban en la fijación de los salarios, horarios y condiciones de trabajo, y vigilaban en general las actividades de la administración. En algunas empresas se dejó cesantes a directores, ingenieros y capataces impopulares, y las comisiones de trabajadores asumieron por sí mismas las tareas directivas, por lo común con resultados desastrosos. En el verano de 1918 la administración efectiva casi había desaparecido en la industria rusa, y el país estaba al borde del colapso económico. Los bolcheviques, que alentaron el control por los obreros en 1917 como medio para minar al Gobierno Provisional, se vieron entonces forzados a actuar para no ser devorados por la misma marea que había tragado a sus predecesores. Así, a partir de junio de 1918 se nacionalizaron las grandes fábricas y se abandonó en forma gradual el control por los obreros, instaurándose en cambio la dirección unipersonal y una estricta disciplina de trabajo. En noviembre de 1920 cuatro de cada cinco grandes empresas estaban ya bajo dirección individual, y la nacionalización se había extendido a la mayoría de las pequeñas fábricas y talleres.[39] Cuando era posible, los “especialistas burgueses” volvían a sus cargos para proveer el asesoramiento y la supervisión técnica que tanto se requerían. Antes de terminar el año la proporción de empleados burocráticos respecto de trabajadores manuales era de aproximadamente el doble que en 1917.[40] Había comenzado a florecer una nueva burocracia. Se trataba de un conjunto mixto, formado por personal administrativo veterano

y neófitos sin práctica alguna; sin embargo, pese a las dispares valoraciones y perspectivas que tenían, compartían intereses peculiares que les eran propios y que los apartaban de los obreros del taller.

Para estos últimos, la restauración del enemigo de clase en un lugar dominante dentro de la fábrica significó una traición a los ideales de la revolución. Según su punto de vista, su sueño de democracia proletaria, realizado momentáneamente en 1917, les era arrebatado para reemplazarlo por los métodos coercitivos y burocráticos del capitalismo. Los bolcheviques habían impuesto la "disciplina de hierro" en las fábricas, establecido destacamentos armados para imponer por la fuerza la voluntad de la dirección, y contemplado el uso de odiosos métodos de eficiencia tales como el "sistema de Taylor". Que esto lo hiciera un gobierno en el que habían confiado y que pretendía gobernar en su nombre, era un amargo trago para los trabajadores. No es de extrañar entonces que durante el invierno de 1920–1921, en que la dislocación económica y social alcanzó un punto crítico, no pudieran ya silenciarse las murmuraciones de descontento, ni siquiera apelando a amenazas de expulsión con pérdida de las raciones. En las reuniones de fábrica, donde los oradores denunciaban en tono colérico la militarización y burocratización de la industria, las referencias críticas a las comodidades y privilegios de que gozaban los funcionarios bolcheviques suscitaron gritos indignados de acuerdo por parte de los oyentes. Los comunistas, se afirmaba, siempre obtenían los mejores trabajos y parecían sufrir menos hambre y frío que todos los demás. Comenzaron a surgir, a menudo simultáneamente, el antisemitismo y el antiintelectualismo; se

formuló el cargo de que los bolcheviques pertenecían a una estirpe extranjera de intelectuales judíos que habían traicionado al pueblo ruso y contaminado la pureza de la revolución.

Este creciente sentimiento de amargura y desilusión coincidió con un período de aguda controversia dentro del Partido Comunista mismo, donde no dejaba de manifestarse oposición a la política del Comunismo de Guerra. La controversia, que continuó desde diciembre de 1920 hasta marzo de 1921, y alcanzó su clímax en el Décimo Congreso del Partido, mientras estaba en curso la rebelión de Kronstadt, se centraba sobre el rol de los sindicatos en la sociedad soviética.[41] Durante la prolongada y turbulenta disputa surgieron tres posiciones antagónicas. Trotsky, guiado por la concepción militar de la mano de obra a la que había llegado mientras era Comisario de Guerra, estaba en favor de la subordinación total de los sindicatos al Estado, que debía ser el único dotado de autoridad para designar y despedir funcionarios sindicales. Los más decididos opositores a este plan eran los miembros de la Oposición de Trabajadores, grupo compuesto en gran medida por obreros y ex obreros (sobre todo Alexander Shliapnikov y Yuri Lutovinov) que habían conservado su lealtad y simpatías proletarias. Lo que perturbaba especialmente a la Oposición de Trabajadores era el aparente cambio del régimen soviético que se había transformado en un nuevo Estado burocrático dominado por una minoría no proletaria. Shliapnikov, Lutovinov, Alexandra Kollontai y sus simpatizantes vituperaron la militarización de la fuerza de trabajo y la inauguración de la dirección unipersonal en las fábricas. Exigieron no sólo la total independencia de los

sindicatos respecto del control del Estado y del partido, sino también la transferencia de la administración industrial a los sindicatos y a sus comités locales de fábrica, que según ellos debían organizarse en un Congreso Panruso de Productores. Insistían en que el partido no debía permitir que la iniciativa creadora de los trabajadores "fuera mutilada por la maquinaria burocrática que está saturada del espíritu rutinario que caracteriza al sistema capitalista de producción y control".[42]

Lenin y sus partidarios (que constituían una gran mayoría entre los miembros del partido) trataron de atenuar la discordancia existente entre la exhortación de Trotsky al sometimiento de los sindicatos y el programa sindicalista de la Oposición de los Trabajadores. Según ellos lo veían, los sindicatos no debían ser absorbidos por el aparato estatal ni había que acordarles el control sobre la industria; más bien, debían retener una dosis real de autonomía, con el derecho a elegir a sus propios líderes y promover la libre discusión de los problemas laborales, mientras que el gobierno seguiría teniendo las riendas de la economía en sus propias manos. Lenin esperaba que sus propuestas de compromiso lograrían unir a los otros grupos. Se sintió profundamente perturbado por la disputa, que amenazaba con quebrar la frágil unidad partidaria en un momento tan crítico de la historia soviética. "Debemos tener la valentía de mirar de frente la amarga verdad", dijo en enero de 1921, en el momento más agudo de la controversia. "El partido está enfermo. El partido tiembla de fiebre." A menos que pueda curarse de su enfermedad "en forma rápida y radical", advertía Lenin, ocurrirá "una escisión inevitable" que podría resultar fatal para la revolución.[43]

Los debates ocurridos dentro del Partido Comunista reflejan las crecientes tensiones de la sociedad rusa en su conjunto, a medida que avanzaba el invierno. Durante los tres años anteriores el pueblo había librado una desesperada lucha para preservar los frutos de la revolución y lograr una vida más libre y confortable, y creía que una vez derrotado el enemigo el gobierno lo liberaría con rapidez de los rigores de la disciplina bélica, y que en poco tiempo el sistema del Comunismo de Guerra se transformaría en un borroso recuerdo de una época perturbada, que ya había pasado a la historia. Pero no ocurrió nada parecido. Una vez ganada la Guerra Civil, no se abandonaron, ni siquiera se relajaron, las políticas del Comunismo de Guerra. Meses después de la derrota de Wrangel, el gobierno mostró pocos signos de que se trataran de restaurar las libertades elementales, fueran económicas o políticas. El impulso predominante de la política bolchevique siguió orientándose, más bien, hacia la compulsión y el control rígido. Como resultado de ello, se desarrolló rápidamente un sentimiento de amargo desaliento. Éste era el sentimiento que constituía el núcleo de la crisis en curso. Aun quienes concebían que el Comunismo de Guerra había servido a un propósito necesario, que durante la lucha a muerte contra los Blancos había salvado al ejército de la derrota y a las ciudades del hambre, estaban convencidos de que la compulsión ya no tenía utilidad alguna. Según su punto de vista, el Comunismo de Guerra no había sido nada más que un expediente temporario para enfrentar una situación de emergencia; como programa de época de paz constituía un tremendo fracaso y una carga que el pueblo ya no podía tolerar.

No obstante, los bolcheviques no estaban dispuestos a

derogarlo, como tampoco a dejar de sofocar a la oposición política.

A manera de justificación, los portavoces partidarios insistían en que aún no había transcurrido la emergencia bélica, que el país seguía estando aislado y acosado por poderosos enemigos de todas partes, listos para el asalto cuando vieran el primer signo de debilidad interna. Pero cada medida represiva, aunque la dictara una urgencia económica o política, minaba aún más las pretensiones democráticas e igualitarias del gobierno. Voces de crítica argumentaban que eran los bolcheviques mismos quienes estaban traicionando los ideales de la revolución. Para Alexander Berkman, líder anarquista que había apoyado al régimen soviético durante la Guerra Civil, se había abjurado de los eslogans de 1917 y pisoteado las más entrañables esperanzas del pueblo. La injusticia prevalecía en todas partes, escribió Berkman en 1921, y una supuesta necesidad servía para encubrir la traición, el engaño y la opresión; los bolcheviques, aunque gobernaban en nombre de los trabajadores y de los campesinos, estaban destruyendo la iniciativa y la confianza de éstos en sí mismos, elementos de los cuales dependía el crecimiento y, en verdad, la supervivencia misma de la revolución.[44]

Los sentimientos de Berkman eran ampliamente compartidos por otros sectores de izquierda que, como los anarquistas, habían sido rudamente dejados de lado después de la toma del poder por los bolcheviques. En un discurso pronunciado ante el Octavo Congreso de los Soviets, el líder menchevique Feodor Dan llegó a formular la acusación de que al ahogar la iniciativa popular todo el sistema de los soviets había dejado de

funcionar, excepto como mera fachada para una dictadura unipartidaria. Se suprimió la libertad de expresión o de reunión, dijo Dan, se aprisionó o desterró sin juicio previo a ciudadanos y se realizaron ejecuciones políticas en gran escala. Condenando estas prácticas terroristas, exigía la inmediata restauración de las libertades políticas y civiles y solicitaba nuevas elecciones para integrar los soviets en todas las localidades. El llamado de Dan encontró eco en un discurso pronunciado por el prominente socialista revolucionario de izquierda, I. N. Steinberg. Éste había sido comisario de justicia en el gobierno soviético y solicitaba la resurrección de la "democracia soviética" con amplia autonomía y autodirección en el nivel local.[45]

En verdad, este requerimiento repetía la antigua exigencia leninista de entregar "todo el poder a los soviets", reivindicación que ahora volvían contra los bolcheviques sus críticos del ala izquierda. Dentro de las filas mismas del Partido Comunista, los centralistas democráticos defendían la concesión de mayor poder a los soviets locales como remedio para la excesiva centralización de la autoridad política ocurrida durante la Guerra Civil. Tampoco se limitaban tales apelaciones a un puñado de intelectuales radicales. Durante los meses del invierno la cólera popular se desarrolló en un amplio frente, que abarcaba a marineros y soldados, así como a campesinos y obreros, que anhelaban recuperar la anárquica libertad de 1917, a la vez que deseaban la restauración de la estabilidad social y el fin del derramamiento de sangre y la privación económica. A raíz de estas aspiraciones en cierto modo contradictorias, surgió una de las más serias crisis internas que los bolcheviques habían enfrentado desde la toma del poder.

En marzo de 1921 el régimen soviético estuvo en peligro de ser barrido por una oleada de insurrecciones campesinas, disturbios laborales y fermento militar, que alcanzó su culminación en el levantamiento de Kronstadt.

Era sobre todo el hambre y la privación lo que había creado la atmósfera para la crisis, y sería fácil criticar a los bolcheviques porque no hayan logrado atenuar el descontento abandonando el sistema del Comunismo de Guerra. No obstante, los bolcheviques necesitaban, no menos que los gobiernos del oeste, tiempo para evaluar la nueva situación que estaban enfrentando. La transición de la guerra a la paz, como dijo Lenin al Octavo Congreso de los Soviets, no era cosa sencilla. Nadie estaba seguro de cuál era el mejor curso de acción; no había ningún plano estratégico, ningún precedente que seguir. Desde el momento en que los bolcheviques tomaron el poder, sus políticas fueron el resultado de tanteos y tuvieron un carácter experimental e incierto; y pasados más de tres años, la improvisación seguía caracterizando sus discusiones y acciones. Algunos de los líderes partidarios, incluido Lenin mismo, comenzaron de hecho ya en noviembre de 1920 a considerar la posibilidad de moderar el Comunismo de Guerra, pero en ese momento estaba lejos de ser evidente –como iba a serlo sólo dos o tres meses más tarde– que fuera necesaria una reorientación inmediata para evitar un trastorno social de importancia.

No obstante, subsiste el hecho de que tardó demasiado en producirse una relajación del clima interno. Dominados aún por la psicología bélica, y no dispuestos a abandonar el programa que se adaptaba a sus preconceptos ideológicos, los

bolcheviques se aferraron a las políticas del Comunismo de Guerra y no las abandonaron hasta febrero de 1921, cuando Lenin dio los primeros pasos hacia el establecimiento de una Nueva Política Económica. No obstante, en ese momento ya a era demasiado tarde para evitar la tragedia de Kronstadt.

NOTAS

1. Vos'moi vserossiikii s' 'ezd sovetov rabochikh, krest'ianskikh, krasnoarmeiskikh i kazach'ikh deputatov: stenografischeskii otchet (22–29 *dekabria* 1950 *goda),* Moscú, 1921, pág. 16.

2. L. N. Kristman, *Geroicheskii period velikoi russkoi revoliutsii,* 2ª, ed., Moscú, 1926, pág. 166.

3. Lenin, *Polnoe sobranie sochinenii,* XLIII, 219.

4. Kristman, *Geroicheskii period velikoi russkoi revoliutsii,* págs. 135–39.

5. A. S. Pukhov, *Kronshtadtskii miatezh 1951* g., Leningrado, 1931, pág. 8.

6. Véase Kristman, *Geroicheskii period velikoi russkoi revoliutsii,* págs. 15361.

7. Véase E. H. Carr, *The Bolshevik Revolution,* 1917–1923, 3 vols., Nueva York, 1951–1953, II, págs. 39–46.

8. Lenin, *Polnoe sobranie sochinenii,* XXXVIII, 200.

9. *Ibid.,* XLIX, 43. Los bolcheviques cambiaron oficialmente su nombre por el de comunistas en marzo de 1918.

10. Merle Fainsod, *Smolensk under Soviet Rule,* Cambridge, Mass., 1958, pág. 43.

11. I. la. Trifonov, *Klassy i klassovaia bor'ba v SSSR v nachale nepa (19211923 gg.),* vol. I: *Bor'ba s vooruzhennoi kulatskoi kontrrevoliutsiei,* Leningrado, 1964, ofrece un informe detallado de las sublevaciones campesinas en diversos puntos de Rusia Soviética.

12. Desiatyi s' 'ezd RKP(b), mart 1921 goda, Moscú, 1963, pág. 23.

* Nombre que designa tradicionalmente en francés a las sublevaciones campesinas. Se aplicó por primera vez a la revuelta de los campesinos o *Jacques* de la Ile–de–France contra la nobleza, que se produjo el 28 de mayo de 1358. Fue reprimida por los nobles con despiadada dureza. (N. del T.)

13. Seth Singleton, "The Tambov Revolt (1920–1921)", *Slavic Review,* XXV (septiembre de 1966), 499.

14. Véanse *ibid.,* págs. 497–512, y *Antonovshchina,* Tambov, 1923.

15. Trifonov, *Klassy i klannovaia bor'ba v SSSR,* I, 4–5; Iu. A. Poliakov, *Perekhod k nepu i sovetskoe krest'ianstvo,* Moscú, 1967, págs. 205–206. Los archivos de Trotsky en la Universidad de Harvard contienen una cantidad de documentos vinculados con estas sublevaciones campesinas de 1920–1921.

16. Singleton, "The Tambov Revolt" *Slavic Review,* XXV, 500; *Kak tambovskie krest'iane boriatsia za svobodu,* sin pie de imprenta, 1921, págs. 12–13.

17. Poliakov, Perekhod k nepu, págs. 213 y sigs.

18. N. Osinskii, *Gosudarstvennoe regulirovanie krest'ianskogo khoziaistva,* Moscú, 1920, págs. 8–9.

19. *Vos'moi vserossiiskii s' 'ezd sovetov,* págs. 37–43, 50–57, 122–23, 200201.

20. Lenin, *Polnoe sobranie sochinenii,* XLII, 382–86.

21. Véase su nota del 21 de octubre de 1920 al Comisario Delegado de Alimentación, N. P. Briukhanov, *ibid.,* LI, 313.

22. *Ibid.,* XLII, 51.

23. Vos'moi vserossiiskii s' 'ezd sovetov, págs. 10 y sigs.

24. Lenin, *Polnoe sobranie sochinenii,* XLI, 362–63.

25. Vos'moi vserossiiskii s' 'ezd sovetov, pág. 268.

26. *Ibid.,* pág. 30.

27. Za 5 *let, 1917–1922: sbornik Ts.K.R.K.P.,* Moscú, 1922, pág. 408; Kritsman, *Geroicheskii period velikoi russkoi revoliutsii,* págs. 163–64. Cf. las cifras que aparecen en N. A. Kornatovskii (comp.), *Kronshtadtskii miatezh: sbornik statei, vospominanii i dokumentov,* Leningrado, 1931, págs. 8–9; y en *Grazhdanskaia voina,* 1918–1921, 3 vols., Moscú, 19281930, I, 361.

28. *Vos'moi vserossiiskii s' 'ezd sovetov,* pág. 160, *Za 5 let,* pág. 408. Para concretar, se destruyeron 3.762 puentes de ferrocarril y 3.597 puentes camineros, así como unos 2.000 kilómetros de vía férrea y 100.000 kilómetros de cable telegráfico: Erich Wollenberg, *The Red Army,* Londres, 1938, pág. 110.

29. Lazarevich, "Krontshtadtskoe vosstanie", *Bor'ba,* 1921, N° 1–2, págs. 3–5.

30. Pukhov, *Kronshtadtskii miatezh,* pág. 23.

31. A. Slepkov, *Kronshtadtskii miatezh,* Moscú, 1928, pág. 13.

32. Pukhov, *Kronshtadtskii miatezh,* pág. 11.

33. *Ibid.,* pág. 23; Lazarevich, "Kronshtadtskoe vosstanie", *Bor'ba,* 1921, N° 1–2, págs. 3–5.

34. Las cifras citadas en el texto provienen de la *Krasnaia Gazeta,* 9 de febrero de 1921; Kritsman, *Geroicheskii period velikoi russkoi revoliutsii,* pág. 52; y Pukhov, *Kronshtadtskii miatezh,* pág. 19.

35. S. N. Prokopovitch, *The Economic Condition of Soviet Russia,* Londres, 1924,

págs. 20–25. Véase también K. Leites, *Recent Economic Developments in Russia*, Londres, 1922, págs. 131 y sigs.

36. Véase Alexander Berkman, *The Kronstadt Rebellion*, Berlín, 1922, pág. 10.

37. Véase James Bunyan, *The Origin of Forced Labor in the Soviet State*, 1917–1921: *Documents and Materials*, Baltimore, 1967, págs. 89 y sigs., 135–36.

38. Véase Paul Avrich, "The Bolshevik Revolution and Workers' Control in Russian Industry", *Slavic Review*, XXII (marzo de 1963), 47–63.

39. Kristman, *Geroicheskii period velikoi russkoi revoliutsii*, pág. 206.

40. *Ibid.*, págs. 297–98. El 2 de febrero de 1921 Lenin se quejaba de que "la población de Moscú está creciendo sobremanera por la gran cantidad de empleados", y decía que era necesario hacer algo al respecto: Lenin, *Polnoe sobranie sochinenii*, LII, 65.

41. Buenos exámenes de los diversos aspectos de la controversia referente a los sindicatos pueden verse en Robert V. Daniels, *The Conscience of the Revolution*, Cambridge, Mass., 1960, págs. 119–36; y en Isaac Deutscher, *Soviet Trade Unions*, Londres, 1950, págs. 42–52.

42. Alexandra Kollontai, *The Workers' Opposition in Russia*, Chicago, 1921, págs. 22–23. Cf. las tesis del grupo de Oposición de los Trabajadores en *Pravda*, 25 de enero de 1921.

43. Lenin, *Polnoe sobranie sochinenii*, LXII, 234.

44. Alexander Berkman, *The Bolshevik Myth (Diary 1920–1922)*, Nueva York, 1925, pág. 319; Berkman, *The "Anti–Climax"*, Berlín, 1925, pág. 12.

II. PETROGRADO Y KRONSTADT

En febrero de 1921 ocurrió una ruptura franca entre el régimen bolchevique y su principal apoyo, que era la clase trabajadora. Desde comienzos del invierno, que fue inusitadamente riguroso incluso para los promedios moscovitas, el frío y el hambre, combinados con los rigores no atenuados del Comunismo de Guerra, habían producido una atmósfera muy cargada en las grandes ciudades. Esto ocurrió particularmente en Moscú y Petrogrado, donde sólo hacía falta una chispa para producir una explosión. Esa chispa se produjo el 22 de enero, cuando el gobierno anunció que la ración de pan acordada a las ciudades, que ya era magra, se reduciría inmediatamente en un tercio.[1] Pese a la severidad de la medida, la reducción resultaba evidentemente inevitable. Las grandes nevadas y la escasez de petróleo habían detenido a los trenes que traían alimentos de Siberia y el norte del Cáucaso, donde se habían reunido excedentes para alimentar a las ciudades hambrientas del centro y del norte. En los primeros diez días de febrero, la interrupción de los vínculos por vía férrea llegó a ser tan completa que ni siquiera pudo llegar a los vacíos depósitos de Moscú un solo cargamento de cereal.[2] Pero el hecho de que la reducción de las raciones hubiera sido impuesta por circunstancias urgentes e imprevisibles, no

contribuyó mucho a disminuir su impacto sobre la población urbana hambrienta. Parecía inevitable alguna clase de estallido.

El primer disturbio serio se produjo en Moscú a mediados de febrero. Comenzó con una tanda de reuniones espontáneas en las fábricas, en las cuales los obreros encolerizados exigieron la inmediata derogación del Comunismo de Guerra en favor de un sistema de "trabajo libre". Tan categórica era esta demanda que el gobierno envió emisarios a las fábricas para tratar de justificar su política; sin embargo, no era ésta una tarea fácil. Enfrentados con auditorios extremadamente hostiles, los portavoces oficiales no tuvieron casi la posibilidad de terminar de formular sus observaciones antes de que los desalojaran de la tarima en medio de un coro de mofas y silbidos. De acuerdo con un informe, Lenin mismo, al aparecer ante una ruidosa reunión de obreros metalúrgicos de Moscú, preguntó a sus oyentes, que habían acusado a los bolcheviques de arruinar el país, si preferían que volvieran los Blancos. Su pregunta provocó una aguda réplica: "No nos importa quiénes vengan –blancos, negros o incluso diablos–, pero ustedes váyanse".[3]

Creció rápidamente el descontento en las ciudades, a medida que las huelgas y las demostraciones iban sucediendo a las reuniones de fábrica. Los trabajadores salieron a la calle con banderas y carteles que exigían el "libre comercio", mayores raciones y la abolición de las requisiciones de cereales. Tampoco se detuvieron en exigencias económicas. Algunos de los manifestantes querían la restauración de los derechos políticos y las libertades civiles, y había incluso algunos carteles en que se solicitaba la reimplantación de la Asamblea

Constituyente, mientras otros llevaban una leyenda más chocante: “Abajo los comunistas y los judíos”.[4] Al comienzo, las autoridades trataron de frenar las manifestaciones con promesas de atenuación, pero tal procedimiento resultó inútil y hubo que llamar a las tropas regulares y a los cadetes de la escuela militar *(kursanty)* para restablecer el orden.

Tan pronto como comenzaron a aplacarse los disturbios en Moscú, una oleada más seria de huelgas se difundió por la ex capital de Petrogrado. Un aire de tragedia se cernía sobre la ciudad, que sólo era “un fantasma de lo que había sido –según la describe una contemporánea–, con sus filas diezmadas por la revolución y la contrarrevolución, y con un futuro inmediato incierto”.[5] Situada en el ángulo noroeste de Rusia, alejada de los centros principales de abastecimiento alimentario y petrolífero, Petrogrado sufría aun más que Moscú por el hambre y el frío. Las reservas disponibles de alimentos habían bajado a sólo un quinto de los disponibles antes de la Primera Guerra Mundial.[6] Los habitantes de las ciudades marchaban kilómetros a pie hacia las selvas vecinas, sin ropas de abrigo ni calzado decente, para cortar maderas con el fin de calentar sus hogares. A comienzos de febrero más del 60 por ciento de las fábricas más grandes de Petrogrado se vieron forzadas a cerrar sus puertas por falta de petróleo.[7] Entretanto, los abastecimientos alimentarios prácticamente habían desaparecido. Según un testigo menchevique, Feodor Dan, los obreros y soldados hambrientos mendigaban por las calles un pedazo de pan.[8] Los ciudadanos encolerizados protestaban contra el sistema no equitativo de racionamiento que favorecía a algunas categorías de la población más que a otras. Las tensiones se agravaron al saberse que los miembros del partido

recibieron zapatos y vestimentas nuevas. Rumores de esta clase, que siempre abundan en épocas de tensión y estrechez, recibieron amplio crédito y se contaron como factores prominentes en el tumulto que precedió a la revuelta de Kronstadt.

Como en Moscú, las manifestaciones callejeras fueron precedidas por una racha de reuniones de protesta en las numerosas aunque vacías fábricas y talleres de Petrogrado. Se oían en primer lugar quejas de carácter económico, sobre todo referentes a la cuestión de la comida. Un orador tras otro exigían que terminaran las requisiciones de granos, que se suspendieran las inspecciones camineras, se abolieran las raciones privilegiadas y se permitiera el trueque de posesiones personales por alimentos. El 23 de febrero se celebró una agitada asamblea en la fábrica Trubochny, que era todavía uno de los más grandes establecimientos metalúrgicos de Petrogrado, aunque su fuerza de trabajo había disminuido hasta ser sólo una fracción de lo que fuera tres o cuatro años antes. Antes de disolverse la reunión, se aprobó una resolución donde se requería un aumento en las raciones alimentarias y la distribución inmediata de todo el calzado y las vestimentas de invierno disponibles. Los obreros volvieron a la mañana siguiente pero pronto abandonaron sus herramientas y salieron de la fábrica. Se dirigieron a la isla Vasili, en la margen norte del Neva, y trataron de organizar una demostración masiva para dar expresión activa a sus quejas. Se envió una delegación a los cuarteles del regimiento de Finlandia, pero no logró inducir a los soldados a que participaran en la demostración. Sin embargo, comenzaron a llegar más trabajadores de las fábricas cercanas y estudiantes del Instituto

de Minería, y en poco tiempo se reunió una multitud de 2.000 personas que proclamaba su desaprobación al gobierno. Según una exposición de los hechos, el presidente bolchevique del Consejo de Sindicatos de Petrogrado, N. M. Antselovich, irrumpió en la escena y exhortó a los trabajadores a que volvieran a sus tareas, pero fue sacado de su coche y golpeado por la multitud.[9] Antes de que la situación escapara completamente a todo control, Zinoviev, presidente del partido en Petrogrado y presidente del Soviet, envió una compañía de cadetes militares armados con orden de dispersar la manifestación. Luego de algunas escaramuzas y gritos, se dispararon al aire unos pocos tiros y los huelguistas se dispersaron sin derramamiento de sangre.[10]

La demostración en la isla Vasili era sólo un preludio de lo que iba a venir. Al día siguiente, el 25 de febrero, los obreros de Trubochny volvieron a ganar la calle, se diseminaron por los distritos fabriles circundantes y solicitaron a sus compañeros que abandonaran las tareas. Tuvieron inmediato éxito. Los operarios abandonaron el trabajo en la fábrica de tabaco Laferme, la fábrica de calzado Skorojod y las plantas metalúrgicas del Báltico y Patronny; luego, los rumores de que algunos de los manifestantes de la isla Vasili habían sido muertos o heridos el día anterior por los cadetes militares hicieron que la huelga se difundiera a otras grandes empresas, incluidos los astilleros del Almirantazgo y los diques secos de Galérnaya. En varios lugares se reunieron multitudes para oír ataques improvisados a la política del gobierno, y una vez más se apeló a los *kursanty* para dispersarlas.

Alertadas por las huelgas de Moscú, las autoridades de

Petrogrado, bajo la supervisión de Zinoviev, habían mantenido una actitud de vigilancia ante posibles signos de perturbaciones en su propio sector. Cuando esto ocurrió, actuaron con rapidez para restablecer el orden. El 24 de febrero, el mismo día de la manifestación de la isla Vasili, el Comité del Partido Comunista de Petrogrado se reunió y organizó un Comité de Defensa tripartito, constituido por M. N. Lashevich, miembro del Consejo de Guerra Revolucionaria de la República Soviética, D. N. Avrov, comandante del distrito militar de Petrogrado, y N. M. Antselovich, del Consejo de Sindicatos. El Comité de Defensa de Petrogrado, investido con poderes de emergencia, ordenó que cada distrito de la ciudad constituyera su propia "troika revolucionaria" para impedir que se propagaran los disturbios.

Modeladas según el Comité de Defensa mismo, las *revtroiki* estaban compuestas por el organizador partidario del distrito, el comandante militar local y el presidente del soviet de distrito o el comisario de la escuela militar local. El mismo día, el Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado, presidido por Zinoviev, proclamó la ley marcial en la ciudad. Se impuso el toque de queda a partir de las once de la noche, y se prohibió toda clase de reuniones callejeras.[11]

Mientras los huelguistas de Trubochny recorrían las fábricas exhortando a los trabajadores a unírseles en una protesta masiva contra las autoridades, Zinoviev y sus colegas buscaban la manera de evitar un baño de sangre. El 25 de febrero el Soviet de Petrogrado, el Consejo de Sindicatos y el comité del partido dirigieron un llamado conjunto "A los Obreros de Petrogrado Rojo", exhortándolos a permanecer en su trabajo.

El llamado admitía que los obreros estaban sufriendo muchas dificultades, pero explicaba que éste era el costo por defender la revolución contra sus enemigos. Incluso entonces, decía el documento, los Guardias Blancos, ayudados por los mencheviques y los socialistas revolucionarios, trataban de explotar la crisis alimentaria para hacerla servir a sus propios y malévolos fines. ¿Ya habían olvidado los trabajadores del "Pedro Rojo" a los Yudenich y Kolchak, los Denikin y Wrangel? ¿Qué podía dar al pueblo una restauración Blanca? Sólo "el látigo del terrateniente y la corona zarista". Y ¿qué resultaría de abandonar las fábricas? Más hambre y frío aún. Los trabajadores habían hecho en verdad enormes sacrificios, pero ésa era una razón más para no abandonar la revolución en el momento mismo de lograr la victoria.[12]

Con esta exhortación los bolcheviques de Petrogrado lanzaron una importante campaña de propaganda para contrarrestar la intranquilidad dentro de la ciudad. Desde todos los sectores oficiales se advirtió a los huelguistas que no hicieran el juego a la contrarrevolución. El hambre, el agotamiento y el frío, según la argumentación del gobierno, eran las consecuencias inevitables de la "Guerra de Siete Años" por la que acababa de pasar el país. ¿Tenía algún sentido perder tan costosa victoria entregándola a los "cerdos de los Guardias Blancos" y a sus partidarios? Los únicos beneficiarios de las huelgas y demostraciones, declaró el Soviet de Petrogrado, eran los terratenientes polacos de Riga y los capitalistas ingleses de Londres, que podían sentirse tentados a exigir mayores concesiones en la mesa de negociaciones. Dentro de la misma tónica, una proclama de los *kursanty* de Petrogrado denunciaba a los obreros de Trubochny por

acciones que sólo podrían agradar "a los terratenientes ingleses, franceses y de otras nacionalidades, a los agentes de la Guardia Blanca que estaban diseminados por todas partes, y a sus sirvientes, los lacayos del capitalismo: los socialistas revolucionarios y los mencheviques".[13] El Comité de Defensa de Petrogrado advertía que espías ingleses, franceses y polacos se habían introducido subrepticiamente en la ciudad para sacar provecho de la confusión. Entretanto, los diarios presentaban una cantidad de resoluciones de diversas fábricas y sindicatos de Petrogrado donde se condenaba a los "provocadores" y "ociosos" responsables de los disturbios.[14] El epíteto preferido para designar a los supuestos perturbadores era *shkurniki,* o sea "logreros" –literalmente, personas que sólo se ocupaban de su propio pellejo–. Y en lugar de utilizar las palabras habituales que designan las "huelgas" *(stachka o zabastovka),* se empleaba el término *volynka,* palabra de la lengua familiar que abarca no sólo el abandono regular del trabajo sino también las huelgas de brazos caídos y el trabajo a desgano. Según Feodor Dan, las autoridades preferían este término peyorativo antes que admitir que podían iniciarse huelgas auténticas contra un "gobierno de trabajadores".[15]

El 26 de febrero, al acentuarse los disturbios, el Soviet de Petrogrado celebró una sesión especial para considerar otras medidas. La nota ominosa la dio N. N. Kuzmin, que era un comisario de la flota del Báltico que iba a adquirir una cierta notoriedad en las semanas siguientes, cuando llamó la atención respecto de la atmósfera de revuelta que había entre los marineros y advirtió que podía ocurrir una explosión si se permitía que continuaran las huelgas. Dentro de esta línea, Lashevich, miembro del Comité de Defensa de Petrogrado,

declaró que las medidas severas eran la única manera de tratar con los huelguistas. Pidió, en particular, que los obreros de Trubochny, principales instigadores del movimiento, fueran expulsados de su fábrica y, por lo tanto, privados automáticamente de sus raciones. El Soviet estuvo de acuerdo y emitió de inmediato las órdenes necesarias. También se cerró la fábrica Laferme, un segundo foco de descontento proletario, y se dieron directivas a los trabajadores de otras empresas para que volvieran a sus máquinas o se aprestaran a sufrir el mismo castigo.[16]

Este intento levemente velado de reducir por el hambre a los trabajadores sólo contribuyó a aumentar las tensiones existentes. Durante los restantes días de febrero el movimiento siguió difundiéndose y una fábrica tras otra se vieron forzadas a suspender su funcionamiento. El día 28 el castigo alcanzó al establecimiento metalúrgico gigantesco de Putilov, con sus 6.000 obreros, masa formidable aunque sólo llegara a una sexta parte de lo que había sido durante la Primera Guerra Mundial.

En ese momento estaba próximo el cuarto aniversario de la Revolución de Febrero, y la inquietud de Petrogrado, como observaba Dan, recordaba el estado de ánimo que reinaba en la ciudad en 1917, justo antes del colapso de la autocracia.[17] Otro factor que provocó el interés oficial fue el cambio ocurrido en el tipo de exigencia de los trabajadores. Al comienzo, las resoluciones aprobadas por las asambleas de fábrica se referían en su mayor parte a problemas económicos familiares: la distribución regular de raciones, la entrega de calzado y vestimenta de abrigo, la eliminación de los

destacamentos camineros de inspección, el permiso para realizar viajes de aprovisionamiento al campo y poder comerciar libremente con los aldeanos, la eliminación de las raciones privilegiadas para categorías especiales de trabajadores, etcétera. En los últimos dos días de febrero estas exigencias económicas adquirieron un tono más urgente; en un panfleto, por ejemplo, se citan casos de trabajadores que habían sido encontrados helados o muertos de hambre en su casa.[18] Pero había un hecho aun más alarmante desde el punto de vista de las autoridades, y era el de que las quejas políticas habían comenzado a ocupar un lugar prominente en el movimiento huelguístico. Entre otras cosas, los trabajadores deseaban que los destacamentos especiales de bolcheviques armados, que cumplían una función puramente policial, fueran retirados de las fábricas, así como pedían también que se licenciaran los ejércitos de trabajo, algunos de los cuales habían sido asignados recientemente a las empresas más grandes de Petrogrado. En un nivel más fundamental, se volvieron más insistentes y generales los requerimientos de restauración de los derechos políticos y civiles, que al comienzo habían sido esporádicos.

No es sorprendente que en tal momento la oposición política se pusiera en movimiento. Los mencheviques y las organizaciones socialistas revolucionarias de Petrogrado, aunque diezmadas por los arrestos y acosadas por la policía, se las arreglaron para distribuir una cantidad de proclamas entre la población trabajadora. El 27 de febrero, por ejemplo, apareció en las calles de la ciudad el siguiente manifiesto:

Es necesario un cambio fundamental en la política del

gobierno. Ante todo, los trabajadores y campesinos necesitan libertad. No quieren vivir al arbitrio de las decisiones de los bolcheviques. Desean controlar su propio destino. Camaradas, apoyad el orden revolucionario. De una manera organizada y decidida exigimos:

La liberación de todos los trabajadores socialistas y no partidarios arrestados; la abolición de la ley marcial; la libertad de expresión, prensa y reunión para todos los trabajadores; elecciones libres de comités de fábrica, sindicatos y soviets.

Llamad a reunión, aprobad resoluciones, enviad delegados a las autoridades, poned en marcha la realización de vuestros requerimientos.[19]

Aunque el manifiesto no llevaba firma, presentaba los signos inequívocos de la agitación que, según ellos mismos admiten, Dan y los líderes mencheviques que lo acompañaban estaban guiando activamente a fines de febrero.

La organización de Petrogrado, ayudada por impresores que le eran favorables, y entre los cuales los mencheviques siempre habían gozado de predicamento, logró imprimir muchos panfletos y proclamas donde se pedía la elección libre de los soviets y los sindicatos, la restauración de las libertades civiles, la finalización del terror y la liberación de los prisioneros socialistas y de otros sectores políticos del ala izquierda de las cárceles comunistas. En la esfera económica, los mencheviques pedían que el gobierno cesara con las requisiciones de cereales y con el establecimiento compulsivo de granjas estatales, y que

restableciera la libertad de comercio entre la ciudad y el campo, con reglamentaciones que impidieran la especulación.

Éstos eran pedidos que los mencheviques venían haciendo desde las primeras etapas de la Guerra Civil, y que Feodor Dan y David Dallin habían presentado con gran energía en el Octavo Congreso de los Soviets en diciembre de 1920. Lo que los mencheviques deseaban, en esencia, era el cumplimiento de la constitución existente, de modo que todos los partidos socialistas pudieran tener su lugar en el sistema soviético y que la gente trabajadora pudiera gozar de las libertades que la dictadura bolchevique les negaba en forma arbitraria. En consonancia con su rol como oposición legal, que habían desempeñado desde 1917, los mencheviques evitaron toda exhortación a derrocar al gobierno por la fuerza de las armas. Más bien, como lo indica el manifiesto transcripto más arriba, pedían a los trabajadores de Petrogrado que celebraran asambleas, aprobaran resoluciones y peticionaran a las autoridades –en síntesis, que aplicaran "de una manera organizada y decidida" toda la presión legal necesaria para la reforma política y económica–. No obstante, sus críticas despertaron la preocupación y la indignación del gobierno, pues implicaban nada menos que acusar a los bolcheviques de haber traicionado los principios fundamentales de la revolución. Además, ¿quién podía garantizar que los trabajadores, una vez incitados a la acción, se detendrían en métodos legales de protesta y no irrumpirían en una rebelión abierta?

A diferencia de los mencheviques, los socialistas revolucionarios habían cifrado desde largo tiempo atrás sus

esperanzas en un levantamiento masivo que desalojara del poder al régimen leninista. En lugar de éste, se proponían restablecer la Asamblea Constituyente elegida por el pueblo, en la cual su propio partido había obtenido una mayoría de bancas, pero que los bolcheviques disolvieron en enero de 1918. En 1921 estos dos objetivos –el derrocamiento del poder bolchevique y la resurrección de la Asamblea Constituyente– seguían constituyendo el núcleo del programa de los socialistas revolucionarios, y la proclama que transcribimos a continuación, pegada en las paredes de Petrogrado el 28 de febrero y firmada por los "Trabajadores Socialistas del Distrito de Neva", era probablemente de origen socialista revolucionario:

> Sabemos quién teme a la Asamblea Constituyente. Son los que ya no podrán robar al pueblo, sino que tendrán que responder ante los representantes de éste por sus engaños, robos y todos sus crímenes.
>
> ¡Abajo los odiados comunistas! ¡Abajo el gobierno soviético! ¡Viva la Asamblea Constituyente Popular! [20]

Este volante, y otros parecidos, eran mucho más militantes e intransigentes que todos los que hubieran producido los bolcheviques. En verdad, por su tono y contenido se aproximaba más a la propaganda de organizaciones clandestinas como la Unión para la Resurrección de Rusia, alianza de liberales y socialistas de extrema izquierda que compartían como objetivo predominante la liquidación del dominio bolchevique.

La corriente de propaganda anticomunista desatada durante las huelgas de febrero plantea el problema del liderazgo del movimiento. ¿Fueron los mencheviques y los socialistas revolucionarios, según los cargos formulados por el gobierno, quienes sacaron a la calle a los obreros? No cabe duda alguna de que ambos grupos hicieron lo posible por alentar las huelgas una vez que éstas se produjeron. Esto fue particularmente cierto en el caso de los mencheviques, que habían recuperado en 1921 buena parte del apoyo de la clase obrera que perdieran durante la revolución de 1917. En la época de los disturbios de Petrogrado, era considerable la influencia que los mencheviques ejercían en la fábrica Trubochny y en otras empresas donde la inquietud resultaba visible.[21] Los agitadores mencheviques eran oídos con simpatía en las asambleas de obreros, y los panfletos y manifiestos que producían pasaban por muchas manos, que los recibían con avidez. Sin embargo, pese a toda esta actividad, que desempeñó indudablemente un papel en la propagación de los disturbios, no hay ninguna prueba de que los mencheviques o cualquier otro grupo los hayan planeado y organizado por anticipado. Los obreros de Petrogrado, según hemos visto, tenían sobradas causas de por sí para estallar en una protesta abierta contra el gobierno. En tanto no fueron planeadas –aunque difícilmente podría decirse que carecieran de motivo–, las huelgas de febrero constituyeron una expresión espontánea del descontento popular.

Después de una semana de tumultos, las autoridades de Petrogrado lograron finalmente controlar la situación. No había sido cosa fácil, y se logró mediante una combinación de fuerza y concesiones que Zinoviev y sus compañeros aplicaron con

decidida eficacia. Complicaba su tarea el hecho de que una buena parte de la guarnición regular, que había sido presa del fermento general, no era digna de confianza en lo que respecta al cumplimiento de las órdenes del gobierno. Las unidades que se consideraron poco seguras fueron desarmadas y confinadas en sus cuarteles. Se rumoreaba incluso que estaba prohibido el reparto de botas para impedir que los soldados dejaran sus cuarteles y se mezclaran con la muchedumbre, como lo habían hecho con tan funestos resultados en los cuatro años anteriores.[22] En lugar de las tropas regulares, las autoridades confiaron en los *kursanty,* los cadetes de la escuela de oficiales comunistas, que fueron citados por centenares y vinieron de las academias militares cercanas para patrullar la ciudad. Además, se movilizó a todos los miembros del partido de ese sector para el caso de que se los necesitara también con el fin de restablecer el orden.

De la noche a la mañana Petrogrado se transformó en un campamento armado. En todos los barrios se detenía a los peatones y se examinaban sus documentos. Se cerraron los teatros y restaurantes y se impuso en forma estricta el toque de queda. De tiempo en tiempo se oían tiroteos aislados en las calles. A medida que aumentaron las tensiones, ocurrió, particularmente entre los obreros industriales, el despertar de un sentimiento antisemita, que el Soviet de Petrogrado atribuyó a la literatura detractora de los judíos que hacían circular los agitadores Blancos.[23] Esta acusación se justificaba, quizás, en cierta medida, aunque el antisemitismo fue una respuesta tradicional de los campesinos y obreros rusos durante épocas de privación no habitual. En todo caso, los habitantes judíos de Petrogrado veían la situación con

aprensión, y algunos de ellos dejaron la ciudad, temiendo que ocurriera un pogrom si se derrumbaba el gobierno y las multitudes lograban tener rienda suelta en las calles.[24]

Aparte de concentrar fuerzas militares considerables dentro de la ciudad, los bolcheviques trataron de quebrantar al movimiento de protesta expulsando a más huelguistas de sus fábricas. Esto trajo como consecuencia –como en el caso de Trubochny y Laferme– que los trabajadores despedidos perdieran su ración.

Al mismo tiempo, la Cheka de Petrogrado realizó gran cantidad de arrestos. Se encarcelaba a los oradores que criticaban al régimen en las asambleas de fábrica y en las manifestaciones callejeras. Durante los últimos días de febrero, según cifras de Dan, terminaron entre rejas unos 500 obreros y funcionarios sindicales recalcitrantes.[25] Cayeron también en las redadas millares de estudiantes, intelectuales y otras personas que no eran obreros, muchos de los cuales pertenecían a partidos y grupos de oposición. La organización menchevique en Petrogrado se vio particularmente sacudida por las incursiones de la Cheka. Virtualmente todos los líderes activos, que habían evitado hasta entonces el arresto, fueron aprisionados. Kazukov y Kamensky fueron arrestados hacia fines de febrero, después de organizar una manifestación de trabajadores. Unos pocos, incluidos Rozhkov y Dan, siguieron libres por un día o dos más, y se dedicaron febrilmente a producir y distribuir sus proclamas y volantes, hasta que fueron finalmente atrapados por la policía. En síntesis, se ha estimado que durante los primeros tres meses de 1921 fueron arrestados unos 5.000 mencheviques, incluido todo el Comité

Central del partido.[26] Al mismo tiempo, fueron también atrapados los pocos socialistas revolucionarios y anarquistas prominentes que aún se encontraban en libertad. Según Víctor Serge, en su obra *Memoirs of a Revolutionary,* la Cheka deseaba fusilar a sus prisioneros mencheviques como principales instigadores de las huelgas, pero intervino Máximo Gorki y los salvó.[27]

Entretanto, los bolcheviques acentuaron sus esfuerzos propagandísticos en un último intento de persuadir a los huelguistas para que volvieran al trabajo sin derramamiento de sangre. Para ayudar a las publicaciones realizadas mediante la prensa, se reclutaron miembros del partido –particularmente quienes gozaban de la estimación popular– para que realizaran agitación en las calles, fábricas y cuarteles. La acogida que recibieron no fue en general muy cordial, aunque Miguel Kalinin, presidente del Congreso Panruso de los Soviets, parece haber tenido más éxito que la mayoría de sus colegas (quizá debido a sus orígenes plebeyos), en lo que respecta a lograr un auditorio en los talleres e instalaciones militares que rodeaban a la ciudad. Los agitadores, como tema central, condenaban las huelgas y manifestaciones atribuyéndolas a conjuras contrarrevolucionarias maquinadas por los Guardias Blancos y sus aliados mencheviques y socialistas revolucionarios. Esta fórmula, como observó Emma Goldman, se había desgastado en tres años de repetición,[28] aunque produjera todavía cierto efecto, especialmente porque los mencheviques y los socialistas revolucionarios no realizaban ningún intento de ocultar su papel activo en los disturbios.

Pero el empleo de la fuerza y de la propaganda no fueron los

únicos medios que permitieron restablecer el orden en Petrogrado. Resultó de igual importancia una serie de concesiones de suficiente magnitud como para embotar la agudeza del movimiento opositor. Como paso inmediato, se distribuyeron raciones extra a los soldados y operarios fabriles, que equivalían a una lata de carne en conserva y a un poco más de medio kilo de pan por día, lo cual, según informó el cónsul norteamericano en Viborg, "produjo una considerable merma en los menguados abastecimientos alimentarios de Petrogrado".[29] Al mismo tiempo, se trajeron precipitadamente abastecimientos de emergencia de otras localidades para utilizarlos cuando se agotaran las existencias.

Aparte de esto, Zinoviev anunció el 27 de febrero una cantidad adicional de concesiones a las demandas más insistentes de los trabajadores. En lo sucesivo se les permitiría salir de la ciudad para abastecerse de comida. Para facilitarlo, Zinoviev prometió incluso trenes extra de pasajeros en dirección a la zona campestre circundante. Además, se instruyó a los destacamentos de inspección caminera distribuidos en torno de Petrogrado para que no confiscaran los productos alimenticios que traían los obreros comunes, sino que se limitaran a evitar la auténtica especulación. Zinoviev anunció también que el gobierno había adquirido unos 18 millones de puds de carbón en el exterior, que llegarían en breve tiempo y contribuirían a aliviar la escasez de petróleo en Petrogrado y en otras ciudades. Pero lo más importante es que reveló, por primera vez, que se estaban trazando planes para abandonar la incautación forzada de cereales de los campesinos, e imponerles en cambio una tasa en especies.[30] En otras palabras, el sistema del Comunismo de Guerra iba a la larga a

reemplazarse por una nueva política económica, que restablecería, por lo menos en parte, la libertad de comercio entre la ciudad y el campo. El 19 de marzo, como si tratara de confirmar esta intención, el Soviet de Petrogrado anunció el retiro de todos los destacamentos de control caminero en la provincia de Petrogrado. Además, el mismo día fueron desmovilizados todos los soldados del Ejército Rojo asignados a tareas laborales en Petrogrado –unos dos o tres mil en total–, y se les permitió volver a sus aldeas nativas. De acuerdo con la explicación oficial, las reducciones de producción habían hecho innecesaria ya su presencia.[31]

Como resultado, luego de varios días de tensa excitación, fueron disminuyendo rápidamente los disturbios en Petrogrado. El 2 o el 3 de marzo casi todas las fábricas en huelga volvieron al trabajo. Las concesiones gubernamentales produjeron cierto efecto, pero fue sobre todo el frío y el hambre lo que estimuló el cambio de actitud del pueblo. No obstante, esto no implica negar que la aplicación de la fuerza militar y de los arrestos masivos, por no hablar de la incansable propaganda realizada por las autoridades, fueron indispensables para restablecer el orden. Particularmente llamativa, a este respecto, fue la disciplina que mostró la organización partidaria local. Dejando de lado sus disputas internas, los bolcheviques de Petrogrado estrecharon rápidamente filas y procedieron a realizar la desagradable tarea de represión con eficacia y en forma expeditiva. Esto se aplica tanto a Zinoviev, jefe del partido local, como a cualquiera de sus subordinados. Pese a toda su reputación de cobarde, que era fácilmente invadido por el pánico cuando amenazaba el peligro, Zinoviev parece haber actuado con

notable presencia de ánimo en la represión de los desórdenes que ocurrían a su alrededor.

Además, el colapso del movimiento no se habría producido tan pronto si no hubiera sido por la profunda desmoralización de los habitantes de Petrogrado. Ocurría simplemente que los trabajadores estaban demasiado agotados como para sostener por largo tiempo cualquier clase de actividad política. El hambre y el frío habían reducido a muchos de ellos a un estado de indiferencia cercano a la apatía total. Más aún, carecían de liderazgo efectivo y de un programa coherente de acción. En el pasado, tales cosas habían sido proporcionadas por la *intelligentsia* radical. Pero en 1921, como observó Emma Goldman, los intelectuales de Petrogrado no estaban en condiciones de prestar a los obreros ninguna clase de apoyo importante, y no digamos de guía activa. Quienes habían sido una vez los abanderados de la protesta revolucionaria se sentían ahora demasiado fatigados y aterrorizados, demasiado paralizados por la futilidad del esfuerzo individual, como para levantar la voz y oponerse. Junto con la mayoría de sus camaradas que estaban en la prisión o el exilio, y algunos ya ejecutados, eran pocos los sobrevivientes dispuestos a arriesgar el mismo destino, especialmente cuando las probabilidades que tenían en contra resultaban tan abrumadoras y la más mínima protesta podía privar a sus familias de sus raciones.[32] Además, para muchos intelectuales y trabajadores, los bolcheviques, pese a todos sus defectos, constituían aún la barrera más efectiva contra el resurgimiento de los Blancos y la derrota de la revolución.

Por estas razones, las huelgas de Petrogrado estaban

predestinadas a una breve existencia. En verdad, terminaron casi tan repentinamente como habían comenzado, sin haber alcanzado nunca el punto de la revuelta armada contra el régimen. Sin embargo, sus consecuencias fueron inmensas. Al excitar a los marineros de la cercana Kronstadt, muy atentos a los desarrollos insurreccionales de la vieja capital, dieron marco a lo que fue, en muchos aspectos, la más seria rebelión en la historia soviética.

Kronstadt es una ciudad fortificada y una base naval ubicada en la isla de Kotlin, en el golfo de Finlandia, unos 30 kilómetros al oeste de Petrogrado. La fortaleza original, construida por Pedro el Grande a comienzos del siglo XVIII, estaba destinada a proteger por el lado del mar abierto a la nueva capital rusa construida sobre el Neva –a la celebrada "ventana hacia el Oeste" de Pedro–. Sin embargo, la isla misma tuvo importancia estratégica desde el siglo IX, cuando la desembocadura del Neva constituía el punto de partida de la famosa ruta marítima que iba "desde los varangianos hasta los griegos". En la actualidad, quienes visitan Peterhof, el majestuoso palacio de Pedro en el continente, al sudeste de Kotlin, pueden llegar hasta el borde del agua y ver a la distancia el vago perfil de la isla, que protege del abordaje por mar a la ex capital. Es una estrecha faja de tierra, de unos 13 kilómetros de largo por dos kilómetros y medio en su parte más ancha, de contornos irregulares que forman aproximadamente un triángulo alargado. Inaccesible desde el exterior, sus costas están bien defendidas por cadenas de fuertes y baterías establecidas sobre las formaciones rocosas que se extienden bien afuera por el mar, hacia el norte y el sur.

El extremo oriental de la isla, que está frente a Petrogrado, lo ocupa la ciudad de Kronstadt. Una gruesa y antigua muralla rodea la ciudad, y su punto principal de acceso es la Puerta de Petrogrado, situada al este. Por el lado sur de la isla están los puertos y los diques secos para los navíos de la flota del Báltico. El golfo de Finlandia permanece helado durante más de cuatro meses por año, desde fines de noviembre hasta fines de marzo o comienzos de abril. Antes de la Primera Guerra Mundial, durante los meses de verano, los buques de turismo hacían el crucero regular entre Petersburgo y Kronstadt. En invierno la ruta habitual era la que llevaba por tren a Oranienbaum, ciudad y base militar continental ubicada a unos 8 kilómetros directamente al sur de la isla de Kotlin, y desde allí se seguía en trineo por una ruta de nieve a través de la gruesa capa de hielo del golfo. A comienzos del siglo XX, Kronstadt era, en todos los aspectos, un lugar muy pintoresco. Sus numerosos canales, sus calles bordeadas de árboles y los majestuosos edificios públicos se parecían a los que rodeaban a la capital imperial. Entre sus principales construcciones estaban la notable catedral de San Andrés, con su cúpula dorada y sus muros color ocre, los viejos edificios del Arsenal y del Almirantazgo y la Escuela de Ingeniería Naval (rebautizada con el nombre de Casa de la Educación en 1917). Dominando el centro de la ciudad se encontraba la inmensa Plaza del Ancla, con su enorme catedral de los Marinos (Morskoi Sobor), construida a fines del siglo XIX. La plaza recibió su nombre a mediados del siglo XVIII, cuando se levantaron allí vastos almacenes para almacenar anclas de navíos.[33] Cabían en ella más de 25.000 personas, y se la utilizó con posterioridad para ejercitación de los reclutas y desfiles militares. Durante 1905 y 1917 la Plaza del Ancla se transformó en el foro revolucionario

de Kronstadt, en el lugar de reunión diaria de una multitud de entusiastas marineros, soldados y obreros que practicaban un tipo de democracia tosca pero eficaz y directa, que recordaba a las asambleas populares celebradas por los cosacos en una época anterior.

En 1921 Kronstadt servía de base principal a la flota del Báltico. Su población total ascendía a unas 50.000 personas, de las cuales más o menos la mitad eran civiles y la mitad militares. Estos últimos se dividían a su vez en las tripulaciones de la flota (que constituían la mayoría) y los soldados de la guarnición, en su mayor parte artilleros que integraban el bastión principal y los fuertes y emplazamientos de cañones ubicados en el exterior. Muchos de los civiles estaban vinculados con la fortaleza y la base naval, sea como empleados del ejército o como obreros que trabajaban en los astilleros, almacenes y otros establecimientos del litoral. El resto estaba formado sobre todo por obreros de fábrica, artesanos, pescadores, pequeños comerciantes y empleados de cooperativas y de instituciones gubernamentales que funcionaban dentro de la ciudad propiamente dicha.[34]

El nombre de Kotlin –marmita o caldero– resultaba adecuado para la isla en que estaba ubicada Kronstadt, pues sus principales habitantes, los marineros del Báltico, estaban siempre en efervescencia y descontentos. Constituían una estirpe inquieta e independiente que abominaba de todo privilegio y autoridad, y parecían siempre a punto de estallar en actos de violencia abierta contra sus oficiales o el gobierno central, que consideraban como una fuerza ajena y coercitiva. Por su temperamento tenían un estrecho parecido con

aquellos audaces filibusteros de una época anterior, los cosacos y los *strel'tsy* (mosqueteros) de los siglos XVII y XVIII, cuyas guarniciones eran focos de *buntarstvo,* o sea rebelión espontánea. Como sus tempestuosos antecesores, los marinos eran *vol'nitsy,* o sea espíritus indómitos, que resistían instintivamente a la disciplina externa y se gozaban en la libertad y la aventura. Cuando los inflamaban los rumores o la bebida, estaban tan propensos como sus predecesores a amotinarse y a dar rienda suelta a su furia saciándola en la gente adinerada y poderosa.

Kronstadt tenía una historia de pasajero radicalismo que se remontaba al primer gran levantamiento ocurrido en la Rusia del siglo XX, la Revolución de 1905. La literatura ilegal apareció al comienzo en la base naval en el año 1901, y muy poco después los marineros comenzaron a formar círculos con el fin de discutir cuestiones políticas y sociales y de ventilar sus quejas –sobre todo, los bajos salarios, la mala comida y la disciplina rigurosa a la que estaban continuamente sometidos–. La ola de huelgas, *jacqueries* y terrorismo que barrió al país entre 1902 y 1905, encontró una resonancia simpática entre ellos y acrecentó su conciencia social y política. La insubordinación hacia los oficiales y otras formas de quebrantamiento de la disciplina llegaron a constituir hechos cotidianos.

En 1905, después de estallada la guerra y la revolución, los vestigios de disciplina que aún subsistían sufrieron un golpe devastador en los estrechos de Tsushima, donde los japoneses hundieron una gran parte de la flota rusa. Un estímulo más para la actividad revolucionaria, si es que hacía falta, lo

proporcionó el dramático amotinamiento del acorazado Potemkin en junio de 1905, en la flota del Mar Negro.

La primera perturbación seria ocurrida en Kronstadt comenzó en octubre de 1905, en el momento álgido de la revolución, y estableció una pauta que iba a resultar cada vez más habitual en los años siguientes. Primero se celebró una asamblea masiva en la Plaza del Ancla. Millares de marinos y soldados descontentos se reunieron para ventilar sus motivos de queja. Junto con los pedidos habituales de una mejor provisión de comida y vestimenta, una paga más alta y turnos de menor duración, y un relajamiento de la disciplina militar, hubo gritos en favor del derrocamiento inmediato de la autocracia y de la inauguración de una república democrática con plenas libertades civiles para todos. En los días siguientes los ánimos se excitaron con aterradora rapidez. El 25 de octubre ocurrió una conmoción mientras los marineros tomaban su rancho, luego de que alguien se quejó por la comida. Se elevaron gritos de “matemos al comandante”, por encima del estrépito generado por el pataleo y el ruido producido con los platos y cubiertos.[35] Al día siguiente estalló en Kronstadt una rebelión abierta. La revuelta, de origen completamente espontáneo, degeneró con rapidez en una orgía de pillaje y destrucción semejante a los motines de los *strel’tsy* durante el reinado de Pedro el Grande. Multitudes de marineros y soldados corrían excitados por las calles de la ciudad rompiendo las vidrieras de los negocios e incendiando edificios. Se levantaron barricadas y varias casas fueron ocupadas como protección contra el esperado arribo de fuerzas punitivas de Petersburgo. El amotinamiento duró dos días y dejó diecisiete muertos y ochenta y dos heridos antes de

que las tropas gubernamentales pudieran restablecer el orden. Se arrestó a casi 3.000 amotinados, muchos de los cuales fueron condenados a años de prisión o de exilio, aunque no se dictó ninguna sentencia de muerte.[36]

El 19 de julio de 1906, cuando se apagaban los ecos de la Revolución de 1905, ocurrió en Kronstadt una segunda y más seria explosión, provocada por un amotinamiento ocurrido en el puerto hermano de Sveaborg. Como su predecesor de octubre, este nuevo estallido era cosa espontánea y desorganizada que escapó a todo control durante dos días, antes de que los refuerzos enviados por el gobierno lograran sofocarlo. Las exigencias de los rebeldes, si bien seguían siendo esencialmente las mismas de antes, asumieron una nota de amarga desilusión luego de los fracasos de los meses precedentes. El odio a la autoridad y la disciplina siguieron siendo la fuerza motriz que provocaba la furia de los marineros. "¡Habéis bebido nuestra sangre por bastante tiempo!", gritaba un marinero a un oficial en medio del tumulto, grito que sintetizaba los sentimientos de los insurgentes.[37] Ambos bandos lucharon con una ferocidad sin precedentes, impulsados los rebeldes por la frustración y los ultrajes, y las autoridades por la confianza en una rápida victoria, en un momento en que la marea revolucionaria había comenzado a menguar en Rusia. Se creó una atmósfera de dura represión, y esta vez se ejecutó a 36 cabecillas y se encarceló o desterró a Siberia a centenares de personas.[38]

Es importante detenerse en estos primeros casos de rebelión espontánea en Kronstadt, porque en muchos respectos, como veremos en seguida, presagiaban los tormentosos eventos de

marzo de 1921. Esto resulta especialmente cierto respecto del levantamiento de 1917, cuando Kronstadt fue una vez más un centro de actividad revolucionaria desenfrenada. Bajo la influencia de la extrema izquierda, que a lo largo de ese año tuvo preponderancia ideológica sobre la tempestuosa población de la isla Kotlin, Kronstadt se estableció como una comuna revolucionaria sobre el modelo de la Comuna de París de 1871, evento que constituye una reliquia en la historia y la leyenda de la rebelión social. En mayo de 1917 el Soviet independiente de Kronstadt, dirigido por bolcheviques, anarquistas, socialistas revolucionarios de extrema izquierda y radicales no afiliados de tendencia anarcopopulista, se rehusaron a obedecer a la autoridad del gobierno provincial y se proclamaron como "el único poder en la ciudad".[39] Desde ese momento, este Soviet ejerció una autoridad política total, apoyado por las asambleas generales que se celebraban en la Plaza del Ancla, y que tenían lugar casi todos los días. La Plaza del Ancla, según la descripción de Efim Yarchuk, un anarquista confeso del Soviet de Kronstadt, llegó a constituir una "universidad libre" donde los oradores revolucionarios de todas las tendencias sostenían sus puntos de vista ante grandes multitudes de marineros, soldados y obreros ansiosos de oírlos. Un líder bolchevique local, Ivan Flerovsky, calificó con orgullo a la plaza de *"veche* de Kronstadt", con lo cual se refería a las tumultuosas asambleas populares que florecieron en las ciudades rusas durante la Edad Media.[40]

La actividad conjunta del Soviet y del foro de la Plaza del Ancla satisfacía las necesidades políticas de los habitantes de Kronstadt. Éstos no parecen haber abrigado ningún deseo generalizado de que existiera un parlamento nacional o

cualquier otro organismo central de gobierno. En su mayor parte, la vida social y económica de la ciudad era administrada por los ciudadanos mismos, mediante el funcionamiento de comités locales de toda clase –comités por edificio, por barco, comités alimentarios, de fábricas y de taller–, que prosperaban en la atmósfera libertaria que prevalecía en la ciudad. Se organizó una milicia popular para defender la isla de intromisiones exteriores contra su soberanía. Los residentes de Kronstadt desplegaron un verdadero talento para la organización espontánea. Aparte de sus diversos comités, los hombres y las mujeres que trabajaban en el mismo taller o vivían en la misma vecindad formaban pequeñas comunas agrícolas, cada una de alrededor de 50 miembros, que emprendieron el cultivo de toda la tierra arable que pudieron encontrar en los tramos vacíos de la isla. Durante la Guerra Civil, dice Yarchuk, estos huertos colectivos de verdura ayudaron a salvar a la ciudad del hambre.[41]

La población de Kronstadt, apegada a su autonomía local, apoyaba la exhortación de "todo el poder a los soviets", formulada en 1917 por Lenin y su partido. Los habitantes de Kronstadt interpretaron el eslogan en un sentido literal, según el cual cada localidad debía manejar sus propios asuntos, con poca o ninguna interferencia por parte de cualquier autoridad central. Ellos entendían, dice Yarchuk, que ésta era la verdadera esencia del "socialismo".[42] Consideraban a su propia comuna revolucionaria como un modelo de autogobierno descentralizado y esperaban confiados en que el resto del país los seguiría. "Pese a todas sus virtudes revolucionarias –observaba Ivan Flerovsky– los marineros de Kronstadt tenían una debilidad seria: creían ingenuamente que la fuerza de su

propio entusiasmo bastaría para establecer el poder de los soviets a lo largo de toda Rusia."[43] Sin embargo, tales esperanzas no iban a realizarse, y en los años siguientes de dictadura bolchevique la comuna libertaria de 1917 asumió el aspecto de una utopía revolucionaria perdida. La revuelta de 1921 era, en el fondo, un esfuerzo de los habitantes de Kronstadt para recobrar esta edad dorada de la espontaneidad, y su divisa era "Todo el poder a los soviets locales".

Durante la Revolución de 1917, la flota del Báltico se mantuvo en un estado de turbulencia, jalonado por violentas explosiones contra toda forma de autoridad política y militar. Como en 1905, los marineros desfogaban su mayor furia contra los oficiales, a quienes veían como símbolos vivientes de un privilegio anticuado y un poder arbitrario. Estaban particularmente ansiosos de liberarse de la severa disciplina y la atmósfera de esclavitud penal a las cuales debía la isla de Kotlin su reputación de ser una "Sajalin de marineros".[44] Así, cuando estalló la Revolución de Febrero, aprovecharon la oportunidad para eliminar las trabas de la regimentación y arreglar cuentas con sus superiores impopulares. El 28 de febrero una masa encolerizada de marineros de la flota arrancó de sus cuarteles al comandante de la base, almirante R. N. Viren, y lo llevó a la Plaza del Ancla, donde se lo ejecutó en forma sumaria. Este acto señaló una orgía de derramamiento de sangre en la cual fueron asesinados más de 40 oficiales de la armada y el ejército de Kronstadt. A otros 200 aproximadamente se los arrestó y puso entre rejas. Durante los disturbios de febrero una oleada de violencia barrió todo el complejo de bases de la flota del Báltico. Llegaron a 76 los oficiales navales, para no mencionar a los de las guarniciones

del ejército, que fueron asesinados por sus hombres. Aparte de Viren, estaban entre ellos su equivalente de Sveaborg, el almirante Butakov, y el almirante Nepenin, comandante en jefe de toda la flota del Báltico, cuyo cuartel general estaba establecido entonces en Helsingfors (Helsinki).[45]

La sed de venganza personal constituyó sólo un aspecto del extremismo revolucionario que la sublevación de febrero desencadenó en Kronstadt. Se apoderó del lugar un espíritu de desenfreno libertario. Por supuesto, los bolcheviques, los anarquistas, los maximalistas socialistas revolucionarios, y otros grupos ultrarradicales hicieron lo posible por alentarlo, y en poco tiempo llegaron a ejercer una fuerte influencia entre los marinos y el resto de la población de Kronstadt. El blanco principal de estos grupos no eran los oficiales militares sino el Gobierno Provisional mismo. Y en los meses siguientes pudieron contar con los marineros para apoyar cualquier manifestación revolucionaria dirigida contra el nuevo régimen. Los habitantes de Kronstadt figuraban en forma prominente en las demostraciones callejeras de Petrogrado de abril de 1917, y también en las de junio, cuando marcharon en ayuda de un grupo de anarquistas que habían levantado barricadas contra un ataque previsto por parte del gobierno. Una vez más, durante los tormentosos días de julio, se precipitaron a Petrogrado ante las primeras noticias de perturbaciones y desempeñaron un papel importante en la insurrección malograda, por lo cual Trotsky los llamó “el orgullo y la gloria de la revolución”. (En un incidente muy conocido, un grupo de marineros se apoderó de Víctor Chernov, el dirigente socialista revolucionario que era ministro de Agricultura, y sólo la rápida intervención de Trotsky lo salvó del linchamiento.)[46]

A fines de agosto, durante la marcha del general Kornilov sobre la capital, los marineros se agruparon en defensa de la revolución. La tripulación del buque de guerra Petropavlovsk, que había ocupado una posición de vanguardia en la sublevación de julio, exigió nuevamente la transferencia inmediata del poder a los soviets y pidió el arresto y la ejecución de Kornilov. Cuatro oficiales que protestaron fueron detenidos y ajusticiados.[47] En las semanas siguientes los marineros, fieles a su reputación de intransigencia revolucionaria, continuaron presionando para lograr el derrocamiento del Gobierno Provisional. El 25 de octubre llegó el momento que esperaban, cuando Lenin comenzó su exitosa puja por el poder. Los marineros tomaron sus embarcaciones y se precipitaron hacia la capital para prestar apoyo a los insurgentes, uniéndose a los Guardias Rojos de Petrogrado en el asalto al Palacio de Invierno, mientras el crucero Aurora, de Petrogrado, disparaba salvas de munición de fogueo para desmoralizar a los defensores. Por el papel que desempeñaron en octubre, los hombres de Kronstadt se ganaron el título de "orgullo y gloria de la revolución", con que Trotsky los había honrado durante los días de julio.

Aun después de la caída de Kerensky, la militancia revolucionaria de Kronstadt se mantuvo en el mismo nivel. En verdad, la victoria sólo había excitado el apetito de venganza de los marineros contra los elementos sociales a los que habían desalojado del poder. Su propensión a los estallidos violentos arrojó resultados particularmente trágicos en la noche del 6 al 7 de enero de 1918, cuando una banda de exaltados de Kronstadt invadió un hospital de Petrogrado donde se mantenía en custodia a dos ex ministros del Gobierno

Provisional, miembros del Partido Kadete [constitucional–democrático], Shingarev y Kokoshkin, y los asesinó en sus lechos. Siguiendo instrucciones de Lenin, I. N. Steinberg, comisario de justicia, comenzó una investigación. Pero Lenin reconsideró el asunto y decidió dejarlo caer más bien que arriesgarse a un enfrentamiento con los marineros.[48] En verdad, Lenin deseaba que los marineros estuvieran de su lado, precisamente a causa de su carácter despiadado. Atribuía no poco valor al rol que éstos desempeñaban como una especie de guardia pretoriana, lista en cualquier instante a tomar las armas por la causa de los soviets. De hecho, en la noche anterior a los asesinatos Lenin había enviado un destacamento de hombres de Kronstadt, dirigidos por un bravo y joven anarquista que se llamaba Anatoli Zhelezniakov, para dispersar a la Asamblea Constituyente, en la cual los bolcheviques no habían logrado la mayoría.[49] Los marineros tenían, por supuesto, sus propias razones para oponerse a la asamblea. Según hemos visto, para ellos tenían muy poca utilidad las instituciones políticas centrales de cualquier índole, particularmente si estaban dominadas por partidos demasiado conservadores para su gusto. En su opinión, la democracia directa mediante soviets locales era la forma política que predominaría en el futuro. La existencia de un parlamento nacional, por contraste, sólo podía significar un paso atrás, una retirada hacia el tipo de sociedad "burguesa" representada por el Gobierno Provisional, que les había costado tanto liquidar.

Durante toda la Guerra Civil de 1918–1920, los marineros de Kronstadt, y la flota del Báltico en su conjunto, siguieron siendo los portaestandartes de la militancia revolucionaria. Más de 40.000 marineros de la flota se lanzaron a la lucha contra los

Blancos.[50] Conocidos por su coraje y ferocidad en el combate, sirvieron como dotación en flotillas fluviales y trenes blindados y contribuyeron a completar las filas del Ejército Rojo en todos los frentes. En la batalla crítica de Sviiazhsk –"el Valmy de la Revolución Rusa"–, proporcionaron a Trotsky sus más enardecidas tropas de choque, y lo ayudaron a rechazar una gran fuerza enemiga que amenazaba con penetrar en el corazón del territorio bolchevique.

Al mismo tiempo, sin embargo, se iba desarrollando una seria fricción entre los marineros y el gobierno. Las primeras notas discordantes habían sonado cuando Lenin, inmediatamente después del golpe de Octubre, anunció un gabinete compuesto exclusivamente de bolcheviques. El soviet de Kronstadt, temeroso de las fuertes concentraciones de autoridad, comenzó a presionar en favor de un gobierno de coalición en el cual gozaran de representación todos los grupos socialistas –presagio temprano del programa de Kronstadt de marzo de 1921–. Surgieron ominosos murmullos entre los marineros, que precavían contra la posibilidad de un nuevo régimen dictatorial. Se decía que si el nuevo Consejo de Comisarios del Pueblo se atrevía a traicionar los ideales democráticos de la revolución, los cañones que tomaron el Palacio de Invierno podían con la misma facilidad volverse contra el Instituto Smolny, donde tenía su cuartel general la nueva administración.[51] Lenin pasó evidentemente por alto estos sentimientos hostiles cuando amenazó, en noviembre de 1917, con "acudir a los marineros", después que algunos de sus colegas pidieron que se admitieran en el gobierno a otros socialistas.[52]

A comienzos de 1918 las quejas contra el carácter arbitrario y burocrático del gobierno comunista ya no constituían un hecho aislado. En marzo se agravó la situación cuando fue disuelto el propio comité central elegido por la flota *(Tsentrobalt)* y se transfirieron sus funciones a un consejo de comisarios designados por el partido. Era cada vez mayor el número de marineros que pensaban que la revolución había sido traicionada, impresión que el tratado de Brest–Litovsk, firmado en el mismo mes, contribuyó mucho a robustecer. Muchos se pusieron del lado de los comunistas de izquierda, los anarquistas y los socialistas revolucionarios de izquierda, que se oponían al tratado por considerarlo una rendición al imperialismo alemán y un abandono de la meta de la revolución mundial. En abril las tripulaciones de varios buques del Báltico aprobaron una resolución redactada en términos enérgicos donde se acusaba al gobierno de planear la liquidación de la flota obedeciendo a exigencias alemanas. La resolución llegó hasta el punto de solicitar una sublevación general para desalojar a los bolcheviques e instalar un nuevo régimen que se adhiriera con mayor fidelidad a los principios de la revolución. No sucedió nada de esto, pero una cantidad de marineros se unieron a los socialistas revolucionarios de izquierda sublevados en Moscú en julio de 1918, hicieron una incursión en el cuartel general de la Cheka y arrestaron por breve lapso a un funcionario de alto rango, M. I. Latsis.[53]

En octubre ocurrieron más disturbios, cuando una asamblea masiva celebrada en la base naval de Petrogrado aprobó una resolución en favor de la ruptura del acuerdo de Brest–Litovsk y de la resistencia contra las fuerzas alemanas que habían ocupado Ucrania, sector del cual provenían muchos de los

marineros reclutados.[54] Al mismo tiempo, los marineros se declaraban públicamente en contra del monopolio bolchevique del poder político. Condenaban la represión de los anarquistas y de los socialistas de oposición y solicitaban elecciones libres para la integración de los soviets, con el fin de lograr una representación más amplia de los diversos partidos de izquierda. Finalmente, denunciaban la incautación compulsiva de cereales, que el gobierno acababa de inaugurar, y tildaban a los destacamentos alimentarios de "ladrones" y "saqueadores de los campesinos".[55]

El amotinamiento de octubre de 1918 no excedió sus límites iniciales; acudieron las tropas y redujeron rápidamente a obediencia a los marineros. Pero las exigencias de éstos presagiaban de un modo llamativo el programa de 1921 de Kronstadt, incluso las consignas de "Soviets libres" y "Fuera la comisariocracia". En verdad, los dos eventos forman parte de una larga pauta histórica. Si observamos la conducta de la flota del Báltico desde 1905 hasta 1921 notamos la aparición de muchos elementos de continuidad, que testimonian lo que Pavel Dybenko, líder militar bolchevique que había sido también marino en Kronstadt, llamaba el "eterno espíritu rebelde" de los marineros.[56] Durante años encontramos el mismo repudio contra el privilegio y la autoridad, el mismo odio contra la regimentación, el mismo sueño de autonomía local y de autoadministración. Observamos, además, la existencia de un fuerte antagonismo hacia el gobierno central y los funcionarios designados por él, antagonismo que estaba profundamente enraizado en la tradición anarquista y populista de las clases bajas, y que databa de la época en que se construyó un poderoso Estado burocrático, durante los

siglos XVII y XVIII. Kronstadt, lugar aislado del continente, llegó a constituir un baluarte de la rebelión anárquica primitiva aun más fuerte que el de las bases hermanas del Báltico. Los marineros de Kronstadt, famosos por su fervor revolucionario y espíritu de independencia, toleraban muy poco la arbitrariedad o la compulsión, cualquiera fuera la fuente de que proviniera. La espontaneidad y la descentralización fueron su santo y seña. Anhelaban un orden social libre basado en los soviets locales, una democracia popular directa que siguiera la pauta del *krug* cosaco y de la *veche* medieval. Estaban siempre propensos a caer repentinamente en paroxismos de violencia contra los poseedores de la autoridad, los oficiales, los burócratas, los propietarios o privilegiados. En marzo de 1921 todas estas urgencias iban a encontrar su expresión última y más formidable.

Entretanto, a medida que se extendía la Guerra Civil, se acumulaban las quejas de los marineros. Descontentos, como en el pasado, centraban su protesta sobre la cuestión de la disciplina militar. La Revolución de 1917 había dejado al ejército y a la armada en un estado de desorganización total. Se había desintegrado la tradicional jerarquía del comando, lo cual produjo un vacío de autoridad que fue llenado por innumerables comités de soldados y marineros que eligieron a sus propios líderes e hicieron caso omiso de las órdenes recibidas de arriba. El caos resultante estaba en estrecho paralelo con la situación que reinaba en la industria, donde los comités locales de fábrica iban estableciendo “el control de los obreros” en una empresa tras otra. En los primeros meses que siguieron a la Revolución de Octubre, la política bolchevique tendió a promover este proceso espontáneo de

descentralización. Por decreto del gobierno fueron abolidos los rangos y títulos militares tradicionales y se proclamó la creación de una fuerza "socialista" de combate, "construida desde abajo sobre el principio de la elección de los oficiales y la disciplina y el respeto mutuo de los camaradas".[57] En la práctica, esto llevó al colapso final de la autoridad central y de la cadena normal de mandos y alentó la inveterada tendencia de los reclutas rusos a realizar incursiones violentas y dedicarse al pillaje y al saqueo.

No obstante, el estallido de la Guerra Civil en 1918 produjo una rápida inversión en la política militar bolchevique. La supervivencia misma del régimen requería que se pusiera fin a la caótica descentralización de la autoridad y que se restaurara la disciplina en las filas de las fuerzas armadas. Como Comisario de Guerra, Trotsky era el principal opositor al "espíritu guerrillero" *(partizanshchina)* que había inficionado a las fuerzas armadas. Siguiendo los procedimientos militares tradicionales, pronto logró estructurar una nueva y efectiva fuerza de combate. No se restablecieron los rangos anteriores, pero millares de ex oficiales imperiales volvieron al servicio activo como "especialistas militares" *(voenspetsy)* bajo la atenta supervisión de comisarios políticos. De esta manera se lograba la experiencia de mando y el conocimiento técnico que eran tan necesarios, hasta que pudiera formarse un nuevo cuerpo de Comandantes Rojos. Se eliminó el sistema de comités dentro del Ejército Rojo, se impuso estrictamente la obediencia a las órdenes y terminó en forma rápida y repentina el período de falta total de disciplina.[58]

No pasaría mucho tiempo antes de que el gobierno

comenzara a ampliar estas medidas a la armada. Pero en ella encontró una oposición más firme. Como observó Dybenko, los esfuerzos realizados por los bolcheviques para liquidar los comités de barco y para imponer la autoridad de los comisarios designados por las autoridades centrales suscitaron una tormenta de protestas en la flota del Báltico.[59] Para los marineros, cuya aversión hacia la autoridad externa era proverbial, cualquier intento de restaurar la disciplina significaba una traición a las libertades por las que habían luchado en 1917. No sólo les recordaba la dura regimentación de los tiempos zaristas, sino que también sentían que se servía mejor a la eficiencia militar dando rienda suelta a su propia iniciativa. No estaban dispuestos a que les negara los frutos de la victoria el mismo partido que habían llevado al poder. Como resultado, se producía una continua fricción entre los marineros y los comisarios y comandantes bolcheviques, y ocurrieron ocasionales escaramuzas con las unidades de la Cheka que lucharon junto a las tropas regulares en el momento álgido de la Guerra Civil.

Cuando terminó la Guerra Civil, la situación empeoró en lugar de mejorar. De la noche a la mañana perdieron su razón de ser las estrictas políticas del gobierno. Así como los campesinos no veían ya ninguna necesidad de la confiscación de su producción y la supresión del mercado libre, y así como los obreros se irritaban al ver subyugados a sus sindicatos y restaurada la disciplina de fábrica, la dirección unipersonal y la reposición de los especialistas técnicos “burgueses”, también los marineros y soldados exigían el retorno a los principios democráticos en la vida militar. En la turbulenta flota del Báltico, la oposición al refuerzo de la disciplina, a la abolición de los comités de buque

y a la designación de comisarios y “especialistas militares” en posiciones de comando asumió pronto proporciones amenazadoras. Además, entraron en acción varios factores nuevos que alimentaron el espíritu de amotinamiento entre las tripulaciones de los buques, así como entre las tropas de las guarniciones del Báltico. En primer lugar, luego de eliminado el peligro Blanco, los hombres obtuvieron licencia por primera vez en muchos meses, y al volver a sus aldeas nativas se enfrentaron por experiencia directa con la política de las incautaciones de cereales y con los métodos violentos que se utilizaban para ponerla en práctica. Algunos fueron incluso detenidos por los destacamentos de inspección caminera y registrados para ver si llevaban alimentos en forma ilegal. Vieron en las ciudades la plena medida de la miseria humana que había producido la guerra. En todas partes se enfrentaron con una población inquieta y descontenta. Oyeron las quejas de sus padres y hermanos, que en tantos respectos se parecían a las suyas propias contra las autoridades. “Durante años –observaba Stepan Petrichenko, figura líder en la sublevación de Kronstadt– la censura bolchevique ocultó lo que sucedía en nuestros hogares mientras estábamos en el frente o en el mar. Cuando volvimos a casa nuestros padres nos preguntaron por qué habíamos luchado en favor de los opresores. Así comenzamos a pensar.”[60] Es fácil imaginar en qué medida explicaciones como la de Petrichenko alentaron la inquietud de sus camaradas cuando éstos volvieron a sus puestos. En verdad, produjeron un efecto tan drástico sobre el ánimo de éstos, que el gobierno tomó medidas para restringir las licencias en la flota. En diciembre de 1920 tal situación provocó encolerizadas protestas a bordo del Sebastopol, uno de los dos grandes acorazados apostados en el puerto de Kronstadt, que

iban a desempeñar un papel fundamental en los eventos de los meses de febrero y marzo siguientes. Durante el invierno de 1920–1921 aumentó en forma sostenida la tasa de deserciones entre los marineros del Báltico. A comienzos de 1921 la flota se estaba desintegrando como fuerza militar organizada.[61]

Otro peligro que se insinuó durante este período fue el impacto producido sobre la flota por la crisis alimentaria y petrolera. Los marineros sufrían el hambre y el frío sólo un poco menos que la población civil en general. Con el comienzo del invierno, la vida en los cuarteles y a bordo se hizo difícil de soportar por la falta de calefacción. Tampoco había existencias de botas o uniformes de abrigo que mitigaran los efectos del frío inusitadamente riguroso que afectó a la zona del Báltico entre noviembre y abril. Peor aún era la declinación, tanto en cantidad como en calidad, de las raciones alimentarias que se entregaron a los hombres.[62] La mala alimentación, motivo de queja tradicional dentro de la armada rusa, había originado disturbios más de una vez en el pasado. Y en ese momento, hacia fines de 1920, se produjo en la flota del Báltico una epidemia de escorbuto. En diciembre, según las fuentes de los emigrados residentes en Helsingfors, los marineros de Kronstadt enviaron una delegación a Moscú para solicitar un mejoramiento en las raciones, pero cuando llegaron allí fueron detenidos por las autoridades. F. F. Raskolnikov, comandante de la flota, intercedió por sus hombres y advirtió que a menos que se liberara de inmediato a los delegados, Kronstadt podía volver sus cañones contra Petrogrado. Sin embargo, sus proféticas palabras no fueron escuchadas.[63]

Ni siquiera los marineros que pertenecían al Partido

Comunista estaban inmunes a la creciente actitud de oposición que se producía dentro de la flota. Como compartían el espíritu de independencia de sus camaradas, nunca había sido fácil reducirlos a la disciplina partidaria o militar. A fines de 1920 tomó forma una "oposición de la flota", equivalente a la "oposición militar" en el Ejército Rojo y a la "oposición de los trabajadores" en las fábricas, movimientos que estaban en favor de la iniciativa local y de la democracia partidaria y contra la regimentación y el rígido control central. La "oposición de la flota" defendía la creación de una armada tipo soviet organizada según lineamientos "socialistas", por oposición con lo que consideraba los conceptos anticuados de carácter jerárquico y autoritario que habían predominado en el pasado. Propugnaba la implantación de comités de barco designados mediante elecciones, y reprobaba, por lo tanto, la introducción de "especialistas militares" así como la "conducta dictatorial" *(diktatorstvo)* de ciertos funcionarios bolcheviques en la administración política de la flota.[64]

Hecho aun más alarmante, un número creciente de marineros bolcheviques, para los cuales la "oposición de la flota" era una descarga insuficiente de su descontento, dieron el paso más atrevido de romper sus carnets partidarios. Sólo en enero de 1921 abandonaron el Partido Comunista unos 5.000 marineros del Báltico. Entre agosto de 1920 y marzo de 1921, la organización partidaria de Kronstadt perdió la mitad de sus 4.000 miembros.[65] Los funcionarios bolcheviques achacaban el éxodo a elementos no confiables que habían inundado las filas del partido durante la Guerra Civil, cuando se relajaron o suspendieron del todo las limitaciones de ingreso, como ocurrió en la campaña de reclutamiento de la "semana del

partido” en agosto de 1919. Según las fuentes partidarias, eran en gran medida estos miembros ingresados a último momento los que constituían la oleada reciente de desertores. Además, como medida precautoria se eliminó de los registros a algunos centenares más que no se habían marchado por sí mismos, y a parte de ellos se los transfirió al Mar Negro y a las flotas del Mar Caspio o a destinos en el Extremo Oriente.[66]

La autoridad del partido era además socavada a raíz de la lucha por el control político de la flota que libraba Trotsky, comisario de Guerra, contra Zinoviev, jefe del partido de Petrogrado. Zinoviev estaba resentido contra Trotsky desde octubre de 1917, cuando este último lo reemplazó como adjunto más cercano a Lenin. Durante los meses finales de 1920, según Feodor Raskolnikov, comandante de la flota, y E. I. Batis, jefe de su directorio político *(Pubalt)* –que eran leales a Trotsky–, Zinoviev trató de desacreditar a su rival presentándolo como un “dictador” mientras él se mostraba como campeón de la democracia partidaria y de la iniciativa local. En noviembre de 1920, por pedido insistente de Zinoviev, el comité partidario de Petrogrado pidió que la administración política de la flota del Báltico se transfiriera del *Pubalt a* sus propias manos, exigencia tenazmente resistida por quienes apoyaban a Trotsky.[67]

Como resultado de esta disputa, los comisarios y otros administradores del partido perdieron buena parte de su ascendiente sobre los marineros. Esto ya era evidente a comienzos de diciembre, cuando un gran grupo de marineros se retiró de una asamblea general celebrada en la base naval de Petrogrado, en señal de protesta contra la manera en que

se elegían delegados al Octavo Congreso de los Soviets (elección que, según parece, fue dominada por funcionarios del partido que pertenecían al departamento político local de la flota). Al comenzar el invierno el descontento seguía creciendo, hasta que se alcanzó un clima tormentoso en la Segunda Conferencia de los Comunistas de la Flota del Báltico, celebrada en Petrogrado el 15 de febrero. Como la "oposición de la flota" había surgido como una poderosa fuerza, obtuvo una abrumadora mayoría en favor de su resolución de pedir la descentralización inmediata del control político. Esto iba a realizarse transfiriendo la sede de la autoridad del *Pubalt* y sus departamentos políticos a los comités partidarios locales, según los lineamientos propuestos por Zinoviev y sus compañeros en el mes de noviembre anterior. La resolución criticaba al *Pubalt* por su falta de contacto con las masas y su aislamiento respecto de los activistas partidarios a nivel primario. El *Pubalt,* según decía la resolución, se había transformado en un "órgano burocrático sin amplia autoridad" entre los marineros; para restablecer la iniciativa local era necesario reelaborar "según las líneas del democratismo" toda la estructura política de la flota. Algunos de los delegados solicitaron también la abolición lisa y llana de los departamentos políticos de la flota, pedido que tendría pronto eco entre los rebeldes de Kronstadt. Y un funcionario del partido advirtió que, a menos que se implantaran las reformas, "en dos o tres meses tendremos una sublevación".[68]

Por lo tanto, a mediados de febrero de 1921 las tensiones en la flota del Báltico habían alcanzado el punto de estallido. Antes de terminar el mes se produjo una oleada de huelgas en Petrogrado. Las noticias de los disturbios llegaron casi

inmediatamente a Kronstadt, donde había existido desde 1905 y 1917 una tradición de solidaridad revolucionaria con la clase trabajadora del "Pedro Rojo". Mezclada con los informes iniciales venía una variedad de falsos rumores que pronto encendieron las pasiones de los marineros. Se decía, por ejemplo, que las tropas gubernamentales habían hecho fuego sobre los manifestantes de la isla Vasili y que los líderes de la huelga habían sido fusilados en las mazmorras de la *Cheka.*[69] Como prevalecía una atmósfera de inquietud, tales historias se difundieron como un relámpago y llenaron de alarma a los comisarios locales, lo que indujo a Kuzmin a advertir al Soviet de Petrogrado que ocurriría una explosión a menos que se aplastaran rápidamente las huelgas. Pero la advertencia de Kuzmin llegó demasiado tarde. Ese mismo día, 26 de febrero, las tripulaciones del Petropavlovsk y del Sebastopol celebraron una reunión de emergencia y decidieron enviar una delegación a Petrogrado para averiguar lo que estaba ocurriendo. Ambos buques de guerra, aprisionados entonces uno junto a otro en el hielo del puerto de Kronstadt, habían sido durante largo tiempo un foco de sentimiento y actividad rebelde. Durante los días de julio de 1917, segur hemos visto, el Petropavlovsk constituyó un ejemplo de oposición militante al Gobierno Provisional; y en el mes siguiente cuatro de sus oficiales fueron fusilados bajo la dudosa acusación de apoyar al general Kornilov. Por lo tanto, no exagera Pavel Dybenko, ex miembro de la tripulación, cuando habla en sus memorias de "el siempre tormentoso Petropavlovsk".[70] El Sebastopol también había tenido una historia de conducta intemperante, pues su tripulación acababa de amotinarse a raíz de la restricción de las licencias en la flota.

Cuando la delegación de Kronstadt llegó a Petrogrado, encontró las fábricas rodeadas por tropas y cadetes militares.

En los talleres que aún funcionaban, destacamentos armados comunistas mantenían vigilancia sobre los obreros, que permanecían en silencio cuando los marineros se les acercaban. “Podría haberse pensado –observaba Petrichenko, figura líder de la revuelta en ciernes– que no eran fábricas sino prisiones de trabajos forzados de la época zarista.”[71]

El 28 ele febrero los emisarios, llenos de indignación ante las escenas a las que habían asistido, volvieron a Kronstadt y presentaron los resultados ante una asamblea histórica realizada a bordo del Petropavlovsk. Su informe expresaba, por supuesto, plena simpatía por las exigencias de los huelguistas, y solicitaba una mayor autodeterminación en las fábricas, así como en la flota. La asamblea votó luego una larga resolución que estaba destinada a transformarse en el estatuto político de la rebelión de Kronstadt:

Luego de haber oído el informe de los representantes enviados por la asamblea general de tripulaciones de buques a Petrogrado para investigar la situación allí reinante, resolvemos:

1. En vista de que los actuales soviets no expresan la voluntad de los obreros y campesinos, celebrar inmediatamente nuevas elecciones mediante voto secreto, con libertad para que todos los obreros y campesinos puedan realizar agitación en el período previo;

2. Dar libertad de expresión y prensa a los obreros y

campesinos, a los anarquistas y a los partidos socialistas de izquierda;

3. Asegurar la libertad de reunión para los sindicatos y las organizaciones campesinas;

4. Llamar a una conferencia no partidaria de obreros, soldados del Ejército Rojo y marineros de Petrogrado, Kronstadt y de la provincia de Petrogrado, para una fecha no posterior al 10 de marzo de 1921;

5. Liberar a todos los prisioneros políticos de los partidos socialistas, así como a todos los obreros, campesinos, soldados y marineros encarcelados en vinculación con los movimientos laborales y campesinos;

6. Elegir una comisión que revise los procesos de quienes permanecen en las prisiones y campos de concentración;

7. Abolir todos los departamentos políticos, porque a ningún partido deben dársele privilegios especiales en la propagación de sus ideas o acordársele apoyo financiero del Estado para tales propósitos.

En cambio, deben establecerse comisiones culturales y educacionales, elegidas localmente y financiadas por el Estado;

8. Retirar de inmediato todos los destacamentos de inspección caminera;

9. Igualar las raciones de todos los trabajadores, con excepción de los que realizan tareas insalubres;

10. Abolir los destacamentos comunistas de combate en todas las ramas del ejército, así como las guardias comunistas que se mantienen en las fábricas y talleres. Si tales guardias o destacamentos resultaran necesarios, se designarán en el ejército tomándolos de sus propias filas y en las fábricas y talleres a discreción de los obreros;

11. Dar a los campesinos plena libertad de acción respecto de la tierra, y también el derecho de tener ganado, con la condición de que se las arreglen con sus propios medios, es decir, sin emplear trabajo asalariado;

12. Requerir a todas las ramas del ejército, así como a nuestros camaradas los cadetes militares *(kursanty),* que aprueben nuestra resolución;

13. Pedir que la prensa dé amplia publicidad a todas nuestras resoluciones;

14. Designar una oficina de control itinerante;

15. Permitir la producción de los artesanos libres que utilicen su propio trabajo.

PETRICHENKO,
Presidente de la Asamblea de la Escuadra

PEREPELKIN,
Secretario.[72]

La resolución del Petropavlovsk fue un eco no sólo de los descontentos de la flota del Báltico, sino también de la masa rusa que habitaba en todas las ciudades y aldeas del país. Los marineros, que eran también de estirpe plebeya, deseaban que se aliviara la situación de sus camaradas campesinos y trabajadores. En verdad, de los 15 puntos de la resolución, sólo uno –la abolición de los departamentos políticos de la flotase aplicaba específicamente a su propia situación. El resto del documento era una andanada dirigida contra las políticas del Comunismo de Guerra, cuya justificación, según los marineros y la población en general, había desaparecido desde hacía largo tiempo. El hecho de que alguno de los patrocinantes de la resolución, incluido Petrichenko, hubieran estado de licencia en su hogar hacía poco tiempo y visto con sus propios ojos la condición en que se encontraban los aldeanos, influyó indudablemente en sus exigencias en ayuda del campesinado. Esto era especialmente cierto respecto del punto 11, que habría permitido a los campesinos hacer uso de su tierra en la medida en que no se valieran de ayuda asalariada. Lo que esto implicaba era nada más ni menos que la abolición de las requisiciones de alimentos y también, quizá, la liquidación de las granjas estatales.

Del mismo modo, la gira de inspección realizada por los marineros en las fábricas de Petrogrado puede explicar el hecho de que influyeran en su programa las principales demandas de los obreros: la abolición de las inspecciones camineras, de las raciones privilegiadas y de los destacamentos armados de fábrica.

Pero no fueron estas exigencias económicas lo que alarmó tanto a las autoridades bolcheviques cuando les llegó la noticia de la asamblea celebrada en el Petropavlovsk. Algunas de las demandas, en verdad, tales como las referentes al retiro de los destacamentos de inspección caminera (punto 8), estuvieron a punto de ser concedidas por Zinoviev y sus subordinados de Petrogrado. Además, en ese mismo momento el gobierno estaba esbozando una nueva política económica que iría mucho más lejos que el programa de los marineros en lo referente a satisfacer los deseos populares. Fueron las exigencias políticas, más bien, que al apuntar como lo hicieron al corazón mismo de la dictadura bolchevique, impulsaron a las autoridades a solicitar la inmediata represión del movimiento de Kronstadt. Es cierto que los marineros no querían el derrocamiento del gobierno soviético; tampoco defendían una restauración de la Asamblea Constituyente o de los derechos políticos para la alta burguesía y las clases medias. Despreciaban a los elementos moderados y conservadores de la sociedad rusa como lo habían hecho siempre, y no pensaban de ninguna manera concederles respiro ni tranquilidad. Pero la declaración con que comienza la resolución –que "los actuales soviets no expresan la voluntad de los obreros y campesinos"–, representaba un claro desafío contra el monopolio bolchevique del poder político. El pedido de nuevas elecciones para integrar los soviets, vinculado como estaba con una exigencia de libre expresión para los trabajadores, campesinos y grupos políticos del ala izquierda, era algo que Lenin y sus seguidores no estaban dispuestos a tolerar. En efecto, la resolución del Petropavlovsk constituía un llamado para que el gobierno soviético se comportara de acuerdo con su propia constitución, y equivalía a una atrevida formulación de los mismos derechos

y libertades que Lenin en persona había defendido en 1917. En su espíritu, implicaba una vuelta a Octubre y evocaba la vieja consigna leninista de “Todo el poder a los soviets”. Pero los bolcheviques lo veían bajo una luz diferente: al rechazar sus pretensiones de ser los únicos guardianes de la revolución, de representar con exclusividad a los obreros y campesinos, tal declaración no era más que un manifiesto contrarrevolucionario y había que tratarlo como tal.

Con la aprobación de la resolución del Petropavlovsk se apresuró la marcha de los acontecimientos. Al día siguiente, 1° de marzo, se celebró en la Plaza del Ancla una reunión masiva de marineros, soldados y obreros. Asistieron alrededor de 15.000 personas, más de un cuarto del total de la población militar y civil de Kronstadt. Han llegado hasta nosotros varias exposiciones realizadas por testigos visuales, tanto comunistas como no comunistas,[73] y en su conjunto proporcionan un cuadro vívido y detallado de lo que sucedió. En la plataforma de los oradores estaban dos funcionarios bolcheviques de alto rango, M. I. Kalinin y N. N. Kuzmin, que habían sido enviados desde Petrogrado para salvar la situación. De acuerdo con algunos informes, Zinoviev había acompañado a su colegas hasta Oranienbaum, pero decidió no seguir más allá por temor a que los marineros lo maltrataran.[74] Kalinin, presidente de la República Soviética, era un ex obrero de fábrica nacido de una familia campesina de la provincia de Tver, y los rusos comunes, según parece, le tenían cierto afecto. Durante la semana anterior él había sido uno de los pocos oradores bolcheviques de Petrogrado que fueron escuchados con simpatía por los huelguistas. Se pensó quizás, entonces, que su popularidad podía resultar útil en esta ocasión para llamar a los marineros a

la sensatez. Cuando llegó Kalinin, lo recibieron con música, banderas y una guardia militar de honor, signo alentador de que podrían aún evitarse los disturbios serios. Además, la reunión de la Plaza del Ancla comenzó en una atmósfera amistosa, presidida por el jefe bolchevique del Soviet de Kronstadt, P. D. Vasiliev. Pero los ánimos comenzaron a caldearse cuando se leyó el informe de los delegados que habían ido a investigar los disturbios de Petrogrado. Cuando se presentó a la asamblea la resolución del Petropavlovsk, la excitación llegó a un grado muy alto. Kalinin se puso de pie y comenzó a hablar contra ella, pero fue repetidamente interrumpido con burlas: "Basta, Kalinych, tú te las arreglas para vivir en forma bastante confortable. Mira todos los cargos que has conseguido. Apuesto a que te llenas de dinero con ellos." "Nosotros sabemos perfectamente lo que necesitamos. En cuanto a ti, viejo, vete a tu hogar con tu mujer". Kalinin se esforzó por hacerse oír, pero sus palabras fueron ahogadas por los silbidos y la rechifla.

Kuzmin, comisario de alto rango adjunto al Consejo Revolucionario de Guerra de la flota, recibió el mismo tratamiento. En su esfuerzo para ganar la atención de la muchedumbre, les recordó el heroico papel que habían desempeñado en la Revolución y la Guerra Civil. Repentinamente alguien gritó: "¿Has olvidado que hiciste matar a un hombre de cada diez en el frente norte? ¡Fuera!". La frase no es clara, pero quizá durante la Guerra Civil Kuzmin haya actuado como comisario en el frente norte (el sector de Arcángel y Murmansk) y se haya visto envuelto en la represión a tiros de las tropas bolcheviques a raíz de algún motín u otro quebrantamiento de la disciplina. (Tales incidentes no eran

infrecuentes. Un caso notorio ocurrió cuando un grupo de reclutas de Petrogrado se apoderó de un buque en el Volga y huyó hacia Nizhni Novgorod; por orden de Trotsky, una cañonera improvisada interceptó a los desertores y una corte marcial condenó a muerte al comandante, al comisario y a un hombre de cada diez.)[75] Cualquiera sea la explicación, Kuzmin dio una respuesta amenazadora: "El pueblo trabajador ha matado siempre a los traidores a la causa, y continuará haciéndolo en el futuro. En mi lugar, vosotros hubierais matado a un hombre de cada cinco, no de cada diez". "Basta de eso –gritó alguien–. No puedes amenazarnos. ¡Sáquenlo a golpes!' Durante varios minutos las befas y las preguntas burlonas forzaron a Kuzmin a permanecer en silencio. Luego, en un intento final de hablar, denunció a la resolución del Petropavlovsk como un documento contrarrevolucionario y gritó que la indisciplina y la traición serían aplastadas por la mano de hierro del proletariado –después de lo cual fue expulsado de la plataforma en medio de un ruidoso coro de abucheos–.[76]

Luego que descendieron de la tribuna Kalinin y Kuzmin, ésta quedó en manos de los marineros y los soldados. Los oradores fustigaron uno tras otro a las autoridades por la falta de alimentos, petróleo, la confiscación de cereales, las inspecciones camineras y, sobre todo, por el hecho de que no se entreviera aún ningún alivio pese a haber transcurrido meses desde el fin de la Guerra Civil. Mientras los ciudadanos comunes sufren, manifestaban los oradores, los comisarios están al abrigo y bien alimentados. Entre los principales oradores se contaba Petrichenko, un viejo empleado del Petropavlovsk y líder de la revuelta desde su comienzo mismo.

Haciéndose eco del mito popular tradicional, que anteriormente apuntaba a los boyardos y oficiales del viejo Muscovy, acusó a los bolcheviques de “ocultar la verdad al pueblo”. Las leyendas populares de esta clase, como veremos dentro de un momento, estaban profundamente enraizadas en la psicología de la rebelión y ocupaban un lugar fundamental en su ideología, más bien primitiva. Petrichenko exhortó a la muchedumbre a apoyar la resolución del Petropavlovsk (que lleva su firma) y a pedir elecciones libres para los soviets en todo el país.

La resolución se puso entonces a votación y se aprobó por una abrumadora mayoría, pese a las protestas de Kalinin, Kuzmin y Vasiliev. Luego se decidió citar a una conferencia especial con el fin de disponer nuevas elecciones para el Soviet de Kronstadt, cuyo período debía expirar en todo caso, según parece, en ese mismo día. Finalmente, la Asamblea votó el envío de una delegación de treinta hombres a Petrogrado para informar al pueblo de sus reivindicaciones y requerir que enviaran representantes no partidarios a Kronstadt para observar la situación en forma directa. Los delegados, con sus documentos en regla, fueron arrestados al llegar y nunca se volvió a oír hablar de ellos.[77]

Cuando la asamblea se disolvió, Kalinin y Kuzmin se dirigieron al cuartel general local del partido para considerar el próximo movimiento que realizarían. Kalinin, dice Emma Goldman, la bien conocida anarquista que estaba siguiendo los acontecimientos desde el Astoria Hotel en Petrogrado, partió luego de Kronstadt en un ambiente de continuada amistad.[78] En vista de lo que acababa de ocurrir, esto parece difícil de

creer. Según fuentes soviéticas, Kalinin fue detenido por un tiempo en la puerta de Petrogrado antes de que se le permitiera abandonar la isla: y sabemos por los insurgentes mismos, entrevistados con posterioridad en Finlandia, que muchos de los marineros deseaban mandarlo a la cárcel, pero se los disuadió con el argumento de que esto violaría el principio de libertad enunciado en su propia resolución.[79] En todo caso, la cuestión no es fundamental. Lo que parece razonablemente claro es el hecho de que con la aprobación de la resolución de los marineros en la Plaza del Ancla, los eventos tomaron decididamente la dirección del motín liso y llano.

Víctor Serge echa directamente la culpa de que esto ocurriera a Kalinin y Kuzmin, cuya brutal actitud y torpes discursos, según dice, sólo podían provocar la furia de los marineros. Lejos de calmar a los encolerizados hombres de Kronstadt, escribe Serge en sus memorias, los dos funcionarios los trataron como bribones y traidores y los amenazaron con represalias despiadadas a menos que recuperaran la sensatez.[80] Esto es con seguridad una exageración, pues la rebelión que estaba en curso obedecía a causas mucho más profundas que los meros discursos provocativos. Además, los marineros parecían dispuestos a acosar a los comunistas, no dándoles casi la oportunidad de pronunciar una frase antes de interrumpirlos con gritos y rechiflas. En cambio, no puede negarse que Kalinin y Kuzmin podrían haber mostrado mayor discreción ante un auditorio tan excitable. Puede haber pocas dudas de que sus imprudentes palabras reforzaron los sentimientos hostiles de los marineros hacia la burocracia bolchevique.

Entretanto, las autoridades estaban muy alarmadas por el fracaso de los comunistas de Kronstadt, que no habían logrado oponerse a las decisiones de la asamblea de la Plaza del Ancla. Aunque los afiliados comunes del partido estaban presentes en cantidades sustanciales, parecen haber sido barridos por la marea rebelde, y cuando Kalinin y Kuzmin elevaron su voz para protestar, ninguno de sus compañeros bolcheviques (excepto Vasiliev) salieron a apoyarlos. En verdad, la mayoría votó evidentemente en favor de la resolución del Petropavlovsk, mientras que el resto se abstuvo. Fue este rasgo, como observa Leonard Schapiro, lo que distinguió el levantamiento de Kronstadt de todas las explosiones previas que se produjeron contra el gobierno soviético.[81]

Al día siguiente, 2 de marzo, la incipiente revuelta avanzó un paso más cuando se celebró una conferencia (citada por la asamblea de la Plaza del Ancla) para disponer la reelección del Soviet de Kronstadt. Asistieron unos 300 delegados, dos por cada buque, unidad militar, fábrica, sindicato, etcétera, elegidos apresuradamente la mañana misma o la noche anterior. A los comunistas, según parece, no se les permitió dominar estas asambleas electorales y elegir sus propios delegados, como habían hecho en el pasado. Cuando se dirigían a sus camaradas fueron denostados e interrumpidos de la misma manera en que lo habían sido Kalinin y Kuzmin el día anterior. En la principal guarnición, por ejemplo, el comisario bolchevique escasamente tuvo tiempo para objetar los procedimientos irregulares antes de que lo interrumpiera el “especialista militar” a cargo de la artillería, un ex general zarista llamado Kozlovsky, que tendrá mucha figuración en nuestro relato. “Vuestro tiempo ha pasado –declaró

Kozlovsky–. Ahora yo haré lo que hay que hacer.” Es probable que escenas como ésta se hayan repetido esa mañana en otras unidades. Sin embargo, aunque la mayoría de los delegados elegidos no eran miembros del partido, los comunistas se las arreglaron para obtener una minoría muy importante, que llegaba quizás a un tercio del número total.[82]

La conferencia se reunió en el gran auditorio de la Casa de la Educación, que ocupaba el edificio de la ex Escuela de Ingeniería Naval, uno de los más notables de la ciudad. Se ubicaron en el exterior y en los salones marineros armados del buque de guerra Petropavlovsk para impedir que hubiera cualquier interferencia en la reunión. Su presencia puede haber estado también destinada a intimidar a cualquier supuesto defensor del orden existente. Como era de esperar, presidió la conferencia el camarada marinero Petrichenko. Desde el comienzo mismo, según hemos visto, él asumió un papel de primer plano en el movimiento de Kronstadt, rol que conservó hasta el amargo final, ocurrido más de dos semanas después. Nacido de una familia campesina de Ucrania, Stepan Maximovich Petrichenko estaba bien dotado de las cualidades de un líder rebelde. Era un marino joven y vehemente de alrededor de treinta años, gallardo y de sólida contextura, con un carácter fuerte y magnético, que le valió un séquito devoto. Pese a su acento ucraniano, hablaba con eficacia en un lenguaje simple y directo que reflejaba su crianza campesina. Era un marino experimentado que había ingresado en la armada en 1912, casi una década antes de los trágicos acontecimientos en que se vio envuelto entonces. Con anterioridad había trabajado como plomero en su distrito nativo. Según todas las fuentes, estaba dotado de una aguda

inteligencia que desmentía los meros dos años de escuela formal que había cursado de niño. Además, casi todos los que estuvieron en contacto con él afirman que poseía gran energía e inventiva.[83]

La conferencia, presidida por Petrichenko, comenzó eligiendo un presidium de cinco hombres. Los delegados oyeron después unos pocos discursos, antes de encarar su tarea principal que consistía en organizar nuevas elecciones para integrar el Soviet. Los primeros en subir a la tribuna fueron los funcionarios comunistas Kuzmin y Vasiliev, que se habían opuesto a la resolución del Petropavlovsk el día anterior en la Plaza del Ancla. En esta oportunidad, para consternación de sus oyentes, prosiguieron con la misma retahíla crítica. El discurso de Kuzmin, en particular, provocó la indignación de los delegados. Al recordarles que aún no se había firmado una paz formal con Polonia, les advertía que cualquier división en la autoridad gubernamental –cualquier *dvoevlastie,* o poder dual– podía en ese momento tentar al mariscal Pilsudski a reanudar las hostilidades. Los ojos del oeste, decía, estaban fijados en la Rusia Soviética, atisbando los signos de debilidad interna. Respecto de los disturbios de Petrogrado, prosiguió Kuzmin, Kronstadt estaba groseramente mal informada tanto respecto de su gravedad como de su extensión. Habían constituido, sin duda, un chispazo momentáneo, pero que pasó muy rápido, y en ese momento la ciudad estaba tranquila. En un momento dado, Kuzmin, al aludir a la intranquilidad que reinaba en la flota del Báltico, defendió la conducta de comisarios como él mismo, a quienes los marineros, en asambleas recientes, habían hecho objeto de escarnio. Esto difícilmente pudiera agradar a sus oyentes. Pero lo que los enardeció más que

cualquier otra cosa fueron las observaciones finales de Kuzmin, que encerraban la misma amenaza implícita que su discurso del día anterior. “Me tenéis a vuestra merced –les dijo–. Podéis incluso fusilarme si se os da por eso. Pero si os atrevierais a levantar la mano contra el gobierno, los bolcheviques lucharán hasta el extremo de sus fuerzas.” [84]

El tono desafiante del discurso de Kuzmin exasperó por completo a su auditorio. Puesto que en el salón reinaba una atmósfera explosiva, Kuzmin debía haber procedido con más tacto.

Sin embargo, sus observaciones no carecían de ninguna manera de pertinencia. Puesto que era un hecho que aún no se había firmado ningún tratado con Polonia (estaba en vigor un armisticio desde octubre y se realizaban conversaciones de paz en Riga), la amenaza de una renovada intervención polaca, respaldada una vez más por oficiales franceses, no era cosa de poca monta. Petrogrado estaba en una ubicación particularmente expuesta, y los funcionarios soviéticos temían auténticamente que cualquier evidencia de dificultades internas pudiera robustecer la posición polaca en la mesa de negociaciones o llevar incluso a una reanudación abierta de la guerra. Además, era cierto que las huelgas de Petrogrado estaban atenuándose, luego de haber alcanzado su pico el último día de febrero. Pero los rumores de fusilamientos y de un amotinamiento en gran escala ya habían excitado a los marineros, y el 2 de marzo, en un momento en que los disturbios casi habían cesado, ellos estaban redactando el anuncio erróneo (para publicar el día siguiente) de que la ciudad estaba al borde de una “insurrección general”.[85] Esta

falsa interpretación, al alentar a los hombres de Kronstadt con la perspectiva de una sublevación masiva en el continente, los indujo a realizar serios actos que no pocos de ellos tendrían que lamentar después.

Cuando Kuzmin descendió de la tribuna, Vasiliev, presidente del difunto Soviet, se dirigió a la asamblea en un tono similar. Cuando él terminó, la actitud general de la reunión se había vuelto abiertamente antibolchevique, pese al gran número de comunistas que había entre los delegados. La hostilidad de los marineros, como observó Alexander Berkman, no se dirigía contra el partido como tal, sino contra sus burócratas y comisarios, cuya arrogancia, a su parecer, estaba ejemplificada en los discursos de Kuzmin y Vasiliev. El del primero, dice Berkman, fue "una tea arrojada en un polvorín".[86] Los delegados estaban tan enfurecidos que los desventurados funcionarios, junto con el comisario de la Escuadra de Kronstadt (un bolchevique llamado Korshunov, cuya jurisdicción incluía al Petropavlovsk y al Sebastopol), fueron arrestados y sacados de la sala. Éste era un flagrante acto de insubordinación, mucho más serio que la breve detención sufrida por Kalinin el día anterior. Significó un enorme paso por el camino del amotinamiento abierto. En cambio, los delegados rechazaron una moción de arrestar a los otros comunistas presentes y despojarlos de sus armas. Aunque una minoría vocinglera expresó fuertes sentimientos anticomunistas, la mayoría de sus camaradas estaban decididos a adherirse a los principios de la resolución del Petropavlovsk, que era el estatuto de su incipiente movimiento, donde se garantizaba la libertad de expresión para todos los grupos políticos del ala izquierda, incluidos los bolcheviques.

Pese a lo serio que era, el arresto de los tres oficiales no representó un paso irreversible. Sin embargo, esto no iba a tardar en ocurrir. Después que los guardias se llevaron de la sala a sus prisioneros, Petrichenko puso orden en la asamblea. La resolución del Petropavlovsk fue leída en alta voz y aprobada una vez más con entusiasmo, procedimiento que parecía entonces un ritual firmemente establecido. La conferencia trató luego el tema principal de su agenda, que era la elección de un nuevo Soviet. Pero fueron interrumpidos repentinamente por una voz de entre el auditorio. Pertenecía a un marinero del Sebastopol, que gritaba que estaban en camino quince vagones de comunistas armados con fusiles y ametralladoras que venían a interrumpir la asamblea. La noticia produjo el efecto de una bomba sumiendo a los delegados en la alarma y la confusión, y sólo después de un período de gran conmoción se restableció la calma necesaria para reanudar la asamblea. Algunos propusieron enviar una nueva delegación a Petrogrado para tratar de concertar una alianza con los huelguistas, pero esto se rechazó por temor a que ocurrieran más arrestos. Luego, perturbada por la perspectiva de un ataque bolchevique, la conferencia dio un paso fatal. Decidió establecer un Comité Revolucionario Provisional, encargado de administrar la ciudad y la guarnición hasta la formación de un nuevo Soviet. Por falta de tiempo para realizar elecciones propiamente dichas, se designó como Comité Revolucionario Provisional, bajo la presidencia de Petrichenko, al presidium de cinco miembros de la conferencia. Mediante esta acción el movimiento de Kronstadt se colocó fuera de los límites de la mera protesta. Había comenzado la rebelión.[87]

Por lo tanto, el rumor había desempeñado una vez más un papel crítico en la configuración del curso de los eventos en Kronstadt. Los discursos de Kuzmin y Vasiliev, al suscitar la indignación de los delegados, prepararon el ambiente para los actos impulsivos que siguieron. Pero fue el informe falso de que los comunistas estaban preparándose para atacar a la asamblea lo que precipitó realmente la formación del Comité Revolucionario Provisional, paso por el cual los marineros cruzaron el Rubicón de la insurrección. ¿Quién fue responsable de este rumor? Según Petrichenko, fue obra de los comunistas mismos, con el objeto de disolver la conferencia.[88] Aunque esto es por cierto posible, no hay ninguna prueba de que así fuera. Es igualmente probable que el marinero que gritó la noticia deseara agitar las cosas *contra* los comunistas. Y vale la pena notar que Petrichenko mismo dio crédito al rumor y anunció que estaba en verdad en camino un destacamento de 2.000 comunistas que venían a dispersar la asamblea. Una vez más se desató un pandemonium y los delegados dejaron el salón muy excitados.[89]

Lo que puede haber inspirado el rumor era el hecho de que se observó que un grupo de reclutas comunistas, encabezados por un miembro de la Cheka de Kronstadt, abandonaban la Escuela Superior del Partido mientras se realizaba la conferencia en la Casa de la Educación. Sin embargo, lejos de proponerse atacar la reunión, esos reclutas huían en realidad de Kronstadt hacia Krasnaya Gorka, fuerte ubicado en el continente hacia el sudoeste. Otro incidente, ocurrido el día anterior, puede haber contribuido también a suscitar el temor de los insurgentes. Después de la reunión celebrada en la Plaza del Ancla, una cantidad de bolcheviques legalistas habían

considerado, en verdad, la posibilidad de emprender acción militar para descabezar la rebelión. Novikov, comisario de la fortaleza de Kronstadt, obtuvo incluso artillería liviana y ametralladoras del arsenal. Pero cuando resultó evidente que carecían de suficiente apoyo para tal empresa, los hombres que seguían a Novikov decidieron abandonar la isla. Novikov mismo fue interceptado en el Fuerte Totleben, cerca de la costa de Carelia, pero se las arregló para escapar a caballo a través del hielo.[90]

Los insurgentes, en todo caso, no permanecieron ociosos. El Comité Revolucionario Provisional recién creado estableció su cuartel general a bordo del buque insignia Petropavlovsk, donde se había originado todo el fermento dos días antes. Actuando en forma muy expeditiva, el comité envió destacamentos armados a ocupar los arsenales, la central telefónica, los depósitos de alimentos, la estación de bombeo de agua, las plantas de electricidad, la jefatura de la Cheka y otros puntos estratégicos. Hacia la medianoche se habían apoderado de la ciudad sin resistencia alguna. Además, todos los buques de guerra, los fuertes y las baterías reconocieron la autoridad del Comité Revolucionario. A primera hora del día, copias de la resolución del Petropavlovsk habían sido enviadas por correo al continente y distribuidas en Oranienbaum, Petrogrado y otras ciudades de la vecindad. Esa noche la Escuadrilla Aérea Naval apostada en Oranienbaum reconoció al Comité Revolucionario y envió a través del hielo representantes a Kronstadt. La revolución había comenzado a propagarse.

Al día siguiente, 3 de marzo, el Comité Revolucionario

Provisional comenzó a publicar un diario, el *Izvestiia Vremennogo Revoliutsionnogo Komiteta Matrosov, Krasnoarmeitsev i Rabochikh gor. Kronshtadta* (Noticias del Comité Revolucionario Provisional de Marineros, Soldados y Obreros de la Ciudad de Kronstadt), que iba a aparecer sin interrupción hasta el 16, o sea, el día anterior al asalto decisivo contra los rebeldes. En el primer número, Petrichenko, como jefe del Comité, pedía el apoyo de la población de Kronstadt:

> "Camaradas y ciudadanos: el Comité Provisional está determinado a que no se vierta una sola gota de sangre... La tarea del Comité Revolucionario Provisional consiste en organizar en la ciudad y las fortalezas, mediante un esfuerzo amistoso y cooperativo, las condiciones para que se realicen elecciones limpias y en regla con el fin de elegir el nuevo Soviet.
>
> Y ASÍ, CAMARADAS, APOYEMOS EL ORDEN, LA CALMA, LA FIRMEZA, LA NUEVA Y EQUITATIVA CONSTRUCCIÓN SOCIALISTA QUE PROMOVERÁ EL BIENESTAR DE TODO EL PUEBLO TRABAJADOR ".[91]

Ese mismo día, el Comité Revolucionario prohibió la salida de la ciudad sin un permiso especial. Se cancelaron todas las licencias militares. Además, se impuso un toque de queda a las 11 de la noche y se restableció la *retroivki* local,[92] como imitando al Comité *ad hoc* de Defensa de Petrogrado, de Zinoviev. Kronstadt había sobrepasado el punto después del cual no se puede retroceder. Con tres líderes bolcheviques en la cárcel, y con los rebeldes en el pleno control de la ciudad, parecía inevitable una prueba de fuerza con el gobierno

NOTAS

1 *Pravda*, 22 de enero de 1921.

2 *Poliakov, Perekhod k nepru*, pág. 233.

3 *New York Times*, 6 de marzo de 1921.

4 “Sobytiia v Petrograde”, Maklakov Archives, Series A, Packet 5, N° 13; “Pis’mo iz Petrograda ot poloviny fevralia 1921 goda”, Miller Archives, File 5M, N° 5; *Novyi Mir*, 1° de marzo de 1921; H. B. Quarton al secretario de Estado, Viborg, 3 de marzo de 1921, National Archives, 861.00/8245. Según Quarton la prensa soviética no informó de estas manifestaciones para impedir que se difundieran a otras ciudades.

5 Angelica Balabanoff, *My Life as a Rebel*, Nueva York, 1938, pág. 261.

6 Pukhov, *Kronshtadtskii miatezh*, pág. 19.

7 *Pravda*, 12 de febrero de 1921.

8 F. I. Dan, *Dva goda skitanii* (1919–1921), Berlín, 1922, págs. 104–105.

9 “Sobytiia v Petrograde”, Maklakov Archives, Series A, Packet 5, N° 13; *Novaia Russkaia Zhizn’*, 8 de marzo de 1921.

10 *Pravda o Kronshtadte*, Praga, 1921, pág. 6; Pukhov, *Kronshtadtskii miatezh*, pág. 130; Berkman, *The Bolshevik Myth*, págs. 291–92.

11 *Petrogradskaia Pravda*, 25 y 26 de febrero de 1921; *Izvestiia Petrogradskogo Soveta*, 26 de febrero de 1921. Antselovich parece haber servido en el Comtié de Defensa de Petrogrado sólo durante los primeros días de los pocos que duró ese organismo. Luego todas las órdenes y decretos del comité fueron firmados por Zinoviev, Lashevich y Avrov.

12 *Krasnaia Gazeta*, 25 de febrero de 1921.

13 *Izvestiia Petrogradskogo Soveta*, 25 de febrero de 1921; *Petrogradskaia Pravda*, 26 de febrero de 1921.

14 Véase, por ejemplo, Kornatovskii (comp.), *Kronshtadtskii miatezh*, págs. 138, 144.

15 Dan, *Dva goda skitanii*, pág. 105.

16 *Pravda o Kronshtadte*, pág. 6; Berkman, *The Kronstadt Rebellion*, pág. 7.

17 Dan, *Dva goda skitanii*, pág. 107.

18 Berkman, *The Bolshevik Myth*, pág. 292.

19 Kornatovskii (comp.), *Kronshtadtskii miatezh*, pág. 26.

20 *Ibid.* El texto de este panfleto, y el de los mencheviques citado más arriba, pueden encontrarse en *Pravda o Kronshtadte*, págs. 6–7; Berkman, *The Kronstadt Rebellion*, págs. 7–8; y Slepkov, *Kronshtadtskii niiatezh*, pág. 18.

21 Véase P. I. Boldin, “Men’sheviki v Kronshtadtskom miatezh”, *Krasnaia Letopis’*, 1931, N° 3, págs. 13–14.

22 Dan, *Dva goda skitanii*, pág. 107.

23 *Izvestiia Petrogradskogo So–veta*, 1° de marzo de 1921.

24 *Novaia Russkaia Zhizn’*, 8 de marzo de 1921; Quarton al secretario de Estado, 5 de marzo de 1921, National Archives, 861.00/8253. Sobre el resurgimiento del antisemitismo véase también Pukhov, *Kronshtadtskii miatezh*, pág. 32; y Emma Goldman, *Living My Life*, Nueva York, 1934, págs. 875–76.

25 Dan, *Dva goda skitanii*, pág. 108.

26 Leonard Schapiro, *The Origin of the Communist Autocracy*, Cambridge, Mass., 1956, pág. 205.

27 Víctor Serge, *Memoirs of a Revolutionary*, 1901–1941, Londres, 1963, pág. 130. Corky mismo abandonó el país muy poco después.

28 Goldman, *Living My Life*, pág. 875.

29 Quarton al secretario de Estado, 4 de marzo de 1921, National Archives, 861.00/8241.

30 *Krasnaia Gazeta*, 27 de febrero de 1921. La decisión de comprar el carbón (18.5 millones de puds – un pud equivale a 16,38 kg.) ya había sido tomada el 1° de febrero por el Consejo de Trabajo y Defensa: véase Lenin, *Polnoe sobranie sochinenii*, LII, 63.

31 *Izvestiia Petrogradskogo Soveta*, 1° de marzo de 1921; *Krasnaia Gazeta*, 1° de marzo de 1921.

32 Goldman, *Living My Life*, pág. 885.

33 *Kronshtadt: kratkii putevoditel’*, Leningrado, 1963, pág. 77. Pueden encontrarse otras descripciones de Kronstadt en la *Entsikopedicheskii slovar’*, San Petersburgo, 1895, XVIA, 823–24; *Encyclopedia Britannica*, 11ª ed., XV, 927–28; y Voline, *La Révolution inconnue* (1917–1921), París, 1943, págs. 408–10. Respecto de la historia antigua de Kronstadt véase A. V. Shelov, *Istoricheskii ocherk kreposti Kronshtadt*, Kronstadt, 1904.

34 Pukhov, *Kronshtadtskii miatezh*, pág. 49.

35 F. Kogan, *Kronshtadt v 1905–1906 gg.*, Moscú, 1926, págs. 7–13.

36 V. Voronevskii y N. Khenrikson, *Kronshtadtskaia krepost’–kliuch k Leningradu*, Leningrado, 1926, págs. 10–16; lu. Korablev, *Revoliutsionnye vosstaniia na Baltike v 1905–1906 gg.*, Leningrado, 1956, págs. 24–30; L. A. Lentsner, *Kronshtadt v 1905–1906 gg., vospominaniia*, Moscú, 1956, págs. 156–65. Puede encontrarse más material sobre las revueltas de Kronstadt de 1905 y 1906 en los documentos reunidos en *Voennye vosstaniia v Baltike v 1905–06 gg.*, Moscú, 1933; y en *Voennye moriaki v period pervoi russkoi revoliutsii, 1905–1907 gg.*, Moscú, 1955.

37 “Kronshtadtskoe vosstanie 1906 g.”, *Krasnyi Arkhiv*, 1936, N° 4, pág. 103.

38 Korablev, *Revoliutsionnye vosstaniia na Baltike*, págs. 89–193; Lentsner, *Kronshtadt v 1905–1906 gg.*, págs. 101–24. Según Lentsner, a 70 de los amotinados se les

aplicó la sentencia de muerte (quizás algunos hayan sido indultados).

39 R. P. Browder y A. F. Kerensky, comps., *The Russian Provisional Government, 1917,* 3 vols., Stanford, 1961, III, 1.296–99.

40 E. Iarchuk, *Kronshtadt v russkoi revoliutsii,* Nueva York, 1923, pág. 54; I. P. Flerovskii, Bol'shevistskii Kronshtadt v 1917 godu (po lichnym vospominaniiam), Leningrado, 1957, pág. 17.

41 iarchuk, *Kronshtadt v russkoi revoliutsii,* págs. 22–23.

42 *Ibíd.,* págs. 37, 50.

43 I. P. Flerovskii, "Iiul'skii politicheskii urok", Proletarskaia Revoliutsiia, 1926, n. 7, págs. 58–59.

44 F. F. Raskol'nikov, *Kronshtadt* i *Piter v 1917 godu,* Moscú, 1925, págs. 29–32.

45 Baltiiskie moriaki v podgotovke i provedenii Velikoi Odtiabr'skoi sotsialisticheskoi revoliutsii, Moscú, 1957, págs. 19–22; V. V. Petrash, Moriaki Baltiiskogo flota v bor'be za pobedu Oktiabria, Leningrado, 1966, pág. 52.

46 N. N. Sukhanov, *The Russian Revolution,* 1917, Nueva York, 1955, págs.

444–46. Sobre los sucesos de junio y julio en Petrogrado, véase Alexander Rabinowitch, *Prelude to Revolution*, Bloomington, Ind., 1968.

47 Browder y Kerensky, *The Russian Provisional Government,* III, 1581–82.

48 I. N. Steinberg, *Als ich Volkskommissar war,* Munich, 1929, págs. 138–63.

49 Véase Paul Avrich, *The Russian Anarchists,* Princeton, 1967, pág. 156.

50 P. G. Sofinov, Istoricheskii povorot (perekhod k novoi ekonomicheskoi politike), Moscú, 1964, pág. 45.

51 Voline, *La Révolution inconnue,* pág. 200,

52 Véase Schapiro, *The Origin of the Communist Autocracy*, pág. 74.

53 L. D. Trotskii, *Kak vooruzhalas' revoliutsiia,* 3 vols. en 5 tomos, Moscú, 1923–1925, 1, 140, 278.

54 G. S. Plukhov, *Kak vooruzhalsia Petrograd,* Moscú, 1933, pág. 36.

55 I. Flerovskii, "Miatezh mobilizovannykh matrosov v Peterburqe 14 oktiabria 1918 g.", *Proletarskaia Revoliutsiia,* 1926, N° 8, págs. 218–37.

56 P. E. Dybenko, *Iz nedr tsarskogo flota k velikomu Oktiabriu,* Moscú, 1928, pág. 69.

57 Wollenberg, *The Red Army,* pág. 41.

58 Véase John Erickson, *The Soviet High Commnand,* Londres, 1962, págs. 25–52.

59 Dybenko, *Iz nedr tsarskogo flota,* pág. 199.

60 *New York Times,* 31 de marzo de 1921.

61 Pukhov, *Kronshtadtskii miatezh,* págs. 44–54.

62 *Ibid.*, pág. 42; Pukhov, “Kronshtadt i Baltiiskii flot pered miatezhem 1921 goda”, *Krasnaia Letopis’*, 1930, N° 6, págs. 150–53.

63 *Obshchee Delo*, 2 de enero de 1921.

64 Lazarevich, “Kronshtadtskoe vosstanie”, *Borla*, 1921, N° 1–2, pág. 3.

65 Ida Mett, *La Commune de Cronstadt: Crépuscule sanglant des Soviets*, París, 1949, pág. 26; Kornatovskii (comp.), *Kronshtadtskii miatezh*, págs. 13–15.

66 *Sotsialisticheskii Vestnik*, 18 de marzo de 1921, pág. 1.

67 Pukhov, “Kronshtadt i Baltiikskii flot”, *Krasnaia Letopis*’, 1930, N° 6, págs. 174–94. Cf. Schapiro, *The Origin of the Communist Autocracia*, pág. 299.

68 Pukhov, *Kronshtadtskii miatezh*, págs. 50–52; C. P. Maximoff, *The Guillotine at Work*, Chicago, 1940, pág. 169.

69 Dan, *Dva goda skitanii*, pág. 108; Goldman, *Living My Life*, pág. 876.

70 Dybenko, *Iz nedr tsarskogo flota*, pág. 159.

71 S. M. Petrichenko, *Pravda o Kronshtadtskikh sobytiiakh*, sin pie de imprenta, 1921, pág. 6; Petrichenko, “O prichinakh Kronshtadtskogo vosstaniia”, *Znamia Bor’by*, N° 14–15, diciembre de 1925–enero de 1926, págs. 6–7.

72 *Pravda o Kronshtadte*, págs. 46–47; Berkman, *The Kronstadt Rebellion*, págs. 9–11.

73 V. Kuznetsov, *Iz Vospominanii politrabotnika*, Moscú, 1930, págs. 67–68; *Revoliutsionnaia Rossiia*, 1921, N° 7, pág. 20; G. A. Cheremshanskii, “Kronshtadtskoe vosstanie, 28 fevralia – 18 marta 1921”, manuscrito, Columbia Russian Archive. Véase también Pukhov, *Kronshtadtskü miat’ezh*, pág. 61; y Kornatovskii (comp.), *Kronshtadtskii miatezh*, págs. 71–72.

74 “Prichiny, povody, techenie i otsenka Kronshtadtskikh sobytii”, manuscrito, Hoover Library; Quarton al Secretario de Estado, 23 de abril de 1921, National Archives, 861.00/8619; *Novaia Russkaia Zhizri*, 6 de marzo de 1921.

75 Véase Erikson, *The Soviet High Command*, pág. 39.

76 Berkman, *The Bolshevik Myth*, pág. 294; Serge, *Memoirs of a Revolutionary*, pág. 127.

77 *Pravda o Kronshtadte*, pág. 10.

78 Goldman, *Living My Life*, pág. 877.

79 Pukhov, *Kronshtadtskii miatezh*, pág. 62; “Interv’iu s chlenami Vremen–nogo Revoliutsionnogo Komiteta (s matrosami ‘Petropavlovska’ lakovenko, Karpenko i Arkhipovym)”, manuscrito, Hoover Library.

80 Serge, *Memoirs of a Revolutionary*, pág. 127.

81 Schapiro, *The Origin of the Communist Autocracy*, pág. 303. Cf. George Katkov, “The Kronstadt Rising”, *St. Antony’s Papers*, N° 6, Londres, 1959, pág. 28.

82 Pukhov, *Kronshtadtskii miatezh,* pág. 63. Para detalles acerca de la conferencia del 2 de marzo, véase *Pravda o Kronshtadte*, págs. 115–17; y *Revoliutsionnaia Rossiia,* 1921, N° 7, págs. 21–22.

83 Véase *Volia Rossii,* 15 de marzo de 1921; *Revoliutsionnaia Rossiia,* 1921, N° 8, págs. 6–7; *New York Times,* 31 de marzo de 1921; y la entrevista con Petrichenko de Edmond Stratton, 19 de marzo de 1921, National Archives, 861.00/8470.

84 *Pravda o Kronshtadte*, pág. 116.

85 *Ibid.*, pág. 47.

86 Berkman, *The Kronstadt Rebellion,* págs. 12–13.

87 *Pravda o Kronshtadte,* pág. 46. Cf. Robert V. Daniels, "The Kronstadt Revolt of 1921: A Study in the Dynamics of Revolution", *American Slavic and East European Review* X (diciembre de 1951), 244; y John G. Wright, *The Truth About Kronstadt,* Nueva York, 1938.

88 *Revoliutsionnaia Rossiia,* 1921, N° 8, pág. 8.

89 *Pravda o Kranshtadte*, pág. 117.

90 *Ibid.*, págs. 12, 48.

91 *Ibid.*, pág. 46.

92 *Ibid.*, pág. 49; Pukhov, *Kronshtadtskii miatezh,* pág. 69.

III. KRONSTADT Y LOS EMIGRADOS RUSOS

Desde el comienzo, las autoridades soviéticas comprendieron el peligro que representaba la agitación reinante en Kronstadt. Como el pueblo ruso estaba extremadamente descontento, la revuelta de los marineros podía provocar una conflagración masiva en todo el país. La posibilidad de intervención extranjera agregó una causa más de preocupación, y la posición estratégica de Kronstadt, a la entrada del Neva, colocaba a Petrogrado en serio peligro. Memoriosos de los paralelos históricos, los bolcheviques podían recordar muy bien que cuatro años antes estallidos subversivos ocurridos en las fuerzas armadas, junto con las huelgas y manifestaciones que se produjeron en la ex capital, habían conducido a la caída de la autocracia. Ahora su propio régimen enfrentaba un peligro similar. Si la "Kronstadt Roja" y el "Pedro Rojo" podían volverse contra el gobierno, ¿qué era de esperar del resto del país?

No era de extrañar, por lo tanto, que se realizaran todos los esfuerzos posibles para desacreditar a los rebeldes. No era tarea fácil, pues Kronstadt había gozado durante largo tiempo de reputación por su fidelidad revolucionaria. En 1917 Trotsky mismo había llamado a los marinos de Kronstadt "el orgullo y la gloria" de la Revolución Rusa. Sin embargo, cuatro años más

tarde se esforzaba por demostrar que éstos no eran los mismos revolucionarios leales de antes, sino elementos nuevos de una clase totalmente distinta. Millares de valientes ciudadanos de Kronstadt habían perecido en la Guerra Civil, argumentaba Trotsky, y muchos de los sobrevivientes se habían dispersado luego por todo el país. Así, se fueron los mejores hombres, y las filas de la flota se llenaron con campesinos sin instrucción reclutados en ucrania y los confines del oeste, que eran en buena medida indiferentes a la lucha revolucionaria y en ocasiones, debido a diferencias de clase y de carácter nacional, se mostraban abiertamente hostiles al régimen soviético. se formulaba además el cargo de que muchos de los reclutas provenían de regiones donde las guerrillas de Mackno, Grigoriev y de otros anticomunistas habían logrado atraer a gran cantidad de partidarios, y traído consigo una "disposición de espíritu anarco–bandidista" –en verdad, en algunos casos esos reclutas habían incluso luchado en estos grupos guerrilleros o en los ejércitos Blancos de Denikin y Wrangel–.[1]

Tal como lo retrataban los bolcheviques, el marinero de Kronstadt de 1921 era entonces "de una estructura social y psicológica diferente" respecto de su predecesor de la Revolución y la Guerra Civil: en el peor de los casos, un rufián corrupto y desmoralizado, indisciplinado, malhablado, y dado a jugar a los naipes y beber; y en el mejor, "un joven campesino vestido de marinero", un simple rústico de aldea que se divertía llevando pantalones acampanados y un jopo muy engominado para atraer la mirada femenina.[2] A estos reclutas novatos que venían del campo, decían los bolcheviques, los viejos "lobos marinos" les aplicaban una variedad de epítetos insultantes: *Kleshniki,* término derivado de los pantalones

acampanados que tanto les gustaban; *Zhorzhiki, o* sea rústicos transformados en petimetres; y, lo peor de todo, *Ivanmory* (palurdos de mar), parodia burlesca de la palabra *Voenmory* (guerreros del mar), orgulloso título que llevaban los veteranos de la Guerra Civil.[3]

¿En qué medida son exactas tales caracterizaciones? Puede haber pocas dudas de que durante los años de la Guerra Civil había ocurrido en verdad un gran cambio de personal en la flota del Báltico, y que muchos de los hombres de más edad habían sido reemplazados por conscriptos que provenían de los distritos rurales y traían consigo el descontento profundamente sentido del campesinado ruso. En 1921, de acuerdo con cifras oficiales, más de las tres cuartas partes de los marineros eran de origen campesino, proporción substancialmente mayor que la de 1917, año en el cual una parte considerable de la flota estaba constituida por obreros industriales provenientes del sector de Petrogrado.[4] Petrichenko mismo reconoció más tarde que muchos de sus camaradas de armas eran campesinos del sur movidos por la situación de los aldeanos de su región. Sin embargo, esto no significa necesariamente que las pautas conductuales de la flota hayan sufrido algún cambio fundamental. Por el contrario, junto a los clasificados como técnicos, que se tomaban en gran medida de la clase trabajadora, hubo siempre entre los marineros una gran cantidad de elementos revoltosos de origen campesino, que carecían de disciplina y estaban propensos a desmandarse a la menor provocación. En verdad, en 1905 y 1917 fueron estos mismos jóvenes del campo los que dieron a Kronstadt su reputación como foco de extremismo revolucionario. Y durante toda la Guerra Civil los

habitantes de Kronstadt se habían mantenido como un grupo independiente y obstinado, difícil de controlar y muy poco constante en su apoyo al gobierno. Fue por esta razón que tantos de ellos –especialmente los perturbadores y descontentos crónicos– fueron transferidos a nuevos destinos alejados de los centros bolcheviques de poder. De los que quedaron, muchos ansiaban las libertades que habían conquistado en 1917, antes de que el nuevo régimen comenzara a establecer su dictadura unipartidaria en todo el país.

En realidad, no había mucha diferencia entre los hombres de los viejos tiempos y los reclutas recién ingresados en su seno. Ambos grupos eran, en gran medida, de origen campesino; ambos –unos mientras estaban de licencia y los otros antes de presentarse al servicio activo– habían visto por sí mismos la miseria que reinaba en sus distritos nativos; y ambos anhelaban deshacerse de la autoridad coercitiva del gobierno central. En forma no inesperada, cuando se produjo finalmente la rebelión, fueron los marinos más viejos, los veteranos con muchos años de servicio (que en algunos casos remontaban al período anterior a la Primera Guerra Mundial) quienes asumieron la conducción. Petrichenko ya había entrado en la flota en 1912, y fue miembro de la tripulación del Petropavlovsk desde 1918. Su vicepresidente del Comité Revolucionario Provisional, un viejo “lobo de mar” llamado Yakovenko, había luchado en las barricadas en 1917. Dada la madurez y experiencia de estos dos hombres, por no mencionar su profunda desilusión como ex participantes en la Revolución, era muy natural que como marinos aguerridos ocuparan el primer plano en el levantamiento. Esto fue

particularmente cierto en el caso de marinos de rango superior y técnicos calificados (Petrichenko, por ejemplo, era un empleado de categoría en un buque de guerra), que habían sido cuidadosamente elegidos de entre los reclutas más despiertos y letrados, y estaban acostumbrados a actuar por iniciativa propia. Además, la proximidad de Petrogrado, con su intensa vida intelectual y política, contribuyó a agudizar su conciencia política, y muchos de ellos realizaron actividades revolucionarias durante 1917 y con posterioridad.[5]

Los habitantes de Kronstadt habían sido considerados desde hacía largo tiempo como portaestandartes de la militancia revolucionaria, reputación que se mantuvo en gran medida sin tacha durante toda la Guerra Civil, pese a su versatilidad y falta de disciplina. Todavía en el otoño de 1920, según recuerda Emma Goldman, los comunistas mismos consideraban a los marineros como un brillante ejemplo de valor y firme coraje: el 7 de noviembre, tercer aniversario de la toma del poder por los bolcheviques, estuvieron en las primeras filas en las celebraciones, y la muchedumbre aclamó atronadoramente su representación del asalto al Palacio de Invierno en Petrogrado.[6] Nadie hablaba en esa época de que hubiera alguna "degeneración de clase" en Kronstadt. El alegato de que mujiks políticamente retrasados habían diluido el carácter revolucionario de la flota, según parecería, fue en gran medida un recurso destinado a explicar que ocurrieran movimientos disidentes entre los marineros, y ya había sido usado en octubre de 1918, después del abortado motín de la base naval de Petrogrado, cuando la composición social de la flota no podía haber sufrido aún ninguna transformación profunda.

El cargo de que los habitantes de Kronstadt eran en su mayoría no rusos –conscriptos de Ucrania, Letonia, Estonia y Finlandia, que tenían fuertes antagonismos nacionales contra el régimen soviético– merece también un examen más detenido. Aparecen en el diario del movimiento rebelde unos trescientos o cuatrocientos nombres de quienes firman artículos, proclamas, cartas, poemas, etcétera. En la medida en que podemos juzgar sólo sobre la base de estos apellidos –procedimiento que admitimos que es incierto– los nombres rusos constituyen una abrumadora mayoría. No hay ninguna proporción inusitada de nombres ucranianos, germánicos, bálticos o de otra procedencia. No obstante, el cuadro resulta un poco distinto cuando observamos la composición del Comité Revolucionario Provisional, el estado mayor de la insurrección:[7]

1. PETRICHENKO, empleado de categoría, buque de guerra Petropavlovsk

2. YAKOVENKO, operador telefónico, distrito de Kronstadt

3. OSOSOV, maquinista, buque de batalla Sebastopol

4. ARKHIPOV, maquinista de categoría

5. PEREPELKIN, electricista, buque de guerra Sebastopol

6. PATRUSHEV, electricista de categoría, buque de batalla Petropavlovsk

7. KUPOLOV, asistente médico de categoría

8. VERSHININ, marinero, buque de batalla Sebastopol

9. TUKIN, obrero, fábrica electromecánica

10. ROMANENKO, guardián de los diques secos

11. ORESHIN, director de la Tercera Escuela de Trabajadores

12. VALK, obrero de aserradero

13. PAVLOV, obrero, fábrica de minas

14. BAIKOV, jefe de transporte del departamento de construcción de fortalezas

15. KILGAST, piloto de aguas profundas

De los 15 miembros del comité, 3 (Petrichenko, Yakovenko y Romanenko) tienen nombres evidentemente ucranianos y otros 2 (Valk y Kilgast) nombres germánicos. Además, Petrichenko, Yakovenko y Kilgast ocupaban posiciones clave en el comité, pues eran el presidente, el vicepresidente y el secretario, respectivamente. Según fuentes soviéticas, los sentimientos nacionalistas de Petrichenko eran tan fuertes que sus camaradas le pusieron el sobrenombre de "Petliura", con referencia al conocido líder ucraniano.[8] Y sabemos por Petrichenko mismo que "tres cuartas partes" de la guarnición de Kronstadt eran nativos de Ucrania, y algunos de ellos habían servido en las fuerzas antibolcheviques del sur antes de entrar en la armada soviética.[9]

Lo que todo esto indica es que los sentimientos nacionales

desempeñaron probablemente algún papel en el estallido de la rebelión. Pero sigue siendo incierto, por falta de más pruebas, cuál fue exactamente la importancia de ese papel. Mucho más claros son los orígenes sociales humildes de los miembros del comité. Los marineros –normalmente de origen campesino y obrero– constituían una preponderante mayoría: aparentemente lo eran 9 de ellos, en su mayoría de nivel calificado pertenecientes al Petropavlovsk y al Sebastopol, que fueron los detonadores de la rebelión. Además, había 4 obreros y 2 empleados de oficina (un director de escuela y un funcionario de transportes). Así, el liderazgo del movimiento era innegablemente plebeyo, a diferencia del de los Blancos, y esto resultaba claramente embarazoso para las autoridades, que no ahorraron esfuerzos con el fin de demostrar que los cabecillas provenían de grupos sociales antiproletarios. Vershinin, marinero del Sebastopol que cayó en manos de los bolcheviques al comienzo de la revuelta, fue calificado de "especulador" y campesino petimetre *o Zhorzhik.* Peor aún, Pavlov fue identificado como un ex detective, Baikov como un propietario de Kronstadt y Tukin como un ex gendarme que en un tiempo poseía no menos de 6 casas y 3 talleres en Petrogrado. Se dice que Kilgast, otro miembro del comité, había sido convicto de desfalco de fondos gubernamentales en el departamento de transportes de Kronstadt, pero que fue liberado en una amnistía general con motivo del tercer aniversario de la Revolución Bolchevique.[10]

Los esfuerzos realizados para desacreditar al Comité Revolucionario Provisional continuaron hasta mucho tiempo después de haber sido sofocada la rebelión. Aparte de difamar el carácter de sus miembros, los autores soviéticos trataron de

vincularlos con la oposición política. A Petrichenko se lo identificó repetidamente como un socialista revolucionario de izquierda, a Valk y Romanenko como mencheviques, y a Oreshin como un socialista populista. De otra figura, Lamanov, que se afirmaba que era el principal ideólogo del movimiento y director de su diario, se dijo que era un maximalista socialista revolucionario.[11] Lamentablemente, no ha salido a luz ninguna información confiable que confirme o refute estas militancias. Sin embargo, sabemos acerca de Petrichenko, por fuentes contemporáneas soviéticas, que era un "ex comunista" que se había enrolado durante la campaña de reclutamiento de la "semana del partido", realizada en agosto de 1919, oportunidad en que quedaron en suspenso las limitaciones regulares para la admisión, y que abandonó el partido en el siguiente período de reinscripción.[12]

La breve vinculación de Petrichenko con los comunistas no era un caso insólito –el de Kilgast, secretario del Comité Revolucionario, fue similar–. Millares de marineros del Báltico siguieron el mismo curso. En marzo de 1921 el número de miembros del partido en Kronstadt no llegaba más que a la mitad de lo que había sido sólo seis meses antes. Algunos de los apóstatas aprovecharon la primera oportunidad para irse a casa con licencia. Petrichenko volvió a su aldea nativa en abril de 1920 y se quedó allí aparentemente hasta setiembre u octubre, período en el cual tuvo amplia oportunidad de ver actuar a los destacamentos alimentarios bolcheviques y de concebir una considerable hostilidad contra el gobierno. Las autoridades, según dijo más tarde a un periodista norteamericano, lo habían arrestado más de una vez bajo sospecha de actividad contrarrevolucionaria. Había tratado

incluso de unirse a los Blancos, con el único resultado de que lo rechazaron como ex bolchevique. Sin embargo, insistía en que el Comité Revolucionario de Kronstadt no tenía vínculo alguno con ningún grupo político. “Nuestra revuelta –dijo– fue un movimiento elemental para librarnos de la opresión bolchevique; una vez hecho esto, la voluntad del pueblo se manifestaría por sí misma.”[13]

El principal objeto de la propaganda bolchevique consistía en mostrar que la revuelta no era un estallido espontáneo de protesta masiva sino una nueva conspiración contrarrevolucionaria, que seguía la pauta establecida durante la Guerra Civil. De acuerdo con la prensa soviética, los marineros, influidos por los mencheviques y los socialistas revolucionarios que tenían en sus filas, habían unido descaradamente su suerte a la de los “Guardias Blancos”, guiados por un general zarista llamado Kozlovski. “Por detrás de los socialistas revolucionarios y los mencheviques –declaraba *Pravda*– ya han mostrado sus dientes los ex generales zaristas.”[14] Se dijo, a su vez, que esto formaba parte de un plan cuidadosamente tramado en París por emigrados rusos en connivencia con el servicio francés de contraespionaje. Además, se acusó a una red de organizaciones de la Cruz Roja –la Cruz Roja Internacional, la Cruz Roja Norteamericana y la Cruz Roja Rusa en Finlandia–, de actuar como fachada de los complotados. El 2 de marzo el Consejo de Trabajo y Defensa emitió una orden firmada por Lenin y Trotsky, por la cual se ponía fuera de la ley al general Kozlovski y a sus asociados y se denunciaba la resolución del Petropavlovsk como un documento “socialista revolucionario y de las Centurias Negras”.* La ley marcial se extendió de la

ciudad de Petrogrado a toda la provincia y el Comité de Defensa de Zinoviev fue investido de poderes de emergencia para enfrentar la insurrección.[15]

Como prueba de que el levantamiento había sido urdido por grupos antisoviéticos de París, los portavoces bolcheviques señalaban una tanda de informes aparecidos en periódicos franceses acerca de una revuelta ocurrida en Kronstadt, que se publicaron dos semanas antes de que ocurrieran los hechos. Estos informes, dijo Trotsky en una apreciación formulada ante periodistas ingleses y norteamericanos, mostraban claramente los nefastos planes ya urdidos entre los emigrados rusos y sus partidarios de la Entente. La elección de Kronstadt como blanco, dijo Trotsky, fue dictada por su proximidad con Petrogrado y su fácil accesibilidad desde el oeste, y también por la reciente entrada de elementos no confiables en la flota del Báltico.[16] Los alegatos de Trotsky fueron repetidos por Lenin en un discurso pronunciado ante el Décimo Congreso del Partido Comunista, el 8 de marzo. Por detrás de la revuelta, declaró Lenin, "asoma la figura familiar del general de la Guardia Blanca". "Está perfectamente claro –dijo citando relatos publicados en *Le Matin* y *L'Echo de Paris*– que esto es obra de los socialistas revolucionarios y de los Guardias Blancos emigrados."[17]

Puesto que los informes periodísticos de París desempeñaron un papel fundamental en la acusación bolchevique respecto de una conspiración Blanca, vale la pena examinar su contenido y orígenes. ¿Qué decían exactamente? El anuncio de *Le Matin,* aparecido el 13 de febrero bajo el título "Moscú toma medidas contra los rebeldes de Kronstadt", decía que se había

producido un levantamiento en la base naval de Kronstadt, y que las autoridades bolcheviques habían comenzado a movilizarse para impedir que se extendiera a Petrogrado. El 14 de febrero el mismo periódico publicó un segundo artículo que atribuía la revuelta al arresto de una delegación de marineros que había ido a Moscú para pedir mejores raciones. La situación en Kronstadt, decía *Le Matin,* se había entretanto deteriorado, y los rebeldes "dirigieron sus cañones hacia Petrogrado". Ese mismo día aparecía el relato en *L'Echo de Paris* con otras noticias según las cuales los marineros habían arrestado al comisario principal de la flota y despachado varios buques de guerra (presumiblemente con ayuda de un rompehielos) contra Petrogrado. Los insurgentes, según otro artículo del 15 de febrero, contaban con el apoyo de la guarnición de Petrogrado, y las autoridades estaban realizando arrestos en masa en la zona de la capital. Entre el 13 y el 15 de febrero aparecieron noticias similares en otros periódicos occidentales. En una noticia del *New York Times* se llegó hasta el punto de afirmar que los marineros habían tomado pleno control de Petrogrado y desafiaban a las tropas enviadas por Trotsky para desalojarlos.[18]

Por supuesto, no ocurrió nada semejante en Kronstadt ni en ninguna otra base del Báltico durante febrero de 1921. Falsos rumores de esta clase –estimulados por la fantasía de quienes deseaban que ocurrieran tales hechos y por el fermento general que había dentro de Rusia– no eran de ninguna manera raros en ese momento. Sin embargo, en el caso de Kronstadt, preanunciaron lo que iba realmente a ocurrir dos semanas más tarde (incluso el arresto de uno de los principales comisarios de la flota). Algunos historiadores sugieren que esos

rumores fueron provocados por la tormentosa Segunda Conferencia de los Comunistas de la Flota del Báltico, cuando los marineros lanzaron la exigencia de mayor democracia en la administración política de la flota.[19] Pero esta conjetura puede eliminarse sin vacilación, puesto que los informes falsos precedieron a la conferencia (celebrada el 15 de febrero) en varios días. En verdad, habían aparecido incluso antes historias similares en la prensa de los emigrados rusos, que proporcionaron la base para las noticias publicadas en los periódicos occidentales. El 12 de febrero *Volia Rossii* (Libertad rusa), diario socialista revolucionario de Praga, informó del estallido de "un importante levantamiento en la flota rusa del Báltico". Y dos días antes, el periódico *Obshchee Delo* (La causa común) de París, dirigido por el veterano populista Vladimir Burtsev, había anunciado las mismas noticias bajo el título de "Levantamiento de Marineros en Kronstadt". Este artículo fue quizás el que dio origen a todos los demás, y contenía virtualmente todos los elementos que iban a aparecer en los artículos sucesivos y que anticipaban de un modo tan sorprendente el hecho real que ocurriría una quincena más tarde: que los marineros de Kronstadt se habían levantado contra el gobierno, ocupado el puerto y arrestado al comisario principal de la flota; que estaban planeando emprender operaciones militares contra Petrogrado, y que las autoridades de esta última ciudad habían proclamado el estado de sitio y estaban realizando arrestos en gran escala.[20] Los rumores parecen haber surgido de una sola fuente: un corresponsal de la agencia de noticias "Russunion" que tenía su sede en Helsingfors, centro notorio de propaganda antisoviética. Sin embargo, sigue sin aclarar qué es lo que desencadenó esos rumores. Aparte de la inquietud general dentro de la flota,

puede haber contribuido en parte a desatarlos la noticia referente a la detención en Moscú de una delegación enviada desde Kronstadt. El comandante Raskolnikov del Báltico, según se cuenta, advirtió que los marineros podían abrir el fuego contra Petrogrado a menos que se liberara a sus camaradas, pero el gobierno se rehusó e incluso amenazó a Kronstadt con represalias.[21]

El Comité Revolucionario de Kronstadt rechazó las acusaciones de conspiración como pura calumnia, no apoyadas ni por un mínimo atisbo de verdad, sino reveladoras solamente de la bajeza e impostura a que habían descendido las autoridades. En una declaración dirigida a los obreros y campesinos de Rusia, el Comité dio su indignada réplica: "Nuestros enemigos tratan de engañarnos; dicen que la rebelión de Kronstadt fue organizada por mencheviques, socialistas revolucionarios, espías de la Entente y generales zaristas. Asignan el rol principal a París. ¡Insensatez! Si nuestra rebelión se hizo en París, entonces la luna se hizo en Berlín".[22] La respuesta del comité fue igualmente firme en lo referente a la acusación de que oficiales Blancos estuvieran liderando el movimiento: "En Kronstadt, el poder total está sólo en manos de los marineros revolucionarios, los soldados del Ejército Rojo y los obreros, y no de los Guardias Blancos encabezados por algún general Kozlovski, como proclama la calumniosa radio de Moscú". "Tenemos sólo un general aquí –declaraban sardónicamente los rebeldes–, que es Kuzmin, comisario de la flota del Báltico. Y ha sido arrestado."[23] Para demostrar el carácter popular de la revuelta, el Comité Revolucionario publicó una lista completa de sus miembros. Como ya sabemos, no aparece ningún oficial de rango entre los

nombres, y no digamos un general, sino sólo marineros y obreros comunes. “Éstos son nuestros generales: nuestros Brusilov, Kamenev, etcétera”, declaraba el *Izvestiia* de Kronstadt, aludiendo a la abundancia de ex oficiales zaristas que militaban dentro del propio campo bolchevique.[24]

Sin embargo, existió un general Kozlovski; y estaba en Kronstadt en marzo de 1921. ¿Qué rol desempeñó en la sublevación, si es que desempeñó alguno? Alexander Nikolaievich Kozlovski era un oficial de carrera del ejército con una larga y distinguida foja de servicios. Nacido en 1861 en la ciudad de Krasnoe Selo, cerca de Petrogrado, se graduó en la Escuela de Cadetes de Caballería, la Escuela de Oficiales de Artillería y la Academia Militar Imperial, y durante la Primera Guerra Mundial ascendió al rango de general de división en el arma de artillería. Luego de la Revolución Bolchevique, se transformó en uno de los muchos ex oficiales imperiales que fueron convocados a servicio activo como “especialistas militares” *(voenspetsy),* y en 1921 era jefe de artillería en la fortaleza de Kronstadt. Cuando se produjeron los disturbios a comienzos de marzo, los bolcheviques lo denunciaron en seguida como el genio malévolo del movimiento. Kozlovski fue puesto fuera de la ley y su esposa e hijos detenidos en Petrogrado como rehenes. Se vinculó con él, como conspiradores, a otros tres ex oficiales que servían bajo su mando (Burkser, Kostromitinov y Shirmanovsky). Kozlovski mismo sostuvo que las autoridades lo seleccionaron para acusarlo porque era el único ex general zarista en Kronstadt en ese momento, es decir, el único actor conveniente para desempeñar el ficticio rol de comandante de la Guardia Blanca complotado para aplastar la revolución.[25]

No hay duda de que esto puede ser cierto. Sin embargo, de toda la evidencia disponible resulta claro que Kozlovski y sus colegas desempeñaron de hecho un papel en los eventos de marzo de 1921. Cuando el comandante de la fortaleza huyó al continente en las primeras horas de la revuelta, Kozlovski se negó a sucederlo, pero siguió sin embargo en su cargo regular como director de artillería. El Comité Revolucionario Popular designó a otro especialista en artillería como comandante de la fortaleza, el ex teniente coronel E. N. Solovianov, con quien Kozlovski trabajó en estrecha cooperación. La mayoría de sus camaradas *voenspetsy* –en particular los de la rama de artillería– tomaron aparentemente la misma actitud y se pusieron a disposición de los insurgentes, proporcionándoles consejo y asistencia técnica. Estos ex oficiales no tenían buena opinión del régimen bolchevique. Típica de su actitud es una observación citada más arriba y que se supone que hizo Kozlovski el 2 de marzo al comisario bolchevique de la fortaleza: "Vuestro tiempo ha pasado. Ahora yo haré lo que hay que hacer".

Desde el comienzo mismo los especialistas se dedicaron a la tarea de planear operaciones militares en apoyo de la insurrección. El 2 de marzo, como lo admitió Kozlovski mismo, él y sus colegas aconsejaron al Comité Revolucionario tomar la ofensiva de inmediato para ganar la iniciativa contra los bolcheviques.[26] Los oficiales elaboraron un plan para un desembarco inmediato en Oranienbaum (en el continente, a unos ocho kilómetros al sur) con el fin de apoderarse del equipo militar de esta ciudad y establecer contacto con unidades favorables del ejército, y avanzar luego contra Petrogrado antes de que el gobierno tuviera tiempo de reunir

una oposición efectiva. Los oficiales propusieron también realizar una expedición por sorpresa contra los molinos de trigo de Oranienbaum para obtener los abastecimientos alimentarios que tanto necesitaban. En otro plan más, puesto que no se disponía de rompehielos para realizar la tarea (la unidad más grande de Kronstadt, el Ermak, se había dirigido a Petrogrado a cargar petróleo), los especialistas en artillería aconsejaron a los marineros utilizar los cañones de la fortaleza y las baterías circundantes para liberar al Petropavlovsk y al Sebastopol, que estaban encajados en el hielo y se bloqueaban uno a otro parcialmente la línea de fuego, y formar también un foso en torno de la isla para hacerla inaccesible a una invasión de infantería.[27]

Pese a toda su actividad, sin embargo, los oficiales siguieron teniendo el carácter de meros asesores durante toda la rebelión. No participaron para nada, hasta donde llega nuestra información, en la iniciación o dirección de la revuelta, o en la elaboración de su programa político, que era totalmente extraño a su manera de pensar. Ningún oficial tomó parte en la redacción de la resolución del Petropavlovsk, ninguno se dirigió a la asamblea masiva reunida en la Plaza del Ancla, ninguno asistió a la conferencia del 2 de marzo celebrada en la Casa de la Educación, ninguno sirvió en el Comité Revolucionario Provisional. Su rol se limitaba más bien a dar asesoramiento técnico, como había ocurrido bajo los bolcheviques. Algunos de los rebeldes dijeron más tarde a Feodor Dan, cuando estaban en la misma cárcel en Petrogrado, que Kozlovski se limitó a cumplir con sus obligaciones como antes y no gozó de ninguna autoridad dentro del movimiento.[28] Teniendo en cuenta el espíritu independiente de los marineros y su odio tradicional

hacia los oficiales, es improbable, en todo caso, que Kozlovski y sus colegas hayan podido ejercer una influencia real entre ellos. El Comité Revolucionario Provisional, que mantuvo firmemente en su mano las riendas durante toda la revuelta, mostró su desconfianza hacia los especialistas rechazando repetidamente su consejo, por más sano y apropiado que pudiera ser. Pese a las exhortaciones de los oficiales, los marineros no quebraron el hielo que rodeaba a la isla ni siquiera trataron de liberar a los buques de guerra aprisionados por éste. No intentaron tampoco establecer una cabecera de puente en el continente y aprovechar la confusión inicial que reinaba en el campo bolchevique. En cambio, limitaron sus esfuerzos ofensivos a enviar un pequeño destacamento a través del hielo hasta Oranienbaum, en la noche del 2 al 3 de marzo, después de recibir noticias de que la Escuadrilla Aérea Naval había votado allí en favor de la adhesión a la revuelta, pero la expedición fue recibida con ráfagas de ametralladora y forzada a retirarse.[29]

Pese a todo esto, sin embargo, sigue sin respuesta la pregunta más importante: ¿hay alguna verdad en los cargos bolcheviques de que la revuelta fue planeada por los emigrados rusos de París? Sin duda, los expatriados se hacían ilusiones respecto de un levantamiento antisoviético. Mucho se ha dicho y escrito sobre el tema, especialmente por parte de un grupo conocido como Centro Nacional (o Unión Nacional), que era una coalición más o menos laxa de Kadetes, Octubristas y otros moderados, que tenía su cuartel general en París y ramificaciones en varias capitales europeas. Tomemos por ejemplo un artículo escrito por el prominente líder Kadete F. I. Rodichev, que apareció en *Obshchee Delo* –el principal

órgano del Centro Nacional– diez días antes de que se produjera la rebelión. “Tomar Petrogrado –escribió Rodichev– no sería difícil. La dificultad consistiría en abastecer de alimentos a la ciudad y organizarla. Una vez preparado esto, no estará lejos la hora de actuar. Petrogrado es la ciudad más cercana a los límites accesibles desde el oeste. Éste es el punto de la Rusia Soviética más fácil de alcanzar para la tarea de regeneración... Es hora de comenzar.”[30]

Sin embargo, en ese momento las amenazas abiertas de esta clase no provocaban una indebida preocupación a los líderes bolcheviques. Mucho más alarmantes eran las conspiraciones desconocidas que ellos sospechaban que los exilados estaban tramando en secreto. Tampoco carecían del todo de fundamento esas sospechas. Pruebas que no conocíamos hasta ahora revelan que varias semanas antes del estallido de Kronstadt se habían trazado planes en el seno del Centro Nacional para la ejecución de un levantamiento exactamente igual al descripto más arriba. Sin embargo, antes de exponer estas pruebas corresponde dar una breve explicación acerca de las actividades anteriores del Centro Nacional.

Este Centro se originó en 1918, al comienzo de la Guerra Civil, como una autodenominada “organización clandestina formada en Rusia para la lucha contra los bolcheviques”.[31] Fundado en Moscú por A. V. Kartashev, P. B. Struve y otros antiguos líderes del partido Kadete, su principal objetivo era derrocar al gobierno de Lenin y establecer en su lugar un régimen constitucional. El Centro concentraba el grueso de sus recursos en Moscú y a lo largo de la costa del Báltico; había ramificaciones en Petrogrado y en las fortalezas de Krasnaya

Gorka y de Kronstadt. En 1919 estuvo implicado en el intento que realizó el general Yudenich, ayudado por equipo y apoyo naval británico, de tomar Petrogrado. Kartashev, ex profesor de historia eclesiástica en la Academia Teológica de Petrogrado y ministro de Asuntos Religiosos en el Gobierno Provisional de 1917, formó parte del Consejo Político de Cinco Hombres formado por Yudenich; y entre los agentes del Centro de Kronstadt, según fuentes soviéticas,[32] estaba el profesor D. D. Grimm, ex rector de la Universidad de Petrogrado, que tendría prominente figuración en los eventos de 1921.

Durante toda la ofensiva de Yudenich, Kronstadt se mantuvo leal a los bolcheviques y soportó los ataques aéreos y con torpedos efectuados por los ingleses, en los cuales se hundieron o quedaron dañados sus buques de guerra. Krasnaya Gorka, en cambio, se inclinó por los Blancos y abrió fuego contra Kronstadt cuando esta base se rehusó a plegarse. Hay pruebas de que el Centro Nacional estuvo implicado en el movimiento, quizá con la connivencia de los servicios británicos de inteligencia;[33] pero el motín fue aplastado cuando, luego de un devastador bombardeo realizado por Petropavlovsk, un destacamento de marineros de Kronstadt y de soldados Rojos capturaron por asalto el fuerte.

A raíz de la derrota de Yudenich, muchos de los adherentes al Centro fueron arrestados por la Cheka y condenados a muerte o a prisión por largo tiempo. Pero una cantidad de los líderes del Centro, entre ellos el profesor Kartashev, lograron huir del país y luego de establecer un nuevo cuartel general en París comenzaron de inmediato a reconstruir su organización. A fines de 1920, el Centro Nacional podía jactarse de tener

afiliados en Londres, Berlín, Helsingfors (donde su principal agente era el profesor Grimm), y otros centros de emigración Blanca. Aparte de Kartashev, Struve y Rodichev, su liderazgo incluía a Kadetes y Octubristas tan eminentes como V. D. Navokov y A. I. Gushkov, así como a varios populistas del ala derecha, entre los cuales se destacaba V. L. Burtsev, director del *Obshchee Delo.* Sin embargo, algunos de los más distinguidos liberales, como Pavel Miliukov y M. M. Vinaver, se rehusaron a adherirse, pues habían abandonado toda esperanza de que Rusia pudiera liberarse mediante una invasión armada, incluso con ayuda aliada.[34]

A fines de 1920 el Centro Nacional se recuperó lo suficiente como para preparar un Congreso Europeo de la Unión Nacional. El congreso se reunió eventualmente en París en junio de 1921 y eligió un Comité Nacional Ruso, presidido por el profesor Kartashev, cuya meta era "liberar a Rusia de la esclavitud comunista".[35] Éste había sido, por supuesto, el objetivo del Centro Nacional desde su formación en 1918, pero los comandantes Blancos uno tras otro –Yudenich, Kolchak, Denikin, Wrangel– habían sido derrotados. El general Wrangel, sin embargo, logró evacuar una gran parte de su Ejército ruso, como se le llamaba, con sus armas intactas. Unos 70 u 80.000 hombres fueron internados en Constantinopla, Galípoli y Lemnos, y otros miles de ellos en Serbia y Bulgaria, con retención de su rango y disciplina militar. Wrangel, protegido de Francia, país que en agosto de 1920 había reconocido a su régimen como el gobierno *de facto* de Rusia del Sur (único país que le acordó este honor), colocó sus fuerzas bajo protección francesa. La armada en la cual había huido, que incluía un acorazado, varios destructores y docenas de otros buques

provenientes de la flota del mar Negro con una tripulación de alrededor de 5.000 miembros, fue internada en el puerto tunecino de Bizerta. En noviembre de 1920 París retiró su reconocimiento al difunto gobierno de Wrangel, pero siguió abasteciendo a sus tropas por "razones humanas", a la vez que las exhortaba a desbandarse.[36] Pero tales esfuerzos fueron en vano. "El general Wrangel –observaba el enviado británico en Constantinopla en marzo de 1921, época de la rebelión de Kronstadt– se opondrá, como es de esperar, a cualquier sugerencia de licenciar su ejército, pues considera particularmente deseable que éste, única fuerza antibolchevique fuera de Rusia, esté listo para obtener beneficio de los actuales acontecimientos en ese país."[37]

Volviendo a las actividades del Centro Nacional, en los archivos de esa organización hay un manuscrito sin firma rotulado como de "Máximo Secreto" y que lleva el título de "Memorándum sobre la Cuestión de la Organización de un Levantamiento en Kronstadt".[38] El memorándum tiene fecha de "1921" y presenta un plan detallado a aplicar eventualmente en una prevista rebelión de Kronstadt. A juzgar por la evidencia que contiene, resulta claro que el plan fue trazado en enero o comienzos de febrero de 1921 por un agente del Centro ubicado en Viborg o Helsingfors. Éste predice que ocurrirá una sublevación de los marineros durante "la próxima primavera". Hay "signos abundantes e inequívocos" de descontento hacia los bolcheviques, escribe el agente, y si "un pequeño grupo de personas, mediante una acción rápida y decisiva, tomara el poder en Kronstadt", los seguiría con entusiasmo el resto de la flota y la guarnición. "Entre los marineros –agrega– tal grupo ya estaba formado,

listo y dispuesto a emprender las acciones más enérgicas.” Y si se asegurara apoyo externo, concluye, “podría descontarse el completo éxito del levantamiento”.

El autor está obviamente muy familiarizado con la situación de Kronstadt. Hay un extenso y bien informado análisis de las fortificaciones de la base, en el cual se evalúa cuidadosamente el peligro del bombardeo de artillería desde Krasnaya Gorka, pero no se lo considera como amenaza seria para la rebelión. El documento acentúa, además, la necesidad de preparar abastecimientos alimentarios para los rebeldes con bastante anticipación a la fecha del levantamiento. El autor acentúa mucho este aspecto. Con ayuda francesa, dice, pueden apostarse naves de transporte cargadas de alimentos en el Báltico, que esperarán órdenes para seguir hasta Kronstadt. Como contingente militar operativo, continúa, debe movilizarse al Ejército ruso del general Wrangel, apoyado por una escuadra francesa y unidades de la flota del Mar Negro apostadas en Bizerta. (Un supuesto básico del Memorándum era el de que la revuelta no ocurriría hasta después del deshielo de primavera, momento en que Kronstadt sería inmune frente a una invasión desde el continente, y cuando ya estarían preparados los abastecimientos alimentarios necesarios y las fuerzas de Wrangel dispuestas para la acción.)

A la llegada del Ejército ruso, continúa diciendo el Memorándum, toda la autoridad de Kronstadt pasaría inmediatamente a manos de su comandante en jefe. La fortaleza serviría entonces como “una base invulnerable” para desembarcar en el continente “con el fin de derrocar a la autoridad soviética en Rusia”. Sin embargo, el éxito de la

operación dependería de la disposición de los franceses a proporcionar dinero, alimentos y apoyo naval. De otra manera, ocurriría igualmente una revuelta y estaría destinada al fracaso. Si el gobierno francés estuviera de acuerdo, concluye el Memorándum, sería entonces deseable que designara a "una persona con la cual pudieran entrar en acuerdos más detallados sobre este respecto los representantes de los organizadores de la rebelión, y a la cual pudieran comunicar los detalles del plan de la sublevación y acciones posteriores, así como facilitarle información más precisa respecto de los fondos que se requieren para la organización y demás aspectos financieros del levantamiento".

Aunque no se conoce la identidad del autor, toda la evidencia disponible indica al profesor G. F. Tseidler, expatriado ruso en Viborg. Tseidler había sido director de la Cruz Roja Rusa en Petrogrado hasta la Revolución Bolchevique, oportunidad en que emigró a Finlandia y se transformó en jefe de la filial de la Cruz Roja Rusa en ese país. Estaba estrechamente vinculado con David Grimm, su ex colega en la Universidad de Petrogrado, que servía entonces en Helsingfors como principal agente del Centro Nacional (con el cual estaba también conectado Tseidler) y como representante oficial del general Wrangel en Finlandia. Como funcionario de la Cruz Roja, a Tseidler le concernía particularmente la cuestión del abastecimiento alimentario en Kronstadt y Petrogrado, tema que ocupa un lugar central en el Memorándum Secreto. En octubre de 1920, por ejemplo, Tseidler envió un informe al cuartel general de París de la Cruz Roja Norteamericana referente a la crisis alimentaria de Petrogrado.[39] Más significativo es un telegrama que dirigió al Centro Nacional de

París algunos meses más tarde: “La situación requiere una decisión inmediata sobre las cuestiones relativas a mi memorándum acerca del abastecimiento alimentario necesario. La actividad real puede producirse en cualquier momento”.[40] La fecha del telegrama es “28/ /1921”. Lamentablemente no se indica el mes, pero parecería muy probable que fuera el de febrero, pues el 28 es la fecha en que las huelgas de Petrogrado alcanzaron su punto culminante y en que se aprobó en Kronstadt la resolución del Petropavlovsk. Al pie del telegrama está manuscrita la indicación “¡Correcto!”, seguida por la firma de G. L. Vladimirov, un ex general zarista que actuaba como experto militar del Centro Nacional. El “memorándum sobre el abastecimiento alimentario necesario” al cual se refiere Tseidler puede ser muy bien el Memorándum Secreto descripto más arriba. Una prueba más de la autoría de Tseidler es el hecho de que el 5 de abril de 1921, poco después de que los bolcheviques reocuparan Kronstadt, publicó un panfleto en Viborg lamentando el fracaso de los emigrados que no lograron aprovisionar a los insurgentes y ofreciendo un nuevo plan para abastecer a Petrogrado en caso de que se produjera allí un nuevo estallido.[41] Durante el levantamiento mismo de marzo, como veremos, Tseidler estuvo en primera línea entre quienes aunaron sus esfuerzos para abastecer a los rebeldes con tiempo suficiente como para impedir un desastre.

Aparte del Memorándum Secreto, hay otros indicios de que el Centro Nacional había estado vigilando a Kronstadt durante las primeras semanas de 1921. Vale la pena notar, por ejemplo, que las noticias periodísticas ficticias según las cuales se habría producido un levantamiento entre los marineros en febrero, se originaron en la agencia Russunion, organización de periodistas

emigrados que estaban en estrecha vinculación con el Centro Nacional. Vladimir Burtsev, figura líder en el Centro y director de su órgano *Obshchee Delo,* diario en el cual aparecieron por primera vez esos relatos, era al mismo tiempo uno de los jefes de Russunion, y las oficinas de *Obshchee Delo* servían como cuartel general de la agencia en París.[42] Quizá los rumores reflejaban meramente los ardientes deseos de los expatriados, de que se produjera pronto una rebelión de esta clase.

Sin embargo, ésta no era la opinión del *Daily Herald* de Londres, diario laborista del ala izquierda, bien informado aunque en ocasiones no crítico en sus simpatías probolcheviques. Los relatos aparecidos en *Le Matin* y en otros diarios, escribía el corresponsal diplomático del *Herald,* revelaban lo que "se esperaba con confianza que ocurriría" en Kronstadt, pues mostraban la existencia de un complot contrarrevolucionario urdido por exilados Blancos con apoyo Aliado.[43] Por más dudosa que parezca esta afirmación, es enteramente posible, a la luz del Memorándum Secreto, que el Centro Nacional haya informado por lo menos a los franceses de sus planes en el Báltico y les haya solicitado ayuda para llevarlos a cabo.[44]

En todo caso, no está en cuestión que se preparaban planes dentro del Centro Nacional para apoyar a un previsto levantamiento en Kronstadt, y a juzgar por el Memorándum Secreto, los agentes del Centro en el Báltico no tenían ninguna intención de limitarse a desempeñar un mero rol auxiliar; su objeto consistía, más bien, en entrar en asidua colaboración con los rebeldes en el momento más temprano posible, después de haberse asegurado la cooperación del alto

comando francés “en la preparación y dirección del levantamiento”. Resulta claro que, en última instancia, el Centro se proponía explotar la revuelta para sus propios fines.

Pero ¿hubo una vinculación previa con los marineros que llevaron a cabo la rebelión? En el Memorándum Secreto, escrito durante las primeras semanas de 1921, el autor habla de la “presencia de un grupo estrechamente unido de enérgicos organizadores de la rebelión”, y dice que su información “provino de Kronstadt”, presumiblemente de fuentes amigas del Centro. No es de ninguna manera imposible, ni siquiera improbable, que hubiera surgido ya un grupo organizado de presuntos insurgentes, pues el descontento entre los marineros había crecido durante varios meses. Tampoco es improbable que una organización rebelde, si existía, hubiera incluido a futuros miembros del Comité Revolucionario Provisional. El rol predominante que desempeñó Petrichenko desde las primeras horas de la sublevación –su firma en la Resolución de Petropavlovsk, su discurso de la Plaza del Ancla, el cargo de presidente que ocupó en la conferencia del 2 de marzo y en el Comité Revolucionario de ella surgido– alienta la especulación de que haya realizado actividades antes del estallido. Después está también el aserto de otro miembro del comité, cuando dice que “nosotros” suspendimos el arresto de Kalinin el 19 de marzo –un día antes de que se hubiera formado incluso el comité–.[45]

Es concebible, entonces, que Petrichenko y sus confederados fueran el “grupo estrechamente unido” en el cual cifraba sus esperanzas el Memorándum Secreto, e incluso que sus

integrantes hayan sido abordados por agentes del Centro Nacional en enero o febrero de 1921. Hay innegable evidencia –que examinaremos más adelante– de que el Comité Revolucionario llegó a un acuerdo con el Centro *después* de haber sido reprimida la rebelión, y que algunos de sus miembros encontraron refugio en Finlandia, y uno no puede descartar la posibilidad de que esto fuera la continuación de una relación de larga data. Sin embargo, pese a la investigación cuidadosa que se realizó no se logró ninguna prueba en apoyo de tal creencia. No ha salido nada a la luz que muestre que el Memorándum Secreto fue puesto nunca en práctica o que hayan existido vínculos de cualquier clase entre los emigrados y los marineros antes de la revuelta. Por el contrario, el levantamiento tuvo las señales inequívocas de la espontaneidad, y el hecho de que un grupo de decididos líderes surgiera rápidamente al frente no constituye una prueba en contrario. En efecto, toda sublevación, aun la más elemental, tiene sus “agitadores” y “cabecillas”, que mueven a actuar a los descontentos, los organizan y dirigen. En el caso de Kronstadt, poco de lo que hicieron los rebeldes sugiere que haya habido una cuidadosa preparación anticipada. De haber existido un plan preestablecido, los marineros habrían esperado seguramente unas pocas semanas más a que se fundiera el hielo, pues ello eliminaba el peligro de un asalto de infantería, liberaba a la vez a los dos buques de guerra para la acción y abría una ruta suplementaria desde el oeste. Los rebeldes, además, permitieron que Kalinin volviera a Petrogrado, aunque éste habría sido un rehén valioso. Por añadidura, no trataron de tomar la ofensiva y se limitaron a enviar a Oranienbaum, a través del hielo, una fuerza de carácter simbólico. Es además significativo el gran número de

comunistas que tomaron parte en el movimiento. Por lo menos en las primeras etapas, los conspiradores de Kronstadt se vieron aparentemente no como revolucionarios sino como un grupo de presión en favor de la reforma social y política. Esto era también, como señala George Katkov, lo que creyeron las autoridades de Petrogrado, pues de otra manera no hubieran enviado a Kalinin y Kuzmin a Kronstadt el 19 de marzo, ni Vasiliev, presidente bolchevique del Soviet de Kronstadt, hubiera presidido la asamblea masiva de la Plaza del Ancla en la cual se puso a votación la resolución del Petropavlovsk.[46]

Los marineros no necesitaban que los alentaran desde afuera para levantar la bandera de la insurrección. Durante meses se habían ido acumulando las quejas: alimento inadecuado e insuficiencia de petróleo, restricción de las licencias, administración burocrática de la flota, informes de opresión bolchevique en sus aldeas. En enero de 1921, como hemos visto, no menos de 5.000 marineros del Báltico renunciaron al Partido Comunista por su disgusto con la política del régimen. La deserción y la ausencia sin permiso fueron en aumento. Durante las licencias, los marineros tuvieron una visión bien clara de lo que eran las requisiciones de alimentos y se vieron expuestos ellos mismos a registro y a la incautación por parte de los destacamentos de inspección caminera que estaban distribuidos por todas partes. En febrero de 1921, por lo tanto, Kronstadt estaba claramente madura para una rebelión. Lo que la desencadenó no fueron las maquinaciones de los conspiradores emigrados y de los agentes extranjeros de inteligencia, sino la oleada de sublevaciones campesinas a lo largo del país y las perturbaciones laborales que ocurrieron en la vecina Petrogrado. Y cuando se produjo la revuelta, siguió la

pauta de estallidos anteriores contra el gobierno central, ocurridos desde 1905 hasta la Guerra Civil, tanto contra el régimen zarista como el bolchevique. Un antecedente particularmente llamativo del movimiento de marzo de 1921 fue el amotinamiento ocurrido en la base naval de Petrogrado en octubre de 1918, que se adelantó a Kronstadt en su protesta contra las incautaciones de cereales y la designación de comisarios políticos desde arriba, en sus lemas de "soviets libres" y "abajo la comisariocracia", y en el importante rol que desempeñaron entre sus instigadores los socialistas revolucionarios de izquierda, los maximalistas, los anarquistas, y los rebeldes no partidarios de estirpe ultrarradical.

Los sublevados de Kronstadt mismo, tanto durante el levantamiento como luego en el exilio, rechazaron con indignación todas las acusaciones gubernamentales de colaboración con grupos contrarrevolucionarios, fueran internos o externos. Negaron en particular que tuvieran intención de restaurar el viejo orden. "Somos defensores del poder de todos los trabajadores –declaraba el diario rebelde *Izvestiia*– y estamos contra la autoridad tiránica de cualquier partido."[47] Su revuelta, insistían ellos, fue completamente espontánea desde el comienzo al final. No actuó en sus filas literatura antibolchevique, no les llegó en ningún momento dinero o asistencia del exterior. Tal es el testimonio de los sobrevivientes que huyeron a Finlandia durante el asalto final bolchevique.[48]

De particular interés son las afirmaciones de Petrichenko mismo en el exilio. Nosotros los marineros de Kronstadt, dijo más o menos en un artículo que escribió en 1925, lejos de ser

contrarrevolucionarios, somos los guardianes mismos de la revolución. Durante la Guerra Civil hemos luchado sin escatimar nuestra valentía para defender a Petrogrado y a Rusia contra los Blancos, y en marzo de 1921 se mantuvo incólume nuestra devoción a la causa. Separados del mundo exterior, no podíamos recibir ninguna ayuda de fuentes extranjeras aunque lo hubiésemos deseado. No hemos servido de agentes de ningún grupo externo: ni de los capitalistas, ni de los mencheviques, ni de los socialistas revolucionarios. Nuestra rebelión fue más bien un esfuerzo espontáneo para eliminar la opresión bolchevique. No teníamos ningún plan predeterminado de acción, sino que íbamos tanteando el camino a medida que las circunstancias nos lo imponían. Es posible que otros hayan trazado sus propios planes para una insurrección –en verdad, esto ocurre comúnmente en estas ocasiones–. Pero eso no tuvo nada que ver con el Comité Revolucionario Provisional. Durante todo el levantamiento la iniciativa nunca escapó de nuestras manos. Y cuando oímos decir que elementos del ala derecha trataban de explotar nuestra rebelión, pusimos de inmediato sobre aviso a quienes nos apoyaban en un artículo titulado "Caballeros o camaradas".[49]

Petrichenko se refiere aquí al editorial principal del diario rebelde *Izvestiia,* del 6 de marzo. Allí se declaraba:

> Vosotros, camaradas, estáis celebrando ahora una gran victoria incruenta sobre la dictadura comunista, pero vuestros enemigos la celebran con vosotros. Sin embargo, los motivos de vuestra alegría y de la de ellos son completamente opuestos. Mientras vosotros estáis

> inspirados por el ardiente deseo de restaurar el poder real de los soviets y por la noble esperanza de dar al trabajador trabajo libre y al campesino el derecho de disponer de su tierra y de los productos de su trabajo, ellos están inspirados por la esperanza de restablecer el látigo zarista y los privilegios de los generales. Vuestros intereses son diferentes, y por lo tanto ellos no son compañeros vuestros. Vosotros deseabais el derrocamiento del dominio comunista para lograr la reconstrucción pacífica y el trabajo creador. Ellos lo deseaban para lograr la esclavitud de los obreros y campesinos. Vosotros estáis buscando la libertad; ellos desean aherrojaros de nuevo. Vigilad atentamente. No dejéis que los lobos con piel de cordero se acerquen al puente de mando.[50]

Estas gentes estaban, sin duda, muy lejos de los suyos: los marineros deseaban un sistema de soviets libres en el cual sólo estuvieran representados los obreros y los campesinos; no se preveía la restauración de la Asamblea Constituyente, ni otorgar libertades ni derechos políticos de ninguna clase a los terratenientes y clases medias, que seguirían siendo una minoría desposeída y proscripta. Sin embargo, el levantamiento provocó una nueva esperanza entre los expatriados. Para Alexander Kerensky, el primer ministro del malhadado Gobierno Provisional, anunciaba el colapso inminente del bolcheviquismo.[51] En forma similar, el líder Kadete Miliukov, que había abandonado toda fe en la intervención armada, dio la bienvenida a la revuelta considerándola como el comienzo de un movimiento invencible de liberación por parte de las masas rusas mismas. En una entrevista con el corresponsal en París del *New York*

Times, Miliukov expresó con optimismo que los días del régimen de Lenin estaban contados y pidió al gobierno norteamericano que enviara alimentos a los rebeldes, aunque no solicitó en absoluto tropas ni armas. Sin embargo, su colega Vinaver era más cauteloso. "Es imposible decir aún qué probabilidades de éxito tiene este movimiento en particular –dijo–. Los bolcheviques pueden ser capaces de quebrarlo por ahora, pero no lograrán matarlo."[52]

El Centro Nacional, por su parte, estaba lleno de júbilo. Lo que había ocurrido en Kronstadt era precisamente lo previsto por el autor del Memorándum Secreto sólo unas pocas semanas antes, aunque se hubiera producido más pronto que lo esperado. Ahora la tarea inmediata consistía en reunir ayuda para los rebeldes. "La sublevación de Kronstadt –dice una circular confidencial de los archivos del Centro– ha encontrado una respuesta en el corazón de todos los exilados rusos." Debemos enviar alimentos y productos médicos de inmediato, sigue diciendo el documento, bajo la bandera de la Cruz Roja; aparte de eso, debemos proporcionar a los insurgentes aviones, lanchas a motor, petróleo y ropas para ayudarlos a difundir la revuelta en el continente antes de que los bolcheviques puedan reunir sus fuerzas.[53] El 6 de marzo el *Obshchee Delo* de Burtsev, órgano semioficial del Centro, publicó un apasionado llamado a todos los grupos de emigrados para que unieran sus fuerzas en apoyo de la rebelión, con el fin de que no se frustrara la última oportunidad de salvar a Rusia:

> Estamos viviendo una hora que no se repetirá. No cabe mantenerse en la actitud de testigo ocioso de los eventos.

> Hacemos un llamado urgente a todos los rusos –y a través de ellos a nuestros aliados– para que proporcionen a los revolucionarios de Kronstadt un apoyo material activo. Haced que se entreguen armas a los insurgentes, que se asegure comida para Petrogrado. ¡La lucha contra los bolcheviques es nuestra causa común! Si seguimos charlando en estos terribles días, si aún no podemos sustraernos al tembladeral de los debates y de las resoluciones, ¡pobres de nosotros, pobre de Rusia! Si Europa, que ya ha perdido tantas oportunidades, pierde también ésta, entonces ¡pobre de ella, pobre del mundo entero![54]

Aunque los emigrados estaban demasiados divididos como para que se los pudiera inducir a realizar un esfuerzo cooperativo auténtico, el llamado de Burtsev no cayó en oídos sordos. Al mismo día siguiente, 7 de marzo, la Unión Rusa de Comercio e Industria de París manifestó su intención de enviar alimentos y otros abastecimientos a Kronstadt, y la comunicó a sus representantes en Helsingfors. Al mismo tiempo, envió un radiograma al Comité Revolucionario de Kronstadt (el radiooperador del Petropavlovsk era capaz de captar mensajes transmitidos a través de Reval) asegurando a los rebeldes su pleno apoyo. El radiograma declaraba que ya se había comprometido una suma inicial de dos millones de marcos finlandeses para ayudar a Kronstadt en “la sagrada causa de liberar a Rusia”, y además, que el embajador del Gobierno Provisional en París, V. A. Maklakov, había obtenido del ministro francés de relaciones exteriores una promesa de ayuda mediante la provisión de alimentos para los insurgentes. El 9 de marzo la Unión de Comercio e Industria estableció un comité especial con el fin de organizar una línea efectiva de

abastecimientos para Kronstadt y Petrogrado. Se adhirieron rápidamente otros grupos antibolcheviques, y al día siguiente se celebró una reunión conjunta para elaborar un plan común.[55]

Entretanto, la filial del Centro Nacional en Helsingfors formó un comité para canalizar los abastecimientos hacia los insurgentes. El profesor Grimm, principal representante de Wrangel en Finlandia, fue elegido presidente de ese organismo, y el profesor Tseidler llegó a ser su miembro más ocupado, que corría a París, centro financiero de la emigración rusa, con el fin de recolectar fondos para la empresa. De N. Kh. Denisov, presidente de la Unión de Comercio e Industria, obtuvo de inmediato la suma de 100.000 francos. Luego que Tseidler volvió a Finlandia, el conde V. N. Kokovtsov, que había actuado como ministro de finanzas y primer ministro bajo el zar Nicolás II, y era por ese entonces presidente de la Banca Internacional de París, le envió 5.000 libras inglesas, y el Banco Ruso–Asiático contribuyó con 225.000 francos. Fondos adicionales fueron donados por otros bancos rusos, compañías de seguros e intereses financieros ubicados en toda Europa, y por la Cruz Roja rusa, que canalizó todas las contribuciones hacia Tseidler, su representante en Finlandia. El 16 de marzo, Kokovtsov pudo informar al Comité de Bancos Rusos de París que los depósitos para Kronstadt ya excedían los 775.000 francos, o los dos millones de marcos finlandeses prometidos originariamente a los rebeldes por la Unión de Comercio e Industria.[56]

Aparte de su propia y activa campaña de recolección de fondos, los emigrados buscaron la ayuda de las potencias de la Entente. Representantes del Centro Nacional telegrafiaron con

llamados urgentes al presidente Harding y a Herbert Hoover, el secretario de Comercio de los Estados Unidos, para que enviaran de inmediato alimentos a los marinos de Kronstadt. Pedidos similares llegaron del Comité Parlamentario Ruso establecido en París y del general Wrangel desde Constantinopla, que envió también un mensaje a Kozlovsky en Kronstadt ofreciéndole el apoyo de su Ejército ruso tan pronto como pudiera movilizarlo.[57] En una conferencia celebrada por los restos de la depuesta Asamblea Constituyente, se telegrafió desde el lugar de la reunión en París a Boris Bakhmetiev, embajador del Gobierno Provisional en Washington, para que tratara de persuadir a los norteamericanos a intervenir. Pero el gobierno de los Estados Unidos, poco dispuesto a reasumir las políticas intervencionistas de la Guerra Civil, hizo oídos sordos a tales llamados. Las perspectivas de la ayuda británica eran aun más confusas, y aparentemente los emigrados habían hecho pocos esfuerzos para obtener el apoyo de Londres. En verdad, en ese mismo momento estaba por celebrarse un acuerdo comercial entre Gran Bretaña y la Rusia Soviética, reflejo del *modus vivendi* que se había venido elaborando desde la conclusión de las hostilidades, ocurrida el año anterior.

La mejor esperanza de apoyo extranjero vino de Francia, que era la más firme de las naciones Aliadas en su oposición al régimen bolchevique. Sabemos por documentos de archivo que el Centro Nacional estuvo en constante contacto con el ministro francés de relaciones exteriores durante todo el levantamiento.[58] El diario de Kerensky en Berlín informaba que una escuadra francesa había recibido orden de partir para el puerto de Reval en el Báltico con la misión de ayudar a

Kronstadt,[59] pero no hay ninguna prueba que corrobore esta afirmación. Según el diario laborista *Daily Herald,* los insurgentes recibieron ayuda financiera de los franceses. "Puedo afirmar decididamente –escribió el corresponsal diplomático del *Herald*– que el gobierno francés está interesado en el asunto de Kronstadt, y que envió una gran suma de dinero para uso de los amotinados a un cierto profesor [evidentemente Tseidler] que reside en Viborg. También se enviaron abastecimientos con la complicidad de la Cruz Roja."[60]

Es posible, por supuesto, que una parte de las grandes sumas reunidas tan rápidamente por los emigrados de París y enviadas a Tseidler en Viborg proviniera del gobierno francés. (Debe notarse que los franceses continuaron abasteciendo a las fuerzas de Wrangel en Turquía durante todo este período.)

Sin embargo, Francia ya estaba avanzando –aunque más lentamente que Gran Bretaña– hacia un entendimiento con el régimen soviético, y no parece muy grande la probabilidad de que haya proporcionado ayuda apreciable a los sublevados de Kronstadt. Según el bien informado diario de Pavel Miliukov, los franceses se rehusaron a interferir política o militarmente en la crisis, y se limitaron a requerir a Finlandia que permitiera el paso de alimentos por su territorio para abastecer a la hambrienta población de Kronstadt. Esto coincide con un informe detallado y extremadamente valioso de Harold Quarton, cónsul norteamericano en Viborg, remitido al secretario de Estado en Washington; aunque Quarton admite que de todas las potencias extranjeras Francia es la que más probablemente se vea envuelta, llega sin embargo a la

conclusión de que fue en verdad poca o nula la ayuda que se proporcionó.[61]

Sin embargo, con respecto a la complicidad de la Cruz Roja, los bolcheviques (y el *Daily Herald)* pisaban terreno más sólido, pues no puede haber ninguna duda de que el Centro Nacional, en sus esfuerzos por organizar una línea de abastecimientos hacia Kronstadt, utilizó como subterfugio la divisa de la Cruz Roja Rusa. Esto se admite en la correspondencia privada de los agentes del Centro en el Báltico.[62] En cambio, los cargos soviéticos en el sentido de que también estuviera implicada la Cruz Roja Internacional y la Cruz Roja Norteamericana, carecen de fundamento. El profesor Tseidler esperaba utilizar los depósitos de alimentos de la Cruz Roja Internacional en Stettin y Narva para ayudar a los rebeldes, y la Cruz Roja Rusa establecida en París telegrafió a Ginebra pidiendo permiso, pero nunca le llegó. Tseidler pidió también al Comisionado en el Báltico de la Cruz Roja Norteamericana, que era el coronel Ryan, que entregara los alimentos almacenados por la Institución en Viborg. (El Centro Nacional sentía sin duda que tenía un derecho especial a esos productos alimenticios, pues habían sido comprados originariamente por el general Yudenich en 1919 para alimentar a la población de Petrogrado una vez vencidos los bolcheviques, y luego fueron entregados a la Cruz Roja Norteamericana para ayudar a los refugiados rusos de la zona del Báltico.)[63] Ansioso de ayudar, Ryan fue a París el 11 de marzo y consultó con sus superiores del cuartel general europeo de la Cruz Roja Norteamericana. Estas conversaciones, sin embargo, no dieron resultado. Como dijo Ryan a un periodista del *Obshchee Delo,* dos dificultades se interpusieron en su camino: primero, su organización se veía impedida, por

su constitución misma, a prestar ayuda a cualquier grupo político o militar, y segundo, aunque hubiera podido evitarse esto de alguna manera, el gobierno finlandés no permitiría el paso de ningún cargamento de alimentos a través de su territorio.[64] Pese a las acusaciones bolcheviques de complicidad de Finlandia con los Blancos, durante toda la revuelta, según las palabras de Harold Quarton, los finlandeses fueron "celosos en su respeto del tratado de paz recién concluido" (14 de octubre de 1920) con el gobierno soviético. El estado mayor finlandés consideraba que la sublevación era prematura y estaba condenada al fracaso, y no deseaba dar ninguna excusa a los bolcheviques que justificara represalias militares. A lo sumo, como observó Tseidler mismo con posterioridad, los finlandeses estaban dispuestos a permitir los abastecimientos médicos como gesto humanitario,[65] pero no se respondió a este ofrecimiento.

En París, el Centro Nacional y sus simpatizantes estaban frenéticos ante ese bloqueo no previsto de las rutas. El príncipe C. E. Lvov, predecesor de Kerensky como primer ministro del Gobierno Provisional, suplicó al embajador finlandés que reconsiderara su actitud, y trató además nuevamente de obtener la intervención de los franceses. Se dirigió también al cuartel general de la Cruz Roja Norteamericana pidiendo que se abrieran los almacenes de Viborg, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles.[66] Entre tanto, el tiempo transcurría. La situación alimentaria de Kronstadt se hacía desesperada –tan desesperada, que el 13 de marzo Petrichenko telegrafió al profesor Grimm y lo autorizó a pedir ayuda a Finlandia y a otros países–. Según Quarton, el estado mayor finlandés era de la opinión (con razón, como lo probarían los eventos) de que

las reservas alimentarias de los rebeldes no sobrepasarían los últimos días del mes. Sin embargo, Quarton aconsejó a Washington no realizar ningún intento de enviar abastecimientos por trineo, por temor de que pudieran ser interceptados.[67] El comisionado de los Estados Unidos en Berlín era de la misma opinión, pues ciertos emigrados lo habían convencido de que cualquier intervención sólo contribuiría a sacar a Lenin de sus dificultades, al unir a Rusia contra una nueva invasión extranjera; por consiguiente, acceder a los requerimientos de asistencia de los exilados de París, concluía el comisionado, aunque se alegaran motivos filantrópicos, sería "prematuro y pasible de mala interpretación".[68] Diremos al pasar que este mensaje fue comunicado por el secretario de Estado al cuartel general nacional de la Cruz Roja Norteamericana en Washington y quizás influyó en la decisión de no intervenir, tomada por la organización. "La Cruz Roja –escribió su secretario nacional pocas semanas después de la revuelta– no dio ninguna ayuda de ninguna clase a los rebeldes de Kronstadt, ni trató de hacerlo."[69]

La Cruz Roja Rusa, en cambio, hizo lo más que pudo por ayudar a los insurgentes hasta que no hubo más esperanza. Como jefe de la filial de la Cruz Roja en Finlandia, Tseidler continuó reuniendo dinero de los simpatizantes de todo el continente, pero su principal interés consistía en ese momento en encontrar alguna manera de entregar los abastecimientos a los marineros sitiados. El 16 de marzo, cuando la rebelión se acercaba a su acto final, el barón P. V. Vilken, compañero de Tseidler y Grimm, marchó a través del hielo hasta Kronstadt presentándose como representante de la Cruz Roja Rusa. Vilken, ex capitán de la Armada Imperial, había servido como

comandante del Sebastopol y como jefe de la división de buques plantaminas de la flota del Báltico. Los bolcheviques le llamaron con razón agente Blanco, aunque no utilizó para encubrirse, como ellos sostienen, la divisa de la Cruz Roja Norteamericana o de la Cruz Roja Internacional. Su "misión secreta", como la denominó Quarton, consistió en ofrecer al Comité Revolucionario Provisional alimentos y productos médicos tan pronto como pudiera disponerse una ruta de abastecimiento.[70] En el pasado, tal enfoque hubiera tropezado sin duda con una negativa categórica. Pero en ese momento los marineros estaban desesperadamente escasos de alimentos, y sus abastecimientos médicos se hallaban completamente agotados. Se dejaron de lado todas las dudas acerca de las motivaciones de Vilken (los líderes rebeldes conocían sus antecedentes como oficial), y el Comité Revolucionario aceptó su ofrecimiento. La Cruz Roja, explicó Petrichenko, era una "organización filantrópica y no política".[71]

Pero como señaló Petrichenko y los comunistas mismos reconocieron, nunca llegó a los insurgentes ninguna ayuda del exterior.[72] Unas pocas toneladas de harina y tocino fueron traídas en trineo por contrabandistas finlandeses, pero incluso este insuficiente cargamento llegó demasiado tarde y cayó en manos de los bolcheviques.[73] Así, los enormes esfuerzos realizados por los emigrados Kadetes para aprovisionar a Kronstadt terminaron en un fracaso total. Nunca se abrieron los almacenes alimentarios de la Cruz Roja; permaneció bloqueado el acceso a través de Finlandia, y los intentos por obtener rompehielos y buques de transporte quedaron en nada. El golpe final ocurrió el 16 de marzo con la firma del acuerdo comercial anglo–soviético, una "puñalada por la

espalda", para citar la amarga reacción del *Obshchee Delo,*[74] que desalentó efectivamente a Finlandia y a otros países de la idea de revisar su política de neutralidad. En síntesis, nada se hizo para poner en práctica el Memorándum Secreto, y se confirmaron plenamente las advertencias de su autor. Quizá se habrían adoptado las medidas necesarias si la revuelta no hubiera estallado tan pronto y tomado a los emigrados en una posición débil. En todo caso, los únicos abastecimientos que los rebeldes estaban destinados a recibir les llegaron de los campos finlandeses de refugiados, después de haber sido reprimida la insurrección.

Pese a los alegatos de Burtsev en pro de la unidad en la "causa común" de desalojar a los bolcheviques del poder, los expatriados rusos se mantuvieron divididos sin remedio. Durante toda la rebelión, los mencheviques, los socialistas revolucionarios y los liberales del Centro Nacional siguieron caminos separados; no hubo ninguna cooperación entre ellos, ninguna concentración de energías y recursos. Sin embargo, los socialistas revolucionarios hicieron sus propios planes –infructuosos al final– para abastecer a los rebeldes.

Los sucesos de Kronstadt dieron nueva vida y vigor a la organización socialista revolucionaria en el exilio. En París, Berlín y Praga, los más renombrados de los líderes partidarios –Alexander Kerensky, jefe del Gobierno Provisional, y Víctor Chernov, presidente de la Asamblea Constituyente que duró poco– se entregaron a la tarea de recolectar fondos para comprar alimentos y otros abastecimientos necesarios para mantener viva la insurrección. Por la correspondencia privada interceptada por agentes de inteligencia bolcheviques y

publicada luego por el gobierno soviético, sabemos que fueron capaces de reunir cantidades importantes de dinero. Dos cartas de V. M. Zenzinov, escritas en Praga y dirigidas a un miembro del Centro Administrativo de los socialistas revolucionarios en París –con fechas 8 y 13 de marzo–, mencionan sumas que pasan de los 100.000 francos franceses, más 25.000 dólares enviados desde Nueva York por Boris Bakhmetiev, embajador de Kerensky en los Estados Unidos. Las cartas indican también que se reunieron unos 50.000 puds de harina en Ámsterdam para embarcarlos hacia Kronstadt.[75]

Toda la ayuda debía canalizarse a través de Víctor Chernov, en la ciudad báltica de Reval, quien desempeñaba para los socialistas revolucionarios un papel análogo al que cumplían Tseidler y Grimm para el Centro Nacional Kadete. Durante la primera semana de la sublevación, Chernov envió el siguiente radiograma al Comité Revolucionario Provisional:

> El presidente de la Asamblea Constituyente, Víctor Chernov, envía sus fraternales saludos a los heroicos camaradas marineros, a los hombres del Ejército Rojo y a los obreros, que por tercera vez desde 1905 están tratando de arrancarse el yugo de la tiranía, y les ofrece ayudar con hombres y aprovisionar a Kronstadt a través de las cooperativas rusas del exterior. Informen qué necesitan y qué cantidad. Estoy preparado para asistir en persona y darles mis energías y autoridad al servicio de la revolución del pueblo. Tengo fe en la victoria final de las masas trabajadoras. ¡Gloria al primero en levantar la bandera de la liberación del pueblo! ¡Abajo el despotismo de derecha e izquierda![76]

El Comité Revolucionario celebró una reunión especial para considerar el ofrecimiento. Sólo Valk votó a favor, mientras Perepelkin votó por rechazarlo de inmediato; el resto siguió a Petrichenko y Kilgast, que sostenían que la mejor actitud era declinar el ofrecimiento por el momento.[77] Como resultado, Chernov recibió la siguiente respuesta: "El Comité Revolucionario Provisional de Kronstadt expresa a todos nuestros hermanos del exterior su profunda gratitud por su simpatía. El Comité Revolucionario Provisional agradece el ofrecimiento de Chernov, pero lo declina por el momento, hasta que la situación se vea más clara. Entretanto, todo se tomará en consideración".[78] El tono de la respuesta no era hostil. Aunque los marineros, que esperaban que su revuelta se difundiera en Rusia continental, no consideraban necesaria la ayuda externa, tampoco deseaban cerrar la puerta en caso de que la necesitaran más tarde. Sin embargo, no se pidió al final ninguna ayuda socialista revolucionaria, ni iba a llegar nunca ninguna ayuda de ese origen a Kronstadt.

En contraste con los Kadetes y los socialistas revolucionarios los mencheviques en el exilio se mantuvieron apartados de las conspiraciones antibolcheviques y no hicieron ningún intento de ayudar a los rebeldes. Desde que Lenin y sus partidarios tomaron el poder, los mencheviques actuaron como un partido legal de oposición, que trataba de obtener una parte de la autoridad política mediante elecciones libres y parejas para la integración de los soviets. Durante la Guerra Civil, puesto que consideraban a los Blancos como un mal mayor que los bolcheviques, se opusieron a la insurrección armada contra el régimen y amenazaron con expulsar a cualquier miembro que se uniera a la contrarrevolución. (Iván Maisky, el futuro

diplomático soviético, fue expulsado del partido después de entrar a formar parte del gobierno socialista revolucionario en Samara, que era antibolchevique militante.) Aún en 1921, pese a todas sus denuncias contra el despotismo y el terror bolchevique, los mencheviques se mantenían fieles a la creencia de que la lucha armada contra el gobierno de Lenin sólo podía beneficiar a los contrarrevolucionarios; y el diario *Sotsialisticheski Vestnik* (El correo socialista), que era el principal órgano menchevique en el exterior, si bien simpatizaba con los marineros de Kronstadt en la oposición que éstos ofrecían a la dictadura unipartidaria y las políticas del Comunismo de Guerra, se desvinculaba de los esfuerzos intervencionistas de los Kadetes y los socialistas revolucionarios. Nuestro propósito, manifestaba el diario, es combatir al bolcheviquismo no con cañones sino con la presión irresistible de las masas trabajadoras.[79]

En síntesis, los rusos en el exilio (con la excepción parcial de los mencheviques) se alegraron ante la rebelión y trataron de ayudar a los insurgentes por todos los medios posibles. En esta medida, se justifican los cargos formulados por el Soviet contra ellos. Pero no es cierto que los emigrados hayan maquinado la rebelión. Por el contrario, pese a todas las intrigas que ocurrían en París y Helsingfors, la sublevación de Kronstadt fue un movimiento espontáneo y dueño de sí mismo desde el comienzo hasta el final. Lo que la evidencia muestra no es que la revuelta fuera el resultado de una conspiración, sino que existía aparentemente un complot incipiente dentro de los círculos rusos del exterior, y que los complotados, aunque compartían la hostilidad de los marineros contra el régimen existente, no desempeñaron ningún papel en el levantamiento

efectivo. El Centro Nacional previó el estallido y trazó planes para ayudar a organizarlo y, con ayuda francesa, a abastecer a sus participantes de alimentos, medicinas, tropas y equipo militar. El objetivo último del Centro era asumir el control de la rebelión y hacer de Kronstadt el trampolín para una nueva intervención destinada a expulsar a los bolcheviques del poder. Sin embargo, tal como ocurrieron las cosas, no hubo tiempo de llevar a la práctica esos planes. La irrupción se produjo demasiado pronto, varias semanas antes de que se cumplieran las condiciones básicas del complot –la fusión del hielo, la creación de una línea de abastecimientos, la obtención del apoyo francés y el transporte del ejército disperso de Wrangel a una zona cercana al teatro de operaciones–.

No puede resultar muy sorprendente que los Kadetes y los socialistas revolucionarios intentaran aprovechar la revuelta en beneficio propio. Pero al final fueron los marineros y su Comité Revolucionario los que dieron la tónica. Hasta que la situación se volvió desesperada no solicitaron apoyo exterior, pues esperaban con confianza que su propio ejemplo provocaría una revuelta masiva en Rusia continental. Tampoco llegaron a recibir la ayuda que los emigrados trataban de proporcionarles, y aparte de la visita del barón Vilken el 16 de marzo, casi no ocurrió ningún contacto directo, durante el curso del levantamiento, con quienes se suponía que trataban de ayudarlo. Diremos al pasar que la evidencia disponible no revela la existencia de ningún vínculo entre los exilados y los ex oficiales zaristas de Kronstadt, que hubieran sido la fuente más lógica de colaboración en cualquier conspiración Blanca.

Sin embargo, lo que puede mostrarse es que se concluyó

alguna clase de acuerdo entre los rebeldes y los emigrados después de haber sido aplastado el levantamiento y de la huida de sus líderes a Finlandia. En mayo de 1921, Petrichenko y varios de sus compañeros refugiados en el campamento del fuerte Ino decidieron ofrecer sus servicios como voluntarios al general Wrangel. Al final del mes escribieron al profesor Grimm, representante de Wrangel en Helsingfors, y ofrecieron unir sus fuerzas en una nueva campaña para desalojar a los bolcheviques y restaurar "lo conquistado en la Revolución de marzo de 1917". Los marineros presentaron un programa de seis puntos como base para cualquier empresa común: 1) toda la tierra a los campesinos, 2) sindicatos libres para los obreros, 3) plena independencia para los Estados limítrofes, 4) libertad de acción para los fugitivos de Kronstadt, 5) remoción de las charreteras de todos los uniformes militares, y 6) mantenimiento de su divisa "todo el poder a los soviets pero no a los partidos". Es sorprendente, sin embargo, que la divisa sólo debiera mantenerse como una "maniobra política conveniente" hasta que se hubiera derrocado a los comunistas. Con la victoria en la mano, se lo archivaría y se instalaría una dictadura militar temporaria para impedir que el país se sumiera en la anarquía. Este último punto, sin duda, estaba incluido en obsequio a Wrangel. Los marineros insistieron, en todo caso, en que a su debido tiempo el pueblo ruso debía estar "en libertad para decidir por sí mismo qué clase de gobierno deseaba".[80]

Grimm manifestó de inmediato su acuerdo con esos términos, y Wrangel mismo envió una respuesta favorable varias semanas más tarde. Además, el pacto parece haber sido cumplido. En efecto, durante el verano de 1921, si damos

crédito a los informes de la policía secreta soviética, Petrichenko, en colaboración con Grimm y el barón Vilken, reclutó un grupo de marineros refugiados y los introdujo de contrabando en Petrogrado, ciudad que ayudarían a tomar en el momento apropiado para constituir una nueva cabecera de puente contra los comunistas. Una vez dentro de la ciudad, los marineros trabajaron bajo la dirección de la Organización de Lucha de Petrogrado, grupo clandestino afiliado al Centro Nacional y encabezado por V. N. Tagantsev, ex profesor de geografía en la Universidad de Petrogrado. Según parece, las fuerzas del general Wrangel entrarían eventualmente en juego, pero antes de que esto pudiera ocurrir fue descubierta y liquidada la Organización de Lucha.[81]

Sin embargo, los refugiados no se descorazonaron. En junio de 1921 el Congreso de la Unión Nacional, citado por el Centro Nacional para unir a emigrados del mismo sentir en una cruzada antibolchevique, recibió un mensaje de un grupo de ex sublevados de Kronstadt residentes en Finlandia que aprobaba entusiastamente su programa.[82] Además, en los archivos del

Centro Nacional hay un documento confidencial del 30 de octubre de 1921 firmado por Petrichenko y Yakovenko, como presidente y delegado presidencial del Comité Revolucionario Provisional, donde se autoriza a un señor Vsevolod Nikolaievich Skosyrev a unirse al Comité Nacional Ruso de París como representante de los refugiados, para “la coordinación del trabajo activo con otras organizaciones que se ubiquen en una plataforma de lucha armada contra los comunistas”.[83]

Nada de esto prueba, por supuesto, que haya existido vínculo

alguno entre el Centro y el Comité Revolucionario, sea antes de la revuelta o durante ésta. Parecería más bien que la experiencia mutua de amargura y derrota, y una determinación común de derrocar al régimen soviético, los llevaron a unirse en época posterior. Los bolcheviques siguieron negando la naturaleza espontánea de la rebelión y echando la culpa de ella a todo un conjunto de grupos rusos de oposición –que van desde los monarquistas, a la derecha, hasta los anarquistas, a la izquierda– en cooperación con los servicios de espionaje aliados. Pero no se ha presentado hasta ahora ninguna prueba convincente que apoye estas acusaciones. Lenin mismo admitía otro tanto cuando afirmó ante el Décimo Congreso del Partido el 15 de marzo, que en Kronstadt "ellos no quieren a los Guardias Blancos, y tampoco quieren nuestro poder".[84] Aunque insistía en que los emigrados desempeñaron un importante papel en el asunto, Lenin reconoció que el levantamiento no fue una mera repetición de los movimientos Blancos de la Guerra Civil. Lo consideraba, más bien, como un signo del profundo abismo que había llegado a dividir a su partido del pueblo ruso. Si estaban implicados los Guardias Blancos, "al mismo tiempo el movimiento equivale a una contrarrevolución pequeño–burguesa, a una manifestación anarquista espontánea de tipo pequeño–burgués". Con esto quería decir que, en el fondo, la revuelta reflejaba el descontento del campesinado ruso, los pequeños propietarios que no tenían buena opinión del Estado y de sus controles, sino que deseaban que se los dejara tranquilos para usar de su tierra como les pareciera oportuno. "Sin duda –agregaba Lenin–, esta contrarrevolución pequeño–burguesa es más peligrosa que Denikin, Yudenich y Kolchak juntos, pues se trata de un campo en el cual la propiedad campesina ha llegado a

arruinarse, además de que la desmovilización del ejército ha dejado en libertad a grandes cantidades de elementos potencialmente revoltosos”.[85]

Su colega Bujarin adoptó un punto de vista similar. Mucho más serio que Kronstadt, dijo al Congreso, era la “infección pequeño–burguesa que se había difundido, a partir del campesinado, hacia un segmento de la clase obrera”. Esto era para él un riesgo mucho mayor que el hecho de que algún general provocara un amotinamiento militar en Kronstadt. Unos pocos meses más tarde, Bujarin volvió sobre el mismo tema. “Los documentos que han llegado desde entonces a la luz –dijo al Tercer Congreso del Comintern en julio de 1921– muestran claramente que el asunto fue instigado puramente por centros de Guardias Blancos, pero al mismo tiempo el motín de Kronstadt fue una rebelión pequeñoburguesa contra el sistema socialista de compulsión económica.”[86]

Con estas observaciones Lenin y Bujarin, pese a toda la invectiva de la maquinaria propagandística oficial, lograron poner al desnudo la verdadera esencia de la rebelión de Kronstadt. El motín de los marineros tuvo menos que ver con las conspiraciones Blancas que con las revueltas espontáneas de campesinos y con la intranquilidad de la clase obrera que se extendía entonces a todo el país. Estos movimientos representaron, en su conjunto, una protesta masiva contra la dictadura bolchevique y su anticuado programa del Comunismo de Guerra. Fue una protesta del pueblo contra el gobierno, y el levantamiento de Kronstadt constituyó su expresión más elocuente y dramática.

NOTAS

1 Trotskii, *Kak vooruzhalas' recoliutsiia,* III, parte 1, 203–204; Pukhov, *Kronshtadtskii miatezh,* págs. 40–41; Kornatovskii (comp.), *Kronshtadtskii miatezh,* págs. 12–13; M. L. Lur'e, "Kronshtadtskii miatezh 1921 goda v sovetskoi i beloi literature i pechati", *Krasnaia Letopis',* 1931, N° 2, pág. 226.

2 Slepkov, *Kronshtadtskii miatezh,* pág. 20; Pukhov, *Kronshtadtskii miatezh,* pág. 42; León Trotsky, "Hue and Cry Over Kronstadt", *The New International,* abril de 1938, pág. 104.

3 Kornatovskii (comp.), *Kronshtadtskii miatezh,* pág. 21; M. Kuz'min, *Kronshstadtskii miatezh,* Leningrado, 1931, pág. 17. Cf. Katkov, "The Kronstadt Rising", *St. Antony's Papers,* N° 6, pág. 21.

4 Véanse las cifras que presentan Pukhov, *Kronshtadtskii miatezh,* pág. 43; Petrash, *Moriaki Baltiiskogo flota,* págs. 20–21; y A. V. Bogdanov, *Moriakibaltiitsy v* 1917 g., Moscú, 1955, pág. 15.

5 Cf. D. Fedotoff White, *The Growth of the Red Army,* Princeton, 1944, pág. 155; y Voline, *La Révolution inconnue,* págs. 411–12.

6 Emma Goldman, *Trotsky Protests Too Much,* Glasgow, 1938, pág. 7.

7 *Pravda o Kronshtadte,* págs. 131, 158. Otra lista, que presenta interesantes comentarios acerca de los miembros, puede verse en "Kak nachalos' vosstanie v Kronshtadte", Miller Archives, File 5M, N° 5.

8 *Krasnaia Gazeta,* 11 de marzo de 1921.

9 Petrichenko y otros al general Wrangel, 31 de mayo de 1921, Giers Archives, File 88; encargado de negocios de los Estados Unidos en Helsingfors al secretario de Estado, 22 de abril de 1921, National Archives, 861.00/8628.

10 *Petrogradskaia Pravda,* 11 de marzo de 1921; Kornatovskii (comp.), *Kronshtadskii miatezh,* pág. 34; Pukhov, *Kronshtadtskii miatezh,* pág. 77.

11 Slepkov, *Kronshtadtskii miatezh,* pág. 33; Kornatovskii (comp.), *Kronshtadtskii miatezh,* pág. 156; I. Vardin, *Revoliutsiia i menshevizm,* Moscú, 1925, pág. 140. Volveremos a referirnos a Lamanov y a los maximalistas en el capítulo 5.

12 *Krasnaia Gazeta,* 11 de marzo de 1921. Cf. el documento de archivo incluido en Kornatovskii (comp.), *Kronshtadtskii miatezh,* pág. 228.

13 *New York Times,* 31 de marzo de 1921; Quarton al secretario de Estado, 9 de abril de 1921, National Archives, 861.00/8740.

14 *Pravda,* 5 de marzo de 1921.

* Centurias Negras (Black Hundred): se denominaba así a las ramas locales de la Unión

del Pueblo Ruso, organizada después de 1905 para aplastar al movimiento liberal en Rusia. La Unión era de tendencia antisemita y fue responsable de los pogroms de años posteriores. (N. del T.)

15 *Ibid.*, 3 de marzo de 1921.

16 Trotskii, *Kak vooruzhalas' revoliutsiia*, III, parte 1, 203–214.

17 *Desiatyi s' 'ezd RKP(b)*, pág. 33.

18 *New York Times*, 14 de marzo de 1921.

19 Véase Mett, *La Commune de Cronstadt*, pág. 80; y Kathov, "The Kronstadt Rising", *St. Antony's Papers*, N° 6, pág. 55.

20 *Obshchee Delo*, 10 de febrero de 1921.

21 *Ibid.*, 2 de enero de 1921.

22 *Pravda o Kronshtadte*, pág. 120.

23 *Ibid.*, págs. 57, 65.

24 *Ibid.*, págs. 131, 158.

25 A. S. Pukhov, "Kronshtadt vo vlasti vragov revoliutsii", *Krasnaia Letopis'*, 1931, N° 1, pág. 23; *Pravda o Kronshtadte*, pág. 14.

26 *Sotsialisticheskii Vestnik*, 5 de abril de 1921, págs. 5–6.

27 Pukhov, *Kronshtadtskii miatezh*, págs. 83–85; Quarton al secretario de Estado, 23 de abril de 1921, National Archives, 861.00/8619.

28 Dan, *Dva goda skitanii*, pág. 154.

29 Petrichenko, *Pravda o Kronshtadtskikh sobytiiakh*, págs. 8–9.

30 F. Rodishchev [sic], "V poiskakh spaseniia", *Obshchee Dedo*, 20 de febrero de 1921.

31 "Obrazovanie sovero–zapadnogo Pravitel'stva", *Arkhiv russkoi revoliutsii*, I, 1922, pág. 295, Cf. A. S, Lukomskii, *Vospominaniia*, 2 vols., Berlín, 1922, II, 116.

32 A. S. Pukhov, *Baltiiskii flot na zashchite Petrograda (1919 g.)*, Moscú, 1958, 65–66.

33 *Ibid.*, págs. 68–74; *Izvestiia* VTslK, 18 de junio de 1921. Véase también Louis Fischer, *The Soviets in World Affairs*, 2 vols., Princeton, 1951, I, 206. Paul Dukes, agente británico en Rusia durante este período, al que los Soviets acusaron de complicidad en el asunto, niega haber tenido ninguna participación personal y que haya habido vinculación de Inglaterra con el Centro Nacional. Véanse sus obras *Red Dusk and the Morrow*, Nueva York, 1922, pág. 223; y *The Story of "ST 25"*, Londres, 1938, pág. 314.

34 P. N. Miliukov, *Russia Today and Tomorrow*, Nueva York, 1922, págs. 125–26.

35 *Obshchee Delo*, 6 de junio de 1921.

36 P. N. Wrangel, *The Memoirs of General Wrangel*, Londres, 1930, págs. 338–39.

37 Sir H. Rumbold a lord Curzon, 17 de marzo de 1921, Great Britain, *Documents on British Foreign Policy*, 1919–1939, First Series, XII, 838.

38 “Dokladnaia zapiska po voprosu ob organizatsii vosstaniia v Kronshtadte”, manuscrito, Columbia Russian Archive. Véase la traducción del texto completo del Memorándum en el Apéndice A.

39 *New York Tribune*, 7 de octubre de 1921.

40 Columbia Russian Archive.

41 G. Tseidler, *O snabzhenii Peterburga*, Viborg, 1921. Sin embargo, una de las pruebas documentales señala la posibilidad de que el autor haya sido otro, pues incluye las iniciales “L. G.”. Durante la rebelión apareció un artículo firmado por “L. G.” en un diario de Helsingfors publicado por compañeros de Kartashev y Grimm, y el contenido de ese artículo tiene cierto parecido con el Memorándum Secreto. Véase L. G., “Boesposobnost’ Kronshtadta”, *Novaia Russkaia Zhizn*, 15 y 17 de marzo de 1921.

42 Puede notarse también que el Comité Nacional Ruso, presidido por el profesor Kartashev, celebró allí sus reuniones durante el verano de 1921. Véase el anuncio en el *Obshchee Delo*, 23 de junio de 1921.

43 *Daily Herald*, 7 de marzo de 1921.

44 Según el corresponsal del *Daily Herald* en Riga, el conocido socialista revolucionario Boris Savinkov había comunicado planes Blancos para una sublevación en Kronstadt a los franceses y a los ingleses, en el transcurso de enero de 1921: *ibid.*, 18 de marzo de 1921.

45 “Interv’iu chlenami Vremennogo Revoliutsionnogo Komiteta”, manuscrito, Hoover Library. Cf. la misteriosa referencia a una carta proveniente de Kronstadt, fechada el 21 de febrero de 1921, en la cual “un participante en la sublevación” declara que él y sus camaradas lucharán hasta el fin para derrocar a los bolcheviques: barón Rozen a M. N. Giers, 12 de marzo de 1921, Miller Archives, File 5M, N° 5.

46 Katkov, “The Kronstadt Rising”, *St. Antony’s Papers*, N° 6, pág. 27. Cf. Daniels, “The Kronstadt Revolt”, *American Slavic and East European Review*, X, 246–47.

47 *Pravda o Kronshtadte*, pág. 120.

48 Quarton al Servicio de Estado, 23 de abril de 1921, National Archives, 861.00/8619. Cf. “Interv’iu chlenami Vremennogo Revoliutsionnogo Komiteta”, Hoover Library.

49 Petrichenko, “O prichinakh Kronshtadtskogo vosstaniia”, *Znamia Bor’by*, diciembre de 1925 – enero de 1926, págs. 4–8.

50 *Pravda o Kronshtadte*, pág. 61.

51 *Golos Rossii*, 13 de marzo de 1921.

52 *New York Times*, 9 de marzo de 1921.

53 Manuscrito sin título, Columbia Russian Archive.

54 *Obshchee Delo*, 6 de marzo de 1921.

55 *Rut*', 9, 11 y 12 de marzo de 1921; *Poslednie Novosti,* 9 de marzo de 1921. Vale la pena notar que en 1919 el Centro Nacional de Viborg había recibido dinero de la Unión de Comercio e Industria para ayudar al Ejército del Noroeste, de Yudenich: *Arkhiv russkoi revoliutsii,* I, 296.

56 *Rul',* 18 de marzo de 1921; Grimm a Kartashev, 11 de marzo de 1921, Maklakov Archives, Series A, Packet 5, N° 13. Un miembro del comité de Grimm estuvo vinculado con la organización anticomunista de Boris Savinkov en Polonia: Grimm a Giers, 15 de marzo de 1921, Giers Archives, File 88.

57 General E. K. Miller, París, al Centro Nacional en Helsingfors, 14 de

marzo de 1921, Miller Archives, File 5M, N° 5; *Obshchee Delo,* 7 de marzo de 1921; RO, 9 de marzo de 1921; *Za Narodnoe Delo,* 15 de marzo de 1921.

58 Véase la correspondencia entre el general Miller y el ministro francés de relaciones exteriores, en los Miller Archives, File 5M, N° 5.

59 *Golos Rossii,* 13 de marzo de 1921.

60 *Daily Herald,* 14 de marzo de 1921.

61 *Poslednie Novosti,* 9 de marzo de 1921; *Za Narodnoe Delo,* 15 de marzo de 1921; Quarton al secretario de Estado, 23 de abril de 1921, National Archives, 861.00/8619: "Analysis of Foreign Assistance Rendered to the Cronstadt Revolution".

62 General Kliuev al general Miller, 14 de marzo de 1921, Miller Archives, File 5M, N° 5; Grimm a Giers, 15 de marzo (le 1921, Giers Archives, File 88.

63 *Poslednie Novosti,* 15 de marzo de 1921; *Novaia Russkaia Zhizn,* 12 de marzo de 1921. Véase también la correspondencia entre los líderes del Centro Nacional en París y Finlandia (Kartashev, Kliuev, Miller, Grimm, Tseidler), en los Maklakov Archives, Series A, Packet 5, N° 13, y en los Miller Archives, File 5M, N° 5.

64 *Obshchee Delo,* 17 de marzo de 1921. Después de la rebelión Tseidler admitía, en una carta dirigida al presidente de la Cruz Roja Rusa en París, que no había recibido ninguna ayuda de la Cruz Roja Británica ni de la Norteamericana. Tseidler decía en la carta que nunca olvidaría el "tono exultante" de un funcionario de la Cruz Roja Norteamericana (llamado Hopkins), quien le dijo: "Es cosa buena que no os hayamos entregado nuestro trigo". Tseidler a B. E. Ivanitskii, 20 de marzo de 1921, Giers Archives, File 88.

65 Quarton al secretario de Estado, 11 de marzo de 1921, National Archives, 861.00/8319; encargado de negocios en Helsingfors al secretario de

Estado, 22 de abril de 1921, *ibid.,* 861.00/8628; Tseidler, O *snabzhenii Peterburga.*

66 *Poslednie Novosti,* 8 de marzo de 1921; *Rul',* 10 de marzo de 1921; *Obshchee Delo,* 17 de marzo de 1921.

67 Petrichenko a Grimm, 13 de marzo de 1921, Grimm Archives; Quarton al secretario de Estado, 11 de marzo, National Archives, 861.00/ 8318.

68 Dresel al secretario de Estado, 14 de marzo de 1921, *ibid.,* 861.00/ 8323.

69 Secretario Nacional, Cruz Roja Norteamericana, al secretario de Estado, 21 de mayo de 1921, *ibid.*, 861.00/8572. En una segunda carta (24 de mayo, 861.00/8627) se hacía notar que sólo se había proporcionado ayuda a los refugiados de Kronstadt en Finlandia.

70 *Krasnyi Arkhiv*, 1927, N° 6, pág. 93; Quarton al secretario de Estado, 23 de abril de 1921, National Archives, 861.00/8619; *Krasnaia Gazeta*, 20 de marzo de 1921; Pukhov, *Kronshtadtskii miatezh*, pág. 59.

71 *Znamia Bor'by*, diciembre de 1925 – enero de 1926, pág. 8.

72 Véase Jane Degras (comp.), *The Communist International*, 1919–1943, 3 vols., Londres, 1956–1965, I, 213–15.

73 Encargado de negocios en Helsingfors al secretario de Estado, 22 de abril de 1921, National Archives, 861.00/8628..

74 *Obshchee Pelo*, 18 de marzo de 1921.

75 *Rabota eserov zagranitsei*, Moscú, 1922, págs. 66–70.

76 *Revoliutsionnaia Rossiia*, 1921, N° 8, págs. 3–4; Berkman, *The Kronstadt Rebellion*, pág. 16.

77 *Pravda*, 7 de abril de 1921.

78 *Revoliutsionnaia Rossiia*, 1921, N° 8, págs. 3–4.

79 *Sotsialisticheskii Vestnik*, 18 de marzo de 1921, págs. 1–3.

80 Petrichenko y otros a Grimm, fuerte Ino, 31 de mayo de 1921, y a Wrangel, 31 de mayo de 1921, Grimm Archives y Giers Archives, File 88.

81 *Iz istorii Vserossiiskoi chrezvychainoi komissii, 1917–1921 gg.: sbornik dokumentov*, Moscú, 1958, págs. 433–36, 445–58; "O rasskrytom v Petrograde zagorovov protiv Sovetskoi vlasti", Vecheka Presidium, 29 de agosto de 1921, Columbia Russian Archive. Tagantsev fue ejecutado en agosto de 1921. Acerca de la Organización de Lucha de Petrogrado, véase también Vardin, *Revoliutsiia i menshevizm*, págs. 141–54; Pukhov, *Kronshtadtskii miatezh*, págs. 117–18; *Krasnaia Letopis'*, 1931, N° 3, págs. 1819; y *Voprosy Istorü*, 1968, N° 1, págs. 133–36.

82 *Obshchee Delo*, 13 de junio de 1921.

83 "Mandat", 30 de octubre de 1921, Columbia Russian Archive.

84 *Desiatyi s' 'ezd RKP(b)*, pág. 414.

85 *Ibid.*, págs. 33–34.

86 *Ibid.*, págs. 224–25; N. Bukharin, *The New Policies of Soviet Russia*, Chicago, 1921, pág. 56.

IV. EL PRIMER ASALTO

Los bolcheviques, enfrentados con una crisis interna que los hacía tambalear, se decidieron a poner fin a la revuelta lo más rápidamente posible. Parecía estar en juego su existencia misma como gobierno. Para comenzar, el título de "Comité Revolucionario Provisional" adoptado por los líderes rebeldes el 2 de marzo era en sí mismo una provocación y un desafío. Pero aun más amenazadora resultaba la exigencia inicial de la resolución del Petropavlovsk. Al solicitar nuevas elecciones para integrar los soviets, "en vista del hecho de que los soviets actuales no expresan la voluntad de los trabajadores y campesinos", los insurgentes estaban en realidad cuestionando la legitimidad del dominio bolchevique. El tema se oyó nuevamente el 3 de marzo, en el primer número del *Izvestiia* de Kronstadt. El Partido Comunista, decía el editorial principal, se ha alienado enteramente del pueblo. Sólo los esfuerzos comunes de las masas trabajadoras, actuando a través de soviets libremente elegidos, podrían rescatar a la nación liberándola de una mayor miseria y opresión[1]. Vistos los recientes disturbios ocurridos en Moscú y Petrogrado, y las revueltas campesinas que aún mantenían agitada la periferia, tales pronunciamientos contenían, a los ojos de las autoridades, resonancias subversivas. Se temía que, a menos

que se emprendiera una rápida acción, Kronstadt pudiera desencadenar un levantamiento general.

Otra causa de alarma era el recrudecimiento de las maniobras hostiles entre los rusos que habían emigrado. Después de casi tres años de Guerra Civil, el miedo a las conspiraciones contrarrevolucionarias se había enraizado profundamente en el liderazgo soviético. Un "Temor Blanco" (comparado a la histeria del "Temor Rojo" del oeste), alimentado por una incesante corriente de rumores, se había apoderado de las filas del partido. Para muchos bolcheviques –especialmente durante los primeros días de la rebelión, cuando la situación resultaba confusa y era difícil obtener información confiable–, Kronstadt tenía el inconfundible sabor de un complot antisoviético. Después de una larga serie de generales Blancos –Kornilov, Krasnov, Miller, Yudenich, Kolchak, Denikin, Wrangel– respaldados por la Entente y por la oposición rusa, el general Kozlovski parecía adaptarse a la pauta familiar. Cuando las noticias de la revuelta llegaron por primera vez a Petrogrado, el cuñado de Zinoviev despertó a Víctor Serge en el hotel Astoria. "Kronstadt está en manos de los Blancos –dijo con voz agitada–. Estamos todos movilizados."[2]

No se trata de que los bolcheviques tuvieran alguna sospecha del Memorándum Secreto del Centro Nacional, pues seguramente lo hubieran divulgado en su guerra de propaganda contra los insurgentes. Sin embargo, sabían que se preparaban planes para aprovisionar a Kronstadt y para enviar tropas y equipo con el propósito de apoyar la rebelión. Agentes soviéticos, como hemos visto, interceptaron la

correspondencia de los líderes socialistas revolucionarios. También sabían que Chernov había ofrecido ayuda a los insurgentes. Además, la prensa de los emigrados informaba abiertamente acerca de la campaña de recolección de fondos que realizaban los Kadetes y los Octubristas, y no pasaron inobservadas las actividades de Tseidler y Grimm en Finlandia.[3] El hecho de que los exilados de París, Berlín y Helsingfors estuvieran llenos de nuevas esperanzas y de excitación acrecentaba sin duda el sentimiento de urgencia predominante en Moscú y Petrogrado y robustecía la resolución gubernamental de liquidar la revuelta en forma rápida y decisiva.

Parecería entonces que las acusaciones soviéticas acerca de la existencia de un complot contrarrevolucionario no fueran meras invenciones destinadas sólo a servir de propaganda contra los rebeldes, sino más bien que la propaganda se mezclaba con una ansiedad auténtica ante la perspectiva de un resurgimiento Blanco.

En todo caso, los bolcheviques buscaban de todas las maneras posibles desacreditar a Kronstadt a los ojos del pueblo. Estaban especialmente preocupados por el efecto que la sublevación podía producir sobre el ejército. Si llegaban a necesitarse tropas soviéticas para reprimir el amotinamiento, había que pintarlo como un peligroso movimiento contrarrevolucionario.

Así, Kozlovsky fue vinculado con los generales Blancos de la Guerra Civil y se lo calificó de “nuevo Yudenich”, que amenazaba a Petrogrado desde sus accesos por el Báltico.[4] Y

una circular especial dirigida al Ejército Rojo culpaba a los rebeldes por intentar interrumpir las negociaciones de paz con los polacos en Riga; pero en lo que respecta a Kronstadt, según se dijo a los soldados, se los podía haber desmovilizado y permitido volver a sus hogares.[5]

Se afirmó además que la sublevación era "parte de un gran plan destinado a provocar perturbaciones dentro de Rusia Soviética y deteriorar su posición internacional".[6] Los Blancos estaban conspirando no sólo para producir una nueva intervención polaca sino también para sabotear la reciente distensión con el Oeste. Específicamente, deseaban impedir que ocurriera cualquier cambio en la política norteamericana tendiente a un arreglo con los Soviets. El nuevo presidente de la República (Harding), según la prensa bolchevique, estaba dispuesto a reanudar las relaciones comerciales con Rusia, creencia antojadiza que puede haber sido alentada por un emprendedor visitante norteamericano, W. B. Vanderlip, a quien Lenin tomó por un adinerado comerciante con influyentes vinculaciones en Washington. En forma similar, Lev Kamenev advirtió al Décimo Congreso del Partido que los contrarrevolucionarios realizaban esfuerzos para malograr el inminente acuerdo comercial con los británicos.[7]

Según dijo Leonid Krasin, emisario soviético en Londres, "ciertos intereses siniestros están trabajando, en todo caso, para que se pospongan las negociaciones, e incluso para llegar a interrumpirlas". Krasin confiaba, sin embargo, en que Kronstadt sufriría el mismo destino de todos los complots anteriores de los Guardias Blancos: "Cuando uno se acuerda de las perturbaciones que el gobierno soviético ha enfrentado con

éxito durante los últimos tres años, este asunto de Kronstadt resulta insignificante. Y se lo tratará de la manera habitual”.[8]

De mayor preocupación para los bolcheviques era el propósito de los emigrados de lograr acceso a Kronstadt y utilizar la plaza fuerte como una base para poder hacer pie en el continente. Esto habría significado nada menos que una reanudación de la Guerra Civil, eventualidad a la cual, en vista del agotamiento general del país, el régimen soviético no habría podido sobrevivir. Lo que las autoridades temían, en otras palabras, era no tanto la rebelión misma como aquello a lo que ésta podía llevar. El peligro real, según dijo Lenin al Décimo Congreso del Partido en su sesión de apertura, era que Kronstadt pudiera servir como “un paso, una escalera, un puente” para una restauración Blanca.[9] Fue principalmente en este sentido que Lenin y sus colaboradores consideraron a los marineros como contrarrevolucionarios. “Mostradnos quiénes os apoyan –parecían decir– y os diremos quiénes sois.” Hablaban de los rebeldes mismos no como enemigos perversos del pueblo sino como hermanos descarriados, a los cuales había tanto que compadecer como condenar.

“Hemos esperado lo más posible –dijo Trotsky en un desfile de las tropas que aplastaron la rebelión– para que nuestros ciegos camaradas, los marineros, vieran con sus propios ojos adónde llevaba el amotinamiento.” Y Bujarin se dirigió al Tercer Congreso del Comintern en un tono similar: “¿Quién dice que el levantamiento de Kronstadt fue Blanco? No. En bien de la idea, en bien de nuestra tarea, nos vimos forzados a reprimir la revuelta de nuestros equivocados hermanos. No podemos considerar a los marineros de Kronstadt como nuestros

enemigos. Los queremos como verdaderos hermanos, de nuestra misma carne y sangre”.[10]

Para los comunistas extranjeros que estaban en Rusia, tales como Víctor Serge y André Morizet, afirmaciones como éstas eran extremadamente intranquilizadoras. Como se los había llevado a creer que Kronstadt constituía una mera repetición de los movimientos antibolcheviques de la Guerra Civil, se sentían “estupefactos y turbados” al no encontrar entre los líderes soviéticos nada de aquella mala voluntad que habían sentido ante las legiones Blancas y sus colaboradores; su manera de hablar estaba más bien jalonada de “reticencias simpáticas” que para los visitantes traicionaban la mala conciencia del partido. Sin embargo, estos observadores exteriores reconocieron el dilema con que se enfrentaban sus camaradas bolcheviques: el de mantener el poder y al mismo tiempo preservar sus ideales revolucionarios. Después de un considerable examen de conciencia y con “inexpresable angustia”, Serge se declaró del lado de los comunistas contra la insurrección, aunque Kronstadt, según dijo, tuviera por su parte razón –si bien el partido, absorbido por el influjo de quienes buscaban el poder, inspiraba poca confianza al pueblo–. En efecto, si caía la dictadura bolchevique, razonaba Serge, se estaría a un paso del caos, de una revuelta campesina general, una *Pugachevshchina* como las de antes, la masacre de los comunistas, el retorno de los emigrados con sus políticas estériles y anticuadas, y al final otra dictadura, esta vez antiproletaria y no antiburguesa. Además, Serge prometía no tomar personalmente las armas contra los famélicos obreros y marineros que, según él decía, habían sido llevados hasta el límite de su resistencia.[11]

Al final, se emplearon en verdad las armas para someter a los rebeldes. Pero, ¿fue realmente necesaria la fuerza? ¿Cuál fue el grado de seriedad con que los bolcheviques trataron de llegar a un arreglo pacífico antes de poner en acción sus cañones? Según ellos mismos, realizaron todos los esfuerzos para evitar el derramamiento de sangre, pero la verdad es que podían haber hecho mucho más. Es cierto que durante la primera semana de la rebelión se realizaron muchos llamados a los insurgentes para que entraran en razón; el 1° de marzo, según sabemos, Kalinin y Kuzmin se dirigieron a Kronstadt en misión de paz y hablaron en una asamblea al aire libre en la Plaza del Ancla, y Kuzmin habló en la Casa de la Educación al día siguiente. Sin embargo, no ofrecieron hacer ninguna concesión, tales como las que se habían otorgado, por ejemplo, a los obreros en huelga de Petrogrado. Aunque la situación requería evidentemente tacto y espíritu conciliador, ambas cosas estuvieron visiblemente ausentes en los discursos de los dos funcionarios. Su actitud fue desafiante, beligerante, intransigente, y su tono resultó tan amenazador que sólo podía provocar aún más a los excitables marineros. Desde el comienzo, la actitud de las autoridades no fue de negociación seria sino de planteamiento de un ultimátum: recuperar la sensatez o sufrir las consecuencias.

Esto resultó infortunado, y en verdad trágico, pues había buenas oportunidades de que los insurgentes respondieran a un enfoque más comprensivo y flexible. Pero los bolcheviques, enfrentados con una de las más graves crisis de su historia, no estaban con ánimo de compromiso. Sus nervios se hallaban muy tensos. Temían a los polacos, a los emigrados, a la Entente, y a la posibilidad de que Kronstadt pudiera

transformarse en la punta de lanza de una nueva campaña intervencionista; tenían miedo de que se difundiera la revuelta al continente, que ya hervía de descontento y donde ya se habían producido en varias localidades sublevaciones campesinas; temían la pérdida de poder político, seguida por el caos y luego por una restauración Blanca. En tales circunstancias, la negociación con los rebeldes parecía demasiado riesgosa. Cualquier vacilación, cualquier signo de debilidad frente al desafío y la subversión, podían precipitar el colapso general de su autoridad. Después de lograr el poder y de mantenerlo durante tres años de conflictos sangrientos, ¿iban a sacrificarlo todo ahora por un motín de fogosos e indisciplinados marineros? ¿Podían permitirse correr el riesgo de demorar la represión con la esperanza de que la revuelta se aplacara por sí misma? El tiempo no estaba de su lado. Pronto se produciría el deshielo. Sabemos por el diario rebelde *Izvestiia* del 15 de marzo que la nieve en las calles de la ciudad de Kronstadt ya estaba comenzando a ablandarse.[12] En unas pocas semanas se fundiría el hielo del golfo de Finlandia y resultaría imposible asaltar la fortaleza con soldados de infantería. Los buques retenidos en el puerto de Kronstadt por el hielo estarían en libertad de acción. Lo que es más, aunque Finlandia persistiera en obstaculizar el tránsito a través de sus fronteras, podrían llegar entonces abastecimientos y refuerzos a Kronstadt por vía marítima. Para impedir que ocurriera todo esto, los bolcheviques comprendieron que tenían que actuar rápidamente. ¿Qué gobierno toleraría durante largo tiempo a una armada amotinada en su base más estratégica, base que sus enemigos codiciaban como punto de apoyo para una nueva invasión? “Esperamos lo más posible –dijo Trotsky un poco después de reprimida la rebelión– pero nos enfrentábamos con

el peligro de que el hielo se derritiera y nos vimos obligados a realizar... el ataque."[13]

Entre las principales preocupaciones de las autoridades, eran quizá las más inmediatas: que la rebelión pudiera difundirse al continente, y que pudiera provocar motines en otras unidades del ejército y de la armada. Estos dos temores se veían acrecentados por los eventos ocurridos en Oranienbaum el 2 de marzo. Esa tarde emisarios de Kronstadt atravesaron el camino de hielo con copias de la resolución del Petropavlovsk, y las distribuyeron en Petrogrado y unas pocas ciudades vecinas. En Oranienbaum los soldados de la Primera Escuadrilla Aérea Naval celebraron una reunión en su club, apoyaron por unanimidad la resolución y, siguiendo el ejemplo de Kronstadt, procedieron a elegir su propio Comité Revolucionario. Inmediatamente después se reunieron de nuevo en un hangar cercano y eligieron una delegación de tres hombres para que cruzara el hielo y estableciera contacto directo con los sublevados de Kronstadt. En medio de la noche –aparentemente después que los delegados de la Escuadrilla Aérea llegaron con su ofrecimiento de unirse al movimiento– el Comité Revolucionario de Kronstadt envió un destacamento de 250 hombres a Oranienbaum, pero fueron enfrentados con fuego de ametralladoras y forzados a retirarse. Los tres enviados de la Escuadrilla Aérea fueron arrestados por la Cheka cuando intentaban retornar a su base. Entretanto, el comisario de la guarnición de Oranienbaum, al enterarse del incipiente motín, solicitó urgentemente refuerzos al Comité de Defensa de Zinoviev. Todos los comunistas de Oranienbaum fueron provistos de armas y se les dieron raciones extra para aplacar cualquier descontento que pudieran haber sentido a raíz de la

situación alimentaria. A las 5 de la mañana del 3 de marzo llegó de Petrogrado un tren blindado con un destacamento de *kursanty* y tres baterías de artillería liviana. Los cuarteles de la Escuadrilla Aérea fueron rápidamente rodeados y sus ocupantes arrestados. Unas pocas horas más tarde, después de un interrogatorio intensivo, se sacó y se fusiló a 45 hombres, entre ellos al jefe de la División de Aviadores Navales Rojos y al presidente y secretario del Comité Revolucionario recién formado.[14]

La represión del motín de Oranienbaum fue recibido por los líderes de Kronstadt como el primer contraste importante. Como confiaban en que su revuelta se difundiría por el continente, y obligarían con ello a los bolcheviques a ceder a sus exigencias, se rehusaron a tomar la ofensiva y sólo enviaron una pequeña fuerza a Oranienbaum con resultados desastrosos. (Los rebeldes de Oranienbaum, por su parte, mostraron la misma mentalidad ingenua al no realizar ningún esfuerzo para armarse y asumir el control de su propia base.) Sin embargo, si se tomaba como índice la actitud de la Escuadrilla Aérea, Oranienbaum –como afirmaban con insistencia Kozlovsky y sus colegas– podría haber sido quizá tomada con muy poca resistencia. Los rebeldes podían haber marchado luego sobre Petrogrado, cuyos habitantes se habrían sentido seguramente alentados a sublevarse contra el gobierno. Pero se rechazó empecinadamente todo consejo de este tipo. Los marineros se sentían mucho más seguros en su bastión isleño que internándose en el continente y desempeñando el papel de soldados de infantería, al cual no estaban acostumbrados. Como temían no contar con un número suficiente de hombres para realizar una ofensiva,

prefirieron encerrarse en su fortaleza, aparentemente inexpugnable, erizada de cañones por todas partes, y esperar hasta que el gobierno accediera a sus exigencias.

En lo sucesivo, toda exhortación a que tomaran la iniciativa cayó en oídos sordos. Cuando los "especialistas militares" propusieron cortar el hielo en torno de la isla de Kotlin con fuego de artillería para hacerla invulnerable a un ataque de infantería, el Comité Revolucionario respondió que no había proyectiles disponibles suficientes para hacer ese trabajo y que, en todo caso, el agua volvería a helarse en muy breve tiempo.[15] Así, mientras duró la sublevación no se hizo ningún intento de aislar la fortaleza o liberar a los buques de guerra atrapados por el hielo, aunque los observadores exteriores suponían que debía haberse llevado a cabo tal acción.[16] En forma similar, cuando los especialistas recomendaron formar barricadas en las calles en la parte este de la ciudad, cerca de la vulnerable Puerta de Petrogrado (sugerencia perspicaz, según resultó después), el Comité Revolucionario insistió en que no disponía de los hombres y materiales necesarios para la tarea, aunque en realidad le sobraban. Kozlovsky explicó más tarde que los marineros se rehusaron a cooperar debido a su desconfianza congénita hacia los oficiales y las autoridades superiores en general. Al referirse despectivamente a la obstinación y falta de disciplina de los marineros, Kozlovsky se quejaba de que la revuelta se hubiera producido antes del deshielo del golfo de Finlandia. Fue la impaciencia de los marineros que deseaban sacudirse el yugo comunista, dijo Kozlovsky, lo que precipitó el estallido prematuro.[17]

Entretanto, la rebelión había tenido poco éxito en su intento

de expansión al continente. Sólo en unos pocos lugares –especialmente Oranienbaum, Peterhof y Petrogrado– surgieron movimientos disidentes dispuestos a defender la causa rebelde. Pero los comunistas de toda la región habían sido puestos sobre aviso respecto de la actividad sediciosa, y en todos los casos en que ésta se produjo fue prontamente sofocada. En Petrogrado, por ejemplo, una delegación de marineros de Kronstadt trató de ganar para su causa a la tripulación del rompehielos Truvor (algunas fuentes dicen que era el Ermak), con el aparente propósito de liberar al Sebastopol y al Petropavlovsk y de crear un foso acuático en torno de la isla de Kotlin para impedir una invasión de infantería, y quizá también de abrir un canal suplementario hacia el oeste. Pero se despacharon de inmediato tropas bolcheviques hacia el buque y se detuvo a los enviados de Kronstadt y a sus simpatizantes.[18] Por lo demás, Kronstadt hizo poco para difundir la revuelta. De los doscientos emisarios enviados a distribuir la resolución del Petropavlovsk en las ciudades de la provincia de Petrogrado, sólo un puñado evitó la detención; el punto más septentrional en que fueron interceptados marineros que llevaban panfletos fue Dno, un nudo ferroviario ubicado sobre la línea de Petrogrado a Vitebsk. Los insurgentes trataron también de utilizar el teléfono para explicar su posición a Petrogrado y Krasnaya Gorka, pero sus esfuerzos quedaron en nada. Las autoridades, por su parte, telefonearon al Comité Revolucionario e intentaron en vano convencerlo de que su posición era desesperada. Al mismo tiempo, comunistas leales de Kronstadt hicieron uso de las líneas disponibles para informar sobre las municiones, las reservas alimentarias y la moral de las tropas rebeldes.[19]

En su mayor parte, entonces, los rebeldes adoptaron una estrategia defensiva, que según pensaban les permitiría mantenerse hasta que el deshielo hiciera invulnerable su posición. Entretanto, se dedicaron a administrar los asuntos de la isla, y especialmente a fortalecer su defensa. Esperaban que el gobierno accediera a sus exigencias pero no descartaban la posibilidad de un asalto armado. "En cualquier momento –advertía el Comité Revolucionario Provisional el 4 de marzo– podemos esperar un ataque de los comunistas con el propósito de conquistar Kronstadt, subordinarnos de nuevo a su autoridad y reducirnos al hambre, el frío y la ruina."[20] Durante la primera semana, sin embargo, la rebelión consistió en una guerra de nervios más bien que de cañones.

¿Por qué esperó tanto el gobierno antes de lanzar su ataque? Parecería que la demora hubiera sido dictada tanto –si no más– por la necesidad de realizar una preparación militar adecuada como por el deseo de llegar a un arreglo pacífico. Durante los primeros días de marzo los bolcheviques se apresuraron a asegurar la vieja capital así como importantes puntos estratégicos del área circundante, particularmente Krasnaya Gorka y Oranienbaum, y Lisy Nos y Sestroretsk, sobre la costa de Carelia. Todos los miembros del Partido Comunista de Petrogrado y de las ciudades vecinas fueron movilizados y provistos de armas. Para el 5 de marzo se había reunido una milicia de unos 4.000 hombres, aumentada por voluntarios de la Juventud Comunista y los sindicatos locales. Por añadidura, fueron convocados centenares de *kursanty* de la región inmediata y de ciudades tan distantes como Moscú, Orel y Nizhni Novgorod, y se movilizó contra la rebelión a tropas especiales de la Cheka *(Vokhr)* y a hombres de los

destacamentos de inspección caminera. Se vigilaron estrictamente los trenes que iban de Petrogrado hacia puntos del continente ubicados en dirección a Kronstadt, para impedir cualquier contacto con los insurgentes. Los líderes soviéticos, preocupados por la abortada revuelta de Oranienbaum (y quizá por el recuerdo del amotinamiento antibolchevique de Krasnaya Gorka en 1919), reforzaron las guarniciones de estos puntos vitales y realizaron viajes personales de inspección para erradicar cualquier actividad sediciosa.

En Petrogrado misma, aunque las huelgas y demostraciones casi habían terminado, persistía un ánimo de oscura aprensión que lindaba con el pánico. Una mañana a comienzos de marzo, cuando Víctor Serge se marchaba del Hotel Astoria, vio a una vieja sirvienta que se iba tranquilamente de la ciudad con varios paquetes. "¿A dónde te vas de esta manera, tan temprano, abuela?", preguntó. "Huele a disturbios en la ciudad –replicó la vieja–. Les van a cortar el cuello a todos ustedes, pobrecitos, y lo van a saquear todo de nuevo."[21] Se difundieron las amenazas contra los judíos. Muchas de las fábricas y talleres de la ciudad mantuvieron sus puertas cerradas debido a los incesantes rumores de renovados estallidos.

El 3 de marzo el Comité de Defensa de Petrogrado, investido entonces de poder absoluto en toda la provincia, tomó severas medidas para impedir cualquier disturbio. La ciudad se transformó en una vasta guarnición, con tropas que patrullaban todos los barrios. Se pegaron carteles en los muros que recordaban a los ciudadanos que serían dispersadas todas las reuniones y fusilados en el sitio quienes se resistieran. Durante el día las calles estaban casi desiertas, y como se

estableció entonces el toque de queda para las 9 de la noche, la vida nocturna cesó completamente.[22]

Zinoviev, en su triple rol de jefe del partido, presidente del Soviet de Petrogrado, y presidente del Comité de Defensa, hizo pleno uso del poder concentrado en sus manos. Durante toda la emergencia continuó actuando con eficacia y en forma expeditiva, mostrando en muy escasa medida la excitabilidad o la tendencia al pánico que se le achacaban. El 4 de marzo citó a una sesión especial al Soviet, en la cual Kronstadt fue el tema principal del orden del día. Aparte de los miembros regulares, se invitó a asistir a representantes de otras instituciones: sindicatos, comités de fábrica, unidades militares y organizaciones juveniles. Los líderes anarquistas Alexander Berkman y Emma Goldman, que aún estaban en términos amistosos con el gobierno, se hallaban presentes y dejaron vívidas descripciones de la sesión, a la cual pueden agregarse unos pocos detalles tomados de la prensa contemporánea.[23]

Desde el comienzo hasta el final la sesión fue tormentosa. Zinoviev y Kalinin denunciaron la revuelta como un complot de la Guardia Blanca, instigado por los mencheviques, los socialistas revolucionarios y los agentes de inteligencia de la Entente, luego de lo cual un hombre de la primera fila, un trabajador de la fábrica del Arsenal, se puso de pie y defendió a los insurgentes. Señalando con el dedo a Zinoviev, gritó: “Es la cruel indiferencia tuya y de tu partido lo que nos impulsó a la huelga y suscitó la simpatía de nuestros hermanos marineros, que habían luchado codo con codo con nosotros en la Revolución. No son culpables de ningún otro crimen, y tú lo sabes. Conscientemente los denigras y pides su destrucción”.

Gritos de “contrarrevolucionarios”, “traidor” y “bandido menchevique” –refiere Emma Goldman– transformaron la asamblea en un manicomio, pero el obrero se mantuvo firme y alzó su voz por sobre el tumulto: “Hace escasamente tres años, Lenin, Trotsky, Zinoviev y todos vosotros fuisteis denunciados como espías alemanes. Nosotros, los obreros y los marineros, os defendimos y salvamos del gobierno de Kerensky. ¡Cuidad que no os toque un destino similar!”.

En ese punto, un marinero de Kronstadt se puso de pie para defender al orador anterior. Declaró que nada había cambiado en el espíritu revolucionario de sus camaradas. Estaban dispuestos a defender la Revolución hasta su última gota de sangre. Luego procedió a leer la resolución del Petropavlovsk, y la reunión, dice Goldman, se transformó en un pandemonium de gritos y confusión. Zinoviev, que replicó en medio de la conmoción, exigió la rendición inmediata de Kronstadt bajo pena de muerte. Pasando por alto las protestas de varios delegados, se aprobó una resolución donde se exhortaba a los marineros a abandonar su loca aventura y a devolver la autoridad al Soviet de Kronstadt, al que propiamente le correspondía ejercerla. Si se derramaba sangre, manifestaba la resolución, caerá sobre vuestras propias conciencias. “Decidid de inmediato. O estáis con nosotros contra el enemigo común, o pereceréis en medio de la vergüenza y la desgracia junto con los contrarrevolucionarios.”[24]

Una figura que se esperaba que asistiera a la reunión era Trotsky, el hombre de mayor talento con que contaba el gobierno para resolver perturbaciones en épocas de crisis, pero no llegó a tiempo. Cuando estalló la rebelión se encontraba en

el oeste de Siberia, que era escenario de amplios disturbios campesinos. Al enterarse de las noticias volvió de inmediato a Moscú para consultar a Lenin, luego se dirigió de prisa hacia el norte, a Petrogrado, y llegó a la vieja capital el 4 o 5 de marzo. Su primer acto consistió en emitir un severo ultimátum (publicado el 5 de marzo) donde se exigía la capitulación inmediata e incondicional de los marineros amotinados:

> El Gobierno de Obreros y Campesinos ha decretado que Kronstadt y los buques rebeldes deben someterse inmediatamente a la autoridad de la República Soviética. Por lo tanto, ordeno a todos los que han levantado su mano contra la patria socialista que abandonen las armas de inmediato. Los empecinados serán desarmados y entregados a las autoridades soviéticas. Los comisarios y otros representantes del gobierno que hayan sido arrestados deben ser liberados de inmediato. Sólo quienes se rindan en forma incondicional pueden contar con la misericordia de la República Soviética. Al mismo tiempo, estoy impartiendo órdenes para preparar la represión y el sometimiento de los amotinados por la fuerza de las armas. La responsabilidad por el daño que pueda sufrir la población pacífica recaerá enteramente sobre la cabeza de los amotinados contrarrevolucionarios. Esta advertencia es la última.[25]

Si ésta era una sincera tentativa de evitar un choque armado, estaba obviamente destinada a fracasar. Al no tomar para nada en cuenta el estado de ánimo de los marineros, sólo podía volverlos más inflexibles que nunca en su determinación de sostenerse hasta que se accediera a las reformas. “Que le haya

tocado a Trotsky dirigir tales palabras a los marineros –observó su biógrafo, Isaac Deutscher– fue otra de las ironías de la historia. Esta Kronstadt había sido la suya, la Kronstadt que él llamó 'el orgullo y la gloria de la Revolución'. ¡Cuántas veces pronunció arengas políticas en la base naval durante los agitados días de 1917! ¡Cuántas veces los marineros lo llevaron en andas y lo aclamaron frenéticamente como su amigo y líder! ¡Cuán devotamente lo siguieron al Palacio Táuride, a su celda en Kresty, a las murallas de Kazan sobre el Volga, guiándose siempre por su consejo, obedeciendo siempre casi ciegamente a sus órdenes! ¡Cuántas ansiedades compartieron con él, cuántos peligros desafiaron juntos!" Pero los tiempos habían cambiado, y el Comité Revolucionario Provisional replicó a su vez con una advertencia al ultimátum de Trotsky: "La novena ola [es decir, la ola culminante en una tormenta marina] de la Revolución de los Trabajadores se ha levantado y barrerá de la superficie de la Rusia Soviética a los viles calumniadores y tiranos con toda su corrupción –y no habrá necesidad, señor Trotsky, de tu clemencia–".[26]

El mismo día, 5 de marzo, el Comité de Defensa de Petrogrado editó un nuevo panfleto y lo lanzó sobre Kronstadt desde aeroplanos. Si algo puede decirse de este nuevo documento, es que su lenguaje resultaba aún más provocativo que el ultimátum de Trotsky. Por detrás de los socialistas revolucionarios y los mencheviques, decía el panfleto, están mostrando sus dientes los oficiales Blancos. Los líderes reales de la rebelión son el general Kozlovsky y sus ayudantes, el capitán Burkser, Kostromitinov, Shirmanovsky y otros Guardias Blancos que os están engañando con promesas de democracia y libertad. En verdad, luchan por la restauración del zarismo,

por un nuevo Viren [comandante de la base naval de Kronstadt hasta que se lo asesinó en febrero de 1917] que se siente sobre vuestros cuellos. Es una insolente mentira que Petrogrado, Siberia y Ucrania os respaldan. La verdad es que estáis rodeados por todas partes y vuestra posición es desesperada. El panfleto concluía con una advertencia profética: en el último minuto, los Kozlovskys y Petrichenkos os dejarán plantados y huirán a Finlandia. ¿Qué haréis entonces? Si los seguís, ¿creéis que encontraréis alimento en Finlandia? ¿No habéis oído lo que les ocurrió a los hombres de Wrangel, que están muriendo como moscas de hambre y enfermedad? El mismo destino os aguarda también a vosotros, a menos que os rindáis en el término de 24 horas. Si lo hacéis, se os perdonará; pero si resistís, "seréis acribillados como perdices".[27]

Aunque la amenaza de acribillar a los rebeldes "como perdices" se atribuyó a menudo a Trotsky, su verdadero perpetrador fue el Comité de Defensa de Zinoviev. Los marineros, en todo caso, se sintieron excitados por una violenta furia. Trotsky y Zinoviev se transformaron en los más bajos villanos y el símbolo de todo lo que era malevolente y odioso dentro del régimen soviético. (Lenin, que permanecía entre bambalinas por el momento, no se expuso a la cólera de Kronstadt hasta la semana siguiente, y aun entonces nunca procedió con la misma malignidad que sus dos colegas.) La indignación alcanzó su punto álgido cuando las autoridades de Petrogrado ordenaron que se detuviera como rehenes a las familias de los habitantes de Kronstadt. Trotsky había inaugurado un sistema de rehenes durante la Guerra Civil como advertencia a los "especialistas militares", los ex oficiales zaristas, que pudieran sentirse tentados a traicionar a las

fuerzas Rojas bajo su mando. “Que sepan esos renegados –decía la orden de Trotsky del 30 de setiembre de 1918– que están traicionando al mismo tiempo a los miembros de su propia familia: padres, madres, hermanas, hermanos, esposas e hijos.”[28] En el caso de Kronstadt, sin embargo, la decisión de tomar rehenes no la adoptó Trotsky, como lo sugieren una cantidad de exposiciones, sino el Comité de Defensa de Petrogrado antes de la llegada de aquél a la ciudad. El Comité de Defensa pidió la inmediata liberación de los tres funcionarios comunistas que habían sido aprisionados por los marineros el 2 de marzo: “Si les tocáis un solo cabello a los camaradas detenidos, responderán de ello las cabezas de los rehenes”.[29] El anuncio se hizo el 5 de marzo, el mismo día en que el gobierno emitió su ultimátum a los rebeldes. El 7 de marzo *Izvestiia* de Kronstadt respondió con el pedido de que se liberara a los rehenes en el término de 24 horas: “La guarnición de Kronstadt declara que los comunistas gozan aquí de plena libertad y sus familias están absolutamente a salvo. No se seguirá aquí el ejemplo del Soviet de Petrogrado, pues consideramos que tales métodos son muy vergonzosos y malignos, aunque los provoque la furia desesperada. Nunca hemos presenciado antes, en toda la historia, actos semejantes”.[30] Sin embargo, nada surgió de este llamado.

Entretanto, Alexander Berkman y Emma Goldman, al enterarse del ultimátum bolchevique, resolvieron hacer lo posible por impedir un baño de sangre. El 5 de marzo, junto con dos de sus camaradas enviaron una carta a Zinoviev proponiéndole que se formara una comisión imparcial para mediar en la disputa. La comisión se compondría de cinco personas, dos de ellas anarquistas, e iría a Kronstadt para

tratar de elaborar una solución pacífica. Fue el hambre y el frío, decía la carta, combinada con la ausencia de cualquier alivio a sus agravios, lo que impulsó a los marineros a la protesta abierta, pero los auténticos contrarrevolucionarios podrían tratar de explotar la situación a menos que se le encuentre una solución inmediata, no por la fuerza de las armas sino por un acuerdo amistoso. Recurrir a la violencia sólo serviría para agravar las cosas y ayudar a la causa de los Blancos. Al mismo tiempo, el uso de la fuerza por parte de un gobierno de Trabajadores y Campesinos contra los trabajadores y campesinos mismos produciría un efecto profundamente desmoralizador sobre el movimiento revolucionario internacional.[31]

Este paso conciliatorio, que se produjo después de que los marineros fracasaron en obtener apoyo en el continente, tenía buenas probabilidades de mitigar su cólera e impedir la tragedia que luego se produjo. Aunque el llamado de Berkman quedó sin respuesta, el día siguiente, 6 de marzo, el Soviet de Petrogrado telegrafió al Comité Revolucionario preguntándole si una delegación de miembros del Soviet, afiliados y no afiliados al partido, podían visitar Kronstadt para observar la situación. Promovido o no por los anarquistas, éste fue el primer gesto constructivo y conciliatorio que hicieron los bolcheviques desde el estallido de la rebelión. Es lamentable, por lo tanto, que haya sido rechazado. Colmados de amargura contra un gobierno que acababa de arrestar a sus esposas e hijos, los rebeldes contestaron que “no confiaban en el estatus no partidario de vuestros representantes no partidarios”. En cambio, pedían que la población de Petrogrado enviara obreros, soldados y marineros que realmente no fueran

miembros del partido, elegidos en presencia de observadores de Kronstadt, más un máximo de un 15 por ciento de delegados comunistas, designados por el Soviet de Petrogrado.[32] Esta réplica, abrupta e inflexible, anuló efectivamente la propuesta. El gobierno no realizó luego ningún esfuerzo más para lograr un arreglo con los insurgentes.

El 7 de marzo había vencido el plazo. El ultimátum de 24 horas del 5 de marzo, ampliado por otras 24 horas el día siguiente, expiró sin que ninguno de los dos bandos modificara su posición. Y en ese momento el gobierno estaba listo para utilizar la fuerza. Durante el período de gracia había afluido una corriente continua de hombres y equipos a Petrogrado y a sus plazas fuertes cercanas. Cada día llegaban más *kursanty* y destacamentos de la Cheka, y las unidades más fieles del Ejército Rojo, traídas desde diversos sectores del país. Además, se llamó a algunos de los más prominentes "especialistas militares" y comandantes rojos para que trazaran un plan de ataque.

El 5 de marzo M. N. Tujachevsky, un oficial dotado y experto pese a su juventud, se puso al frente del séptimo ejército y de todas las otras tropas del distrito militar de Petrogrado, reemplazando a D. N. Avrov, cuyo lugar ocupó en el Comité de Defensa de Zinoviev. Nacido de una familia noble de la provincia de Penza, Tujachevsky había sido asistente del Cuerpo Imperial de Cadetes y teniente en el ejército zarista durante la Primera Guerra Mundial, pero después de la Revolución de Octubre su lealtad se había inclinado hacia los bolcheviques y llegó a ser uno de los principales líderes militares de la Guerra Civil. En 1920, a la edad de veintisiete

años, comandó las fuerzas rojas en el frente norte de Polonia y casi logró tomar Varsovia, cosa que impidió el mariscal Pilsudsky.[33]

Tujachevsky enfrentaba entonces una de las más difíciles tareas de su carrera. El séptimo ejército había estado apostado en el sector de Petrogrado durante toda la Guerra Civil (bloqueando el avance de Yudenich en 1919) y sus hombres se encontraban entonces con "ánimo de desmovilización".[34] Terminada la lucha, los soldados deseaban volver a sus hogares. Eran en su mayoría de origen campesino, y como compartían el descontento del campo veían poco que criticar en el programa rebelde –en verdad, las consignas de Kronstadt hicieron resonar en ellos una cuerda simpática–. Además, las demostraciones de obreros en Petrogrado habían afectado su moral como cuerpo. Obviamente, entonces, enviar a tales hombres a luchar contra sus propios hermanos, contra el proverbial "orgullo y gloria" de la revolución, implicaba un riesgo considerable. Los soldados podían muy bien rehusarse a hacer fuego contra los rebeldes, o incluso pasarse a su bando. Así, Tujachevsky trató de levantarles el ánimo, esforzándose en alimentarlos y equiparlos lo mejor posible. Pero para la vanguardia del asalto confió sobre todo en los cadetes militares, las fuerzas especiales de la Cheka y unidades comunistas seleccionadas que se hicieron venir de otras regiones.

Kronstadt, entretanto, se fortificaba para el ataque. Constituía un puesto estratégico de avanzada y posición clave, podía jactarse de tener una guarnición numerosa y excelentes defensas. Los rebeldes contaban con unos 13.000 marineros y

soldados y más o menos 2.000 hombres adicionales reclutados de entre la población civil. La isla de Kotlin estaba rodeada por muchos fuertes y baterías, la mayoría de ellos construidos a fines del siglo XIX según los planes del general E. I. Totleben, destacado ingeniero militar ruso. Por el lado norte se hallaban los fuertes Totleben y Krasnoarmeets y una cadena de siete fuertes numerados que se extendían hacia la línea costera de Carelia. Por el sur estaban los fuertes Peter, Paul, Kronstantin y Alexander y dos fuertes numerados. Todas las baterías y fuertes estaban muy bien armados y equipados con cañones pesados ubicados en torres blindadas. La ciudad propiamente dicha se hallaba rodeada por una gruesa muralla y defendida por varios emplazamientos de cañones. En síntesis, Kronstadt tenía 135 cañones y 68 ametralladoras montadas en los fuertes y buques. El Petropavlovsk y el Sebastopol poseían cada uno de ellos una docena de cañones de 12 pulgadas y dieciséis cañones de 129 milímetros. Construidos en vísperas de la Primera Guerra Mundial, eran buques totalmente modernos y se contaban entre los primeros acorazados de la Armada Imperial Rusa. El Petropavlovsk había sido seriamente dañado por una torpedera británica en 1919, pero luego se lo había reparado y repuesto en servicio. Sin embargo, rodeados de punta a punta por el hielo en el puerto, los dos buques de guerra no resultaban obviamente tan efectivos como hubieran podido ser. Parte del hielo que los ceñía se había ablandado, pero el espacio resultaba aún inadecuado para maniobrar y en cierta medida los dos grandes buques se estorbaban mutuamente para poder hacer fuego. No obstante, sus cañones superaban ampliamente a los de Krasnaya Gorka, que era el fuerte más poderoso del continente. Sólo cuatro de los cañones de 12 pulgadas del fuerte estaban en condiciones de

operar, puesto que habían sufrido grave daño durante el amotinamiento de 1919 y aún no se los había reparado del todo. El resto de la artillería del fuerte no tenía calibre suficiente para poder dañar desde lejos a Kronstadt. Así, en el caso eventual de un duelo de artillería, como había señalado el autor del Memorándum Secreto, Krasnaya Gorka no era una competidora que pudiera igualarse a la fortaleza de la isla y sus barcos, que contaban con veinticuatro cañones de 12 pulgadas en condiciones de funcionar, y con doce cañones de 11 y cinco de 10 pulgadas. Además del Petropavlovsk y del Sebastopol, había otros ocho buques de guerra en el puerto de Kronstadt y en los diques de reparación, incluido un acorazado y tres cruceros pesados, así como quince cañoneras y veinte remolcadores.

No obstante, como no se disponía de ningún rompehielos, tales barcos no podían ponerse en acción.[35]

Por lo tanto, reducir a las fortalezas no era tarea fácil. Aparte de sus excelentes defensas, Kronstadt se veía favorecida por la amplia extensión de hielo que la separaba de las plazas fuertes bolcheviques ubicadas en el continente. Estaba a ocho kilómetros de Oranienbaum y a veinte de Krasnaya Gorka por el lado sur del golfo, y a once kilómetros de Lisy Nos y a diecisiete de Sestroretsk por el lado norte o la costa de Carelia. Así, un ataque armado hubiera tenido que realizarse cruzando una temible extensión de hielo abierto, donde era imposible protegerse del fuego mortífero de la artillería y de las ametralladoras ocultas en casamatas de acero y concreto. Era esta pesadilla más que cualquier otra cosa –más que el cansancio de la guerra o la simpatía por los defensores– lo que

minaba la moral de las fuerzas comunistas reunidas en las playas del golfo de Finlandia a la espera de la orden de avanzar.

Sin embargo, por más inexpugnable que pudiera parecer la fortaleza, presentaba varias debilidades serias. Entre otras cosas, las reservas de munición eran insuficientes para sostener un sitio prolongado; los defensores carecían de ropa de abrigo y calzado de invierno; y debido a la escasez general de petróleo, al Petropavlovsk sólo le habían quedado 300 toneladas (en un día promedio se consumían 40) y al Sebastopol nada. Peor aún, los abastecimientos alimentarios iban mermando rápidamente. Aunque los habitantes tenían algunas papas que habían cosechado ellos mismos, las reservas de alimentos envasados y de carne de caballo eran precariamente bajas. No había harina disponible y sólo se contaba con un poco de pan, de baja calidad, suficiente (según estimaciones bien informadas) para otras dos semanas con una ración diaria de alrededor de 250 gramos por persona.[36] Una cosa sí estaba muy clara: ambos bandos sufrirían antes de que la rebelión hubiera llegado a su término.

Las operaciones militares comenzaron el 7 de marzo. A las 6.45 de la tarde las baterías comunistas de Sestroretsk y Lisy Nos, en la costa norte, abrieron fuego contra Kronstadt. Las descargas, dirigidas sobre todo contra los fuertes exteriores, estaban destinadas a debilitar las defensas rebeldes para realizar luego un asalto de infantería. Cuando los fuertes replicaron de la misma manera, el cañón de Krasnaya Gorka, ubicado en la costa opuesta, comenzó a hacer fuego y le contestaron a su vez los cañones de 12 pulgadas del Sebastopol. Estaba en curso un duelo de artillería en gran

escala. En Petrogrado, Alexander Berkman estaba cruzando el Nevsky Prospect cuando oyó el rumor distante del fuego de cañones que llegaba hasta él. ¡Estaban atacando a Kronstadt! Esos sonidos produjeron un efecto demoledor sobre el líder anarquista y destruyeron los últimos restos de su fe en el régimen bolchevique. "Días de angustia y cañoneo –registró en su diario–. Mi corazón está entumecido de desesperación; algo ha muerto dentro de mí. La gente en la calle parece agobiada por el pesar, aturdida. Nadie se anima a hablar. El tronar de los cañones pesados rasga el aire."[37] El 7 de marzo era el aniversario del Día de las Trabajadoras. En medio del ruido de los proyectiles que explotaban, la radio de Kronstadt envió un saludo a las mujeres trabajadoras del mundo. Los rebeldes denunciaban a los comunistas como "enemigos del pueblo trabajador", y pedían que terminara la tiranía y el despotismo de todo tipo. "Que podáis lograr pronto vuestra liberación de toda forma de violencia y opresión. ¡Larga vida a las mujeres trabajadoras libres y revolucionarias! ¡Larga vida a la Revolución Social Mundial!"[38]

El intercambio de fuego de cañones no duró largo tiempo; una combinación de nieve y densa niebla redujo la visibilidad a cero, e hizo que ambos bandos interrumpieran sus descargas. El daño sufrido por Kronstadt era leve, y sólo resultaron heridos dos defensores. Sin embargo, el Comité Revolucionario expresó su protesta por la atrocidad. Se han disparado los primeros tiros, declaraba *Izvestiia* de Kronstadt a la mañana siguiente, pero hundiremos al "buque pirata" de los bolcheviques que trata de aproximarse. "¡Todo el poder a los Soviets! ¡Quitad vuestras manos de este poder, manos teñidas por la sangre de los que cayeron por la causa de la libertad, en

lucha con los Guardias Blancos, los terratenientes y la burguesía!”[39]

De acuerdo con el plan de Tujachevsky, el bombardeo de artillería fue seguido por un intento de tomar por asalto la fortaleza. El ataque realizado por fuerzas comunistas desde las playas norte y sur del continente se produjo a la mañana siguiente antes del amanecer. En medio de una tormenta de nieve enceguecedora las tropas de Tujachevsky comenzaron a cruzar el hielo, enfundadas en mamelucos blancos que les permitía confundirse con la nieve que cubría el golfo de Finlandia. A la vanguardia iban destacamentos de cadetes militares, seguidos por unidades selectas del Ejército Rojo, con ametralladores de la Cheka que cerraban la marcha para desalentar a cualquier posible desertor. Los defensores estaban listos y esperando. A medida que las tropas se acercaban, fueron recibidas con descargas mortíferas de artillería y fuego de ametralladoras desde los fuertes y baterías que rodeaban la isla. Algunos de los proyectiles quebraron el hielo al explotar y hundieron a decenas de atacantes en una tumba de agua. Fue el comienzo, según observó Serge, de un horrible fratricidio.[40] Después que el golfo hubo devorado a sus primeras víctimas, algunos de los soldados Rojos, incluido un cuerpo de *kursanty* de Peterhof, comenzaron a defeccionar y pasarse a los insurgentes. Otros se rehusaron a avanzar pese a las amenazas de los ametralladores de la retaguardia, que tenían orden de tirar sobre cualquiera que vacilara. El comisario del grupo norte informó que sus tropas deseaban enviar una delegación a Kronstadt para enterarse de los pedidos de los insurgentes. La noche anterior, según parece, soldados bolcheviques habían llegado ya hasta la ciudad en

pequeños grupos para intercambiar literatura con los defensores.[41] Al final, sólo una fracción de las tropas de asalto logró alcanzar los fuertes exteriores, pero aun éstos fueron obligados a retirarse bajo una espesa cortina de fuego.

Al amanecer se había calmado la tormenta de nieve y apareció a la vista una amplia extensión de hielo literalmente cubierta de cadáveres de ambos bandos. Al restablecerse la visibilidad, las baterías comunistas reanudaron su golpeteo contra la fortaleza, mientras los cañones pesados de Kronstadt devolvían el fuego y dañaban un sector del ferrocarril entre Oranienbaum y Peterhof, a la vez que incendiaban una cantidad de edificios. Una acción ocasional de tanteo realizada por la infantería soviética no arrojó ningún resultado. Durante la tarde los aviones comunistas volaron sobre el golfo para bombardear las fortificaciones de Kronstadt, y ése fue el primer ataque aéreo realizado sobre la isla desde la campaña de Yudenich en el Báltico en 1919. Aunque los ataques aéreos continuaron esporádicamente durante el resto del día, produjeron pocos daños. Alrededor de las 6 de la tarde cayó una bomba dentro de la ciudad misma, dañó una casa e hirió levemente a un muchacho de trece años. Durante toda la revuelta los ataques de la aviación bolchevique no fueron nunca muy efectivos, gracias al fuerte fuego antiaéreo y a la visibilidad que con frecuencia era mala.[42]

Apenas había comenzado la lucha el 8 de marzo, cuando el Soviet de Petrogrado anunció con tono de triunfo que los rebeldes “ya estaban en plena derrota”. El mismo día Lenin, en el discurso que pronunció en la sesión de apertura del Décimo Congreso del Partido en Moscú, mostró igual confianza en el

resultado. “No tengo aún las últimas noticias de Kronstadt –dijo–, pero no abrigo ninguna duda de que esta rebelión, por detrás de la cual asoma la figura familiar del general de la Guardia Blanca, será liquidada dentro de unos pocos días, si no de horas.”[43] Estas declaraciones, como se vio después, eran prematuras. En realidad el asalto del 8 de marzo resultó un fracaso liso y llano. Los comunistas perdieron centenares de hombres sin lograr abrir siquiera una brecha en las defensas de Kronstadt.[44] En su apuro por reprimir la revuelta, desplegaron una fuerza insuficiente –quizás unos 20.000 hombres en total– e hicieron preparativos inadecuados para un asalto exitoso a la poderosa fortaleza. Tropas que habían sido elegidas por su fidelidad defeccionaron en el momento crucial, en parte porque se resistían a hacer fuego contra marineros y soldados comunes como ellos mismos, pero sobre todo por temor a cruzar el hielo abierto sin protección de ninguna clase, expuestos al fuego cruzado devastador de las baterías y fuertes de Kronstadt.

Esa noche un grupo de bolcheviques se aproximó a Kronstadt desde el sur, llevando una bandera de parlamento. Dos miembros del Comité Revolucionario Provisional, Vershinin y Kupolov, salieron a caballo a encontrarse con ellos. Según un *kursant* del partido bolchevique, Vershinin, marinero del Sebastopol, lanzó un llamado a la acción conjunta contra los opresores judíos y comunistas y pidió la elección de una verdadera autoridad revolucionaria en forma de soviets libres.[45] En todo caso, Vershinin fue apresado inmediatamente, pero Kupolov se las arregló para huir al galope y ponerse a salvo.

Los rebeldes se indignaron ante esta traición, pero tales sentimientos fueron atemperados por la compasión que les producían los soldados bolcheviques caídos. En un editorial titulado "Que lo sepa todo el mundo", el Comité Revolucionario acusaba enérgicamente al "mariscal de campo" Trotsky de responsabilidad por el derramamiento de sangre. Para evitar mayor violencia, el Comité proponía de nuevo que se enviara a Kronstadt una delegación no partidaria para enterarla de los verdaderos hechos referentes al movimiento. "Que todos los trabajadores del mundo sepan que nosotros, los defensores del poder soviético, estamos protegiendo las conquistas de la Revolución Social. Venceremos o moriremos sobre las ruinas de Kronstadt, luchando por la causa justa de la clase trabajadora. Los trabajadores del mundo serán nuestros jueces. La sangre de los inocentes caerá sobre las cabezas de los fanáticos comunistas, ebrios de poder. ¡Larga vida al poder de los soviets!"[46]

NOTAS

1 *Pravda o Kronshtadte*, pág. 45.

2 Serge, *Memoirs of a Revolutionary*, pág. 124.

3 *Izvestiia Petrogradskogo So–veta*, 16 de marzo de 1921.

4 *Petrogradskaia Pravda*, 4 de marzo de 1921.

5 "Prikaz voiskam Krasnoi Armii Moskovskogo garnizona", N° 226, 3 de marzo de 1921, Archivos Maklakov, Series B, Packet 5, N° 5,

6 *Pravda o Kronshtadte*, pág. 71.

7 *Desiatyi s' 'ezd RKP(b)*, pág. 456.

8 *Daily Herald*, 7 de marzo de 1921.

9 *Desiatyi s' 'ezd RKP(b)*, pág. 34.

10 Isaac Deutscher, *The Prophet Armed,* Nueva York, 1954, pág. 514; Raphael R. Abramovitch, *The Soviet Revolution,* 1917–1939, Nueva York, 1962, pág. 203. Cf. André Morizet, *Chez Lénine et Trotski, Moscou* 1921, París, 1922, págs. 78–84.

11 Serge, *Memoirs of a Revolutionary,* págs. 126–29.

12 *Pravda o Kronshtadte,* pág. 162.

13 Deutscher, *The Prophet Armed,* pág. 514.

14 *Pravda o Kronshtadte,* págs. 92–94; Petrichenko, *Pravda o Kronshtadtskikh sobytiiakh,* págs. 8–9.

15 Informe del teniente R. Kelley, en Quarton al secretario de Estado, 23 de abril de 1921, National Archives, 861.00/8619. Son erróneos los relatos aparecidos en la prensa de los emigrados (por ejemplo, *Rul,* 8 de marzo de 1921) de que los rebeldes utilizaron al Ermak para abrir una brecha hacia Orianienbaum. El buque estaba en Petrogrado, adonde había acudido en busca de petróleo sólo un día antes del estallido de la rebelión.

16 Véase, por ejemplo, Quarton al secretario de Estado, 9 de marzo de 1921, *ibid.,* 861.00/8296: "El hielo forma una gruesa capa en ambas costas, pero los rebeldes quizás hayan formado un foso destruyéndolo alrededor de la isla y estén protegidos por una faja de agua".

17 *Novaia Russkaia Zhizn',* 19 de marzo de 1921; *Times* de Londres, 21 de marzo de 1921; *Sotsialisticheskii Vestnik,* 5 de abril de 1921, págs. 5–6.

18 "Prichiny, povody, techenie i otsenka Kronstadtskikh sobytii", manuscrito, Hoover Library; Pukhov, *Krasnaia Latopis'* 1931, N° 1, pág. 17.

19 Petrichenko, *Pravda o Kronshtadtskikh sobytiiakh,* pág. 12; Katkov, "The Kronstadt Rising", *St. Antony's Papers,* N° 6, pág. 33.

20 *Pravda o Kronshtadte,* pág. 51.

21 Serge, *Memoirs of a Revolutionary,* pág. 125.

22 *Petrogradskaia Pravda,* 3 de marzo de 1921; *Izvestiia Petrogradskogo Soveta,* 3 de marzo de 1921.

23 Berkman, *The Kronstadt Rebellion, págs.* 30–31; Goldman, *Living My Life,* págs. 879–81; *Krasnaia Gazeta,* 5 de marzo de 1921; *Izvestiia TslK,* 6 de marzo de 1921. Véase también Komatovskii (comp.), *Kronshtadtskii miatezh,* págs. 40–42; y *Pravda o Kronshtadte,* págs. 165–66.

24 Kornatovskii, comp., *Kronshtadtskii miatezh,* pág. 42.

25 Trotskii, *Kak vooruzhalas' revoliutsiia,* III, parte 1,202. Los firmantes del ultimátum fueron S. S. Kamenev, comandante en jefe del Ejército Rojo, y M. N. Tukhachevsky, comandante del Séptimo Ejército en Petrogrado.

26 Deutscher, *The Prophet Armed,* pág. 512; Pravda o Kronshtadte, pág. 68.

27 Kornatovskii, comp., *Kronshtadtskii miatezh,* págs. 188–89.

28 Trotskii, *Kak vooruzhalas' revoliutsiia,* I, 151.

29 *Pravda* e *Izvestiia* TsIK, 5 de marzo de 1921.

30 *Pravda* o *Kronshtadte*, pág. 73.

31 Berkman, *The Bolshevik Myth*, págs. 301–302; Goldman, *Living My Life*, págs. 882–83. La carta fue redactada por Berkman.

32 *Pravda* o *Kronshtadte*, págs. 73–74.

33 Acerca del rol que desempeñó Tujachevsky en la represión de Kronstadt, véase L. V. Nikulin, Tukhachevskii, Moscú, 1964, págs. 134–50.

34 Komatovskii, comp., Kronshtadtskii miatezh, pág. 44; S. E. Rabinovich, “Delegaty 10–go s’ ‘ezda RKP(b) pod Kronshtadtom v 1921 godu”, Krasnaia Letopis’, 1931, n. 2, págs. 26–31.

35 Los datos sobre las defensas de Kronstadt fueron tomados de Pukhov, Kronshtadtskii miatezh, págs. 80–81; Komatovskii, comp., Kronshtadtskii miatezh, págs. 43, 95; Pravda o Kronshtadte, págs. 24, 90; Bol'shaia sovetskaia entsiklopediia, 16 ed., XXXV, 223; Rul’, 12 de marzo de 1921; y *Times* de Londres, 16 y 30 de marzo de 1921.

36 Informe del teniente R. Kelley, en Quarton al secretario de Estado, 23 de abril de 1921, National Archives, 861.00/8619.

37 Berkman, *The Bolshevik Myth*, pág. 303.

38 *Pravda o Kronshtadte*, pág. 80.

39 *Ibid.*

40 Serge *Memoirs of a Revolutionary*, pág. 130.

41 Petrichenko, *Pravda o Kronshtadtskikh sobytiiakh*, pág. 12; Mett, *La Commune de Cronstadt*, pág. 51.

42 Pueden encontrarse detalles adicionales acerca del asalto del 8 de marzo en Kornatovskii (comp.), *Kronshtadtskii miatezh*, págs. 44–46, 67–68; Petrichenko, *Pravda o Kronshtadtskikh sobytiiakh*, págs. 14–15; y *Pravda o Kronshtadte*, págs. 23, 90, 106, 180.

43 *Izvestiia Petrogradskogo Soveta*, 8 de marzo de 1921; *Desiatyi s’ ‘ezd RKP(b)*, pág. 33.

44 Una fuente bien informada estima las pérdidas bolcheviques en 500 muertos y 2.000 heridos: “Kak nachalos’ vosstanie v Kronshtadte”, 12 de marzo de 1921, Miller Archives, File 5M, N° 5.

45 Kornatovskii (comp.), *Kronshtadtskii miatezh*, págs. 95–96. *Cf. Pravda o Kronshtadte*, págs. 94–98, 129.

46 *Pravda o Kronshtadte*, pág. 82.

V. EL PROGRAMA DE KRONSTADT

La rebelión de Kronstadt sólo duró un poco más de dos semanas. Sin embargo, en ese breve lapso, se estableció una comuna revolucionaria de tipo notable bajo el liderazgo del Comité Revolucionario Provisional, cuyos miembros, si bien no podían plantearse una estrategia de largo plazo, mostraron dotes considerables de improvisación y autoorganización. El Comité, según hemos visto, había sido creado el 2 de marzo y lo componía un presidium de cinco hombres elegidos en la reunión celebrada en la Casa de la Educación. Pero pronto resultó claro que se requeriría un cuerpo más amplio para manejar la administración y defensa de la ciudad y de la guarnición. Así, en la noche del 4 de marzo unos 200 delegados de las fábricas y unidades militares de Kronstadt –presumiblemente los mismos que habían participado en la asamblea de la Casa de la Educación dos días antes– se reunieron en el club de la guarnición y en medio de gritos de "¡Victoria o muerte!", eligieron un Comité Revolucionario ampliado de 15 miembros.[1]

Para facilitar la tarea de dirigir los asuntos civiles y militares de Kronstadt, el nuevo Comité trasladó su cuartel general del buque de guerra Petropavlovsk a la Casa del Pueblo, ubicada

en la ciudad propiamente dicha. Y para ayudar a Petrichenko, presidente del Comité, se eligió a Yakovenko y Arkhipor como vicepresidentes y a Kilgast como secretario. A cada uno de los demás miembros se le asignó un sector específico de responsabilidad: los asuntos civiles fueron administrados por Valk y Romanenko, la justicia por Pavlov y los transportes por Baikov (cuyo trabajo regular en Kronstadt había sido el de jefe de transportes del departamento de construcciones de fortalezas), mientras que Tukin se hizo cargo del abastecimiento alimentario y Perepelkin de la agitación y propaganda.[2]

De acuerdo con el punto 9 de la resolución del Petropavlovsk, se abolieron las raciones alimentarias preferenciales. Sólo se daban raciones especiales a los hospitales y a los hogares donde había niños, y también podía concederse alimentación extra a personas enfermas y por prescripción médica. En todos los demás casos los alimentos se distribuyeron en Kronstadt sobre una base igualitaria, a cambio de cupones. La distribución la manejaron dos oficinas ya existentes, Gorkommuna y Gorprodkom, bajo la vigilancia y supervisión del Comité Revolucionario. De tiempo en tiempo se anunciaban los puntos de distribución en el diario rebelde, *Izvestiia,* publicado por el Comité Revolucionario Provisional. El Comité utilizaba también la radio del buque Petropavlovsk para emitir boletines especiales dirigidos a la población de la ciudad y para comunicarse con el mundo exterior.[3]

En los primeros días de la sublevación se impuso el toque de queda a las 11 de la noche y se sometió a estricto control el movimiento hacia y desde la ciudad. Las escuelas se cerraron

hasta nueva orden. Al mismo tiempo el Comité Revolucionario emitió una serie de edictos que afectaban la estructura política de Kronstadt. De acuerdo con el punto 7 de la resolución del Petropavlovsk, se abolió el departamento político de la fortaleza y se inauguró un nuevo programa educacional en el club de la guarnición. Se reemplazaba al inspectorado de obreros y campesinos por una comisión de delegados sindicales, destinada a ser, según podemos sospechar, el modelo de la "oficina itinerante de control" especificada en el punto 14 del estatuto del Petropavlovsk. Además, en todas las instituciones públicas, sindicatos, fábricas y unidades militares se eligió una troika revolucionaria –sin miembros comunistas– para que ejecutara las órdenes del Comité Revolucionario a nivel local.[4]

Junto con el Comité Revolucionario, la conferencia de delegados que se reunió en la Casa de la Educación el 2 de marzo siguió existiendo todo el tiempo que duró la rebelión, y estuvo integrada por un número de miembros que fluctuaban entre dos y trescientos marineros, soldados y obreros.

La conferencia se reunió el 4 de marzo para ampliar el Comité Revolucionario, y nuevamente el 8 y el 11 de marzo, cuando creó, entre otras cosas, un nuevo Consejo Sindical de Kronstadt, libre de la dominación y el control del Partido Comunista. No es sorprendente, sin embargo, que su agenda estuviera ocupada sobre todo por cuestiones de defensa, alimentarias y de abastecimiento petrolero.[5] Tal como la describe una autoridad, la conferencia era la forma distintiva de parlamento que tenía Kronstadt,[6] pero servía más exactamente, quizá, como una especie de Soviet interino, un

prototipo de los “soviets libres” que habían dado origen a la revuelta.

Fueron los marineros, que constituían el elemento más militante de la población de Kronstadt, quienes constituyeron la fuerza impulsora de esta actividad. En cuestiones de organización, planeamiento y propaganda los marineros de los buques de guerra tomaron la iniciativa desde el comienzo y siguieron desempeñando un papel predominante en el movimiento a lo largo de su breve historia. Ni un solo soldado (y mucho menos un oficial) ocupó una banca en el Comité Revolucionario Provisional, y los obreros y empleados civiles sólo formaban una pequeña minoría de éste. Pero si bien los marineros tomaron a su cargo la dirección, la guarnición de Kronstadt –“los especialistas militares” y las tropas del Ejército Rojo que constituían los efectivos de las baterías y los fuertes circundantes– pronto se adhirió, y también la gente de la ciudad, siempre susceptible a la influencia de los marinos, con los cuales sus propias ocupaciones los ponían en estrecho contacto, ofreció su apoyo activo. Durante un intervalo efímero Kronstadt se sintió sacudida y salió de su indiferencia y desesperanza. Un periodista finlandés que visitó la isla en el momento álgido de la rebelión se sintió impresionado por el “entusiasmo de sus habitantes, por su renacido sentimiento de que cumplían un propósito y tenían una misión”.[7]

El estado de ánimo en Kronstadt, según se ha observado con frecuencia,[8] constituía un retorno al estado de efervescencia y gran excitación de 1917. Para los marineros que se llamaban a sí mismos “comuneros”, 1917 era la Edad de Oro, y anhelaban recuperar el espíritu de la Revolución, época en que se

descartaron las trabas de la disciplina y sus ideales no estaban aún contaminados por las exigencias del poder. Cuatro años antes, cuando unieron su suerte a la de los bolcheviques, pensaron que compartían los mismos objetivos; los bolcheviques, según todas las apariencias, eran compañeros revolucionarios de la extrema izquierda, apóstoles de la sublevación masiva que eliminaría la coerción y la injusticia y conserjes de una república de trabajadores formada por soviets libres. "El socialismo –declaró Lenin mismo en noviembre de 1917– no se crea por órdenes de arriba. El automatismo burocrático de Estado es ajeno a su espíritu; el socialismo es vivo, creador, es creación de las masas populares mismas."[9] En los meses sucesivos, sin embargo, se asistió al surgimiento de una dictadura centralizada, y los marineros se sintieron traicionados. Tuvieron la sensación de que una nueva elite privilegiada había abandonado los principios democráticos por los cuales ellos habían luchado. Durante la Guerra Civil se mantuvieron leales a los bolcheviques, pero estaban decididos a hacer que la Revolución retomara su derrotero original. Y una vez eliminado el peligro de los Blancos, se levantaron para cumplir los compromisos de Octubre.

Como movimiento político, entonces, la revuelta de Kronstadt fue un intento que realizaron los revolucionarios desilusionados para deshacerse del "dominio obsesionante" de la dictadura comunista, tal como la describió el diario rebelde *Izvestiia,*[10] y restablecer el poder efectivo de los soviets. Históricamente, el soviet se remontaba a la comuna aldeana, la institución rusa tradicional de autogobierno local. Como observó Emma Goldman, no era sino "el viejo *mir* ruso en una forma avanzada y más revolucionaria. Estaba tan

profundamente enraizado en el pueblo que surgió en forma natural del suelo ruso como las flores en el campo”.[11] Para Lenin, sin embargo, los soviets libres, independientes del control partidario, fueron siempre objeto de anatema. Él desconfiaba en forma instintiva de la acción espontánea del pueblo. Temía que los órganos de la democracia local pudieran servir como puente potencial para la reacción o conducir al caos económico y social. Sin embargo, cuando se produjo la Revolución y surgieron soviets locales por todas partes, Lenin reconoció su valor como fuerza capaz de destruir el viejo orden y como medio de adquirir poder. La consigna “Todo el poder a los soviets” se transformó en uno de sus principales lemas partidarios. Sin embargo, después del golpe de Octubre, Lenin volvió a su centralismo original al imponer una dictadura revolucionaria a las masas anárquicas e indisciplinadas. Y aunque se siguió defendiendo al sistema soviético como una forma nueva y superior de gobierno, como la “dictadura del proletariado” entrevista por Marx, los soviets fueron sometidos en forma progresiva al control partidario, de modo que en 1931 se habían transformado en meros sellos de goma de una burocracia en surgimiento.

Contra esta forma pervertida de la revolución se levantaron en su protesta los marineros. El conflicto, según hemos visto, ocurría entre el ideal popular de una “república de obreros” y una “dictadura del proletariado” que era de hecho una dictadura de los bolcheviques. Como los marineros se oponían al dominio exclusivo de cualquier partido en particular, trataban de quebrar el monopolio comunista del poder garantizando la libertad de expresión, prensa y reunión para los obreros y los campesinos, y solicitando que se realizaran

nuevas elecciones para integrar los soviets. Los marineros, como observó Berkman, fueron los más firmes sostenedores del sistema soviético; su grito de guerra era el lema bolchevique de 1917: “Todo el poder a los soviets”.[12] Pero en contraste con los bolcheviques, pedían soviets libres y no encadenados, que representaran a todas las organizaciones del ala izquierda –socialistas revolucionarios, mencheviques, anarquistas, maximalistas– y reflejaran las verdaderas aspiraciones del pueblo. Así, el lema con que el periódico rebelde *Izvestiia* encabezaba sus ediciones tenía una nueva peculiaridad: “Todo el poder a los soviets pero no a los partidos”. “Nuestra causa es justa –declaraba la radio del Petropavlovsk el 6 de marzo–. Estamos en favor del poder a los soviets pero no a los partidos, en favor de una representación de los trabajadores libremente elegidos. Los soviets, capturados y manipulados por el Partido Comunista, han sido siempre sordos a todas nuestras demandas y necesidades; la única réplica que hemos recibido siempre fueron las balas.”[13]

Pero si bien los rebeldes pedían soviets libres, no eran demócratas en el sentido de que defendieran la igualdad de derechos y libertades para todos. Como los bolcheviques a los que ellos condenaban, sostenían una rigurosa actitud de clase respecto de la sociedad rusa. Cuando hablaban de libertad, era libertad sólo para los obreros y campesinos, no para los terratenientes o las clases medias. Esto fue, en verdad, lo que significó una “República de Trabajadores”: el ejercicio de la voluntad general de las masas laboriosas sobre sus ex opresores y explotadores. No había ningún lugar en su programa para un Parlamento liberal, según los lineamientos del oeste de Europa, y es simbólico el hecho de que un

marinero de Kronstadt haya guiado a quienes dispersaron a la Asamblea Constituyente en enero de 1918. Tres años más tarde los marineros seguían oponiéndose firmemente a la Asamblea o a cualquier institución similar. Según su punto de vista, un parlamento nacional llegaría en forma inevitable a ser dominado por una nueva minoría privilegiada, sino por los mismos elementos a los que la Revolución había puesto en fuga. No les servía de nada el gobierno representativo, sino que deseaban una democracia directa de masas compuesta por el pueblo común y manejada por él a través de soviets libres. "Los soviets y no la Asamblea Constituyente, son el baluarte de los trabajadores", proclamaba el órgano del Comité Revolucionario Provisional.[14] Para los rebeldes, en una palabra, el Parlamento y los soviets eran formas antitéticas de gobierno, de las cuales una traía consigo la supremacía de la burguesía y la otra la de los trabajadores. Pero los rebeldes temían también que cualquier nueva Asamblea se transformara meramente en una herramienta más de los bolcheviques que buscaban el poder absoluto. Después de la caída de Kronstadt, un periodista soviético preguntó a un grupo de sobrevivientes por qué no habían pedido el restablecimiento de la Asamblea Constituyente. "Las listas del partido significan comunistas" *(A raz spiskiznachit kommunisty),* replicó uno de ellos con una amarga sonrisa. Lo que deseamos, dijo, es la auténtica autodeterminación de los obreros y campesinos y eso sólo puede lograrse mediante los soviets.[15]

En su contenido económico, el programa de Kronstadt era una andanada contra el sistema del Comunismo de Guerra. Reflejaba la determinación del campesinado y la clase obrera, de barrer con las políticas coercitivas a las que habían estado

sometidos por casi tres años. Los sublevados de Kronstadt (siguiendo una inveterada práctica rusa) cargaron sobre el gobierno –y sólo sobre él– todos los males que afligían al país. Poca culpa se echó al caos y a la destrucción provocados por la Guerra Civil misma, a las inevitables devastaciones de los ejércitos en lucha, a la intervención y al bloqueo de los aliados, a la inevitable escasez de petróleo y materias primas, o a las dificultades que implicaba alimentar a los hambrientos y curar a los enfermos en medio del hambre y la pestilencia. Toda la responsabilidad del sufrimiento y las dificultades se atribuía más bien al régimen bolchevique: "El dominio comunista ha reducido a toda Rusia a una pobreza, hambre, frío y otras privaciones sin precedentes. Están cerradas las fábricas y molinos, los ferrocarriles se hallan al borde de la quiebra. El campo ha sido esquilmado hasta los huesos. No tenemos pan, ni ganado, ni herramientas para trabajar la tierra. No tenemos vestimentas, ni zapatos, ni petróleo. Los obreros están hambrientos y ateridos. Los campesinos y la gente de las ciudades han perdido toda esperanza de que sus vidas lleguen a mejorar. Día a día se acercan cada vez más a la muerte. Los traidores comunistas os han reducido a todo esto".[16]

Los marineros, como el campesinado del que provenían muchos de ellos, condenaron severamente la "nueva servidumbre" del régimen bolchevique, particularmente la incautación de alimentos por parte de destacamentos armados de recolección. "Tenía razón el campesino –declaraba *Izvestiia* de Kronstadt– que dijo al Octavo Congreso de los Soviets: 'Todo anda a las mil maravillas: la tierra es nuestra pero los cereales son vuestros, el agua es nuestra pero los peces son vuestros, los bosques son nuestros pero la madera es

vuestra'."[17] Todos los aldeanos que resistían a las depredaciones del gobierno, agregaba el diario, eran denunciados como "kulaks" y "enemigos del pueblo", sin que importara el grado de pobreza o desesperación en que se encontraran. *Izvestiia* criticaba además el establecimiento de granjas estatales en algunas de las mejores tierras expropiadas a la burguesía, práctica que no sólo privó a los campesinos de lo que ellos consideraban su legítima posesión sino que también trajo consigo la costumbre de utilizar mano de obra asalariada como en la época zarista. Esto, según el punto de vista de los insurgentes, violaba el espíritu esencial de la Revolución, que había abolido la "esclavitud del salario" y la explotación en todas sus formas. *Izvestiia* defendió el derecho de los campesinos a llevar a cabo cultivos en pequeña escala mediante sus propios esfuerzos y para su propio beneficio. Las granjas estatales no eran sino "las estancias del nuevo terrateniente: el Estado. Esto es lo que los campesinos han recibido del socialismo de los bolcheviques, en lugar del libre uso de sus tierras recién conquistadas. A cambio del cereal que les requisaron y de las vacas y caballos que les confiscaron, obtuvieron expediciones punitivas de la Cheka y pelotones de fusilamiento. Un excelente sistema de intercambio en un Estado de Trabajadores: ¡Plomo y bayonetas por pan!".[18]

En lo que respecta a la industria, los rebeldes deseaban igualmente que los obreros y pequeños artesanos tuvieran libertad para controlar su propio destino y gozar de los productos de su trabajo. Sin embargo, no propiciaban el "control por los trabajadores", como se ha supuesto a menudo. La mera supervisión de la producción por comités locales de fábrica era, según su punto de vista, a la vez inadecuada e

ineficaz: inadecuada, porque en lugar de permitir que los trabajadores manejaran por sí mismos las fábricas, dejaba en posiciones clave de responsabilidad a los ex gerentes y técnicos; e ineficiente, porque no proporcionaba la necesaria coordinación con otras empresas. Tampoco aprobaban la nacionalización de la industria con control estatal de la producción a cargo de gerentes y especialistas técnicos designados. "Luego de desorganizar la producción bajo el sistema de 'control para los trabajadores' –declaraba *Izvestiia* de Kronstadt–, los bolcheviques procedieron a nacionalizar las fábricas y talleres. El trabajador se transformó de esclavo del capitalista en esclavo de las empresas estatales." Al mismo tiempo, los sindicatos se habían transformado en un "edificio comunista centralizado", reducidos a un papelerío inútil en lugar de manejar las fábricas y ayudar al progreso educacional y cultural de los trabajadores. Sólo nuevas elecciones podían convertir a los sindicatos en instituciones libres para la "amplia autodeterminación" de los trabajadores. En lo que respecta a los artesanos y trabajadores especializados independientes, había que darles completa libertad siempre que no emplearan trabajo asalariado. "La Kronstadt revolucionaria –proclamaba el Comité Provisional– está luchando por un tipo diferente de socialismo, por una República Soviética de los trabajadores, en la cual el productor mismo sea el único dueño y pueda disponer de sus productos como le parezca adecuado."[19]

La nota dominante de la rebelión fue entonces la desilusión que provocó el dominio comunista. Los bolcheviques, decía el diario rebelde *Izvestiia,* sólo temían perder el poder, y así consideraban "permisibles todos los medios: la calumnia, la violencia, el engaño, el asesinato, la venganza sobre las familias

de los rebeldes”.[20] El significado de la revolución había sido caricaturizado, los trabajadores y campesinos sometidos, todo el país silenciado por el partido y su policía secreta, las prisiones llenas no con contrarrevolucionarios sino con trabajadores e intelectuales. “En lugar del viejo régimen –lamentaba *Izvestiia*– se ha establecido un nuevo régimen de arbitrariedad, insolencia, favoritismo, robo y especulación, un régimen terrible en el cual uno debe tender sus manos a las autoridades por cada trozo de pan, por cada botón, un régimen en el cual uno no se pertenece ni siquiera a sí mismo, en que no puede disponer de su propio trabajo, un régimen de esclavitud y degradación... La Rusia Soviética se ha transformado en un campo de concentración que abarca toda Rusia.”[21]

¿Qué había entonces que hacer? ¿Cómo podía hacerse volver a la revolución a su sendero original? Hasta el 8 de marzo, fecha en que los bolcheviques lanzaron su asalto inicial, los insurgentes continuaron esperando una reforma pacífica. Convencidos de la justicia de su causa, confiaban en conseguir el apoyo de todo el país –y de Petrogrado en particular– para forzar al gobierno a realizar concesiones políticas y económicas. Sin embargo, el ataque comunista señaló una nueva fase en la rebelión. Toda posibilidad de negociación y compromiso se interrumpió en forma abrupta. La violencia era el único camino que quedaba para ambos bandos. El 8 de marzo los marineros proclamaron una nueva divisa: apelaron a toda la población rusa para que se les uniera en una “tercera revolución” con el fin de terminar la tarea comenzada en febrero y en octubre de 1917: “Los trabajadores y campesinos marchan adelante sin interrupción, dejando detrás de sí a la

Asamblea Constituyente, con su régimen burgués, y a la dictadura del Partido Comunista, con su Cheka y su capitalismo de Estado, cuyo lazo corredizo rodea el cuello de las masas trabajadoras y amenaza con estrangularlas... Aquí en Kronstadt se ha establecido la piedra fundamental de la tercera revolución, al eliminar las últimas cadenas de las masas trabajadoras y abrir un nuevo y amplio camino para la creatividad socialista”.[22]

Se han realizado repetidas tentativas, tanto por parte de historiadores occidentales como soviéticos, para hacer coincidir el programa de Kronstadt con el de alguno de los partidos antibolcheviques de izquierda. ¿En qué medida son válidas tales comparaciones? En una cantidad de puntos las exigencias rebeldes coincidían por cierto con las de la oposición política del ala izquierda. Los mencheviques, los socialistas revolucionarios y los anarquistas habían estado protestando contra el monopolio bolchevique del poder y contra el sistema del Comunismo de Guerra. Todos ellos pedían soviets y sindicatos libres, libertades civiles para los trabajadores y campesinos, y que se pusiera fin al terror y se liberara a los socialistas y anarquistas arrestados. Y el pedido de que se formara una coalición gubernamental en la cual estuvieran representados todos los partidos socialistas ya lo habían realizado los socialistas revolucionarios y los mencheviques en octubre de 1917, e incluso había prestado franco apoyo a ello un grupo de bolcheviques: “Asumimos la posición de que es necesario constituir un gobierno socialista de todos los partidos del Soviet. Afirmamos que para proceder de otra manera hay un solo camino: la preservación de un gobierno puramente bolchevique mediante el terror político. No

podemos aceptar esto y no lo aceptaremos. Vemos que tal política llevará... al establecimiento de un régimen irresponsable y a la ruina de la revolución y del país”.[23]

Los rebeldes compartían un rasgo notable con los socialistas revolucionarios, a saber, una preocupación predominante por las necesidades de los campesinos y pequeños productores y una correlativa falta de interés por las complejidades de la industria en gran escala. Pero se rehusaban, en cambio, a aprobar la exigencia fundamental de los socialistas revolucionarios, es decir, la restauración de la Asamblea Constituyente, o a aceptar el apoyo que les ofrecía el respetado líder socialista revolucionario Víctor Chernov. Por este solo hecho resulta evidente que los socialistas revolucionarios no ejercieron una influencia predominante dentro del movimiento rebelde. Lo mismo es cierto respecto de los mencheviques. Los mencheviques habían sido, sin duda, los campeones más esforzados de los soviets desde su primera aparición en 1905, y la idea de Kronstadt, de que se estableciera una junta no partidaria de trabajadores, soldados y marineros, recuerda una propuesta similar del líder menchevique Akselrod, que había constituido la base teórica para el establecimiento del Soviet original de Petersburgo. Sin embargo, la influencia menchevique nunca llegó a ser muy grande en Kronstadt, baluarte tradicional de la extrema izquierda. Una cantidad de activos mencheviques podía encontrarse entre los artesanos y trabajadores de la ciudad y de los astilleros (los dos miembros del Comité Revolucionario a los cuales las fuentes soviéticas identifican como mencheviques, Valk y Romanenko, eran obreros), pero el programa de Kronstadt prestó una atención relativamente

pequeña a cuestiones que afectaban al proletariado industrial. Además, el número de mencheviques que había entre los marineros –que constituían la columna vertebral de la insurrección– era despreciable. También vale la pena notar que a lo largo de toda la revuelta el liderazgo menchevique en Petrogrado y fuera de la ciudad se negó a aprobar el derrocamiento de los bolcheviques por la fuerza de las armas.

La influencia de los anarquistas, por contraste, había sido siempre muy fuerte dentro de la flota, y se los acusó a veces de inspirar el levantamiento. Pero esto es en gran medida falso. Para comenzar, los anarquistas más prominentes de Kronstadt en años recientes ya no estaban en escena: Anatoli Zhelezniakov, el valiente y joven marinero que había dispersado a la Asamblea Constituyente, fue muerto en acción contra los Blancos;[24] I. S. Bleikhman, un orador popular de la Plaza del Ancla en 1917, murió unos pocos meses antes de la revuelta; y su camarada Efim Yarchuk, figura líder en el Soviet de Kronstadt durante la revolución, estaba entonces en Moscú, y cuando no se hallaba en prisión la Cheka lo mantenía estrechamente vigilado. Ni siquiera la historia que escribió Yarchuk acerca de Kronstadt asigna un rol sobresaliente a los anarquistas en 1921, y tampoco lo hace ninguna otra fuente anarquista de ese período. Una lista completa de los anarquistas que murieron en la Guerra Civil o cayeron víctimas de la persecución soviética durante los primeros años de la década de 1920 incluye a Zhelezniakov, Yarchuk y Bleikhman, pero no a otros que residieran en Kronstadt.[25] Sólo un miembro del Comité Revolucionario Provisional (Perepelkin) fue vinculado siempre con los anarquistas, y eso en forma indirecta. Además, el diario del movimiento no menciona a los

anarquistas más que una vez, al publicar el texto del manifiesto del Petropavlovsk, que exigía “libertad de expresión y prensa para los obreros y campesinos, anarquistas y partidos socialistas del ala izquierda”.[26]

Con todo, el espíritu del anarquismo, tan poderoso en Kronstadt durante el año 1917, no se había disipado de ninguna manera. Perepelkin puede haber sido el único anarquista conocido entre los líderes rebeldes, pero como coautor de la resolución del Petropavlovsk y cabeza de la agitación y propaganda, estaba en buena posición para difundir sus puntos de vista libertarios. Algunos de los lemas del movimiento –"soviets libres”, “tercera revolución”, “abajo con la comisariocracia”– habían sido lemas anarquistas durante la Guerra Civil, y “todo el poder a los soviets pero no a los partidos” tenía también una resonancia anarquista. En cambio, la mayoría de los anarquistas se hubieran resistido contra cualquier defensa del “poder” y los marineros, por su parte, nunca solicitaron la completa eliminación del Estado, reivindicación que constituye uno de los puntos fundamentales de cualquier plataforma anarquista.

En todo caso, los anarquistas de toda Rusia se sintieron exaltados por el levantamiento. Saludaron a Kronstadt como “la Segunda Comuna de París”,[27] y denunciaron coléricamente al gobierno por enviar tropas contra la ciudad. En el punto álgido de la insurrección, apareció un panfleto anarquista en las calles de Petrogrado; en él se criticaba a la población por volver la espalda a los rebeldes, por permanecer silenciosa mientras la artillería tronaba en el golfo de Finlandia. Los marineros se levantaron por vosotros, por el pueblo de

Petrogrado, manifestaba el panfleto. Tenéis que sacudiros vuestro letargo y uniros a la lucha contra la dictadura comunista, luego de lo cual prevalecerá el anarquismo.[28] Otros anarquistas, entre tanto, como Berkman y Goldman, estaban tratando vanamente de mediar en el conflicto y evitar un baño de sangre.

En síntesis, la rebelión no estuvo inspirada ni maquinada por ningún partido o grupo en particular. Sus participantes eran radicales de varias clases –socialistas revolucionarios, mencheviques, anarquistas y comunistas rasos– que no poseían ninguna ideología sistemática ni trazaron minuciosamente un plan de acción. Su credo, compuesto de elementos provenientes de varias estirpes revolucionarias, era vago y mal definido, y constituía más una lista de agravios, un grito de protesta contra la miseria y la opresión, que un programa coherente y constructivo. En lugar de propuestas específicas, particularmente en el dominio de la agricultura y de la industria, los insurgentes preferían confiar en lo que Kropotkin llamó "el espíritu creador de las masas", que operaría a través de soviets libremente elegidos.

La mejor forma de describir su ideología quizá sea considerarla como una especie de anarcopopulismo, cuya urgencia más profunda era realizar el viejo programa *Narodnik,* de "tierra y libertad" y "la voluntad del pueblo", el antiguo sueño de una federación laxa de comunas autónomas en las cuales campesinos y trabajadores vivirían en armoniosa cooperación, junto con una plena actividad económica y política organizada desde abajo. El grupo político más cercano a los rebeldes por su temperamento y perspectiva era el de los

maximalistas socialistas revolucionarios, minúsculo brote ultramilitante del partido socialista revolucionario, que ocupaba un lugar en el espectro revolucionario entre los socialistas revolucionarios del ala izquierda y los anarquistas, pues compartía elementos de ambos. En casi todos los puntos importantes el programa de Kronstadt, tal como se publicó en el diario rebelde *Izvestiia,* coincidía con el de los maximalistas, lo cual contribuye a dar crédito a la afirmación soviética de que el director del diario era un maximalista (llamado Lamanov).[29] Los maximalistas predicaban una doctrina de revolución total. Se oponían a la restauración de la Asamblea Constituyente y solicitaban, en cambio, "una república soviética de trabajadores" fundada en soviets libremente elegidos, con un mínimo de autoridad estatal central. Políticamente esto coincidía con el objetivo de los habitantes de Kronstadt, y la divisa "El poder a los soviets pero no a los partidos" había sido originariamente el lema en torno del cual se reunían los maximalistas. Los paralelos en la esfera económica resultan no menos sorprendentes. En agricultura los maximalistas denunciaron las requisiciones de cereales y el establecimiento de granjas estatales, y exigieron que se devolviera toda la tierra a los campesinos para que pudieran utilizarla sin obstáculos. En industria, rechazaban el control por los trabajadores sobre los administradores burgueses, en favor de la "organización social de la producción y su dirección sistemática por representantes del pueblo trabajador". Para los maximalistas, como para los rebeldes, esto no significaba la nacionalización de las fábricas y un sistema centralizado de dirección estatal; por el contrario, advertían repetidamente que la centralización lleva en forma directa a la "burocratización, pues reduce al trabajador al papel de mero engranaje dentro de una vasta máquina impersonal.

Su divisa era “No la dirección estatal y el control por los trabajadores, sino la dirección por los trabajadores y el control estatal”, de modo que el gobierno cumpliría las tareas de planeamiento y coordinación. Era esencial, en síntesis, transferir los medios de producción al pueblo que los utilizaba. Éste era el mensaje que contenían todos los lemas maximalistas: “Toda la tierra a los campesinos”, “Todas las fábricas a los obreros”, “Todo el pan y los productos a los trabajadores”.[30]

Por el lenguaje y los mitos sociales de sus participantes, resulta claro que la mentalidad de la rebelión era esencialmente anarcopopulista. La propaganda se hallaba en Kronstadt a cargo de hombres cuyas emociones y retórica estaban cercanas a los sentimientos de los campesinos y obreros. Expresaba eslogans y frases atractivas, poseía una ruda elocuencia popular que captaba el espíritu del pueblo en general. Los agitadores rebeldes escribían y hablaban (como observó más tarde un entrevistador)[31] en una lengua casera libre de la jerga marxista y de expresiones extranjerizantes. Se evitaba la palabra “proletariado”, y se exigía, de una manera verdaderamente populista, una sociedad en la cual todos los “trabajadores” –campesinos, obreros y la *“intelligentsia* trabajadora”– desempeñaran un papel predominante. Preferían hablar de una revolución “social” más bien que “socialista”, pues veían el conflicto de clases no en el estrecho sentido de obreros industriales contra burguesía, sino en el sentido tradicional *Narodnik,* de las masas laboriosas en su conjunto en lucha contra todos los que medraban con su miseria y explotación, incluidos los políticos y burócratas, así como los terratenientes y capitalistas. Las ideologías

occidentales –el marxismo y el liberalismo por igual– tenían poco lugar en su perspectiva mental. Su desconfianza hacia el gobierno parlamentario estaba profundamente enraizada en la herencia populista y anarquista: Herzen, Lavrov y Bakunin habían rechazado el Parlamento como una institución corrupta y ajena, cuyas deliberaciones estaban en realidad destinadas a salvaguardar los intereses de la clase alta y las clases medias contra las reivindicaciones de los rechazados y desposeídos, cuyo sendero de salvación residía en el autogobierno local, basado en la comuna tradicional rusa.

Los habitantes de Kronstadt mostraban además una fuerte veta de nacionalismo eslavo, que no resulta sorprendente en vista de sus orígenes predominantemente campesinos. Aunque se proclamaban internacionalistas, los marineros mostraron poco interés por el movimiento revolucionario mundial. Lo que decían se centraba más bien en el pueblo ruso y en su destino, y su tema de una "tercera revolución" muestra una cualidad mesiánica afín a la de la doctrina de la "tercera Roma" de la Muscovy del siglo XVI: "La autocracia ha caído. La Asamblea Constituyente partió hacia la región de los condenados. La comisariocracia está tambaleando. Ha llegado el momento de que el verdadero poder esté en manos de los trabajadores, el poder de los soviets".[32] A veces, sin embargo, su regionalismo campesino se mezclaba curiosamente con elementos provenientes de la tradición revolucionaria europea, como ocurrió cuando una ceremonia funeral ortodoxa en homenaje a los rebeldes caídos, realizada en la catedral de los marinos de la Plaza del Ancla, terminó con las estrofas de la "Marseillaise".[33] Pero predominó el carácter populista del movimiento, que se manifestó no sólo en el culto religioso de

los participantes y en su credo social, sino también en los mitos populares tradicionales que recorrían como hilos rojos la trama ideológica de la rebelión.

Un mito de esta clase, profundamente enraizado en la psicología campesina, era el del Estado centralizado como cuerpo artificial injertado por la fuerza en la sociedad rusa, desarrollo ajeno que caía pesadamente sobre el pueblo y era la causa de su sufrimiento.

El odio popular hacia el gobierno y sus funcionarios tenía profundas raíces en la historia rusa, que se remontaban a las revueltas cosacas y campesinas de los siglos XVII y XVIII.[34] Para Stenka Razin y Pugachev la clase media gobernante no pertenecía al pueblo ruso, al *narod,* sino que formaba una clase aparte, una estirpe de parásitos que chupaban la sangre a los campesinos. Se trataba de una visión maniquea en la cual las fuerzas del bien, encarnadas por el pueblo común, estaban en lucha contra las fuerzas del mal, encarnadas por el Estado y sus funcionarios. Los marineros de Kronstadt eran descendientes directos de estos primitivos rebeldes, herederos de la tradición de revuelta espontánea *(buntarstvo)* contra el despotismo burocrático. Estaban listos para luchar contra "los comisarios y burócratas", como Razin y Pugachev habían luchado contra "los boyardos y funcionarios". Los desaguisados de la nobleza se transformaron en los del nuevo estrato gobernante, el Partido Comunista, al cual se atribuyeron todas las desdichas del pueblo, desde el hambre y la guerra civil hasta la esclavitud y la explotación.

Este inveterado sentimiento de alienación respecto de los

funcionarios estatales se expresó en forma sucinta en el título de un editorial rebelde, “Nosotros y ellos”, publicado inmediatamente después del primer asalto bolchevique a través del hielo. Se expresó también en el término “comisariocracia”, epíteto favorito de los marineros para designar al régimen soviético: “Lenin dijo que ‘el comunismo es el poder soviético más la electrificación’. Pero el pueblo está convencido de que la forma bolchevique de comunismo es la comisariocracia más los pelotones de fusilamiento”.[35] Los funcionarios bolcheviques fueron atacados como una nueva casta privilegiada de arribistas que gozaban de una paga superior, mayores raciones de comida y barrios de viviendas más cálidas, respecto del resto de la población. Recuérdense los ataques contra Kalinin, que fue expulsado de la Plaza del Ancla con gritos de: “Te las arreglas para vivir en forma bastante confortable” y “Mira todos los cargos que has conseguido, apuesto a que te llenas de dinero con ellos”. Los funcionarios del partido fueron acusados reiteradamente de robar los frutos de la revolución e imponer una nueva forma de esclavitud sobre el “cuerpo y alma” de Rusia. “Tal es el brillante reino del socialismo a que nos ha llevado la dictadura del Partido Comunista”, se quejaba en su último número el diario rebelde *Izvestiia.* “Hemos obtenido el socialismo de Estado con soviets de funcionarios que votan obedientes de acuerdo con los dictados del comité del partido y sus infalibles comisarios. El lema ‘Quien no trabaje no comerá’ ha sido desvirtuado por el nuevo orden ‘soviético’ y transformado en ‘Todo para los comisarios’. Para los obreros y campesinos y la *intelligentsia* trabajadora sólo queda el trabajo descolorido y sin descanso en un ambiente carcelario.”[36]

Como era de esperar, los principales blancos de la cólera de Kronstadt fueron Zinoviev y Trotsky, que "se sientan en sus blandos sillones de las iluminadas habitaciones de los palacios zaristas y consideran cuál es la mejor manera de verter la sangre de los insurgentes".[37] Zinoviev incurrió en la abominación de los marineros como patrón del partido de Petrogrado que había reprimido a los obreros en huelga y que durante la rebelión se rebajó hasta el punto de tomar como rehenes a las propias familias de aquéllos. Pero la *hete noire* del furor rebelde fue Trotsky. Comisario de Guerra y presidente del Consejo Revolucionario de Guerra, Trotsky fue responsable del duro ultimátum del 5 de marzo y de ordenar el ataque que se produjo tres días más tarde. Se le dirigió todo un arsenal de epítetos: "sangriento mariscal de campo Trotsky", "esta reencarnación de Trepov", "Maliuta Skuratov... cabeza de la *oprichnina* comunista", "el genio del mal en Rusia" que "como un halcón cae sobre nuestra heroica ciudad", un monstruo de la tiranía "sumergido hasta las rodillas en la sangre de los obreros". "Oye, Trotsky –declaraba el periódico *Izvestiia* de Kronstadt el 9 de marzo–, los líderes de la Tercera Revolución están defendiendo el verdadero poder de los soviets contra el ultraje de los comisarios."[38]

Los rebeldes, fieles a su mentalidad populista, trazaron una línea tajante entre Trotsky y Zinoviev por un lado y Lenin por el otro –entre los traidores boyardos y el zar al cual aquéllos ocultaban el sufrimiento del pueblo–. Tradicionalmente, las clases bajas rusas habían dirigido su cólera no contra el gobernante mismo, al cual veneraban como su padre ungido, sino contra sus corruptos e intrigantes asesores, en los cuales veían la encarnación de todo lo pernicioso y malvado. No se

trataba del remoto autócrata que oprimía a los pobres: “Dios está en lo alto de los cielos –decía el viejo proverbio–, y el zar está lejos”.

Más bien, eran los terratenientes y funcionarios que actuaban en cada lugar los que esquilmaban a los campesinos y a la gente de las ciudades, manteniéndolos en la miseria y la degradación.

Es bastante interesante el hecho de que la conducta de Lenin en la rebelión de Kronstadt haya tendido a consolidar esta imagen. Durante la primera semana, mientras Trotsky y Zinoviev estaban en escena en Petrogrado profiriendo amenazas y preparando una ofensiva contra los insurgentes, Lenin permaneció en Moscú, comprometiéndose sólo en lo que respecta a firmar la orden del 2 de marzo, por la cual se ponía fuera de la ley a Kozlovsky y a sus supuestos cómplices. Ninguna vez mencionó su nombre el diario de Kronstadt, que en su lenguaje característico estaba ocupado denunciando a los “gendarmes” Trotsky y Zinoviev por “ocultar la verdad” al pueblo.[39] Sin embargo, el 8 de marzo, en la sesión de apertura del Décimo Congreso del Partido, Lenin surgió de entre bambalinas y condenó la revuelta como obra de generales de la Guardia Blanca y elementos pequeño–burgueses de la población. Después de este discurso el Comité Revolucionario de Kronstadt lo criticó por primera vez. Los campesinos y obreros, dijo el diario rebelde *Izvestiia,* “nunca creyeron una palabra a Trotsky y Zinoviev” pero no esperaban que Lenin se vinculara con su “hipocresía”. Un poema publicado en *Izvestiia* hablaba amargamente de él calificándolo de “zar Lenin”, y el diario denunciaba entonces a “la firma de Lenin, Trotsky y

compañía”, mientras que antes sólo había hablado de “Trotsky y compañía, sedientos de sangre”.[40]

No obstante, incluso entonces Lenin fue tratado con un grado de simpatía que lo mantuvo aparte de la gente vinculada con él. De acuerdo con el diario rebelde *Izvestiia* del 14 de marzo, Lenin había dicho a sus colegas durante una reciente discusión de la cuestión de los sindicatos: “Todo esto me aburre mortalmente. Aun sin mi enfermedad, me gustaría mandar todo el asunto al diablo y huir a cualquier parte”. “Pero –comentaba *Izvestiia*– las cohortes de Lenin no le permitirían huir. Él es su prisionero, y debe proferir calumnias como lo hacen ellos.”[41] Aquí tenemos, en su forma más pura, la antigua leyenda del zar benevolente como cautivo sin remedio de sus traidores boyardos. Lenin siguió siendo venerado como una especie de figura paterna. Por consiguiente, cuando se arrancaron los retratos de Trotsky y de otros líderes bolcheviques de las paredes de las oficinas de Kronstadt, se permitió que subsistieran los de Lenin.[42] La misma actitud persistió aun después de haber sido ahogada en sangre la rebelión. En un campo de concentración finlandés, Yakovenko, vicepresidente del Comité Revolucionario Provisional, distinguía tajantemente entre Lenin y sus colegas. Yakovenko, marinero barbudo, alto y de poderosa contextura, había luchado del lado bolchevique en la Revolución de Octubre y se sintió indignado ante la traición de los ideales y promesas por el partido. Con su rostro rojo de cólera se desató contra el “asesino Trotsky” y el “bribón Zinoviev”. “Respeto a Lenin –dijo–. Pero Trotsky y Zinoviev lo arrastran consigo. Me gustaría tenerlos a estos dos en mis manos.”[43]

Trotsky en particular era el símbolo viviente del Comunismo de Guerra, de todo aquello contra lo cual se habían rebelado los marineros. Su nombre se vinculaba con la centralización y la militarización, con la disciplina de hierro y la regimentación. En la cuestión de los sindicatos, había adoptado una línea dura y dogmática, en contraste con el enfoque considerado y conciliatorio de Lenin. Tenía en poca consideración al campesinado como fuerza revolucionaria, mientras que Lenin había comprendido siempre que resultaba esencial la cooperación de la población rural para alcanzar y mantener el poder, actitud que sus contemporáneos ortodoxos despreciaban como una supervivencia de la herejía *Narodnik.* En cambio Trotsky era intolerante, flamígero y altanero, mostraba lo que Lenin en su famoso "testamento" iba a llamar una "muy excesiva confianza en sí mismo". Lenin mismo era estimado por sus hábitos simples de vida y su falta de pretensiones personales.

Además, Lenin era Gran Ruso de la región media del Volga, el corazón de la Rusia campesina. Frugal, no ostentoso, austero, era considerado como un simple hijo de Rusia que compartía las ansiedades del pueblo y era accesible a éste en su época de sufrimiento. Trotsky y Zinoviev, por contraste, eran de origen judío y estaban identificados con el ala internacionalista del movimiento comunista, más bien que con Rusia misma. Zinoviev, de hecho, era presidente del Comintern. Y Trotsky, según el Comité Revolucionario de Kronstadt, fue responsable durante la Guerra Civil por la muerte de millares de personas inocentes "de una nacionalidad diferente de la suya".[44] Aunque los rebeldes negaban al mismo tiempo todo prejuicio antisemita, no hay duda de que los sentimientos contra los

judíos eran muy fuertes entre los marineros del Báltico, muchos de los cuales provenían de Ucrania y de los confines occidentales, que eran las regiones clásicas de virulento antisemitismo en Rusia. Para hombres con sus antecedentes campesinos y obreros, los judíos eran un chivo emisario habitual en épocas de estrechez y desazón. Además, sus sentimientos regionalistas los llevaban a desconfiar de los elementos "ajenos" que residían en su medio, y como la revolución había eliminado a los terratenientes y los capitalistas, su hostilidad se dirigía entonces contra los comunistas y los judíos, que ellos tendían a identificar.

Diremos al pasar que los marineros estaban bien al tanto del origen judío de Trotsky y Zinoviev, que conocían por lo menos a través de la abundante propaganda antisemita desatada por los Blancos durante la Guerra Civil, en su esfuerzo por vincular al comunismo con una conspiración judía. "Bronstein (Trotsky), Apfelbaum (Zinoviev), Rosenfeld (Kamenev), Steinberg, todos ellos son iguales a millares de otros verdaderos hijos de Israel", decía un panfleto Blanco que acusaba a los bolcheviques judíos de complotarse para asumir el poder mundial.[45] Que fantasías como ésta circulaban dentro de la flota del Báltico resulta evidente por las memorias de un marinero apostado en la base naval de Petrogrado en la época del levantamiento de Kronstadt.[46] En un pasaje particularmente malévolo ataca al régimen bolchevique como la "primera República Judía"; y el tema del "malvado boyardo", tan prominente en el mito popular ruso, surge claramente cuando ese marinero rotula a los judíos de "nueva clase privilegiada", una clase de "príncipes soviéticos". El autor reserva su peor veneno para Trotsky y Zinoviev (o Bronstein y Apfelbaum, como a menudo los llama),

mientras califica al ultimátum dirigido por el gobierno a Kronstadt como el “ultimátum del judío Trotsky”. Estos sentimientos, afirma, eran ampliamente compartidos por sus camaradas, que estaban convencidos de que los judíos y no los campesinos y obreros rusos eran los reales beneficiarios de la revolución: los judíos tenían en su poder los puestos directivos dentro del Partido Comunista y del Estado soviético; infestaban las oficinas gubernamentales, especialmente el Comisariado de Alimentación, para prever que sus congéneres judíos no padecieran hambre; e incluso los destacamentos de inspección caminera –la odiada institución–, aunque estaban compuestos en un 90 por ciento por verdaderos rusos, eran casi siempre comandados por judíos; tales creencias prevalecían, sin duda, tanto en Kronstadt como en Petrogrado, si no más. Sirva de testimonio el llamado de Vershinin, miembro del Comité Revolucionario, cuando partió a través del hielo el 8 de marzo para parlamentar con un destacamento soviético: “Basta de ‘vivas’ y uníos a nosotros para derrotar a los judíos. Es su maldita dominación lo que nosotros, los obreros y campesinos, hemos tenido que soportar”.[47]

Aunque los rebeldes experimentaban sólo desprecio por los funcionarios comunistas, no sentían hostilidad hacia los miembros rasos del partido o los ideales del comunismo como tal. Es cierto que algunos de los miembros del Comité Revolucionario Provisional, cuando se los entrevistó luego en Finlandia, hablaron con amargura de los comunistas que “usurparon los derechos del pueblo”.[48] Pero su antagonismo se había agudizado a raíz de la sangrienta represión de la revuelta, y en todo caso pensaban en el liderazgo del partido más bien que en sus adherentes comunes. En verdad, no fueron pocos

los insurgentes, incluidos Petrichenko y Kilgast, presidente y secretario del Comité Revolucionario, que eran ex comunistas para quienes los ideales de la revolución habían sido contaminados y era necesario restaurar su pureza original. Característica de su pensamiento era la afirmación de un marinero, aún miembro del partido, de que Rusia se había transformado en una "horrorosa ciénaga" a raíz de la acción de un "pequeño círculo de burócratas comunistas que por detrás de la máscara comunista se han construido un confortable nido en nuestra república".[49]

Pese a toda su animosidad hacia la jerarquía bolchevique, los marineros nunca requirieron la disolución del partido o que se lo excluyera de desempeñar un rol en el gobierno o la sociedad rusos. "Soviets sin comunistas" no era, como sostuvieron a menudo tanto autores soviéticos como no soviéticos, un lema de Kronstadt. Tal lema existió en verdad: lo propalaron bandas campesinas en Siberia durante la Guerra Civil, y los guerrilleros de Mackno en el sur también se habían declarado en favor de los soviets pero contra los comunistas.[50] No obstante, los marineros nunca hicieron suyas estas consignas. Afirmar que lo hicieron es una leyenda que parece haberse originado en el líder Kadete exilado Miliukov, que en París sintetizó los propósitos de los insurgentes en los eslogans "Soviets en lugar de bolcheviques" *(Sovety vmesto Bol'shevikov)* y "Abajo los bolcheviques, larga vida a los soviets". Los marineros, escribió Miliukov, deseaban que el poder pasara de la dictadura unipartidaria existente a manos de una coalición de socialistas y radicales no partidarios, que actuara a través de soviets de los cuales había que excluir a los comunistas. Tal ordenamiento, decía, dejará amplio lugar para una

restauración de la Asamblea Constituyente a nivel nacional.[51] Sin embargo, ésta era una descripción bastante inexacta del programa de Kronstadt, que rechazaba explícitamente a la Asamblea Constituyente y concedía en verdad un lugar a los bolcheviques en los soviets, junto con las demás organizaciones políticas del ala izquierda. Es cierto que en la práctica se excluyó a los comunistas de las *revtroivki* locales establecidas durante la insurrección, pero participaron en fuerte proporción en la conferencia de delegados designados por elección, que fue lo más cercano que Kronstadt tuvo a los soviets libres de sus sueños.

El objetivo de los insurgentes no era entonces eliminar directamente al comunismo sino reformarlo, purgarlo de las tendencias dictatoriales y burocráticas que habían cobrado relieve durante la Guerra Civil. En este respecto, Kronstadt se parecía a los movimientos de oposición surgidos dentro del partido –la "oposición de la flota", los centralistas democráticos, y la Oposición de los Obreros–, con los cuales compartía descontentos similares y una perspectiva semejante en su idealismo izquierdista. Como la "oposición de la flota", a la cual algunos de ellos habían sin duda pertenecido, los rebeldes objetaban los métodos rudos y arbitrarios que practicaban los comisarios políticos en su medio. Como los centralistas democráticos, se oponían al creciente autoritarismo del liderazgo bolchevique y exigían la "democratización" tanto del partido como de los soviets. Y como la Oposición de los Obreros, protestaban contra la "militarización" del trabajo, término que abarcaba la dirección unipersonal y la disciplina de hierro en las fábricas, el sometimiento de los sindicatos y el retorno de los

“especialistas burgueses” a su anterior posición de autoridad. Finalmente, en común con todos los grupos de oposición, los sublevados de Kronstadt deploraban el creciente aislamiento del partido respecto del pueblo y atacaban a los líderes bolcheviques por violar el espíritu esencial de la revolución, por sacrificar sus ideales democráticos e igualitarios en el altar del poder y la eficiencia.[52]

Sin embargo, estos paralelos no deben llevarse demasiado lejos. Para comenzar, mientras los rebeldes mostraban una estrecha afinidad con el campesinado, tanto la Oposición de los Obreros como los centralistas democráticos eran grupos urbanos constituidos por obreros fabriles e intelectuales que prestaban poca atención a las necesidades de los campesinos. Y un hecho aun más importante, en agudo contraste con los rebeldes, es que trataban de preservar el monopolio bolchevique del poder, aprobando el uso del terror cuando fuera necesario para lograrlo. Limitaban sus exigencias a la reforma interna del partido, y nunca defendieron la posición de que debía compartirse la autoridad política con las demás organizaciones socialistas. Además, los puntos de similitud entre el programa de Kronstadt y el suyo propio eran una fuente de embarazo para los líderes de la oposición, y éstos retrocedieron de sus posiciones para desvincularse de los amotinados. Esto fue particularmente cierto en el caso de la Oposición de los Obreros, cuyos portavoces en el Décimo Congreso del Partido, Shliapnikov y Kollontai, desautorizaron enérgicamente toda vinculación con el levantamiento y lo atribuyeron a la “espontaneidad anarquista pequeño–burguesa”, haciendo eco a las observaciones realizadas por Lenin en la sesión de apertura. Desafiada por la

Asamblea, Kollontai declaró que los Obreros Oposicionistas estaban entre los primeros voluntarios para ir al frente y luchar contra los rebeldes.[53] Un tercer líder, Yuri Lutovinov, estaba en Berlín en la época de la revuelta, actuando como delegado jefe de la misión comercial soviética. En una entrevista pública denunció a los insurgentes, repitiendo el relato oficial de que se trataba de un complot de los Guardias Blancos ayudados por mencheviques y socialistas revolucionarios de inspiración contrarrevolucionaria. Si el gobierno había demorado el uso de la fuerza para aplastar la rebelión, decía Lutovinov, era sólo para ahorrar sufrimientos a la población civil de la ciudad, pero "la liquidación de la aventura de Kronstadt es cuestión de muy poco tiempo".[54]

Entretanto, en Kronstadt misma, la organización comunista local había sido infectada por el virus de la oposición. La rebelión, según admitía Trotsky, "atrajo a sus filas a un número no pequeño de bolcheviques", algunos por temor a las represalias pero la mayoría porque sentían auténtica simpatía por el programa rebelde. Más precisamente, Trotsky estimaba que el 30 por ciento de los comunistas de Kronstadt tomaron parte activa en la revuelta, mientras el 40 por ciento ocupó una "posición neutral".[55] Esto, por supuesto, fue meramente el clímax de una gran oleada de defecciones que habían reducido a los miembros del partido de 4.000 a 2.000 entre setiembre de 1920 y marzo de 1921, dramático indicio del ánimo rebelde que se había manifestado al final de la Guerra Civil. Durante el curso del levantamiento se deshizo rápidamente lo que quedaba de la organización partidaria de Kronstadt: renunciaron unos 500 miembros por no mencionar a casi 300 candidatos, mientras que el resto, según testimonio de uno de

ellos, se sintió gravemente desmoralizado y respondió a la revuelta con vacilaciones e indecisión.[56]

La creciente marea de hostilidad se reflejó en las largas listas de renuncias al partido, publicadas de tiempo en tiempo en el periódico *Izvestiia* de Kronstadt. En sólo dos números más de 200 nombres llenaron las columnas del diario. Una causa fundamental de estas defecciones fue el asalto bolchevique del 7 al 8 de marzo. "Me estremezco al pensar –escribió una maestra de escuela de Kronstadt después del primer bombardeo– que se me puede considerar como cómplice del derramamiento de sangre de víctimas inocentes. Siento que ya no puedo creer en lo que se han malogrado a sí mismos por este acto salvaje, ni propagarlo. Por lo tanto, con el primer disparo cesé de considerarme aspirante a miembro del Partido Comunista."[57] En lo sucesivo, cuanto más pesado era el cañoneo de los fuertes bolcheviques ubicados en el continente, tanto mayor era el éxodo de los miembros del partido en Kronstadt. Cada día las páginas del diario rebelde *Izvestiia* transcribían cartas de grupos comunistas locales donde se condenaba al gobierno por su uso de la violencia y se aprobaban las contramedidas del Comité Revolucionario. Quienes anunciaron públicamente su retirada del partido no renunciaron a los ideales del comunismo sino que atacaron a los líderes partidarios por pervertir esos ideales en su propio beneficio. Un maestro de escuela de Kronstadt, por ejemplo, denunció el influjo de quienes deseaban hacer carrera en el partido y habían "mancillado la hermosa idea del comunismo".[58] Otra carta provenía de un comandante rojo de la guarnición de Kronstadt, hijo de un populista que había sido condenado al exilio en el célebre "juicio de los 193", durante la

década de 1870. “He llegado a comprender –escribía– que las políticas del Partido Comunista han llevado al país a un camino que no tiene salida. El partido se ha burocratizado... Se rehúsa a oír la voz de las masas a las cuales desea imponer su voluntad... Sólo la libertad de expresión y una mayor oportunidad de participar en la reconstrucción del país por medio de procedimientos electorales sujetos a inspección puede sacar a nuestro país de su letargo... Me niego a considerarme en lo sucesivo miembro del Partido Comunista ruso. Apoyo la resolución aprobada por la asamblea multitudinaria del 1° de marzo, y pongo con ello mis energías y capacidades [a disposición del Comité Revolucionario].”[59]

Durante todo el tiempo que duró la rebelión no hubo ninguna oposición seria por parte de la organización comunista de Kronstadt. El 2 de marzo una banda de leales al partido, de alrededor de 200 hombres, se reunió en la Escuela Superior del Partido y se armó contra los rebeldes, pero pronto decidió que la situación no tenía remedio y huyó a través del hielo hacia Krasnaya Gorka.[60] Durante las primeras etapas del movimiento otros miembros leales del partido abandonaron la isla y se dirigieron al continente o a los fuertes circundantes, en un vano intento de sublevarlos contra los insurgentes. Entretanto, el Comité Revolucionario comenzó a encarcelar a los principales líderes bolcheviques. Los primeros en ser arrestados –en la asamblea del 2 de marzo, celebrada en la Casa de la Educación– fueron Kuzmin, comisario de la flota; Vasiliev, presidente del difunto Soviet; y Korskunov, comisario de la escuadra de guerra de Kronstadt. Al día siguiente E. I. Batis, jefe del *Pubalt,* fue apresado por una patrulla rebelde mientras trataba de cruzar el hielo para dirigirse al fuerte

Totleben.[61] Entre los demás encarcelados estaba el doctor L. A. Bregman, bolchevique veterano de Kronstadt y secretario del comité partidario del distrito.

Una cantidad de funcionarios evitaron el arresto colaborando con los rebeldes. El 2 de marzo se formó un "Buró Provisional de la Organización de Kronstadt del Partido Comunista Ruso", constituido por tres bolcheviques locales. Ia Ilyin, comisario de abastecimiento alimentario, F. Pervushin, ex líder del Soviet, y A. Kabanov, presidente del Consejo Sindical de Kronstadt. El Buró emitió una declaración el 4 de marzo, reconociendo la necesidad de realizar nuevas elecciones para integrar los soviets y exhortando a todos los comunistas de Kronstadt a permanecer en su trabajo y a obedecer las órdenes del Comité Revolucionario. Advertía, además, contra los "rumores maliciosos" urdidos por agentes de la Entente, quienes pretendían que los comunistas se estaban preparando para desbaratar la rebelión, o si no, que los miembros del partido serían fusilados por los insurgentes.[62] La cooperación de Ilyin, según resultó, fue una decepción, un esfuerzo para ganar tiempo hasta que pudiera llegar ayuda del continente. A hurtadillas estaba telefoneando informes acerca del abastecimiento alimentario de Kronstadt a sus superiores en Krasnaya Gorka. La astuta acción, sin embargo, fue pronto descubierta. Se arrestó a Ilyin y su Buró evidentemente se disolvió, pues nada más se oyó acerca de él en los restantes días de la revuelta.[63]

En suma, fueron arrestados unos 300 comunistas durante el curso de la insurrección, la mayoría de ellos funcionarios locales, junto con unos pocos apresados mientras trataban de

huir o si no considerados peligrosos por el Comité Revolucionario. Aunque esta cifra no era de ninguna manera insignificante, pues representaba alrededor de un quinto de todos los miembros del partido residentes en Kronstadt, resulta notable el hecho de que se haya dejado libres y sin molestias a tantas personas, cuando las autoridades, por su parte, habían ejecutado a 45 marineros en Oranienbaum y tomado como rehenes a los parientes de los sublevados de Kronstadt. Quizás esto último, aunque suscitó la furia de los insurgentes, moderó su conducta ante la perspectiva de venganza. En todo caso, Kronstadt se destacó por el tratamiento humano que dio a sus adversarios durante un período de gran emoción y creciente tensión. Ninguno de los 300 prisioneros bolcheviques sufrió daños, no hubo ejecuciones, ni torturas ni golpes. La revuelta, después de todo, no era contra los Blancos, a los cuales los marineros odiaban apasionadamente y hubieran ejecutado sin el más mínimo remordimiento, sino contra sus camaradas revolucionarios, cuyos ideales ellos compartían y cuyas prácticas trataban meramente de reformar. Podemos preguntarnos, sin embargo, qué destino hubieran corrido Trotsky o Zinoviev, de haber caído en manos de los rebeldes.

En todo caso, aun los funcionarios más impopulares salieron indemnes. Algunos informes de que Kuzmin fue tratado con brutalidad y escapó a duras penas a la ejecución sumaria, carecen de toda base de verdad. Víctor Serge se apresuró a llegar hasta él, en Smolny, después de la revuelta, y Kuzmin, que lucía robusto y animado, confesó que tales historias eran meras “exageraciones”, que él y sus camaradas habían sido tratados con corrección. Tampoco se hizo daño a Ilyin, aunque

Petrichenko se indignó por su traición.[64] Y cuando el Comité Revolucionario se enteró de que se estaba boicoteando o echando de sus empleos a los parientes de los comunistas, previno a la población contra esa conducta vengativa: “Pese a todos los actos ultrajantes de los comunistas, debemos tener la moderación suficiente para limitarnos sólo a aislarlos de la vida pública, de modo que su agitación maliciosa y falsa no obstaculice nuestro trabajo revolucionario”.[65]

Sin embargo, el destino de los prisioneros provocó no poca preocupación dentro del gobierno bolchevique. Después de la primera oleada de arrestos, las autoridades respondieron tomando rehenes y advirtiendo que cualquier daño que se les causara a los comunistas tendría graves consecuencias. Los prisioneros mismos, según su propio testimonio, vivieron con el constante temor de ser fusilados.[66] Tampoco mejoró su situación cuando 50 comunistas que estaban en el fuerte Karnoarmeets irrumpieron hacia la costa de Carelia y fueron interceptados. En otras ocasiones los leales hicieron señales hacia la costa con reflectores y encendieron bengalas para iluminar los blancos por la noche. Como resultado, especialmente después del ataque del 8 de marzo, los rebeldes comenzaron a aplicar un tratamiento más estricto a los bolcheviques que vivían entre ellos. El 10 de marzo se ordenó a todos los comunistas que entregaran sus armas y reflectores. Inmediatamente después, el Comité Revolucionario dijo a la población que buscara traidores que hacían señales al enemigo. “Se hará justicia en el lugar –advertía *Izvestiia*– sin tribunal alguno, de acuerdo con las leyes dictadas por el momento.” Hubo casos de vejámenes menores, por ejemplo cuando se acusó a dos miembros del partido de acumular

alimento; y en la reunión de delegados del 11 de marzo se reveló que se habían sacado 280 pares de botas a los prisioneros bolcheviques para que las utilizaran los defensores apostados en el hielo, mientras que a los propietarios de esas botas se los proveyó en cambio de sandalias de esparto. El anuncio fue saludado con aplausos y gritos de "¡Muy bien! ¡Sáquenles también sus abrigos!" y esto aparentemente se hizo, pues un cautivo testimonió más tarde que le habían confiscado su sobretodo y sus botas.[67]

"Nuestra revuelta es un movimiento elemental para liberarnos de la opresión bolchevique; una vez realizado eso, la voluntad del pueblo se manifestará por sí misma." Así caracterizó Petrichenko, en una entrevista con un periodista norteamericano en Finlandia, la rebelión de marzo.[68] En una sola frase condensó el espíritu de la rebelión, pues el rasgo distintivo de Kronstadt fue su espontaneidad, aspecto que ese movimiento compartía con las insurrecciones campesinas y los disturbios provocados por los obreros en el mismo período. Considerados como un solo fenómeno, estos movimientos constituyeron una revuelta de las masas que seguía la tradición de Razin y Pugachev; en ella los marineros desempeñaban el rol de los cosacos y *strel'tsy,* de cuya proclividad hacia los estallidos repentinos contra el despotismo organizado eran cabales herederos. Esta misma tradición se había expresado también en 1917, cuando se produjo una nueva edición de la clásica "revuelta rusa, ciega y despiadada", como describía Pushkin a la *Pugachevschina* del siglo XVIII. Para los anarquistas, maximalistas y otros extremistas del ala izquierda, había llegado finalmente la "revolución social". Unieron su suerte a la de los bolcheviques, cuyos lemas, algunos de ellos

tomados de los sindicalistas y los socialistas revolucionarios, eran adecuados para su temperamento y aspiraciones. “¡La tierra a los campesinos! ¡Abajo el Gobierno Provisional! ¡El control de las fábricas a los obreros!” Como programa revolucionario, éste estaba más cerca del *narodnichestvo* que del marxismo, y ejercía una fuerte atracción sobre los instintos anarcopopulistas de los elementos incultos de la población rusa.

Sin embargo, después de Octubre Lenin y su partido, aplicados a consolidar su poder y rescatar al país del caos social, trataron de desviar la revolución desde abajo hacia canales centralistas y autoritarios. Sus esfuerzos iban en contra de los impulsos del campesinado y las clases trabajadoras, para los cuales la revolución era la negación misma de la centralización y el autoritarismo. Lo que el pueblo deseaba claramente era una sociedad descentralizada que se fundara sobre la iniciativa local y la autodeterminación. Que el gobierno y sus agentes los dejaran tranquilos había sido, después de todo, el sueño perenne de las clases bajas. Así, no era por nada que los campesinos distinguían entre los “bolcheviques”, que eliminaron a los nobles y les dieron a ellos la tierra, y los “comunistas”, que establecieron granjas estatales y enviaron equipos de incautación al campo; en 1917 los bolcheviques prometieron un milenio anarcopopulista, pero una vez en el poder volvieron a sus axiomas estatistas originales.

Existían, hablando en general, dos tendencias fundamentalmente opuestas dentro de la tradición revolucionaria rusa. Una de ellas era la tendencia centralista representada por Lenin y su partido tendiente a reemplazar el

viejo orden por una dictadura revolucionaria; la otra, que era la vía seguida por los anarquistas y los socialistas revolucionarios, tendía al autogobierno descentralizado, la ausencia de una fuerte autoridad gubernamental, y la confianza en los instintos democráticos del pueblo. Kronstadt, con sus raíces en el particularismo campesino y la rebelión espontánea, perteneció cabalmente a la segunda categoría. Los marineros, opositores al despotismo centralizado en todas sus formas, se volvieron contra sus ex aliados bolcheviques y contra el estigma elitista del socialismo de Estado que los caracterizaba. Llegaron en verdad hasta el punto de negar que el programa bolchevique fuera en absoluto socialista. Para los rebeldes, como para Bakunin antes que ellos, el socialismo sin libertad personal y autodeterminación –por lo menos para las clases más bajas– no era sino una nueva forma de tiranía, peor en ciertos respectos que aquella a la cual éste había reemplazado.

Era esta divergencia de perspectiva lo que constituyó la base del conflicto de marzo de 1921. Un rasgo esencial del bolcheviquismo era su desconfianza en la espontaneidad de las masas. Lenin creía que si se dejaba a los obreros y campesinos librados a sus propios recursos, se contentarían con reformas parciales, o peor aún, caerían víctimas de la fuerza de la reacción. Según su punto de vista, por lo tanto, las masas deben ser guiadas "desde afuera", por una vanguardia revolucionaria consagrada a ello. Éste era un precepto básico de su filosofía política, y lo aplicaba a la situación de Kronstadt. Debemos sopesar con cuidado, dijo al Décimo Congreso del Partido, las lecciones políticas y económicas que ofrece este evento. "¿Qué significa? La transferencia de la autoridad política a algún conglomerado o alianza no descripta de

elementos reunidos de cualquier manera, que presentan la apariencia de estar sólo un poco a la derecha de los bolcheviques, o quizás incluso a la izquierda de los bolcheviques –uno no puede decirlo, tan amorfa es esa combinación de grupos políticos que está tratando de tomar el poder en Kronstadt–." Aunque censuraba a la revuelta como conspiración de los Guardias Blancos, se daba plena cuenta de su verdadero significado. El movimiento, dijo, era una contrarrevolución de "espontaneidad anarquista pequeño–burguesa", es decir, una revuelta de masas estrechamente vinculada con la intranquilidad campesina y obrera del mismo momento. Como tal, resultaba extremadamente peligroso para la supervivencia del bolcheviquismo, más peligroso que Denikin, Kolchak y Yudenich juntos.[69]

Más que a cualquier otra cosa, Lenin temía al estallido de una nueva *Pugachevschina.* Le atemorizaba la idea de que la misma marea anarcopopulista que había llevado a los bolcheviques al poder, se los tragara entonces. Lo que hacía que los marineros resultaran particularmente peligrosos era la circunstancia de que, en contraste con los Blancos, se habían sublevado en nombre de los soviets. Los rebeldes, como observó Víctor Serge, pertenecían en cuerpo y alma a la revolución.[70]

Expresaban el sufrimiento y la voluntad del pueblo, y aguijoneaban por lo tanto la conciencia del liderazgo bolchevique de una manera más dolorosa que lo que podría haberlo hecho cualquier otro movimiento de oposición. Lenin comprendía el atractivo que la rebelión ejercía sobre la masa. Él la atacaba como "pequeño–burguesa' y "semianarquista", de

la misma manera en que había atacado a los populistas de un cuarto de siglo antes por su sueño romántico de una era pretérita de comunas y cooperativas de artesanos. Tal visión era un anatema para el temperamento bolchevique; no era meramente primitiva e ineficaz sino también reaccionaria y no podía sobrevivir en el siglo XX, cuando estaban triunfando en todas partes el Estado centralizado y la organización industrial centralizada.

Éste es el motivo por el cual Kronstadt fue para Lenin más peligrosa que los ejércitos Blancos de la Guerra Civil. Estaba en favor de un ideal que, aunque aparentemente inalcanzable, correspondía a los impulsos más profundos de las clases bajas rusas. Pero si Kronstadt lograba imponerse, razonaba Lenin, ello significaría el fin de toda autoridad y cohesión y la fragmentación del país en un millar de trozos separados, otro período de caos y atomización como 1917, pero esta vez dirigido contra el nuevo orden. En poco tiempo algún otro régimen centralizado –de derecha más bien que de izquierda– llenaría el vacío, pues Rusia no podría soportar un estado de anarquía. Así, para Lenin el camino a seguir estaba claro: a toda costa era necesario aplastar a los rebeldes y restablecer el bolcheviquismo en Kronstadt.

NOTAS

1 *Pravda o Kronshtadte*, págs. 56–57.

2 *Novaia Russkaia Zhizrí*, 11 de marzo de 1921; Pukhov, *Kronshtadtskii miatezh*, pág. 76.

3 *Pravda o Kronshtadte*, págs. 52–54, 77–78; Berkman, *The Kronstadt Rebellion*, págs. 20–21. Los catorce números de *Izvestiia* están reproducidos en *Pravda o Kronshtadte*, que constituye así la fuente más valiosa en lo referente al programa y actividades de los insurgentes.

4 *Pravda o Kronshtadte*, pág. 177.

5 *Ibid.*, págs. 56–57; *Revoliutsionnaia Rossiia*, 1921, N° 7, pág. 22.

6 Pukhov, *Kronshtadtskii miatezh*, pág. 85.

7 *Za Narodnoe Delo*, 15 de marzo de 1921.

8 Véase, por ejemplo, Voline, *La Révolution inconnue*, pág. 462; Katkov, "The Kronstadt Rising", *St. Antony's Papers*, N° 6, pág. 70.

9 Lenin, *Polnoe sobranie sochinenii*, XXXV, 57.

10 *Pravda o Kronshtadte*, pág. 55.

11 Avrich, *The Russian Anarchists*, pág. 252.

12 Berkman, *The Kronstadt Rebellion*, págs. 24–25.

13 *Ibid.*, pág. 19; *Pravda o Kronshtadte*, pág. 65.

14 *Pravda o Kronshtadte*, pág. 132.

15 *Ibid.*, pág. 31.

16 *Ibid.*, págs. 164–65.

17 *Ibid.*, págs. 82–84, 163. No aparece ningún registro de estas afirmaciones en las minutas oficiales del Congreso, pero deben haber sido formuladas en sesión secreta, de las del tipo examinado en el capítulo 1 a la que asistió Lenin.

18 *Ibid.*, págs. 172–74.

19 *Ibid.*, págs. 92, 173–74.

20 *Ibid.*, pág. 83. La última frase, por supuesto, es una referencia a la toma de rehenes en Petrogrado.

21 *Ibid.*, págs. 128, 165.

22 *Ibid.*, págs. 83–84. Las esperanzas y requerimientos de los rebeldes, sintetizados más arriba, están muy claramente expresados en tres documentos: la resolución del Petropavlovsk del 28 de febrero – 1° de marzo, y dos largos editoriales aparecidos en el

diario rebelde, “Por qué estamos luchando”, del 8 de marzo, y “Socialismo entre comillas”, que apareció en el último número, el 16 de marzo. Estos tres documentos reunidos representan la más plena y elocuente formulación del programa de Kronstadt. La resolución del Petropavlovsk está incluida en el capítulo 2 de este libro, y los dos editoriales aparecen en los Apéndices.

23 Daniels, *The Conscience of the Revolution,* pág. 66.

24 Avrich, *The Russian Anarchists,* pág. 198. Se yergue hoy en la ciudad de Kronstadt una estatua de Zhelezniakov: *Kronshtadt: kratkii putevoditel’,* pág. 116.

25 *Goneniia na anarkhizm v Sovetskoi Rossii,* Berlín, 1922.

26 Dan, *Dva goda skitanii,* pág. 156; *Pravda o Kronshtadte,* pág. 46. Cf. Katkov, “The Kronstadt Rising”, *St. Antony s Papers,* N° 6, págs. 59–62. Según el prominente anarquista Volin *(La Révolution inconnue,* págs. 46970), el Comité Revolucionario Provisional envió emisarios a Petrogrado encargados de traerlo a él junto con Yarchuk a Kronstadt para ayudar a la rebelión, sin saber que habían sido encarcelados por los bolcheviques. Volin agrega que Petrichenko simpatizaba con los anarquistas, pero no ha encontrado ninguna prueba que confirmara tales afirmaciones.

27 Avrich, *The Russian Anarchists,* pág. 230.

28 Kornatovskii (comp.), *Kronshtadtskii miatezh,* págs. 164–66.

29 Slepkov, *Kronshtadtskii miatezh,* pág. 33; Pukhov, *Kronshtadtskii miatezh,* pág. 77. Aunque no se lo menciona en las fuentes que se refieren a la rebelión de 1921, A. Lamanov fue de hecho un agitador maximalista activo durante la Revolución de 1917.

30 Soiuz S–R Maksimalistov, *Trudovaia sovestskaia respublika,* Moscú, 1918, y *O rabochem kontrole,* Moscú, 1918; C. Nestroev, *Maksimalizm i boVshevizm,* Moscú, 1919; *Maksimalist,* N° 2, 25 de agosto de 1918, págs. 5–9 y N° 16, 15 de abril de 1921, págs. 15–16.

31 “Beseda s Kronshtadtsami”, *Revoliutsionnaia Rossiia,* 1921, N° 8, págs. 6–8.

32 *Pravda o Kronshtadte,* pág. 128. La doctrina de la “tercera Roma” proclamaba: “Dos Romas han caído, pero la tercera está en pie, y no habrá una cuarta”.

33 Petrichenko, *Pravda o Kronshtadtskikh sobytiiakh,* pág. 18.

34 Avrich, *Russian Rebels, 1600–1800,* actualmente en preparación.

35 *Pravda o Kronshtadte,* págs. 79–80, 90. Respecto del discurso de Lenin (al Octavo Congreso de Soviets), véase *Vos’moi* vserossiiskii *s* ‘ezd sovetov,* pág. 30.

36 *Pravda o Kronshtadte,* págs. 172–74.

37 *Ibid.,* pág. 106.

38 *Ibid.,* págs. 80–82, 91, 120. Trepov fue un conocido jefe de policía bajo Nicolás II. Maliuta Skuratov fue un sanguinario jefe de la policía secreta *(la oprichniki)* de Iván el Terrible, que instauró un reinado del terror en el siglo XVI.

39 *Ibid.,* pág. 158.

40 *Ibid.*, págs. 89, 162, 179.

41 *Ibid.*, págs. 150–52. Cf. Katkov, “The Kronstadt Rising”, *St. Antony’s Papers*, N° 6, págs. 49–50.

42 *Za Narodne Delo*, 17 de marzo de 1921; *Novaia Russkaia Zhizn*, 19 de marzo de 1921.

43 *Revoliutsionnaia Rossiia*, 1921, N° 8, pág. 6.

44 “Interv’iu chelnami Vremennogo Revoliutsionnogo Komiteta”, manuscrito, Hoover Library.

45 Norman Cohn, *Warrant for Genocide*, Londres, 1967, pág. 120.

46 “K vospominaniiam matrosa sluzhby 1914 goda”, manuscrito, Columbia Russian Archive.

47 Kornatovskii (comp.), *Kronshtadtskii miatezh*, págs. 95–96.

48 *Revoliutsionnaia Rossiia*, 1921, N° 8, págs. 6–8.

49 *Pravda o Kronshtadte*, pág. 66.

50 Trifonov, *Klassy i klassovaia bor’ba v SSSR*, págs. 106–107.

51 *Poslednie Novosti*, 11 de marzo de 1921.

52 Cf. Daniels, *The Conscience of the Revolution*, págs. 145–46; y Schapiro, *The Origin of the Communist Autocracy*, págs. 305–306.

53 *Desiatyi s* ezd RKP(b)*, págs. 72, 300.

54 “Beseda s Iu. Kh. Lutovinovym”, *Novyi Mir*, 13 de marzo de 1921.

55 León Trotsky, *The Revolution Betrayed*, Nueva York, 1937, pág. 96; *Desiatyi s* ‘ezd RKP(b)*, pág. 253.

56 Komatovskii (comp.), *Kronshtadtskii miatezh*, págs. 13–15, 86; Pukhov, K*ronshtadtskii miatezh*, págs. 50, 95.

57 *Pravda o Kronshtadte*, pág. 108,

58 *Ibid.*, pág. 133.

59 *Ibid.*, pág. 59.

60 Kornatovskii (comp.), *Kronshtadtskii miatezh*, pág. 31; Petrichenko, *Pravda o Kronshtadtskikh sobytiiakh*, pág. 8.

61 *Pravda o Kronshtadte*, pág. 58.

62 *Ibid.*, págs. 50–51.

63 *Ibid.*, pág. 130; Kornatovskii (comp.), *Kronshtadtskii miatezh*, pág. 228; *Krasnaia Gazeta*, 18 de marzo de 1921.

64 Serge, *Memoirs of a Revolutionary*, págs. 126–27; *Pravda o Kronshtadte*, pág. 130.

65 *Pravda o Kronshtadte*, págs. 75, 84. Sobre las relaciones entre los rebeldes y los

comunistas locales, véase Katkov, “The Kronstadt Rising, St, *Antony’s Papers*, N° 6, págs. 45–48.

66 Véase la entrevista con Vasiliev en *Krasnaia Gazeta*, 18 de marzo de 1921.

67 *Pravda o Kronshtadte*, págs. 96, 101, 122, 138, 156; Pukhov, *Kronshtadtskii miatezh*, pág. 77.

68 Quarton al secretario de Estado, 9 de abril de 1921, National Archives, 861.00/8470.

69 *Desiatyi s’ ‘ezd RKP(b)*, págs. 33–34. En otra ocasión Lenin trató de minimizar los peligros de Kronstadt, diciendo que planteó “al poder Soviético una amenaza menor que el ejército irlandés al Imperio Británico”. *Polnoe sobranie sochinenii*, XLIII, 129.

70 Serge, *Memoirs of a Revolutionary*, pág. 131.

VI. LA REPRESIÓN

El 9 de marzo, el día después del abortado asalto contra el baluarte rebelde, el líder bolchevique Kamenev pronunció un discurso ante el Décimo Congreso del Partido en Moscú. La situación militar en Kronstadt, dijo, se ha “prolongado más” de lo que cualquiera hubiera esperado, de modo que la liquidación del motín no se realizaría “en el primer momento”.[1] El primer ataque había sido prematuro. En su ansiedad por aplastar la rebelión antes de que pudiera recibir ayuda del exterior o difundirse al continente, las autoridades habían actuado con excesivo apresuramiento, realizando preparativos defectuosos y utilizando una cantidad insuficiente de tropas y equipos, con el resultado de que el asalto fue rechazado con graves pérdidas.

Pero las circunstancias eran entonces más acuciantes, pues en poco tiempo se fundiría el hielo. Así Tujachevsky, el comandante bolchevique, preparó con urgencia un segundo ataque con fuerzas mucho mayores que las anteriores. Se llevaron con premura al teatro de operaciones piezas de artillería y fuerza aérea. En ambas costas frente a la isla de Kotlin se armó rápidamente el operativo, con tropas de refresco que afluían de todas las regiones del país. Como la

baja moral había desempeñado un papel en el desastre del 8 de marzo, se puso particular cuidado al elegir a los hombres. Llegaron batallones enteros de cadetes militares y jóvenes comunistas de ciudades tan remotas como smolensko y Vitebsk, Riazan y Nizhni Novgorod, cantando la "Internacional" como signo de su fidelidad revolucionaria.[2] Destacamentos comunistas seleccionados y unidades especiales de la Cheka constituyeron una proporción muy elevada de la nueva fuerza de asalto. Además, se hicieron venir regimientos leales de Ucrania y del frente polaco, a los que se agregaron tropas chinas, tártaras, baskires y letonas, que podían sentir menos escrúpulos que los Grandes Rusos en disparar contra los insurgentes. Según dijo un observador, eran los comunistas y los no rusos *(inorodtsy)* contra el pueblo.[3]

Se llamó para ayudar a dirigir el asalto a líderes militares tan expertos como Fedko, Uritsky y Dybenko, de la Academia del Estado Mayor General. Dybenko, que era un ex miembro de la tripulación del Petropavlovsk y prominente bolchevique en la flota durante la Revolución, dirigió un panfleto a sus "viejos camaradas marineros de Kronstadt", denunciando a Petrichenko como un "Poltava kulak" y exhortando a los rebeldes a deponer las armas.[4] Al mismo tiempo, el gobierno hizo todo lo que pudo para convencer a sus tropas de que los marineros eran contrarrevolucionarios. La prensa y la radio insistieron en que los amotinados de "Kronstadt Blanca" estaban actuando a instancias de los emigrados y de sus cómplices aliados. "Pese a los malditos traidores de Kronstadt –decía el titular de un diario de Petrogrado–, Kronstadt será roja."[5]

Entretanto, una intranquila calma reinaba en la vieja capital. Para impedir que estallaran nuevos disturbios mientras se realizaban los preparativos militares finales, Zinoviev realizó más concesiones a la población, prometiendo entre otras cosas citar a una asamblea general de obreros no afiliados y poner freno al burocratismo dentro del partido y del gobierno.[6] En Moscú el levantamiento era objeto de creciente preocupación. El 10 de marzo volvió Trotsky con un siniestro informe sobre la rebelión y lo presentó a una sesión secreta del Décimo Congreso del partido. Esa noche unos 300 delegados se ofrecieron como voluntarios para ir al frente, cifra que sumaba más de un cuarto del total de asistentes y medida dramática de la gravedad con que se veía el levantamiento diez días después de su iniciación. Para probar su lealtad, los miembros de la Oposición de los Obreros y las facciones centralistas democráticas se encontraron entre los primeros que dieron un paso al frente.[7]

Uno de los voluntarios, un centralista democrático llamado M. A. Rafail, ha dejado una exposición del rol que desempeñaron los delegados en el asalto final a la fortaleza. Al llegar a Petrogrado el 11 de marzo, se los distribuyó apresuradamente entre las tropas concentradas en el continente hacia el norte y el sur de Kronstadt. Rafail y su grupo fueron enviados a Oranienbaum, cantando la "Internacional" a medida que marchaban.[8] Aunque algunos iban a tomar parte en la lucha real, su principal tarea consistía en tratar de fortalecer la moral de los soldados, de vencer su vacilación por tener que disparar contra los rebeldes, convenciéndolos de que estaban defendiendo a la revolución contra sus enemigos. Trataron, además, de calmar los temores

de las tropas que debían cruzar por la superficie helada sin ninguna protección; después del desastre del 8 de marzo, los hombres estaban aterrorizados ante la perspectiva de que se los segara con fuego de ametralladoras o de ahogarse en los cráteres abiertos por los cañonazos. Otra función de los delegados consistió en tratar de inducir a los rebeldes a abandonar la lucha. “Los soviets libres”, declararon en un panfleto dirigido a Kronstadt, significarían de hecho una restauración de la “burguesía, los terratenientes, los generales, los almirantes y nobles, los príncipes y otros parásitos”; ese eslogan era meramente una cortina de humo para “el derrocamiento del poder soviético, el poder de los explotados, y la restauración del poder de los explotadores capitalistas”. De modo que elegid ahora: “con los Guardias Blancos contra nosotros, o con nosotros contra los Guardias Blancos”.[9]

Al comienzo, sin embargo, los delegados tuvieron poco éxito. La moral de las tropas comunistas siguió siendo baja, mientras que el espíritu de los defensores, en cambio, no mostró ningún signo de flaqueza. Había que culpar en parte por este estado de cosas a la estrategia militar soviética: los bolcheviques, con gran sorpresa del cónsul norteamericano en Viborg, no habían “aprendido la futilidad de los pequeños ataques”.[10] El 9 de marzo se realizaron nuevas exploraciones a través del hielo, con el único resultado de que los vigilantes defensores las rechazaran. Al día siguiente los aviones soviéticos bombardearon la fortaleza, y luego de la caída de la noche las baterías apostadas a ambos lados en el continente descargaron sobre las defensas rebeldes un despiadado cañoneo. Éste fue seguido, en las primeras horas del día 11, por un intento de invasión desde la costa sudeste, que fue rechazado con fuertes

pérdidas. El resto del día fue tranquilo, pues una espesa niebla se había establecido sobre el golfo de Finlandia e impedía realizar más operaciones militares. La visibilidad era tan pobre que un piloto comunista que volaba de Oranienbaum hacia Petrogrado aterrizó por error en Kronstadt. Al percibir su equivocación, aceleró sus motores y se las arregló para despegar en medio de un nutrido fuego de ametralladoras, y llegar indemne a Petrogrado.[11]

Pese a estos reiterados reveses, los comandantes soviéticos, decididos a aplastar el motín antes de que se fundiera el hielo, se rehusaron a suspender las operaciones ofensivas hasta que estuvieran mejor preparados. El 12 de marzo se reanudó el bombardeo aéreo y de artillería que continuó esporádicamente durante todo el día, aunque sólo causó daños menores. Según una fuente de los emigrados, un avión bolchevique fue abatido por el fuego antiaéreo de Kronstadt y se estrelló en el golfo de Finlandia, y ésta fue la única pérdida de esa clase ocurrida durante la rebelión. A la mañana siguiente se repitieron las operaciones de los días anteriores, pues el bombardeo fue seguido por una expedición realizada antes del amanecer desde la costa sur. Aunque los atacantes estaban camuflados con mamelucos blancos, no habían llegado muy lejos cuando tuvieron que retroceder ante el fuego cruzado que les dirigían desde los fuertes rebeldes exteriores. Pero los asaltos siguieron produciéndose. En la mañana del 14, nuevos destacamentos bolcheviques cubiertos por la oscuridad avanzaron sumergiéndose en un huracán de fuego de artillería y ametralladoras y se vieron forzados a retirarse, dejando en el hielo decenas de muertos y heridos. Éste, sin embargo, fue el último de los ataques en pequeña escala. Durante las 72 horas

siguientes, aunque continuaron como antes las operaciones aéreas y de artillería, cesó toda actividad por tierra, pues los comunistas preparaban un esfuerzo total destinado a tomar por asalto la ciudadela rebelde.

Los bolcheviques, además de los reveses militares que sufrían, tenían otras serias dificultades con las cuales luchar. Se informó, por ejemplo, que los obreros ferroviarios de Krasnoe Selo, empalme de vías situado al sudoeste de Petrogrado, se rehusaban a transportar a las tropas enviadas contra Kronstadt. En otro caso, un miembro de la juventud comunista, que venía de Moscú, observó que su tren se detenía reiteradamente durante el corto trayecto que va de Petrogrado a Oranienbaum, y aunque el maquinista se quejaba de la mala calidad del petróleo, los voluntarios sospecharon que jugaba sucio.[12] Mucho más serio fue un incidente ocurrido el 16 de marzo, en la víspera misma del asalto final. En Oranienbaum, los fusileros de la división 27 de Omsk, que se habían distinguido contra los Blancos en la Guerra Civil, se amotinaron exhortando "a dirigirse a Petrogrado y batir a los judíos". Tropas leales bajo el mando de I. F. Fedko, uno de los expertos militares de la Academia del Estado Mayor General, aislaron rápidamente la base, rodearon los cuarteles de los amotinados de Omsk y arrestaron a los cabecillas. Pero el virus de la desilusión era poderoso, y ni siquiera estuvieron inmunes a él los fieles *kursanty:* más o menos al mismo tiempo se descubrió una conspiración antibolchevique entre los cadetes de la Escuela de Comando de Peterhof, y varios de éstos fueron arrestados y llevados bajo vigilancia a Petrogrado.[13]

Sin embargo, pese a estos casos de deslealtad, se produjo un

notable mejoramiento de la moral de las fuerzas rojas durante los dos últimos días antes del ataque decisivo. Buena parte del crédito hay que atribuirlo a los delegados del Décimo Congreso del Partido, provistos de un arma nueva y poderosa: el 15 de marzo el Congreso de Moscú votó el reemplazo de las requisiciones forzadas por un impuesto en especies. Cuando Lenin anunció el nuevo programa ante la Asamblea, un portavoz de Siberia declaró que "bastará con transmitir a toda Siberia el contenido de este decreto para detener los desórdenes campesinos".[14] Los delegados que estaban en el frente, informados de la noticia, se apresuraron a comunicarla a las tropas. El efecto fue notable. De inmediato, recordaba un comisario bolchevique, ocurrió un cambio radical en el espíritu de los soldados, la mayoría de los cuales era de origen campesino.[15] La concesión marcaba el comienzo del fin del Comunismo de Guerra y su anuncio ejerció una influencia decisiva sobre el rendimiento de las fuerzas rojas en la batalla final. Más o menos en esta época estaba también ocurriendo un cambio en el espíritu de Kronstadt, pero en la dirección opuesta. Hasta mediados de marzo la moral de los rebeldes se mantuvo en alto, pese a las abrumadoras posibilidades que tenían en contra. "Hoy es el aniversario del derrocamiento de la autocracia y la víspera de la caída de la comisariocracia", proclamaba el *Izvestiia* de Kronstadt el 12 de marzo.[16] Un correo del consulado norteamericano en Viborg, que visitó la fortaleza ese día, tomó nota de la "buena disciplina y espíritu que reinaba entre la guarnición y la población". Y en un informe similar un corresponsal socialista revolucionario dijo que prevalecía el orden y una calma completos en toda la ciudad y que las fábricas seguían funcionando. "Deseamos comenzar la tarea de liberar a Rusia", le dijo Petrichenko. "Nos

estamos esforzando por atraer a la población de Petrogrado a nuestro bando... Lograremos el auténtico poder de los soviets."[17] Kronstadt se sentía aún sostenida por la creencia en que su causa era justa y en que la revuelta se difundiría con rapidez al continente. El 11 de marzo *Izvestiia* apeló al resto de Rusia solicitándole que se uniera a la lucha contra la opresión bolchevique: "Kronstadt está luchando por ti, por los hambrientos, por los que tienen frío y los desnudos.... Camaradas, los rebeldes de Kronstadt han levantado la bandera de la rebelión y confían en que decenas de millones de obreros y campesinos responderán a su llamado. No puede ser que el amanecer que comenzó aquí no se transforme en un brillante día para toda Rusia y, ante todo, para Petrogrado".[18]

Entretanto el Comité Revolucionario trataba de fortalecer las defensas de la isla contra el inminente ataque. Se ordenó que se apagaran las luces por la noche para dificultar la tarea de los artilleros y bombarderos enemigos. Hasta entonces, pese al intensivo bombardeo, las bajas fueron notablemente escasas; observadores que visitaron Kronstadt informan que hubo pocos heridos y sólo se produjeron daños menores en los edificios e instalaciones. Durante el 10 de marzo, según lo reconocen los mismos defensores, sólo fueron muertas 14 personas y heridas 4 (2 marineros, 1 soldado y 1 civil). El 12 de marzo el diario rebelde *Izvestiia* consideraba notable que hubiera sido herido un muchacho de 15 años mientras participaba de una operación de patrulla (nada pudo detenerlo, explicaba el diario, pues su padre, un campesino, había sido fusilado el año anterior en su aldea por los bolcheviques).[19]

Pero las cosas iban tomando un sesgo desfavorable. Contrariamente a lo esperado, Petrogrado mostró pocos signos de unirse a la rebelión. Unos pocos ejemplares de *Izvestiia* de Kronstadt fueron pegados en las paredes de las fábricas, y en una ocasión circuló un camión por las calles de la ciudad arrojando panfletos de los rebeldes. El 7 de marzo los obreros de la fábrica del arsenal aprobaron la resolución de Kronstadt y enviaron delegados a otras empresas para exhortar a la realización de una huelga general en apoyo de los insurgentes.[20] Pero todos esos esfuerzos quedaron en nada, y la ciudad, calmada por las concesiones y acobardada por la presencia de las tropas, se mantuvo tranquila. Los marineros se sintieron traicionados, y ese sentimiento duró largo tiempo después de sofocado el movimiento. Los refugiados que vivían en Finlandia en años posteriores se quejaron de que ellos habían pensado que los obreros de Petrogrado "hablaban en serio" y que las huelgas se desarrollarían hasta llegar a constituir una revolución en gran escala. En forma similar, marineros capturados que Dan encontró en la prisión acusaron a los obreros de venderse al gobierno "por una libra de carne".[21]

De hecho, no había perspectivas de ayuda de ningún sector. Kronstadt permaneció sola y aislada, sometida a frecuentes ataques aéreos y soportando el peso de intensos cañoneos desde el continente. Debido a los ataques nocturnos realizados por destacamentos incursores bolcheviques, los defensores casi no dormían; y en medio de violentas tormentas de nieve, las patrullas rebeldes recorrían el hielo calzando sandalias por falta de botas. A medida que menguó el abastecimiento de petróleo, el *Izvestiia* de Kronstadt exhortó a la población sitiada

a utilizar la electricidad lo menos posible. También iban disminuyendo las municiones. El 11 de marzo se ordenó a los defensores que no dispararan contra los aviones comunistas con fusiles y ametralladoras, acción fútil que sólo servía para desperdiciar valiosos cartuchos. Al mismo tiempo, los "especialistas militares" se quejaban de que los proyectiles de artillería se disparaban en forma indiscriminada a distancias en que los blancos resultaban dudosos. Y el número de bajas rebeldes, aunque estaba lejos de ser importante, iba aumentando continuamente. A mediados del mes se agotaron los abastecimientos médicos y aumentó fuertemente la tasa de mortalidad. El 14 de marzo se cumplieron ritos funerarios colectivos en el Hospital Naval de Kronstadt, y otra ceremonia tuvo lugar en la Catedral de los Marinos el día 16, mientras la artillería comunista golpeaba sin cesar la ciudad. Esa noche la moral rebelde se vio seriamente sacudida cuando un proyectil de 12 pulgadas lanzado desde Krasnaya Gorka cayó sobre el puente del Sebastopol matando a 14 marinos e hiriendo a 36.[22]

En tales circunstancias, recordaba luego un miembro del Comité Revolucionario, era imposible mantener el entusiasmo inicial provocado por la revuelta.[23] Los repetidos ataques, la falta de alimentos y petróleo, las largas noches insomnes pasadas en guardia en medio del frío, según observó Berkman, estaban socavando la vitalidad de la fortaleza rebelde.[24] Los defensores esperaban con creciente ansiedad el asalto que sabían que vendría, y el esfuerzo y el suspenso comenzaron a repercutir sobre sus nervios. Motivo de principal preocupación era el estado de las provisiones de Kronstadt, problema que el autor del Memorándum Secreto había previsto semanas antes de que estallara la revolución. ¿Durante cuando tiempo podría

la isla, aislada del mundo exterior, alimentar a sus 50.000 habitantes? Al final de la primera semana ya no se pudo mantener la ración diaria inicial de un cuarto kilo de pan y un cuarto de caja de conserva. El 8 de marzo cada persona recibió una pequeña cantidad de avena que debía durar cuatro días. El 9 se distribuyó un poco más de cien gramos de torta hecha de harina y papas secas. Al día siguiente los obreros metalúrgicos de Kronstadt decidieron poner su cuota especial de carne de caballo envasada a disposición de la comunidad. Aparte de esto, durante todo el curso de la insurrección sólo se distribuyó una lata de leche condensada por persona, ocasionalmente una lata de carne de conserva y, para los niños solamente, un cuarto kilo de manteca. El 15 de marzo se agotó la harina y casi se había terminado el pan, y sólo quedaban disponibles una pequeña cantidad de alimentos envasados.

El pueblo estaba hambriento y, como observaba el Soviet de Petrogrado, "el hambre es a menudo el factor principal de la capitulación de fortalezas en las guerras entre pueblos".[25] Se iba desvaneciendo la esperanza de Kronstadt de poder resistir sola hasta que se derritiera el hielo, y los líderes rebeldes comenzaron a reconsiderar la posibilidad de recibir ayuda externa. Las proposiciones de Chernov, formuladas durante los primeros días de la revuelta, habían sido cortésmente rechazadas. Pero cuando el barón Vilken llegó el 16 de marzo con una oferta de alimentos y remedios en nombre de la Cruz Roja Rusa, se la aceptó con agradecimiento.

Según sabemos, sin embargo, nunca llegó ayuda alguna. En efecto, fue también el 16 de marzo cuando Tujachevsky reagrupó su ejército para el asalto final contra el bastión

rebelde. Había dos fuerzas atacantes, la mayor de ellas desplegada en la costa sur del golfo de Finlandia, y la más pequeña a lo largo de la línea costera norteña o de Carelia. El número total de tropas comunistas ha sido estimado en cifras que varían de 35.000 a 65.000 hombres, enfrentados contra unos 15.000 defensores bien atrincherados.[26] La cifra real oscila alrededor de los 50.000 (el doble de los que actuaron en el primer asalto del 8 de marzo), de los cuales unos 35.000 constituían el grupo sur. Algunos de los mejores comandantes bolcheviques estaban a cargo de la conducción del asalto. Muchos habían demostrado su capacidad en la Guerra Civil, incluidos Fedko y Dybenko, de la Academia del Estado Mayor General, y Vitovt Putna, que asumió el mando de la división 27 amotinada de Omsk. Pese a todas las acusaciones del gobierno, de que Kronstadt era una conspiración de generales de los Guardias Blancos, los ex oficiales zaristas desempeñaron un rol mucho más prominente en la fuerza atacante que entre los defensores. Los comandantes de los grupos norte y sur, E. S. Kazansky y A. I. Sediakin, así como sus superiores Tujachevsky y S. S. Kamenev (que no tenía ningún parentesco con el líder partidario L. B. Kamenev), habían sido todos oficiales del Ejército Imperial.

La moral de los soldados rasos era entonces mucho más elevada que antes, debido al refuerzo numérico, la sobresaliente calidad de sus oficiales y la incansable agitación de los delegados del partido. “Hemos sufrido tres años de hambre, falta de petróleo y otras calamidades parecidas. Y ahora esta traición. ¡Los haremos picadillo!”[27] Tal era el tono de la maquinaria de propaganda soviética, y encontró una respuesta en la nueva determinación de los soldados a aplastar

la revuelta de una vez por todas. Los hombres, equipados con casacas blancas y botas de invierno, fueron abastecidos de abundantes municiones y de pinzas especiales para cortar las alambradas de púa que protegían los fuertes y baterías de Kronstadt. Se proveyó a cada soldado de una ración suficiente de pan para dos días y de dos latas de carne en conserva para prevenir cualquier queja respecto de la comida. Sin embargo, un comandante del grupo norte, en una recomendación que difícilmente haya sido calculada para realzar la moral, advirtió a sus hombres que no comieran antes de entrar en combate porque las heridas del estómago resultarían probablemente más serias después de haberlo hecho.[28]

El plan de Tujachevsky requería un prolongado bombardeo seguido por un asalto concertado de infantería desde tres direcciones, que estaría a cargo del grupo norte por el lado septentrional de la isla de Kotlin y del grupo sur por los extremos sur y este. El cañoneo comenzó a las dos de la tarde del 16 de marzo y continuó durante todo el día. Cayeron proyectiles en Kronstadt cerca del cementerio, donde se estaban cumpliendo ritos funerarios por los defensores muertos. Los insurgentes replicaron con fuego concentrado desde sus fuertes y baterías y desde los dos acorazados surtos en el puerto. Durante el intercambio un proyectil comunista se estrelló contra el puente del Sebastopol, provocando sólo daños menores en el buque pero matando o hiriendo a 50 tripulantes. Para evitar el mismo destino, el Petropavlovsk tendió una cortina protectora de humo, pero al día siguiente iba a recibir también un proyectil que le dio de lleno, mató a 5 hombres e hirió a 7.[29] Además de las descargas costeras, la fuerza aérea cruzó el golfo para bombardear la fortaleza y su

red de defensas. Sin embargo, el bombardeo combinado por tierra y aire provocó pocos daños físicos y bajas relativamente menores entre los rebeldes. Su principal efecto fue psicológico, pues deprimió más aun la quebrantada moral de los defensores.

A la caída de la noche cesó el bombardeo. Recordando lo sucedido la semana anterior, los rebeldes esperaban que siguiera un ataque. Cada hombre estaba en su puesto, aunque muchos no habían tenido descanso durante dos o tres días. Por un largo tiempo hubo completo silencio, mientras los reflectores de los fuertes y naves de Kronstadt recorrían el hielo buscando signos de movimiento. Finalmente a las 3 de la mañana del día 17 comenzó el avance. Protegido por la oscuridad y por una densa cortina de niebla posada sobre el golfo, el grupo norte, constituido en gran medida por cadetes militares de la región de Petrogrado, avanzó en dos columnas desde Sestroretsk y Lisy Nos, una contra los fuertes Totleben y Krasnoarmeets y la otra contra los 7 fuertes numerados que se extendían entre la isla de

Kotlin y la costa de Carelia. A la cabeza de cada columna iban tropas de choque voluntarias que tenían como misión despejar el camino para el ataque. Realizaron todos los esfuerzos posibles para evitar que los localizaran. La conversación estaba prohibida y las órdenes se daban en tono apagado. La comunicación se logró también mediante señales luminosas, cuidadosamente preparadas por anticipado. Por lo demás, se mantenía la oscuridad y estaba prohibido fumar.

A las 5 de la mañana la columna del ala izquierda que

provenía de Lisy Nos, formada por cinco batallones, vio ante sí a los fuertes 5 y 6, que eran los bastiones rebeldes más exteriores. En cuerpo a tierra los hombres avanzaron reptando la restante distancia a través del hielo, mientras el agua de la superficie empapaba sus mamelucos blancos. Cuando ya habían alcanzado la tupida barrera de alambre de púa y la estaban cortando, fueron repentinamente iluminados por las bengalas y reflectores rebeldes. La luz era tan intensa, según recordaba un soldado, "que la noche se transformó en día". Desde el fuerte 6 les gritaron que se rindieran. "Somos vuestros amigos. Estamos en favor del poder soviético. No queremos disparar sobre vosotros."[30] Ignorando estas exhortaciones, *los kursanty* se precipitaron hacia los fuertes con bayonetas y granadas pero fueron rechazados con fuertes pérdidas por granizadas mortíferas de fuego de ametralladoras. Una y otra vez los cadetes, con gritos de "viva", volvieron al ataque, lograron irrumpir finalmente a través de las defensas rebeldes y después de una feroz lucha tomaron los dos fuertes.

Durante la mañana se despejó la niebla y el 17 de marzo fue un día brillante y soleado. Los comunistas, sin protección alguna, apresuraron su ataque contra los restantes fuertes. Ambos bandos lucharon fanáticamente y sufrieron graves pérdidas de vidas. Los proyectiles de la artillería rebelde rompieron el hielo formando pequeños lagos que fueron la tumba de decenas de soldados. En un batallón comunista, según S. P. Uritsky, comandante de la Academia del Estado Mayor General, no hubo más que 18 sobrevivientes."[31] Pero la resistencia fue gradualmente vencida y a mediados de la tarde habían sido tomados una cantidad de fuertes y los *kursanty*

habían avanzado hasta la muralla noreste de la ciudad de Kronstadt. Entretanto, la columna de la derecha, compuesta por sólo dos compañías, estaba tratando sin éxito de tomar el fuerte Totleben. Pese a su agotamiento, los defensores lucharon con salvaje desesperación, haciendo que sus atacantes se batieran repetidamente en retirada, con tremendas bajas de ambos bandos. Debido al ataque de la infantería los grandes cañones del fuerte se volvieron inútiles, pero las ametralladoras y granadas rebeldes cobraron un pesado tributo. Un grupo de cadetes entró sin darse cuenta en un campo minado y muchos de ellos se ahogaron cuando las explosiones rompieron el hielo. A la larga, los atacantes penetraron en el fuerte y continuó el combate cuerpo a cuerpo durante todo el día. Hasta la 1 de la mañana del día 18 el fuerte Totleben no se rindió, y cuando finalmente lo hizo procedió de la misma manera el cercano fuerte de Krasnoarmeets.

Entretanto, el grupo sur había lanzado su ataque contra los extremos sur y este de la ciudad. Una gran fuerza, con ametralladoras y artillería liviana, partió de Oranienbaum a las 4 de la mañana del día 17, alrededor de una hora después de la partida del grupo norte, y avanzó en tres columnas hacia el puerto militar de Kronstadt, mientras una cuarta columna se dirigió hacia la Puerta de Petrogrado, punto de entrada que era el más vulnerable de la ciudad. Era aún noche cuando las unidades de vanguardia de la brigada 79 de infantería se acercaron a los emplazamientos de cañones pesados que defendían el puerto. Los reflectores lanzaban destellos de luz, pero la oscuridad y la niebla ocultaban de los defensores a las tropas camufladas. Al llegar al extremo sur de la ciudad, destacamentos comunistas de choque superaron y dominaron

rápidamente a los artilleros de varias baterías exteriores. Luego, a medida que avanzaron, se encontraron con una espesa barrera de fuego de ametralladoras y artillería de los baluartes rebeldes circundantes. Los proyectiles y granadas horadaron el hielo, mientras el rebote de millares de balas levantaba pequeñas nubes de nieve en el aire. Enfrentadas con este huracán de muerte y desprotegidas en medio de la nieve, las formaciones que avanzaban mostraron notable coraje y trataron desesperadamente de seguir adelante. Eran también urgidas por exhortaciones y amenazas desde la retaguardia. No es sorprendente, sin embargo, que algunos de los hombres sintieran pánico y se rehusaran a proseguir. Cuando dos soldados, dominados por el terror, se protegieron en una barcaza apresada por el hielo, su comandante los mató a tiros en el lugar, y luego hizo seguir adelante a los demás.[32] El enfrentamiento se decidió, sin embargo, cuando llegaron y entraron en escena varios camiones cargados de refuerzos rebeldes que organizaron un contraataque y obligaron a los comunistas a retirarse. En el curso de la batalla fueron muertos o heridos más de la mitad de los hombres de la brigada 79, incluida una cantidad de delegados del Décimo Congreso del partido.[33]

En el extremo oriental de la ciudad el cuadro era más alentador para los atacantes. Exactamente antes de romper el día, la brigada 32 de infantería, apoyada por los regimientos 95 y 96 de infantería, logró abrir una brecha en la muralla norte de la Puerta de Petrogrado y penetrar luchando en la ciudad. Más o menos en el mismo momento la brigada 187 de infantería, comandada por Fedko y encabezada por un regimiento de choque de cadetes militares, logró abrirse paso a

través de la Puerta misma, seguida de cerca por las brigadas 167 y 80. En ese momento los atacantes ya habían sufrido graves pérdidas, pero una vez dentro de las murallas, según palabras de un contemporáneo, “se encontraron con un verdadero infierno”.[34] Ametralladoras y fusiles parecían dispararles desde todas las ventanas y techos. En las veredas parchones rojos cubrieron pronto el hielo y la nieve. Se amontonaban los muertos y heridos por ambos bandos, a medida que la batalla proseguía calle por calle y casa por casa. Sin embargo los rebeldes, aun en medio de este derramamiento fratricida de sangre, cuando ya habían sido capturados la mayoría de los fuertes y se libraba una feroz batalla dentro de la ciudad misma, no tomaron ninguna venganza sobre sus prisioneros comunistas. Cerca de la Puerta de Petrogrado un destacamento de rescate del gobierno se apresuró a llegar a la cárcel donde estaban encerrados sus camaradas y rompiendo una ventana pasó armas a los internados, que se liberaron y de inmediato se unieron a la lucha.[35]

Durante todo el día el combate continuó sin descanso. Según algunas exposiciones, las mujeres de Kronstadt se lanzaron a la lucha, llevando municiones a los defensores y retirando a los heridos bajo un tupido fuego hasta los puestos de primeros auxilios en los hospitales de la ciudad.[36] A las 4 de la tarde los insurgentes lanzaron un repentino contraataque que hizo que los bolcheviques vacilaran y retrocedieran hasta la zona helada. Pero en este momento crítico el regimiento 27 de caballería y un destacamento de voluntarios del partido venidos de Petrogrado llegaron para salvar la situación. Inmediatamente antes de la puesta del sol se trajo a la ciudad artillería de

Oranienbaum, que abrió fuego contra los rebeldes con un efecto devastador. A medida que la batalla se hacía más encarnizada, hombres de ambos bandos caían heridos o por el mero agotamiento. En las primeras horas de la noche los *kursanty* del grupo norte penetraron en la ciudad desde el noreste y se apoderaron del cuartel general de la fortaleza, tomando muchos prisioneros. Luego establecieron contacto con sus camaradas del grupo sur, que para ese entonces se habían abierto paso desde la Puerta de Petrogrado hasta el centro de la ciudad. A medianoche comenzó a disminuir la lucha. Los últimos fuertes fueron tomados uno por uno. La victoria estaba entonces claramente a la vista.

El 5 de marzo, antes de que se llegara al derramamiento de sangre en Kronstadt, el Comité de Defensa de Petrogrado había advertido a los insurgentes que a último momento sus cabecillas, "los Kozlovskys y Petrichenkos", los abandonarían a su destino y huirían a Finlandia.[37] Esa predicción se cumplió entonces plenamente. En la noche del 17 de marzo, cuando todo parecía perdido, 11 miembros del Comité Revolucionario (incluido Petrichenko) escaparon a través del hielo hacia Terijoki. (Valk, Pavlov y Perepelkin habían sido tomados prisioneros durante la batalla, y Vershinin, según se recordará, fue capturado en el hielo durante el primer asalto del 8 de marzo.) Kozlovsky, Solovianov y otros "especialistas militares" que colaboraban con los rebeldes, también huyeron. Un poco antes de medianoche unos 800 refugiados, incluido el grueso del liderazgo rebelde, llegaron a la costa finlandesa. Como eran quienes más tenían que temer ante su eventual captura, fueron los primeros en dejar la isla, excepto un grupo proveniente de los fuertes numerados cercanos a la línea

costera de Carelia. Sin duda la perspectiva de la ejecución sumaria desempeñó un papel clave en su decisión de partir. En todo caso, su partida fue una señal para un éxodo en masa de los defensores, que huyeron de la isla de Kotlin y sus fortificaciones circundantes. Durante las siguientes veinticuatro horas una corriente incesante de refugiados, en su mayoría marineros, cruzaron la frontera finlandesa. En total huyeron unos 8.000 hombres, o sea más de la mitad de las fuerzas rebeldes. Fueron tomados unos 400 caballos sobre el hielo, y los guardias fronterizos finlandeses se incautaron de unos 2.500 fusiles abandonados cerca de la costa.[38]

Se ha observado que el bombardeo comunista, aunque se mantuvo con intervalos durante 11 días, provocó daños notablemente pequeños en las defensas de Kronstadt. Pero los marineros en retirada, en un último gesto de desafío, se llevaron los cerrojos de los cañones de los fuertes y baterías y destruyeron las dínamos, reflectores y ametralladoras y demás equipo. En los fuertes del norte sólo había unas pocas armas en condiciones de funcionar cuando los ocuparon los comunistas.[39] En la noche del 17 de marzo los comandantes del Petropavlovsk y del Sebastopol dieron instrucciones a sus tripulaciones de que volaran los buques, pero los hombres, al enterarse de que sus líderes habían huido, se rehusaron a ejecutar la orden. En cambio, arrestaron a los oficiales a cargo y enviaron un mensaje al comando soviético indicándole que estaban dispuestos a rendirse. A las 11:50 de la noche el cuartel general comunista de Kronstadt pudo enviar un mensaje de victoria al Comité de Defensa de Petrogrado: “Los nidos contrarrevolucionarios del Petropavlovsk y del Sebastopol han sido liquidados. El poder está en manos de

simpatizantes de la autoridad soviética. Ha cesado la actividad militar a bordo del Petropavlovsk y del Sebastopol. Se han tomado urgentes medidas para detener a los oficiales que huyeron hacia la frontera con Finlandia”.[40] Durante las primeras horas del 18 de marzo destacamentos de *kursanty* ocuparon los dos acorazados. Entretanto, excepto unos pocos grupos que resistieron hasta el fin, los restantes insurgentes se fueron también rindiendo, de modo que al mediodía del 18 los fuertes y buques y casi toda la ciudad estaban en manos del gobierno. Sólo faltaba acabar con los grupos armados de defensores que aún se sostenían. Durante la tarde se venció la última resistencia y los cañones de Kronstadt quedaron silenciosos.

Por su ferocidad, la batalla de Kronstadt igualó a los más sangrientos episodios de la Guerra Civil. Las pérdidas fueron muy grandes por ambas partes, pero los comunistas, forzados a atacar a través del hielo abierto contra defensores fuertemente atrincherados, pagaron un precio mucho mayor. En el período del 3 al 21 de marzo, según informes de la sanidad oficial, los hospitales de Petrogrado albergaban a más de 4.000 heridos y casos de shock, mientras que 527 hombres más murieron en sus lechos. Estas cifras no incluyen, por supuesto, al gran número que pereció en la batalla. Después de la lucha había tantos cadáveres esparcidos por el hielo que el gobierno finlandés pidió a Moscú que los retirara por temor de que al llegar el deshielo fueran llevados a la costa por el mar y crearan un riesgo para la salud.[41] Una estimación baja de fuentes oficiales aprecia el total de muertos comunistas en alrededor de 700, con 2.500 heridos o afectados por shock traumático, pero un participante bolchevique observó que

estas cifras eran demasiado pequeñas, a juzgar por lo que él presenció en el fuerte número 6. Otra estimación lleva las pérdidas rojas a 25.000 muertos y heridos. Sin embargo, según Harold Quarton, cónsul norteamericano en Viborg que estaba bien informado, las bajas soviéticas totales llegaron a alrededor de 10.000 hombres, cálculo que parece razonable si se refiere a todos los muertos, heridos y desaparecidos en conjunto.[42] Unos 15 delegados del Décimo Congreso del partido perdieron su vida en la campaña. Junto con los otros bolcheviques caídos, fueron enterrados con honores militares en un funeral en masa celebrado en Petrogrado el 24 de marzo.[43]

Las pérdidas de los rebeldes fueron menores, pero de ninguna manera insignificantes. No disponemos de ninguna cifra confiable, pero un informe lleva el número de muertos a 600, con más de 1.000 heridos y cerca de 2.500 prisioneros durante la batalla.[44] Entre los muertos, no fueron pocos los masacrados en las etapas finales de la lucha. Una vez dentro de la fortaleza, las tropas atacantes tomaron venganza por sus camaradas caídos, en una orgía de derramamiento de sangre. Una medida del odio que se había acendrado durante el asalto fue el pesar expresado por un soldado, de que no se hubieran utilizado aviones para ametrallar a los rebeldes que huían hacia Finlandia a través del hielo. Trotsky y S. S. Kamenev, su comandante en jefe, aprobaron el uso de la guerra química contra los insurgentes, y si Kronstadt hubiera resistido mucho más, se habría llevado a cabo un plan para lanzar un ataque con gases mediante proyectiles y globos, ideado por cadetes de la Escuela Superior Militar de Química.[45]

La noticia de la represión se difundió rápidamente y provocó

una variedad de reacciones en diferentes sectores. En Europa occidental los expatriados rusos estaban desolados. Deploraban su incapacidad para llevar ayuda a los rebeldes y denunciaban a Gran Bretaña por haber firmado su acuerdo comercial con los bolcheviques justamente en medio de la lucha. Un diario de los emigrados, sin embargo, se rehusó a desesperar. En un editorial titulado "Las lecciones de Kronstadt", declaró que la lucha por la liberación de Rusia continuaría hasta que se lograra la victoria. En forma similar, el profesor Grimm escribió a un colega que, si ocurría un nuevo estallido en Petrogrado, su grupo no debía ser tomado desprevenido de nuevo.[46]

Dentro de Rusia los bolcheviques estaban exultantes por el triunfo que tanto les había costado. Pero su exaltación se mezclaba con una nota de pesar por sus "camaradas marineros equivocados". Compartían estos sentimientos los visitantes comunistas del exterior, que continuaban apoyando al régimen, por más incierto que pudiera ser el curso que estaba tomando, pues la Rusia bolchevique, según ellos razonaban, con todas sus deficiencias, era el primer Estado socialista de la historia, el primer país en que los terratenientes y la burguesía habían sido desalojados del poder en que estaban atrincherados. Las demás consideraciones, en su opinión, eran de importancia secundaria. Pero algunos comunistas extranjeros, como Víctor Serge, se sintieron profundamente turbados por lo que había sucedido. Y para anarquistas como Emma Goldman y Alexander Berkman, la represión de Kronstadt tuvo un efecto demoledor. En la noche del 17 de marzo, recordaba Goldman en sus memorias, cuando cesó el tronar de los cañones, la tranquilidad que cayó sobre

Petrogrado era más temible que el fuego incesante de los días anteriores. Durante las horas finales, Berkman, “quebrantados los últimos restos de su fe en los bolcheviques”, vagó sin esperanza por las calles, mientras Goldman se sentó en su hotel en medio de una increíble agonía, “un inexpresable cansancio en cada nervio”. Mientras permanecía sentada atisbando en la oscuridad, Petrogrado parecía “un cadáver fantasmal” cubierto por un fúnebre paño negro, con las lámparas de las calles que titilaban amarillas “como velas a su cabecera y a sus pies”. A la mañana siguiente, 18 de marzo, los diarios de Petrogrado traían grandes titulares conmemorativos del quincuagésimo aniversario de la Comuna de París. Las bandas de música tocaban aires militares y los comunistas desfilaron por las calles cantando la “Internacional”. “Sus acordes –observaba Goldman–, que una vez sonaron jubilosos a mis oídos, semejaban ahora a un canto funeral por la esperanza en llamas de la humanidad.” Berkman hizo una amarga anotación en su diario: “Los vencedores están celebrando el aniversario de la Comuna de 1871. Trotsky y Zinoviev denuncian a Thiers y Gallifet por el asesinato de los rebeldes de París”.[47]

En Kronstadt, entretanto, los bolcheviques hicieron todos los esfuerzos posibles por eliminar los rastros del levantamiento. Pavel Dybenko fue designado comandante de la fortaleza, investido de poderes absolutos para purgar la ciudad de elementos disidentes y de ideas desleales. En lugar del Soviet de Kronstadt, que no se rehizo, fue designada una *revtroika* compuesta por Vasiliev, Bregman y Gribov, tres de los más fieles líderes bolcheviques de Kronstadt, para ayudar al nuevo comandante. El 18 de marzo un nuevo diario, *Kronstadt Rojo,*

comenzó a aparecer en la ciudad. Los buques de guerra Petropavlovsk y Sebastopol fueron rebautizados con los nombres de Marat y Comuna de París, mientras que la Plaza del Ancla se transformó en la Plaza de la Revolución. Se realizó de inmediato una reinscripción en el partido, durante la cual los excluidos, o los que no se presentaron, sumaban 350 miembros. Y se realizó una "operación quirúrgica", según dice un autor, en la armada soviética: los marineros no confiables del Báltico fueron dispersados por las bases del Mar Negro, el Caspio y el Aral, o trasladados a la flotilla del río Amur en el Extremo Oriente, mientras que todas las unidades navales fueron purgadas de supuestos *Ivanmory* –unos 15.000 en total– que albergaban en sus filas.[48] Los soldados del Ejército Rojo que participaron en el asalto final fueron también dispersados por localidades remotas de todo el país. Sólo un mes más tarde su líder, Tujachevsky, tomó el mando de una expedición punitiva enviada para aplastar las guerrillas de Antonov en la región de Tambov.[49]

Finalmente, queda por describir el destino de los sobrevivientes de Kronstadt. Ninguno de los rebeldes capturados fue sometido a juicio público. De más de 2.000 prisioneros tomados durante la lucha, 13 fueron elegidos para ser juzgados en tribunal secreto como cabecillas del motín. Para fortalecer el argumento de que la rebelión había sido una conspiración contrarrevolucionaria, la prensa soviética se esforzó por acentuar sus antecedentes sociales: 5 eran ex oficiales navales nobles de nacimiento, 1 era un ex sacerdote y 7 de origen campesino.[50] Sus nombres eran poco familiares: ninguno pertenecía al Comité Revolucionario, cuatro de cuyos miembros –Valk, Pavlov, Perepelkin y Vershinin– se sabe que

estuvieron detenidos por el gobierno, ni estaban entre los “especialistas militares” que desempeñaron el rol de asesores en el levantamiento. De todos modos, los 13 “cabecillas” fueron juzgados el 20 de marzo y condenados a muerte.

De los restantes prisioneros, se dice que varios centenares fueron ejecutados de inmediato en Kronstadt. El resto se los llevó la Cheka a sus prisiones del continente. En Petrogrado las cárceles estaban repletas, y por un período de varios meses centenares de rebeldes fueron sacados en pequeñas tandas y fusilados. Estos incluían a Perepelkin, al cual Feodor Dan conoció mientras hacían ejercicios en el patio de la prisión. Antes de su ejecución redactó una detallada exposición de la revuelta, pero Dan no sabía qué se había hecho de ella.[51] Otros fueron enviados a campos de concentración, tales como la conocida prisión Solovki en el Mar Blanco, condenados a trabajos forzados, lo cual para muchos significó una muerte lenta de hambre, agotamiento y enfermedad.[52] En algunos casos, las familias de los insurgentes sufrieron un destino similar. La esposa y los dos hijos de Kozlovsky, que habían sido tomados como rehenes a comienzos de marzo, fueron enviados a un campo de concentración; sólo se perdonó a su hija de 11 años.[53]

¿Qué fue de los rebeldes que huyeron a Finlandia? Unos 8.000 escaparon a través del hielo y fueron internados en campos de refugiados en Terijoki, Viborg e Ino. Casi todos los fugitivos eran marineros y soldados, entremezclados con unos pocos civiles varones, mujeres y niños.”[54] La Cruz Roja Norteamericana y la Británica les proporcionaron alimento y vestimenta. A algunos se les dio empleos en la construcción de

caminos y otras obras públicas. Pero la vida en los campos era desolada y deprimente, y los refugiados, a los que en un principio no se permitió ningún contacto con la población local, encontraron mucha dificultad para adaptarse a ella. El gobierno finlandés apeló a la Liga de las Naciones para que esta ayudara a establecerlos en otros países, mientras que los bolcheviques pedían su repatriación junto con sus armas. Atraídos por una promesa de amnistía muchos volvieron a Rusia, con el único resultado de que se los arrestó y despachó hacia campos de concentración. En mayo y junio algunos grupos de ellos pasaron por la prisión de Dan en camino a un futuro de trabajo forzado y muerte prematura.[55]

Pese a la melancolía y amargura predominante, Petrichenko siguió gozando del respeto de sus camaradas fugitivos. Su mayor error, decían éstos, fue no haber fusilado a los líderes comunistas en Kronstadt. Petrichenko mismo no tenía ningún pesar a este respecto, pero sí admitió cuando lo entrevistó en Terijoki un periodista norteamericano, que la rebelión había sido prematura y estuvo mal organizada. “Fuimos derrotados –dijo– pero el movimiento seguirá porque viene del pueblo mismo... Hay millones como yo en Rusia, ni reaccionarios Blancos ni asesinos Rojos, y esa gente llana derrocará a los bolcheviques.”[56] Poco se sabe de la vida siguiente de Petrichenko en el exilio. Una colección soviética de documentos y memorias correspondiente al levantamiento de Kronstadt contiene lo que pretende ser una carta del líder rebelde a un amigo que habitaba en Rusia, fechada el 17 de noviembre de 1923, en la cual éste reconoce sus errores y señala que ha solicitado que lo readmitan en su patria.[57] Sin embargo, la carta es de dudosa autenticidad. Un artículo

publicado por Petrichenko en un diario socialista revolucionario, en diciembre de 1925, no muestra ni el más mínimo arrepentimiento por el rol que desempeñó en la rebelión, de la cual sigue sosteniendo que fue un estallido espontáneo contra la dictadura del Partido Comunista o más bien de sus líderes.[58]

La historia soviética oficial de la Guerra Civil registra equivocadamente que Petrichenko abandonó pronto Finlandia y se estableció en Checoslovaquia. De hecho, permaneció en Finlandia por casi un cuarto de siglo. A raíz de la derrota, como hemos visto, se mostró dispuesto a cooperar con círculos de emigrados en Europa occidental, con los cuales compartía el deseo de liberar a Rusia del dominio bolchevique. Más tarde, sin embargo, se unió a grupos prosoviéticos de Finlandia. Durante la Segunda Guerra Mundial estas actividades lo indispusieron con las autoridades finlandesas y en 1945 fue repatriado a Rusia, donde lo arrestaron inmediatamente. Murió en un campo de prisioneros un año o dos más tarde.[59]

NOTAS

1 *Desiatyi s' 'ezd RKP(b)*, pág. 167.

2 *Grazhdanskaia voina*, 1918–1921, I, 365; Pukhov, *Kronshtadtskii miatezh*, pág. 150; *V ogne revoliutsii*, Moscú, 1933, pág. 56.

3 Dan, *Dva goda skitanii*, págs. 154–55; *New York Times*, 12 de marzo de 1921; *Novaia Russkaia Zhizn'*, 22 de marzo de 1921; "Prichiny, povody, techenie i otsenka Kronshtadtskikh sobytii", manuscrito, Hoover Library.

4 Kornatovskii (comp.), *Kronshtadtskii miatezh*, págs. 226–27.

5 *Krasnaia Gazeta*, 10 de marzo de 1921.

6 *Petrogradskaia Pravda*, 11 de marzo de 1921.

7 Las minutas del congreso contienen una lista incompleta de 279 voluntarios, incluidas figuras tan prominentes como K. E. Voroshilov, A. S. Bubnov (un centralista democrático), V. P. Zatonsky, y G. L. Piatakov: *Desiatyi s' 'ezd RKP(b),* págs. 765–67.

8 M. Rafail, *Kronshtadtskii miatezh (Iz dnevnika politrabotnika),* Jarkov, 1921, págs. 4–6. Cf. Pukhov, *Kronshtadtskii miatezh,* pág. 152.

9 Rabinovich, "Delegaty 10–go s' 'ezd RKP (b) pod Kronshtadtom", *Krasnaia Letopis',* 1931, N° 2, págs. 50–54.

10 Quarton al secretario de Estado, 11 de marzo de 1921, National Archives, 861.00/8318.

11 *Izvestiia Petrogradskogo So–veta,* 11 de marzo de 1921.

12 *New York Times,* 16 de marzo de 1921; *Vogne revoliutsii,* pág. 58.

13 Kornatovskii (comp.), *Kronshtadskii miatezh,* págs. 100–101; Pukhov, *Kronshtadtskii miatezh,* págs. 147–48.

14 *Desiatyi s' 'ezd RKP(b),* págs. 430, 468.

15 Rabinovich, "Delegaty 10–go s' 'ezda RKP (b) pod Kronshtadtom", *Krasnaia Letopis',* 1931, N° 2, pág. 32.

16 *Pravda o Kronshtadte,* pág. 126.

17 Quarton al secretario de Estado, 13 de marzo de 1921, National Archives, 861.00/8319; *Times* de Londres, 17 de marzo de 1921; *Volia Rossii,* 15 de marzo de 1921.

18 *Pravda o Kronshtadte,* págs. 120–21.

19 *Ibid.,* págs. 122, 132; *New York Times,* 16 de marzo de 1921. Otra fuente fija el número de heridos de Kronstadt y sus fuertes en 60: "Kak nachalos' vosstanie v Kronshtadte", 12 de marzo de 1921, Millet Archives, File 5M,

N° 5.

20 Mett, *La Commune de Cronstadt,* pág. 46.

21 Quarton al secretario de Estado, 23 de abril de 1921, National Archives,

861.00/8619; Dan, *Dva goda skitanii,* pág. 153.

22 *Pravda o Kronshtadte,* págs. 75, 138; Quarton al Secretario de Estado, 23 de abril de 1921, National Archives, 861.00/8619; Petrichenko, *Pravda o Kronshtadtskikh sobytiiakh,* pág. 18.

23 "Interv'iu chlenami Vremennogo Revoliutsionnogo Komiteta", manuscrito, Hoover Library.

24 Berkman, *The Kronstadt Rebellion,* pág. 36. Cf. Goldman, *Living My Life,* pág. 884.

25 *Izvestiia Petrogradskogo So–veta,* 14 de marzo de 1921.

26 *New York Times,* 18 de marzo de 1921; *Novaia Russkaia Zhizn,* 22 de marzo de 1921; "Prichiny, povody, techenie i otsenka Kronshtadtskikh sobytii", Hoover Library;

Tseidler al presidente de la Cruz Roja Rusa, 20 de marzo de 1921, Ciers Archives, File 88.

27 *Krasnaia Gazeta*, 17 de marzo de 1921.

28 Kornatovskii (comp.), *Kronshtadtskii miatezh*, pág. 89.

29 Petrichenko, *Pravda o Kronshtadtskikh sobytiiakh*, pág. 18; *New York Times*, 19 de marzo de 1921. Hemos tomado los detalles acerca del asalto sobre todo de informes periodísticos contemporáneos y de recuerdos de participantes. Véase especialmente Kornatovskii (comp.), *Kronshtadtskii miatezh*, págs. 45–51, 89–91; Pukhov, *Kronshtadtskii miatezh*, págs. 16270; *Grazhdanskaia voina*, I, 367–73; Rafail, *Kronshtadtskii miatezh*, págs. 20–26; y K. E. Voroshilov, "Iz istorii podavleniia Kronshtadtskogo miatezha", *Voenno–Istoricheskii Zhurnal*, 1961, N° 3, págs. 15–35. Lamentablemente no pude localizar *Voennoe Znanie*, 1921, N° 8, dedicado al tema.

30 Kornatovskii (comp.), *Kronshtadtskii miatezh*, págs. 90, 105.

31 *Grazhdanskaia voina*, I, 370.

32 Alexander Barmine, *One Who Survived*, Nueva York, 1945, pág. 95.

33 Kornatovskii (comp.), *Kronshtadtskii miatezh*, págs. 246–47.

34 "Khod sobytii v Petrograde vo vremia Kronshtadtskogo vosstaniia", manuscrito, 19 de marzo de 1921, Columbia Russian Archive.

35 Kornatovskii (comp.), *Kronshtadtskii miatezh*, págs. 78, 88.

36 Petrichenko, *Pravda o Kronshtadtskikh sobytiiakh*, pág. 21; Voline, *La Révolution inconnue*, pág. 499; "Khod sobytii v Petrograde", Columbia Russian Archive.

37 Kornatovskii (comp.), *Kronshtadtskii miatezh*, pág. 189.

38 *Novaia Russkaia Zhizn'*, 22 y 24 de marzo de 1921.

39 *Times* de Londres, 30 de marzo de 1921.

40 Kornatovskii (comp.), *Kronshtadtskii miatezh*, pág. 243.

41 Mett, *La Commune de Cronstadt*, pág. 56; *Times* de Londres, 31 de marzo de 1921.

42 Kornatovskii (comp.), *Kronshtadtskii miatezh*, pág. 107; Pukhov, *Kronshtadtskii miatezh*, pág. 169; "Khod sobytii v Petrograde", Columbia Russian Archive; Quarton al Secretario de Estado, 19 de marzo de 1921, National Archives, 861.00/8372. La cifra que da el teniente Kelley, de 25 a 30.000, es sin embargo demasiado elevada: Quarton al secretario de Estado, 23 de abril de 1921, 861.00/8619.

43 *Petrogradskaia Pravda*, 25 de marzo de 1921.

44 Pukhov, *Kronshtadtskii miatezh*, pág. 168; *Grazhdanskaia voina*, I, 372.

45 V. Pozdnyakov, "The Chemical Arm", en *The Red Army*, B. H. Liddell Hart (comp.), Nueva York, 1956, págs. 384–85. El coronel Pozdnyakov había sido uno de los estudiantes que trazaron el plan.

46 *Za Narodnoe Delo*, 19 de marzo de 1921; Grimm a Giers, 31 de marzo de 1921, Giers Archives, File 88.

47 Goldman, *Living My Life*, pág. 886; Berkman, *The Bolshevik Myth*, pág. 303. Thiers era el primer ministro de Francia y Gallifet el general que reprimió a los Comuneros.

48 Kornatovskii (comp.), *Kronshtadtskii miatezh*, pág. 15; Pukhov, *Kronshtadtskii miatezh*, págs. 176–80. Cf. G. A. Cheremshanskii, "Kronshtadtskoe vosstanie, 28 fevralia–18 marta 1921", manuscrito, Columbia Russian Archive. Cheremshansky estaba entre los marineros del Báltico transferidos al Amur.

49 Fedko tuvo también un papel importante en la represión de Antonov. Véase M. N. Tukhachevskii, "Bor'ba s kontrrevoliutsionnymi vosstaniiami", *Voina i Revoliutsiia*, 1926, N° 8, págs. 3–15; A. I. Todorskii, *Marshall Tukhachevskii*, Moscú, 1963, págs. 71–73; y Nikulin, *Tukhachevskii*, págs. 151–56.

50 *Krasnaia Gazeta*, 23 de marzo de 1921; *Petrogradskaia Pravda*, 23 de marzo de 1921; Kornatovskii (comp.), *Kronshtadtskii miatezh*, págs. 24749. Según los cargos, los acusados eran responsables de la muerte o heridas de "varios millares" de soldados rojos, lo cual tiende a confirmar la estimación de las pérdidas bolcheviques realizada por Quarton.

51 Dan, *Dva goda skitanii*, págs. 153–57.

52 Maximoff, *The guillotine at Work*, pág. 168; David Dallin y Boris Nicolaevsky, *Forced Labor in Soviet Russia*, New Haven, 1947, pág. 170. Sin embargo, según una reciente obra soviética la mayoría de los marineros capturados fueron luego perdonados, y sólo se aplicó "castigo severo" (es decir, ejecución) a los cabecillas e implacables enemigos de la autoridad soviética: Sofinov, *Istoricheskii povorot*, pág. 36.

53 Dan, *Dva goda skitanii* pág. 158. Otra fuente contemporánea, quizá por error, dice que ambos hijos fueron fusilados: "Svedeniia iz Petrograda ot 12 aprelia: Kronshtadt i otgoloski ego vosstaniia", manuscrito, Hoover Library.

54 El campo más grande, ubicado en el fuerte Ino, incluía 3.597 internados, de los cuales 3.584 eran hombres, 10 mujeres y 3 niños. Sólo 25 hombres no eran militares: *Novaia Russkia Zhizn*, 27 de marzo de 1921.

55 *Times* de Londres, 30 de marzo de 1921; Dan, *Dva goda skitanii*, pág. 159. Más avanzado el año, según relatan algunos informes, una banda de refugiados de Kronstadt organizó el "Batallón Plejanov", y junto con guerrilleros finlandeses lucharon contra los bolcheviques en el este de Carelia. Véase C. Jay Smith, *Finland anal the Russian Revolution*, 19171922, Athens, Georgia, 1958, págs. 193–97.

56 Quarton al secretario de Estado, 5 de abril de 1921, National Archives, 861.00/8446; *New York Times*, 31 de marzo de 1921.

57 Kornatovskii (comp.), *Kronshtadtskii miatezh*, págs. 163–64.

58 Petrichenko, "O prichinakh Kronshtadtskogo vosstaniia", *Znamia Bor'by*, diciembre de 1925–enero de 1926, págs. 4–8.

59 *Grazhdanskaia voina*, I, 362; Serge, *Memoirs of a Revolutionary*, pág. 132; Unto Parvilahti, *Beria's Gardens*, Nueva York, 1960, págs. 21, 285.

VII. EPÍLOGO

Cayó Kronstadt, Los insurgentes lucharon con determinación y coraje, pero sus perspectivas de éxito fueron oscuras desde el comienzo. El levantamiento, según reconocieron sus líderes mismos, había sido mal diagramado y preparado. Los marineros no tenían ninguna fuerza de invasión, ni recibieron ninguna ayuda del exterior, mientras los bolcheviques, luego de haber ganado la Guerra Civil, estaban en libertad para concentrar lo mejor de su poder armado contra ellos. Además, el hielo del golfo de Finlandia estaba aún helado y sólido, lo cual permitía al gobierno montar un ataque de infantería en gran escala contra el baluarte rebelde aislado. Comparado con los movimientos antisoviéticos de la Guerra Civil, Kronstadt fue entonces un asunto de modestas proporciones. Si los bolcheviques habían podido derrotar a Denikin, Kolchak y Yudenich. y hacer retroceder a las legiones de pilsudski, Kronstadt no podía plantearles por sí misma una seria amenaza militar.

Lo que alarmó realmente a los bolcheviques fue la posibilidad de que el episodio pudiera desencadenar una revuelta general en el continente o transformarse en la punta de lanza de una nueva intervención. Sabían que el país estaba en estado de agitación lindante con la rebelión masiva. Hasta entonces

habían logrado mantener aislados a sus oponentes, pero Kronstadt, aunque abarcaba un número menor que, por ejemplo, las revueltas campesinas de Siberia y Tambov, estaba bien fortificada y equipada con personal militar fogueado, y su situación en el Báltico y no en zonas remotas del interior podía servir como puente para un ejército invasor.

Sin embargo, es difícil imaginar una victoria rebelde. El pueblo ruso, por más amargado que estuviera, se hallaba hastiado de la guerra y desmoralizado, y pese a todos los agravios que tenía contra el gobierno, temía sin embargo una restauración Blanca más de lo que odiaba a los comunistas. Además, las huelgas de Petrogrado, en las cuales cifraban esperanzas los marineros, habían pasado su punto de clímax. En lo que respecta al apoyo exterior, las potencias occidentales abandonaron su política de intervención y estaban virando hacia un entendimiento con los bolcheviques. La rebelión no logró trastornar el acuerdo comercial anglo–soviético, como habían esperado los Blancos y temido los comunistas; el pacto fue firmado en Londres el 16 de marzo, sólo unas horas antes del asalto final contra Kronstadt. El mismo día, además, se celebró en Moscú un tratado de amistad con Turquía. Tampoco logró Kronstadt obstaculizar las negociaciones con los polacos, que no tenían ningún deseo de reanudar la guerra con su secular adversario. El tratado de Riga se firmó el 18 de marzo, mientras las tropas comunistas estaban eliminando los últimos núcleos de resistencia rebelde. Finlandia, además, volvió la espalda a los insurgentes e impidió que pasara por su territorio ningún tipo de ayuda. Finalmente, los emigrados rusos permanecieron tan divididos y se mostraron tan ineficaces como antes, sin tener en vista ninguna perspectiva de

cooperación. El general Wrangel, con sus tropas dispersadas y moralmente doblegadas, no estaba en situación de ayudar; se hubieran requerido meses tan sólo para movilizar a sus hombres y transportarlos desde el Mediterráneo al Báltico. Ahora bien, sí se hubiera intentado abrir un segundo frente en el sur, ello habría significado casi seguramente un desastre.

Para los rebeldes, la única esperanza de éxito residía en una ofensiva inmediata contra el continente. Si hubieran seguido el consejo de los "especialistas militares" y establecido una cabecera de puente en Oranienbaum, habrían tenido una buena posibilidad de que unidades del Ejército Rojo, y quizá también civiles, se reunieran bajo su estandarte. Una rebelión contra el Estado, como observó Alexander Berkman, debe tomar la iniciativa y golpear con determinación, no permitiendo que el gobierno disponga de tiempo alguno para reunir sus fuerzas. Si se aísla o juega con el factor tiempo, está destinada a una derrota cierta. En este respecto, observó Berkman, Kronstadt repitió el fatal error de la Comuna de París: así como esta última se rehusó a realizar un ataque inmediato contra Versailles, mientras el gobierno de Thiers estaba desorganizado, Kronstadt perdió la oportunidad de marchar contra Petrogrado antes de que las autoridades pudieran preparar su defensas.[1] En marzo de 1908 Lenin, en un artículo conmemorativo de la Comuna, había hecho una observación similar cuando condenó la "excesiva magnanimidad del proletariado: en lugar de aniquilar a sus enemigos, trataba de influir moralmente sobre ellos; descuidó la importancia de la actividad puramente militar en la Guerra Civil, y en vez de coronar su victoria en París mediante un decidido avance sobre Versailles, demoró el tiempo suficiente como para que el

gobierno de Versailles reuniera sus oscuras fuerzas en preparación de la sangrienta semana de mayo”.[2] Éste es un adecuado epitafio para la comuna de Kronstadt de 1921.

Así, es difícil evitar la conclusión de que, al no producirse una invasión del continente, la derrota de los rebeldes era sólo cuestión de tiempo. Muy probablemente esto fuera cierto aunque hubieran resistido hasta la fusión del hielo y la llegada de ayuda del oeste. Protegidos por la barrera de agua y reabastecidos de alimentos, medicinas y municiones, podrían haber sobrevivido unas pocas semanas más y cobrado un mayor tributo de vidas bolcheviques, pero tarde o temprano debían sucumbir, si no por la presión militar solamente, al menos por la misma combinación de fuerzas y concesiones económicas que sellaron la suerte del movimiento huelguístico de Petrogrado y de las insurrecciones rurales ocurridas en todo el país. Por todas partes la Nueva Política Económica iba atenuando el descontento, y Kronstadt no hubiera sido ninguna excepción.

Esto no equivale a sugerir que Kronstadt fuera responsable, de alguna manera, por la NPE, aparte, quizá, de apresurar su implementación. En marzo de 1921 Lenin ya no necesitaba más elementos de convicción para abandonar el programa del Comunismo de Guerra. Él y sus asociados habían estado reestimando sus políticas económicas desde el fin de la Guerra Civil, y habían formulado los lineamientos básicos de la NPE algunas semanas antes de que estallara la rebelión. Ya en diciembre de 1920, cuando los socialistas revolucionarios y los delegados mencheviques al Octavo Congreso de los Soviets solicitaron que cesaran las requisiciones de alimentos y que se

introdujera un nuevo impuesto en especies, Lenin ya había estado considerando tal posibilidad. Varias semanas pasaron, sin embargo, antes de que se emprendiera alguna acción. A la larga, la arrolladora marea de intranquilidad lo persuadió de que estaba en juego la supervivencia del dominio bolchevique, y en una reunión del Politburó celebrada el 8 de febrero, durante la cual se revisó cuidadosamente toda la cuestión de la política agraria, Lenin trazó un plan para reemplazar las requisiciones forzadas por un impuesto en especies, en el cual se daba a los campesinos el derecho a disponer de sus excedentes después de satisfacer sus obligaciones con el Estado. Durante las semanas siguientes se discutió el proyecto en la prensa soviética. El 24 de febrero, cinco días antes del estallido de Kronstadt, se presentó un borrador detallado, sobre la base de las notas de Lenin, al Comité Central para que lo incluyera en la agenda del Décimo Congreso del partido, que estaba por celebrarse.[3]

Pero el significado de la rebelión no pasó inadvertido en el Congreso, cuando éste se reunió en Moscú el 8 de marzo. Al mostrar a plena luz la intensidad de la oposición popular, la revuelta despertó el sentimiento de la urgencia de los procedimientos y despejó todas las dudas acerca de la necesidad de realizar una reforma inmediata. El partido comprendió la amenazante advertencia de los hechos. Había quienes conjeturaban, en verdad, que la sublevación podría no haber ocurrido nunca si la NPE se hubiera implantado un mes antes.[4] Sea como fuere, hubo acuerdo general en que las reformas no admitían más demoras, pues se corría el riesgo de que los bolcheviques fueran desalojados del poder por una arrolladora marea de cólera popular. Kronstadt, según dijo

Lenin, “iluminó la realidad mejor que cualquier otra cosa”. Lenin comprendió que el motín no era un incidente aislado sino que formaba parte de una amplia situación de inquietud que abarcaba los levantamientos ocurridos en el campo, los disturbios de las fábricas, y el creciente fermento dentro de las fuerzas armadas. La crisis económica del Comunismo de Guerra, observó Lenin, se había transformado “en una crisis política: Kronstadt”, y el futuro del bolcheviquismo pendía de un hilo.[5]

El Décimo Congreso del partido, uno de los más dramáticos de la historia bolchevique, señaló un cambio fundamental en la política soviética. Años antes, Lenin había establecido dos condiciones para la victoria del socialismo en Rusia: el apoyo de una revolución proletaria en el oeste y una alianza entre los obreros y campesinos rusos.[6] En 1921 no se había cumplido ninguna de estas condiciones. Como resultado, Lenin se vio forzado a abandonar su creencia de que sin el apoyo de una revolución europea era imposible la transición al socialismo. Aquí reside, en esencia, la semilla del “socialismo en un solo país”, doctrina desarrollada por Stalin unos pocos años más tarde y que acarreó una disminución del proceso revolucionario, una adaptación a las potencias capitalistas del exterior y al campesinado interno. La necesidad inmediata y predominante, de la cual dependía todo lo demás, era aplacar a la población rural rebelde. Como explicó Lenin al Décimo Congreso, “sólo un acuerdo con el campesinado puede salvar la revolución socialista en Rusia hasta que se produzca la revolución en otros países”.[7] Tres años antes, en marzo de 1918, Lenin había hecho una retirada similar en el frente internacional cuando rechazó una “guerra revolucionaria”

contra Alemania y firmó el tratado de Brest–Litovsk. Ahora, para asegurarse el “período de respiro” que se había negado a los bolcheviques en 1918, Lenin archivó el Comunismo de Guerra y lo reemplazó por un programa interno más cauteloso y conciliatorio. “Debemos satisfacer los deseos económicos del campesinado medio e introducir el libre comercio –declaró–, pues de otro modo será imposible la preservación del poder del proletariado en Rusia, vista la demora de la revolución mundial.”[8]

Así, el 15 de marzo, el Décimo Congreso del partido aprobó lo que un delegado (el estudioso marxista D. B. Riazanov) llamó un “Brest campesino”.[9] La medida, que constituyó la piedra angular de la Nueva Política Económica, reemplazó a las recolecciones compulsivas de alimentos por un impuesto en especies que concedió a los campesinos el derecho de disponer de sus excedentes en el mercado libre. Éste fue sólo el primero de una serie de pasos que llevaron del Comunismo de Guerra a una economía mixta. Se descartó la propuesta presentada por Valerian Osinsky al Octavo Congreso de los Soviets, de que se realizara una campaña de siembra bajo dirección centralizada. Se retiraron en todas partes los destacamentos armados que inspeccionaban las carreteras y los ferrocarriles y revivió el comercio entre la ciudad y las aldeas. Además, se licenciaron los ejércitos de trabajo de Trotsky y se concedió a los sindicatos un cierto grado de autonomía, incluido el derecho a elegir a sus funcionarios y a someter a libre debate todos los problemas que afectaban los intereses de los trabajadores. Decretos subsiguientes restablecieron la iniciativa privada en los comercios al menudeo y la producción de bienes de consumo, mientras que el Estado retenía en sus manos los “niveles

máximos de comando” de la economía: la industria pesada, el comercio exterior, los transportes y las comunicaciones. Cada uno de estos pasos implicó un clavo más en el ataúd de la oposición masiva, a la vez que suscitó una nueva vida en las ciudades y aldeas rusas. Durante varios meses la intranquilidad campesina continuó latente en Tambov, Siberia y la cuenca del Volga, pero entraron en escena numerosas formaciones de *kursanty* y tropas de la Cheka –el mismo tipo de unidades utilizadas contra Kronstadt–, y en el otoño de 1921 había cesado toda resistencia efectiva.

Para Lenin la NPE no estaba destinada a ser una mera medida de emergencia vigente hasta el restablecimiento del orden y la consolidación de la autoridad bolchevique sobre una base más segura. “Hasta que hayamos remodelado al campesinado –dijo al Décimo Congreso–, hasta que la maquinaria en gran escala lo haya reestructurado, debemos asegurarle la posibilidad de dirigir su economía sin restricciones. Tenemos que encontrar formas de coexistencia con el pequeño granjero.” Lenin reconocía que se había llevado demasiado lejos la colectivización y que de esa manera se había perdido el favor de los propietarios campesinos individuales. Tendremos que tratar con ellos durante muchos años, dijo, “puesto que la reestructuración del pequeño granjero, la remodelación de toda su psicología y sus hábitos, es una tarea que requiere generaciones”.[10] Al admitir esto, Lenin concedía tácitamente un argumento de sus críticos mencheviques, que en 1917 le habían advertido de la inconveniencia de realizar intentos prematuros para convertir radicalmente al socialismo a los atrasados sectores agrarios. Según insistían los mencheviques, los verdaderos marxistas sabían que la situación no estaba aún

madura, que Rusia, con su pequeño proletariado y una población campesina numéricamente abrumadora, carecía de las condiciones esenciales para realizar una revolución socialista. También Engels había escrito que nada era peor que una revolución prematura, es decir, una revolución en la cual el Partido Socialista llegara al poder antes de que tuvieran adecuada oportunidad de desarrollarse el industrialismo y la democracia. Sin embargo, los bolcheviques procedieron a intentar lo que la doctrina del materialismo histórico declaraba imposible: hacer una revolución socialista antes de haberse cumplido los pasos preliminares necesarios. La Nueva Política Económica fue un esfuerzo para superar tales deficiencias. Tal como la veía Lenin, la NPE significaría un largo período de recuperación económica, un período de reconciliación entre la ciudad y el campo, durante el cual había que poner las bases para una sociedad socialista.

La NPE logró aliviar, en buena medida, las tensiones de la sociedad rusa. Sin embargo, no consiguió satisfacer las exigencias de Kronstadt y sus simpatizantes. Sin duda, había terminado la confiscación de grano y se habían retirado los destacamentos camineros, disuelto los batallones de trabajo y asegurado a los sindicatos un cierto grado de independencia respecto del Estado. Pero las granjas estatales permanecían intactas, y se había restaurado parcialmente el capitalismo en el sector industrial. Además, contrariamente a los principios de la democracia proletaria, los viejos directores y especialistas técnicos siguieron dirigiendo las grandes fábricas; los obreros siguieron siendo víctimas de la “esclavitud asalariada”, excluidos como antes de todo rol directivo.

Tampoco hubo, por supuesto, una resurrección de la democracia en la vida militar. El derecho a elegir comités de barco y comisarios políticos siguió siendo un problema sin solución. Después de Kronstadt ya no se habló más de descentralizar la autoridad o de relajar la disciplina militar dentro de la flota. Por el contrario, Lenin propuso a Trotsky que se desmantelara la flota del Báltico, puesto que los marineros no eran confiables y el valor militar de los buques era cuestionable. Pero Trotsky se las arregló para persuadir a su colega de que era innecesario un paso tan drástico. En cambio, la armada soviética fue purgada de todos sus elementos disidentes y completamente reorganizada, a la vez que las escuelas de cadetes navales se llenaron de miembros de la juventud comunista para asegurar un liderazgo fiel en el futuro. Al mismo tiempo, se hizo más rígida la disciplina dentro del Ejército Rojo, mientras que se abandonaron definitivamente los planes para crear una milicia popular reclutada entre voluntarios de origen campesino y obrero.[11]

Más importante aún, no se dio satisfacción ni a una sola demanda política de los rebeldes. Lo que ocurrió, más bien, fue un endurecimiento del dominio dictatorial. Las concesiones de la NPE, en verdad, se realizaron expresamente para consolidar el monopolio bolchevique del poder. En su esbozo de discurso al Décimo Congreso, observaba Lenin: "La lección de Kronstadt: en política –el estrechamiento de las filas (y el fortalecimiento de la disciplina) dentro del partido, una lucha más enérgica contra los mencheviques y los socialistas revolucionarios–; en economía –satisfacer en la medida de lo posible al campesinado medio–".[12] Por consiguiente, quedó paralizada la iniciativa popular y los soviets libres fueron un sueño frustrado.

El Estado se rehusó a restablecer la libertad de expresión, de prensa y de reunión, como lo requería la resolución del Petropavlosvk, o a liberar a los socialistas y anarquistas acusados de crímenes políticos. Lejos de verse llevados a formar un gobierno de coalición de soviets revitalizados, los bolcheviques suprimieron metódicamente a los partidos del ala izquierda. En la noche del 17 de marzo, por una melancólica coincidencia, mientras el Comité Revolucionario de Kronstadt huía a través del hielo hacia Finlandia, el depuesto gobierno menchevique de Georgia, el último de su clase en Rusia Soviética, dejó el puerto de Batum ubicado en el Mar Negro y partió para el exilio en Europa occidental.[13] Durante la Guerra Civil, los bolcheviques, amenazados por todas partes por los Blancos, habían permitido que los partidos prosoviéticos de izquierda tuvieran una precaria existencia bajo un acoso y vigilancia continua. Después de Kronstadt ya no se toleró ni siquiera eso. Toda pretensión de oposición legal se abandonó en mayo de 1921, cuando Lenin declaró que el lugar apropiado para los socialistas rivales era la cárcel o el exilio, junto con los Guardias Blancos.[14] Una nueva oleada de represiones cayó sobre los mencheviques, sobre los socialistas revolucionarios y los anarquistas, a los cuales las autoridades acusaron de complicidad en la revuelta. A los más afortunados se les permitió emigrar, pero millares de ellos fueron barridos por las redes de la Cheka y desterrados al lejano norte, Siberia y Asia Central. A fines del año los remanentes activos de la oposición política habían sido silenciados o llevados a la clandestinidad, y la consolidación del dominio unipartidario era casi completa. Así Kronstadt, como todas las revueltas fracasadas contra regímenes autoritarios, logró el fin opuesto al que se proponía: en lugar de una nueva era de autogobierno popular, la

dictadura comunista se consolidó sobre el país más firmemente que nunca.

El robustecimiento del dominio bolchevique fue acompañado por una tendencia a terminar con las divisiones dentro del partido mismo. Lejos de conceder la "democracia partidaria", Lenin anunció que debían cesar de inmediato las querellas de facciones para que el régimen pudiera sobrevivir a la crisis por la que pasaba. "Ha llegado el tiempo –dijo al Décimo Congreso– de poner fin a la oposición, de terminar con ella; hemos tenido bastante oposición."[15] Lenin utilizó a Kronstadt como garrote para golpear a los opositores y forzarlos a la sumisión, al insinuar que las críticas realizadas por éstos a las políticas del partido habían alentado a los rebeldes a tomar las armas contra el gobierno.[16] Sus puntos de vista encontraron fuerte apoyo entre sus oyentes, que compartían sus temores de que una revuelta de masas pudiera desalojarlos del poder. "En la época actual –declaró un orador– hay tres facciones en el partido, y este Congreso debe decir si seguiremos tolerando tal situación. En mi opinión, no podemos ir contra el general Kozlovsky con tres facciones, y así debe declararlo el Congreso del partido."[17] Los delegados asintieron rápidamente. En una resolución redactada en enérgicos términos aprobaron la condenación del programa de la Oposición de los Obreros como una "desviación sindicalista y anarquista" respecto de la tradición marxista. Una segunda resolución, "Sobre la unidad partidaria", citaba a Kronstadt como ejemplo del modo en que las disputas internas podían ser explotadas por las fuerzas de la contrarrevolución, y solicitaba la disolución de todas las facciones y agrupamientos dentro del partido. Su cláusula final, mantenida en secreto por casi tres años, dio al Comité Central

poderes extraordinarios para expulsar a los miembros disidentes de las filas partidarias.[18] Inmediatamente después, Lenin ordenó una purga del partido "de arriba abajo" para eliminar elementos no confiables. A fines del verano se había excluido a casi un cuarto del total de los miembros.

Para los libertarios con sensibilidad como Alexander Berkman, Kronstadt fue una experiencia que los hizo meditar y los llevó a reexaminar la teoría y la praxis bolchevique. Sin embargo el levantamiento, pese a todos sus aspectos dramáticos y trágicos, no impresionó a muchas otras personas de la época como un evento decisivo. No desempeñó ningún papel fundamental en la determinación de las políticas del régimen de Lenin; el viraje hacia una relajación en las cuestiones exteriores e internas se había venido preparando desde fines de la Guerra Civil. Su importancia residía más bien, principalmente, en que era símbolo de una crisis social más amplia –la transición del Comunismo de Guerra a la NPE–, que Lenin en un discurso dirigido al Cuarto Congreso del Comintern calificó como la más grave de la historia soviética.[19] Pero cuando el transcurrir del tiempo trajo una nueva era de totalitarismo estalinista, la revuelta adquirió también nueva significación. "En verdad –escribió Emma Goldman en 1938, en el momento culminante de la gran purga– las voces estranguladas en Kronstadt han crecido de volumen durante estos diecisiete años." "Qué lástima –agregaba– que el silencio de los muertos hable a veces en voz más alta que la de los vivos."[20]

Desde la perspectiva de los juicios de Moscú y del régimen estalinista de terror, muchos vieron a la rebelión como una

encrucijada fatal en la historia de la Revolución Rusa, que señaló el triunfo de la represión burocrática y la derrota final de la forma descentralizada y libertaria de socialismo.

Esto no equivale a decir que el totalitarismo soviético haya comenzado con la represión de Kronstadt, ni siquiera que fuera ya inevitable en esa época. "Se ha dicho a menudo –observó Víctor Serge– que 'el germen del estalinismo estaba en el bolcheviquismo en sus comienzos'. Pues bien, no tengo nada que objetar. Sólo que los bolcheviques contenían muchos otros gérmenes –una gran cantidad de otros gérmenes– y quienes asistieron al entusiasmo de los primeros años de la primera revolución victoriosa no deberían olvidarlo. ¿Es muy sensato juzgar al hombre viviente por los gérmenes de muerte que la autopsia revela en un cadáver, y que éste puede haber llevado consigo desde su nacimiento?"[21] En otras palabras, al principio de la década de 1920 la sociedad soviética tenía abiertos ante sí una cantidad de caminos diferentes. Sin embargo, como acentuó Serge mismo, siempre había estado presente en la teoría y la praxis bolchevique una pronunciada veta autoritaria. El elitismo innato de Lenin, su insistencia en el liderazgo centralizado y la estricta disciplina partidaria, su represión de las libertades civiles y la sanción del terror, todo esto dejó una profunda huella en el futuro desarrollo del Partido Comunista y del Estado soviético. Durante la Guerra Civil Lenin había tratado de justificar estas políticas como expedientes a corto plazo requeridos por una situación de emergencia. Pero esa emergencia no iba a terminar nunca, y entretanto se iba construyendo el aparato para un futuro régimen totalitario. Con la derrota de Kronstadt y la liquidación de la oposición del ala izquierda, pasó a la historia la última demanda efectiva de

que se instalara una democracia de trabajadores. En lo sucesivo el totalitarismo, si no inevitable, sería una eventualidad probable.

En 1924 murió Lenin, y la dictadura bolchevique se sumió en una tremenda lucha por el poder. Tres años más tarde se alcanzó un clímax cuando el Comité Central, invocando la cláusula secreta de la resolución del Décimo Congreso sobre unidad partidaria, expulsó a Trotsky del partido e inmediatamente después lo envió al exilio. Por una ironía del destino, cuando Trotsky formó su propia oposición contra la tiranía y el burocratismo de Stalin, los socialistas libertarios levantaron contra él el fantasma de Kronstadt y le recordaron el rol que había desempeñado en el aplastamiento de la rebelión. En respuesta a sus críticas, Trotsky trató de demostrar que él no había estado directamente implicado. "El hecho concreto –escribió en 1938– es que yo no tuve personalmente ni la más mínima participación en la pacificación del levantamiento de Kronstadt o en las represiones que siguieron".[22] Durante todo el asunto, insistía Trotsky, él permaneció en Moscú; Zinoviev manejó las cosas en Petrogrado, y las represiones fueron obra de la Cheka, dirigida por Dzerzhinsky, que no hubiera permitido interferencia de ningún sector.

En todo caso, dijo, la rebelión tenía que ser aplastada. Los idealistas han acusado siempre a la revolución de "excesos", pero éstos, en verdad, "nacen de la naturaleza misma de las revoluciones, que son en sí mismas 'excesos' de la historia. Kronstadt no fue sino una reacción armada de la pequeña burguesía contra la dureza de la revolución social y la severidad

de la dictadura proletaria". Si los bolcheviques no hubieran actuado con rapidez, la revuelta podía haberlos derribado y abierto las compuertas de la contrarrevolución. ¿Acaso negaban sus críticos al gobierno el derecho de defenderse o de disciplinar a sus propias fuerzas armadas? ¿Podría cualquier gobierno tolerar un motín militar en su seno? ¿Teníamos que lanzar por el aire nuestro poder sin intentar ninguna clase de lucha? Lo que los bolcheviques hicieron en Kronstadt, concluía Trotsky, fue una "necesidad práctica".[23]

Pero sus críticos no estaban convencidos. Pese a todas sus afirmaciones en contrario, Trotsky, como comisario de Guerra y presidente del Consejo Revolucionario de Guerra, asumió en verdad la responsabilidad general por la represión de Kronstadt. Fue por cierto a Petrogrado, donde emitió el ultimátum del 5 de marzo; también visitó Oranienbaum y Krasnaya Gorka, y desempeñó una parte no pequeña en la supervisión de los preparativos militares comunistas, si no un rol tan crucial como el de Zinoviev y Tujachevsky. Además, como señaló Dwight MacDonald, Trotsky nunca contestó al cargo de que los bolcheviques manejaron la revuelta con innecesaria intransigencia y brutalidad. ¿En qué medida intentaron seriamente lograr un arreglo pacífico? Si era cierto que los Blancos habrían aprovechado las divisiones internas del partido, ¿no eran aun mayores los peligros de una dictadura hermética, aislada de la presión de las masas? ¿Habría podido la pandilla estalinista usurpar tan fácilmente el control de un partido si éste hubiera admitido una mayor participación de las masas y una mayor libertad de la oposición del ala izquierda?[24] En un tono similar, Anton Ciliga desafió la afirmación bolchevique de que si no se hubiera sometido a Kronstadt, ésta

habría desatado las fuerzas de la reacción. Es posible, concedía Ciliga, pero lo cierto es que la revolución murió en 1921.[25]

Al final, los vencedores de Kronstadt cayeron víctimas del sistema que habían ayudado a crear. Trotsky y Zinoviev fueron condenados como "enemigos del pueblo" que habían fomentado deliberadamente la contrarrevolución. "El judas Trotsky", declaraba un panfleto soviético de 1939, había llenado a Kronstadt de sus propios serviles, incluidos bandidos y Guardias Blancos, mientras creaba deliberadamente una cortina de humo con el problema de los sindicatos. Otra obra estalinista echaba la culpa de la revuelta a "Tujachevsky, protegido de Trotsky y comandante del Séptimo Ejército", y al "viejo trotskista Raskolnikov", jefe de la flota del Báltico. Para dar cuenta de los traidores, decía, el partido envió al "verdadero leninista" y camarada de armas de Stalin, Kliment Voroshilov (que en realidad desempeñó un papel menor como comisario en el frente de Kronstadt).[26]

La revolución devoró a quienes la hicieron, uno por uno. Zinoviev, Tujachevsky y Dybenko fueron fusilados en la Gran Purga; Trotsky fue asesinado en México por un agente de la policía secreta soviética; Raskolnikov y Lasevich se suicidaron. Muchos de los delegados del partido que fueron a Kronstadt, incluidos Piatakov, Zatonsky y Bubnov, desaparecieron en las prisiones de Stalin. Kalinin fue casi el único que murió de muerte natural en 1946. Pero los mártires de Kronstadt sobrevivieron, entronizados en la memoria del pueblo como los hijos inocentes de la revolución.[27]

NOTAS

1 Berkman, *The Kronstadt Rebellion,* págs. 39–40. Un autor menchevique hizo la misma observación, en *Sotsialisticheskii Vestnik,* 5 de abril de 1921, pág. 5. Como dijo Marx una vez: "Estar a la defensiva es la muerte de cualquier levantamiento armado".

2 Lenin, *Polnoe sobranie sochinenii,* XVI, 452–53.

3 *Ibid.,* XIII, 333. Cf. Carr, *The Bolshevik Revolution,* II, 280–82.

4 Slepkov, *Kronshtadtskii miatezh,* pág. 15.

5 Lenin, *Polnoe sobranie sochinenii,* XLIII, 138, 387.

6 Véase Carr. *The Bolshevik Revolution,* II, 277–79.

7 *Desiatyi s' 'ezd RKP(b),* pág. 404.

8 *Ibid.,* pág. 413.

9 *Ibid..* pág. 468. Respecto de la decisión de abolir las requisiciones forzadas, véase *ibid.,* págs. 608–609.

10 *Ibid.,* págs. 37–38, 406. Cf. Schapiro, *The Origin of the Communist Autocracy,* pág. 311.

11 Pukhov, *Kronshtadtskii miatezh,* págs. 185–205; White, *The Growth of the Red Army,* págs. 191–93, 246–49.

12 *Desiatyi s' 'ezd RKP(b),* pág. 625.

13 Boldin, "Men'sheviki v Kronshtadtskom miatezhe", *Krasnaia Letopis',* 1931, N° 3, pág. 28; Katkov, "The Kronstadt Rising", *St. Antony' s Papers,* N° 6, pág. 13.

14 Lenin, *Polnoe sobranie sochinenii,* XLIII, 241.

15 *Desiatyi s' 'ezd RKP(b),* pág. 118; Schapiro, *The Origin of the Communist Autocracy,* pág. 316.

16 *Desiatyi s' 'ezd RKP(b),* págs. 34–35.

17 *Ibid.,* pág. 276.

18 *Ibid.,* págs. 571–76.

19 *Degras (comp.), The Communist International,* I, 213.

20 Goldman, *Trotsky Protests Too Much,* pág. 7.

21 *Serge, Memoirs of a Revolutionary,* págs. XV–XVI.

22 L. Trotskii, "Eshche ob usmirenii Kronshtadta", *Biulleten' Oppozitsii,* octubre de 1938, pág. 10; *The New International,* agosto de 1938, págs. 249–50.

23 Trotsky, "Hue and Cry Over Kronstadt", *The New International,* abril de 1938,

págs. 103–105; Trotsky, *Stalin*, Nueva York, 1946, pág. 337. La observación de Trotsky, de que los excesos "provienen de la naturaleza misma de las revoluciones", recuerda el dicho de Engels, de que una revolución es "la cosa más autoritaria que se pueda imaginar".

24 *The New International, julio* de 1938, págs. 212–13.

25 Anton Ciliga, *The Kronstadt Revolt*, Londres, 1942, pág. 13.

26 *Bol'shaia sovetskaia entsiklopediia*, 1ª ed., XXXV, 222; 2a ed., XXIII, 484; O. Leonidov, *Likvidatsiia Kronshtadtskogo miatezha (mnart* 1921 g.), Moscú, 1939, págs. 8–9, 139; K. Zhakovshchikov, *Razgrom Kronshtadtskogo kontrrevoliutsionnogo miatezha v* 1921 *godu*, Leningrado, 1941, pág. 62. Cf. Abramovitch, *The Soviet Revolution*, pág. 209.

27 Cf. Mett, *La Commune de Cronstadt*, pág. 6; e I. N. Steinberg, *In the Workshop of the Revolution*, Nueva York, 1953, pág. 300.

Valerio Isca, Paul Avrich y Federico Arcos (Nueva York, 1989)

Rudolf Rocker al fondo

APÉNDICES

APÉNDICE A

MEMORÁNDUM SOBRE LA CUESTIÓN DE LA ORGANIZACIÓN DE UN LEVANTAMIENTO EN KRONSTADT*

Máximo secreto. 1921

Información emanada de Kronstadt obliga a creer que durante la próxima primavera se producirá un levantamiento en Kronstadt. Si su preparación recibe alguna ayuda exterior, se puede contar enteramente con el éxito del levantamiento, que se verá favorecido por las siguientes circunstancias:

En el momento actual, están concentrados en el puerto de Kronstadt todos los buques de la flota del Báltico, que aún conservan importancia militar. A este respecto, la fuerza predominante de Kronstadt reside en los marineros de la flota en actividad, así como en los marineros que cumplen tareas en tierra, en la fortaleza de Kronstadt. Todo el poder está concentrado en manos de un pequeño grupo de marineros comunistas (el soviet local, la cheka, el Tribunal Revolucionario, los comisarios y las organizaciones colectivas partidarias de los buques, etcétera). El resto de la guarnición y los obreros de Kronstadt no desempeñan un papel significativo. Entretanto, se

pueden observar entre los marineros abundantes e inconfundibles signos de descontento de masa respecto del orden existente. Los marineros se unirán en forma unánime a las filas de los insurgentes, una vez que un pequeño grupo de personas tome el poder en Kronstadt mediante una acción rápida y decisiva. Entre los marineros ese grupo ya se ha formado, y está listo para realizar con eficacia las más enérgicas acciones.

El gobierno soviético está bien informado acerca de la actitud hostil de los marineros. A este respecto, el gobierno ha previsto que la disponibilidad de alimentos en Kronstadt sólo alcance para una semana por vez, mientras que anteriormente los embarques alcanzaban para todo un mes.

Tan grande es la desconfianza de las autoridades soviéticas hacia los marineros que se ha asignado un regimiento de infantería del Ejército Rojo para que vigile las rutas hacia Kronstadt a través del hielo que cubre en la actualidad al golfo de Finlandia. Pero en caso de un levantamiento, este regimiento no podrá ofrecer ninguna resistencia seria a los marineros, pues si el movimiento se prepara en forma adecuada el regimiento será tomado desprevenido por los marineros.

Al apoderarse del mando sobre la flota y las fortificaciones de Kronstadt misma la rebelión se asegurará el ascendiente sobre los otros fuertes no situados en la vecindad inmediata de la isla de Kotlin. La artillería de estos fuertes tiene un ángulo de tiro que no le permitirá disparar contra Kronstadt, mientras que las baterías de Kronstadt son capaces de dirigir su fuego contra los

fuertes (el fuerte “Obruchev”, que se rebeló en mayo de 1919, se rindió media hora después que las baterías de Kronstadt abrieron fuego contra él).

La única resistencia militar concebible contra el levanta miento, inmediatamente después que éste haya comenzado, sería el que podrían oponer los bolcheviques al abrir fuego contra Kronstadt desde las baterías de Krasnaya Gorka (el fuerte situado en el continente, en la costa sur del golfo de Finlandia). Pero la artillería de Krasnaya Gorka carece totalmente de poder frente a la de los buques y baterías de Kronstadt. En los barcos de Kronstadt hay por lo menos 32 cañones de 12 pulgadas y 8 cañones de 10 pulgadas (sin contar los de menor calibre, sobre cuyo estado no se dispone de información fidedigna). En Krasnaya Gorka hay solamente 8 cañones de 12 pulgadas y 4 de 8 pulgadas; el resto de los cañones de Krasnaya Gorka es de calibre insuficiente como para poder dañar a Kronstadt. Además, todo el abastecimiento de proyectiles de artillería de Kronstadt, Krasnaya Gorka y la flota del Báltico se conserva en los polvorines de Kronstadt y estará, por lo tanto, en manos rebeldes.

Por ende, los bolcheviques no podrán reprimir el levantamiento de Kronstadt mediante fuego de artillería de sus baterías de Krasnaya Gorka. Por el contrario, debemos suponer que en caso de un duelo de artillería entre Krasnaya Gorka y Kronstadt, vencerá esta última (el levantamiento de Krasnaya Gorka en mayo [junio] de 1919 fue reprimido por Kronstadt después de un bombardeo de cuatro horas que destruyó todos los edificios de la región de Krasnaya Gorka –los bolcheviques mismos prohibieron disparar directamente contra las baterías

de Krasnaya Gorka, con el fin de preservarlas para su uso posterior–).

Por lo dicho más arriba, resulta claro que existen circunstancias excepcionalmente favorables para que tenga éxito un levantamiento en Kronstadt: 1) la presencia de un grupo fuertemente articulado de enérgicos organizadores del levantamiento; 2) una correspondiente inclinación hacia la rebelión entre los marineros; 3) la pequeña región de operaciones delimitada por los estrechos contornos de Kronstadt, que asegurará el éxito total del levantamiento; y 4) la posibilidad de preparar la rebelión en pleno secreto, debido al aislamiento de Kronstadt respecto de Rusia y a la homogeneidad y solidaridad que reina entre los marineros.

Si la rebelión tiene éxito, los bolcheviques, sin buques listos para el combate fuera de Kronstadt ni la posibilidad de concentrar artillería de tierra de suficiente poder como para silenciar a las baterías de Kronstadt (particularmente en vista de que las de Krasnaya Gorka no pueden contra ellas), no estarán en condiciones de tomar Kronstadt mediante bombardeos desde la costa o con una acción de desembarco coordinado de tropas.[1] Hay que observar, además, que la fortaleza de Kronstadt y la flota operativa están equipadas con artillería destinada a contener las invasiones, en número tan abundante como para crear una cortina impenetrable de fuego. Si se desea llevar a cabo un desembarco es necesario silenciar primero esa artillería, tarea que los bolcheviques no tendrán la capacidad de realizar en vista del apoyo que los cañones pesados de Kronstadt y de su flota darán a la artillería contra las invasiones.

Visto lo dicho más arriba, la situación militar de Kronstadt a continuación de la revuelta puede considerarse como completamente segura, y la base podrá resistir tanto como sea necesario.

Sin embargo, las condiciones internas de vida después de la rebelión pueden resultar fatales para Kronstadt. La comida sólo bastará para unos pocos días después del levantamiento. Si Kronstadt no es abastecida inmediatamente después de producido el movimiento, y no se asegura adecuadamente la provisión futura, el hambre inevitable forzará a Kronstadt a someterse nuevamente a la autoridad de los bolcheviques. Las organizaciones antibolcheviques rusas no son bastante fuertes para resolver este problema alimentario y se ven forzadas a solicitar ayuda al gobierno francés.

Para evitar toda demora en el abastecimiento alimentario de Kronstadt inmediatamente después del levantamiento, es necesario que antes del tiempo señalado se embarquen en buques de transporte abastecimientos apropiados de alimentos, y tales buques esperan órdenes en puertos del mar Báltico para seguir a Kronstadt.

Aparte de la rendición de Kronstadt a los bolcheviques en caso de que no se la provea de alimentos, surge el peligro de una quiebra de la moral entre los rebeldes mismos, como resultado de lo cual podría restablecerse la autoridad bolchevique en Kronstadt. Tal quiebra moral sería inevitable si los marineros insurgentes no recibieran seguridades de simpatía y apoyo del exterior, en particular del Ejército ruso comandado por el general Wrangel, y también si los marineros

se sintieran aislados del resto de Rusia al percibir la imposibilidad de que se extienda la rebelión para lograr el derrocamiento del poder soviético en Rusia misma.

A este respecto, sería extremadamente deseable que en el tiempo más breve posible después de realizado el levantamiento lleguen a Kronstadt algunas naves francesas, como símbolo de la presencia de la ayuda francesa. Aun más deseable sería la llegada a Kronstadt de algunas unidades del Ejército ruso. Para la selección de tales unidades debería darse preferencia a la flota rusa del Mar Negro, surta ahora en Bizerta, pues la llegada de marineros del Mar Negro en ayuda de sus camaradas de la flota del Báltico provocaría un incomparable entusiasmo entre estos últimos.

También debe tenerse presente que no se puede contar con la organización ordenada de la autoridad en Kronstadt, especialmente en los primeros días del levantamiento, y que a este respecto la llegada de unidades del Ejército ruso o de la flota bajo el comando del general Wrangel sería de efecto extremadamente beneficioso, en la medida en que toda la autoridad en Kronstadt pasaría automáticamente a manos de los oficiales de rango de estas unidades.

Además, si suponemos que se lanzarán operaciones militares desde Kronstadt para derrocar a la autoridad soviética en Rusia, se requeriría también para este propósito que acudieran a Kronstadt las fuerzas armadas rusas del general Wrangel. Respecto de esto, es apropiado mencionar que para tales operaciones –o meramente para la amenaza de realizarlas– Kronstadt puede servir como una base invulnerable. El objetivo

más cercano de acción desde Kronstadt sería la indefensa ciudad de Petrogrado, cuya conquista significaría haber ganado la mitad de la batalla contra los bolcheviques.

Sin embargo, si por alguna razón se estimara indeseable realizar además en un futuro cercano una campaña desde Kronstadt contra la Rusia soviética, entonces el hecho de que Kronstadt haya sido fortificada con tropas rusas antibolcheviques, que actuarían en coordinación con el comando francés, tendría aún considerable significación en el desarrollo de la situación militar y política general en Europa durante el curso de la próxima primavera.

Sin embargo, es necesario tener presente que si el éxito inicial del levantamiento de Kronstadt se malogra por el inadecuado abastecimiento de la ciudad con alimentos, o debido a la desmoralización de los marineros del Báltico o de la guarnición de Kronstadt por falta de apoyo moral y militar, se producirá entonces una situación en que la autoridad soviética no se verá debilitada sino fortalecida, y sus enemigos desacreditados.

En vista de lo dicho, las organizaciones antibolcheviques rusas tendrían que sostener la posición de que deben abstenerse de contribuir al éxito de la rebelión en Kronstadt si no tienen la plena seguridad de que el gobierno francés ha decidido dar los pasos necesarios a este respecto, en particular: 1) hacerse cargo de la provisión de apoyo financiero para la preparación del levantamiento, cuyo éxito requeriría una suma extremadamente pequeña, quizás alrededor de los 200.000 francos; 2) hacerse cargo de la financiación ulterior de

Kronstadt, luego de producido el vuelco de la situación; 3) proveer al abastecimiento alimentario de Kronstadt y asegurar que arriben a la ciudad las primeras entregas de alimentos inmediatamente después del pronunciamiento, y 4) declarar su acuerdo con la llegada a Kronstadt, después de la revuelta, de buques de guerra franceses y también de unidades terrestres y navales de las fuerzas armadas del general Wrangel.

En vinculación con lo antedicho, no se debe olvidar que aun en el caso de que el comando francés y las organizaciones antibolcheviques rusas no tomen parte en la preparación y dirección del levantamiento, éste se producirá igualmente en la próxima primavera, pero luego de un breve período de éxito estará condenado al fracaso. Tal hecho fortalecería grandemente el prestigio de la autoridad soviética y privaría a sus enemigos de una oportunidad muy rara –que probablemente no se repetirá– de apoderarse de Kronstadt e infligir al bolcheviquismo el más severo de los golpes, del cual no se recuperará.

Si el gobierno francés estuviera de acuerdo en principio con las consideraciones formuladas más arriba, sería deseable que designara a una persona con la cual puedan entrar en acuerdos más detallados los representantes de los organizadores de la rebelión, y a la cual puedan comunicar los detalles del plan del levantamiento y demás acciones, así como proporcionar información más exacta respecto de los fondos requeridos para la organización y demás financiación del movimiento.

APÉNDICE B

POR QUÉ ESTAMOS LUCHANDO *

Después de realizar la Revolución de Octubre, la clase trabajadora había esperado lograr su emancipación. Pero el resultado fue un esclavizamiento aun mayor de la personalidad humana. El poder de la policía y de la monarquía gendarme pasó a manos de los usurpadores comunistas, que en lugar de dar libertad al pueblo le infundieron el constante temor de caer en las cámaras de tortura de la Cheka, que excedieron de lejos por sus horrores a la administración gendarme del régimen zarista. Las bayonetas, las balas y las torvas órdenes de *los oprichniki* de la Cheka es lo que obtuvieron los trabajadores de Rusia soviética luego de mucha lucha y sufrimiento. El glorioso emblema del Estado de los trabajadores –la hoz y el martillo– ha sido reemplazado de hecho por la bayoneta y la reja carcelaria por las autoridades comunistas, con el fin de mantener la tranquilidad y despreocupada vida de la nueva burocracia de comisarios y funcionarios comunistas.

Pero lo más infame y criminal de todo es la servidumbre moral que inauguraron los comunistas: pusieron también sus manos en el mundo íntimo de los trabajadores forzándolos a pensar a la manera comunista. Con ayuda de los sindicatos burocratizados ligaron a los obreros a sus bancos de trabajo, de modo que la tarea se transformó no en un motivo de alegría sino en una nueva forma de esclavitud. A las protestas de los

campesinos, expresadas en levantamientos espontáneos, y a las de los obreros, cuyas condiciones de vida los impulsaron a la huelga, respondieron con ejecuciones masivas y derramamiento de sangre, en las cuales no los sobrepasaron ni siquiera los generales zaristas. La Rusia de los trabajadores, que fue la primera en alzar la bandera roja de la emancipación del trabajo, está empapada en la sangre de los martirizados por la gloria de la dominación comunista. En este mar de sangre los comunistas están ahogando todas las grandes y brillantes promesas y consignas de la revolución de los trabajadores. El cuadro ha adquirido perfiles cada vez más netos, y ahora está claro que el Partido Comunista ruso no es el defensor de los trabajadores como pretende ser. Los intereses del pueblo trabajador le son ajenos. Obtenido el poder, sólo teme perderlo, y por lo tanto estima aceptables todos los medios: la calumnia, la violencia, el engaño, el asesinato, la venganza sobre las familias de los rebeldes.

La larga y sufrida paciencia de los trabajadores está llegando a su término. Aquí y allá la tierra se va iluminando con los fuegos de la insurrección, en una lucha contra la opresión y la violencia. Han comenzado las huelgas obreras, pero los agentes de la *okhrana* bolchevique no están dormidos y han tomado todas las medidas para prevenir y reprimir la inevitable tercera revolución. Pero sin embargo ésta ha llegado, y la están realizando las manos de los trabajadores mismos. Los generales del comunismo ven claramente que es el pueblo el que se ha levantado, convencido de que se han traicionado las ideas del socialismo. Sin embargo, como tiemblan por su piel y se dan cuenta de que no escaparán de la cólera de los trabajadores, tratan aún, con ayuda de sus *oprichniki,* de

aterrorizar a los rebeldes amenazándolos con la prisión, los pelotones de fusilamiento y otras atrocidades. Pero la vida bajo el yugo de la dictadura comunista se ha vuelto más terrible que la muerte.

El pueblo trabajador sublevado comprende que no hay un punto medio en la lucha contra los comunistas y la nueva servidumbre que éstos instauraron. Hay que ir hasta el fin. Los comunistas quieren aparecer como haciendo concesiones: en la provincia de Petrogrado fueron retirados los destacamentos camineros y se adjudicaron 10 millones de rublos oro para la adquisición de alimentos en el exterior. Pero no hay que engañarse, pues por detrás de este cebo se oculta la mano de hierro del señor, el dictador, que piensa recuperar cien veces sus concesiones cuando se restablezca la calma.

No, no puede haber ningún punto medio. ¡Victoria o muerte! El ejemplo lo está dando Kronstadt Roja, amenaza para los contrarrevolucionarios de derecha e izquierda. Allí se ha dado el nuevo paso adelante en la revolución. Allí se alzó la bandera de la rebelión contra una violencia y opresión del dominio comunista que ya lleva tres años y que ha eclipsado al yugo de trescientos años del monarquismo. Allí en Kronstadt se ha puesto la primera piedra de la tercera revolución, rompiendo las últimas cadenas de las masas laboriosas y abriendo un nuevo y amplio camino para la creatividad socialista.

Esta nueva revolución levantará también a las masas trabajadoras del este y del oeste, pues servirá como ejemplo de la nueva construcción socialista, por oposición a la “creatividad” burocrática comunista. Las masas trabajadoras

del exterior verán con sus propios ojos que todo lo creado hasta ahora aquí por la voluntad de los obreros y campesinos no era socialismo. Sin un solo tiro, sin derramar una sola gota de sangre, se ha dado el primer paso. Los trabajadores no necesitan sangre. Sólo la verterán en un momento de autodefensa. Pese a todos los actos ultrajantes de los comunistas, tenemos bastante moderación para limitarnos sólo a aislarlos de la vida pública, de modo que su agitación maliciosa y falsa no obstaculice nuestro trabajo revolucionario.

Los obreros y campesinos marchan sin cesar adelante, dejando tras de sí a la Asamblea Constituyente con su régimen burgués, y a la dictadura del partido comunista con su Cheka y su capitalismo de Estado, cuyo lazo corredizo rodea el cuello de las masas trabajadoras y amenaza estrangularlas. La presente contingencia da por fin a los trabajadores la oportunidad de tener sus soviets libremente elegidos, que funcionen sin la más mínima presión partidaria, y de reconstruir sus sindicatos burocratizados transformándolos en asociaciones libres de obreros, campesinos e *intelligentsia* trabajadora. Se ha quebrado, finalmente, el garrote de vigilante de la autocracia comunista.

Apéndice C

Socialismo entre comillas*

Al hacer la Revolución de Octubre los marineros y los soldados rojos, los obreros y los campesinos vertieron su sangre por el poder de los soviets, por la creación de una República de trabajadores. El partido comunista prestó estrecha atención a las actitudes de las masas. Al inscribir en su bandera seductoras consignas que agitaron a los trabajadores, logró atraerlos a su campo y les prometió conducirlos a un brillante reino del Socialismo, que sólo los bolcheviques sabían cómo erigir.

Naturalmente, una alegría sin límites se apoderó de obreros y campesinos. “Por fin la esclavitud que hemos soportado bajo el yugo de los terratenientes y los capitalistas se está transformando en una leyenda”, pensaron. Parecía que hubiera llegado la época del trabajo libre en los campos, fábricas y talleres. Parecía como si todo el poder hubiera pasado a manos de los trabajadores.

La habilidosa propaganda llevó a los hijos del pueblo trabajador a integrar las filas del partido, donde fueron aherrojados por una severa disciplina. Luego, cuando los comunistas se sintieron suficientemente fuertes, primero desalojaron del poder a los socialistas de otras tendencias; después apartaron a los obreros y campesinos mismos del timón de la barca del Estado, mientras continuaban gobernando el país en su nombre. Los comunistas sustituyeron

ese poder que usurparon por el dominio arbitrario de los comisarios sobre el cuerpo y el alma de los ciudadanos de Rusia soviética. Contra toda razón y contra la voluntad de los trabajadores, comenzaron a construir tenazmente el socialismo de Estado, con esclavos en lugar de trabajadores libres.

Luego de desorganizar la producción bajo el sistema de "control por los obreros", los bolcheviques procedieron a nacionalizar las fábricas y talleres. Los trabajadores se transformaron de esclavos de los capitalistas en esclavos de las empresas estatales. Pronto esto no fue suficiente, y entonces planearon introducir el método de trabajo acelerado al máximo: el sistema de Taylor. Todo el campesinado trabajador fue declarado enemigo del pueblo e identificado con los kulaks. Con gran energía los comunistas se dieron a la tarea de arruinar a los campesinos, ocupándose ellos mismos de crear granjas estatales –las estancias del nuevo terrateniente, el Estado–. Esto es lo que los campesinos han recibido del socialismo de los bolcheviques en lugar del libre uso de las tierras que acababan de conquistar. A cambio del cereal incautado y las vacas y caballos confiscados, recibieron incursiones de la Cheka y pelotones de fusilamiento. ¡Excelente sistema de intercambio en un Estado de trabajadores: plomo y bayonetas por pan!

La vida de los ciudadanos se volvió desesperadamente monótona y rutinaria. Uno vivía de acuerdo con las tablas cronológicas fijadas por la autoridad que correspondiera. En lugar del libre desarrollo de la personalidad individual y de una vía de trabajo libre, surgió una esclavitud extraordinaria y sin precedentes. Todo pensamiento independiente, toda crítica

justa a los actos de los gobernantes criminales se transformaron en un delito castigado con la prisión, y a veces incluso con la ejecución. En una “sociedad socialista” comenzó a florecer el castigo capital, esa profanación de la dignidad humana.

Tal es el brillante reino del socialismo al cual nos ha llevado la dictadura del Partido Comunista. Hemos obtenido el socialismo de Estado con soviets de funcionarios que votan obedientes de acuerdo con los dictados del comité del partido y sus infalibles comisarios. El lema “quien no trabaje no comerá”, fue distorsionado por el nuevo orden “soviético” y transformado en “Todo para los comisarios”. Para los obreros y campesinos y la *intelligentsia* trabajadora sólo queda el trabajo descolorido y sin descanso en un ambiente carcelario.

La situación se ha vuelto intolerable, y Kronstadt Revolucionaria fue la primera en romper las cadenas y los barrotes de hierro de esta prisión. Está luchando por un tipo diferente de socialismo, por una República Soviética de trabajadores, en la cual el productor mismo será el único dueño y podrá disponer de sus productos como le parezca adecuado.

NOTAS

*“Dokladnaia zapiska po voprosu ob organizatsii vosstaniia v Kronshtadte”, manuscrito, Columbia Russian Archive. (Traducido por el autor.)

1 El autor del memorándum supone que la sublevación ocurrirá después de derretido el hielo.

* “Za chto my boremsia”, *Izvestiia Vremennogo Revoliutsionnogo Komiteta*, marzo 8 de 1921, en *Pravda o Kronshtadte*, págs. 82–84. (Traducido por el autor.)

* “Sotsializm v kavyehkakh”, *Izvestiia Vremennogo Revoliutsionnogo Komiteta*, marzo 16 de 1921, en *Pravda o Kronshtadte*, págs. 172–74. (Traducido por el autor.)

ARCHIVOS

Archive of the Russian and East European History and Culture, Columbia University. Los archivos del Comité Nacional Ruso contienen el Memorándum Secreto sobre la organización de un levantamiento en Kronstadt ("Dokladnaia zapiska po voprosu ob organizatsii vosstaniia v Kronshtadte") y otros materiales que reflejan las actividades de los emigrados en la época de la rebelión. Además, el Archivo de Columbia alberga una cantidad de valiosas memorias y documentos referentes a Kronstadt, escritos por contemporáneos de los hechos que vivían en Rusia. De éstos los más importantes son: G. A. Cheremshansky, "Kronshtadtskoe vosstanie, 28 fevralia–18 marta 1921"; D. Daragan y N. Zhigulev, "Kronshtadtskoe vosstanie 1921 g."; "K vospominaniiam matrosa sluzhby 1914 goda"; "Khod sobytii v Petrograde vo vremia Kronshtadtskogo vosstaniia", marzo de 1921; y "O raskrytom v Petrograde zagovorov protiv Sovetskoi vlasti", Presidium de Vecheka, 29 de agosto de 1921.

The Hoover Institution on War, Revolution, and Peace, Stanford University. Se puede encontrar mucho material importante en los archivos de M. N. Giers, V. A. Maklakov, el general E. K. Miller y el barón P. N. Wrangel. Los siguientes ítems son particularmente significativos: 1) En los Giers

Archives, las cartas del profesor D. D. Grimm a M. N. Giers, del 15 y el 31 de marzo de 1921; la carta del profesor G. T. Tseidler al presidente de la Cruz Roja Rusa, del 20 de marzo de 1921; y cartas de S. M. Petrichenko y otros al profesor Grimm y al general Wrangel, del 31 de mayo de 1921.2) En los Miller Archives, "Kak nachalos' vosstanie v Kronshtadte", 12 de marzo de 1921. 3) En la colección general de la Hoover Library, "Interv'iu s chlenami Vremennogo Revoliutsionnogo Komiteta (s matrosami 'Petropavlovska' Iakovenko, Karpenko i Arkhipovym)"; "Prichiny, povody, techenie i otsenka Kronshtadtskikh sobytii"; y "Svedeniia iz Petrograda of 12 aprelia: Kronshtadt i otgoloski ego vosstaniia", 12 de abril de 1921.

The National Archives of the United States, Washington, D.C. Hay documentos diplomáticos pertinentes en el Departamento de Estado, Records Relating to Internal Affairs of Russia and the Soviet Union, 1910–1929, File Number 861.00, especialmente los bien informados despachos de Harold B. Quarton, cónsul norteamericano en Viborg. Los más notables de éstos son: 1) dos informes del 23 de abril de 1921 al secretario de Estado: "Analysis of Foreign Assistance Rendered to the Cronstadt Revolution" y "Cause, Progress and Results of Cronstadt Events" (861.00/8619); y 2) una entrevista con Petrichenko por Edmond Stratton, periodista norteamericano en Finlandia, 19 de marzo de 1921, en Quarton to Secretary of State, abril 9 de 1921 (861.00/8470).

The Trotsky Archives, Harvard University. Estos archivos sólo contienen, lamentablemente, un ítem que se refiere directamente a la rebelión, un mensaje de Trotsky a Lenin, de

fecha 15 de marzo de 1921 (T 647), donde se señala la necesidad de disipar los “extravagantes rumores acerca de Kronstadt”. Hay, sin embargo, una cantidad de informes de primera mano sobre los levantamientos de campesinos en ese período.

Aparte de lo ya señalado, los archivos del profesor D. D. Grimm, que se conservan en París y son de propiedad privada, tienen también considerable valor, sobre todo con respecto a las actividades de los emigrados durante y después de la rebelión.

LIBROS, PANFLETOS Y ARTÍCULOS

Abramovitch, Raphael R., *The Soviet Revolution,* 1917–1939, Nueva York, 1962. Un estudio útil por un líder menchevique.

Alexander, Hunter, "The Kronstadt Revolt of 1921 and Stefan Petrichenko", *Ukrainian Quarterly, XXIII,* otoño de 1967, págs. 255–63.

Antonovshchina, Tambov, 1923. Valiosa colección de artículos y materiales sobre el movimiento de Antonov.

Anweiler, Oskar, *Die Ratebewegung in Russland,* (1905–1921), Leiden, 1958. Un estudio acerca de los soviets que señaló rumbos.

Avrich, Paul, "The Bolshevik Revolution and Workers' Control in Russian Industry", *Slavic Review, XXII,* marzo de 1963, págs. 4763.

- ,*The Russian Anarchists,* Princeton, 1967.

Balabanoff, Angelica, *Impressions of Lenin,* Ann Arbor, 1964.

- ,*My Life as a Rebel,* Nueva York, 1938. Reminiscencias de la primera secretaria de la Internacional Comunista.

Baltiiskie moriaki v podgotovke i provedenii Velikoi Oktiabr'skoi sotsialisticheskoi revoliutsii, comp. P. N. Mordvinov, Moscú, 1957.

Baltükskii Plot v Oktiabr'skoi revoliutsii i grazhdanskoi voine, comp. A. K. Drezen, Leningrado, 1932.

Barmine, Alexander, *One Who Survived,* Nueva York, 1945.

Berkman, Alexander, *The "Anti–Climax",* Berlín, 1925. Es el capítulo final del diario de Berkman, *The Bolshevik Myth.*

- ,*The Bolshevik Myth (Diary 1920–1922),* Nueva York, 1925.

Apasionantes reminiscencias de un conocido anarquista que estaba en Petrogrado en el momento del levantamiento de Kronstadt.

- ,*The Kronstadt Rebellion,* Berlín, 1922. Breve pero significativa

exposición del levantamiento desde el punto de vista anarquista.

Bogdanov, A. V., *Moriaki–baltiitsy v* 1917 g., Moscú, 1955.

Bogdanov, M. A., *Razgrom Zapadnosibirskogo kulatskoeserovskogo rniatezha* 1921 g., Tiumen, 1961.

Boldin, P. I., “Men’sheviki v Kronshtadtskom miatezhe”, *Krasnaia Letopis’,* 1931, N° 3, págs. 5–31.

Browder, R. R. y A. F. Kerensky (comp.), *The Russian Provisional Government,* 1917, 3 vols., Stanford, 1961.

Bunyan, James, *The’ Origin of Forced Labor in the Soviet State;* 19171921: *Documents and Materials,* Baltimore, 1967.

Carr, Edward Hallett, *The Bolshevik Revolution,* 1917–1923, 3 vols., Nueva York, 1951–1953. Dice poco acerca de Kronstadt, pero es un estudio monumental de la teoría y la praxis bolchevique durante el período revolucionario.

Carroll, E. Malcolm, *Soviet Communism and We’ste’rn OUpinion,* 1919–1921, Chapel Hill, 1965.

Chamberlin, William Henry, *The Russian Revolution,* 1917–1921, 2 vols., Nueva York, 1935. Una extraordinaria historia de la revolución, que conserva su valor pasados más de treinta años de la publicación original.

Ciliga, Anton, *The Kronstadt Revolt,* Londres, 1942. Breve pero penetrante análisis.

Cohn, Norman, *Warrant for Genocide,* Londres, 1967.

Crossman, Richard (comp.), *The God That Failed,* Nueva York, 1950.

Dallin, David y Boris Nicolaevsky, *Forced Labor in Soviet Russia,* New Haven, 1947.

Dan, F. I., *Dye goda skitanii (1919–1921),* Berlín, 1922. Importante memoria de un líder menchevique encarcelado en Petrogrado durante el levantamiento.

Daniels, Robert V., *The Conscience of the Revolution: Communist Opposition in Soviet Russia,* Cambridge, Mass., 1960. Estudio fundamental de los movimientos opositores dentro del partido comunista.

- , "The Kronstadt Revolt of 1921: A Study in the Dynamics of Revolution", *American Slavic and East European Review, X,* diciembre de 1951, págs. 241–54. Un útil artículo.

Degras, Jane (comp.), *The Communist International,* 1919–1943, 3 vols., Londres, 1956–1965.

Desiatyi sí'ezd RKP(b), mart 1921 goda, Moscú, 1963. Minutas del dramático Décimo Congreso del partido, que se reunió en Londres en la época de la rebelión.

Deutscher, Isaac, *The Prophet Armed: Trotsky 1879–1921,* Nueva York, 1954. El primer tomo de una bibliografía en tres tomos, que ya es clásica.

- ,*Soviet Trade Unions,* Londres, 1950. Tiene un buen examen breve de la controversia sindical de 1920–1921.

Dewar, Margaret, *Labour Policy in the USSR, 1917–1928,* Londres, 1956.

Dukes, Paul, *Red Dusk and the Morrow,* Nueva York, 1922.

- ,*The Story of "ST* 25", Londres, 1938.

Dybenko, P. E., *Iz nedr tsarskogo flota k velikomu Oktiabriu,* Moscú, 1928.

Erickson, John, *The Soviet High Command,* Londres, 1962. Una extraordinaria historia del surgimiento de las fuerzas armadas soviéticas.

Fainsod, Merle, *Smolensk under Soviet Rule,* Cambridge, Mass., 1958.

Fedeli, Ugo, *Dalla insurrezione dei contadini in Ucraina alla rivolta Cronstadt,* Milán, 1950.

Fischer, Louis, *The Soviets in World Affairs, 2* vols., Princeton, 1951.

Fisher, Harold *H., The Famine in Soviet Russia,* 1919–1923, Nueva York, 1927.

Flerovskii, *I. P., Bol'shevitskü Kronshtadt v 1917 godu (po lichnym vospom'i' naniiam),* Leningrado, 1957.

- ,Iiul'skii politicheskii urok', *Proletarskaia Revoliutsiia,* 1926, N° 7, págs. 57–89.

- , "Miatezh mobilizovannykh matrosov v Peterburge 14 oktiabria 1918 g.", *Proletarskaia Revoliutsüa,* 1926, N° 8, págs. 218–37. Un revelador estudio de un precursor del motín de 1921.

Genkina, E. B., *Perekhod Sovetskogo gosudarstva k novoi ekonomicheskoi politike* (1921–1922), Moscú, 1954.

- ,"V. I. Lenin i perekhod k novoi ekonomicheskoi politike", *Voprosy Istorii,* 1964, N° 5, págs. 3–27.

Goldman, Emma, *Living My Life,* Nueva York, 1934. Una memorable autobiografía por la más famosa anarquista, con vividas impresiones del levantamiento de Kronstadt.

- *,Trotsky Protests Too Much,* Glasgow, *1938.* Una réplica a Trotzky sobre Kronstadt.

Golinkov, D. L., "Razgrom ochagov vnutrennei kontrrevoliutsii v Sovetskoi Rossii", *Voprosy Istorii,* 1968, N° 1, págs. 133–49.

Gonenila na anarkhizm v Sovetskoi Rossii, Berlín, 1922.

Grazhdanskaia voina, 1918–1921, 3 vols., Moscú, 1928–1930. El volumen 1 contiene un artículo sobre el asalto contra Kronstadt, escrito por S. Uritsky, líder militar bolchevique, que incluye un mapa militar de utilidad.

Great Britain, *Documents on British Foreign Policy, 1919–1939,* First Series, XII, Londres, 1962.

larchuk, E., *Kronshtadt v russkoi revoliutsii,* Nueva York, 1923. Una exposición anarquista de Kronstadt en 1917.

Iz ístorii Vserossiiskoi chrezvychainoi komissii, 1917–1921 gg. Sbornik dokumentov, Moscú, 1958.

Kak tambovskie krest'iane boriatsia za svobodu, sin pie de imprenta, 1921. Un panfleto socialista revolucionario de la sublevación campesina en Tambov.

Katkov, George, "The Kronstadt Rising", *St. Antony's Papers,* N° 6, Londres, 1959, págs. 9–74. Un estudio precursor.

Kogan, *F., Kronshtadt v 1905–1906 gg.,* Moscú, 1926.

Kolbin, I. N., "Kronshtadt of fevralia do kornilovskikh dnei", *Krasnaia Letopis',* 1927, N° 2, págs. 134–61.

- *,Kronsht'adt v 1917 godu,* Moscú, 1932.

Kollontai, Alexandra, *The Workers' Opposition in Russia,* Chicago, 1921.

Korablev, Iu., *Revoliutsionnye vosstaniia na Baltike v 1905–1906 gg.,* Leningrado, 1956.

Kornatovskii, N. A. (comp.), *Kronshtadtskii miatezh: sbornik statei, vospominanü i dokumentov,* Leningrado, 1931.

Colección básica de recuerdos y documentos sobre el levantamiento.

Kristman, L. N., *Geroicheskii period velikoi russkoi revoliutsii,* 2a ed., Moscú, 1926. Un profundo estudio del Comunismo de Guerra.

Kronshtade. kratkii putevoditel'. Comp. I. P. Vinokurov y otros, Leningrado, 1963.

"Kronshtadtskoe vosstanie 1906 g.", *Krasnyi Arkhiv,* 1936, N° 4, págs. 91–116.

Kronshtadtskoi vosstanie, 1921–1956, Berlín, 1956. De poco valor erudito.

Kuz'min, *M., Kronshtadtskii miatezh,* Leningrado, 1931. Una historia de divulgación, de uso limitado para el especialista.

Kuznetzov, V., *Iz vospominanii politrabotnika,* Moscú, 1930.

Lazarevich [no figura el nombre de pila], "Kronshtadtskoe vosstanie", *Bor'ba,* 1921, N° 1–2, págs. 3–8. Un útil análisis desde el punto de vista socialista revolucionario.

Leites, K., *Recent Developments in Russia,* Londres, 1922.

Lenin, V. I., *Polnoe sobranie sochinenii,* 5a ed., 55 vols., Moscú, 19581965.

Lentsner, L. A., *Kronshtadt v 1905–1906 gg.: vospominaniia,* Moscú, 1956.

Leonidov, O., *Likvidatsiia Kronshtadtskogo miatezha (mart 1921 g.),* Moscú, 1939. Un folleto estalinista.

Liddell Hart, B. H. (comp.), *The Red Army,* Nueva York, 1956.

Lukomskii, A. S., *Vospominaniia,* 2 vols., Berlín, 1922.

Lur'e M. L. (comp.), "Kronshtadtskie moriaki v iiul'skom vystuplenii 1917 goda", *Krasnaia Letopis',* 1932, N° 3, págs. 76–105.

-, "Kronshtadtskie miatezh 1921 goda v Sovetskoi i beloi literature

i pechati", *Krasnaia Letopis',* 1931, N° 2, págs. 225–40. Un útil panorama bibliográfico.

-, "Otsenka Kronshtadtskogo miatezha v proizvedenüakh V. I. Lenina", *Krasnaia Letopis',* 1931, N° 3, págs. 166–75. Apreciaciones de Lenin acerca de la revuelta.

MacDonald, Dwight, "Kronstadt Again", *The New International,* octubre de 1939, págs. 315–16.

-,"Once more: Kronstadt", *The New International,* julio de 1938, págs. 212–14. Una incisiva réplica a Trotsky.

Mackno, N. I., "Pamiati Kronshtadtskogo vosstaniia", *Delo Truda,* 1926, N° 10, págs. 3–4.

Maximoff, G. P., *The Guillotine at Work,* Chicago, 1940.

Medvedev, V. K., "Kronshtadt v iiul'skie dni 1917 goda", *Istoricheskie Zapiski,* XLII, 1953, 262–75.

Mett, Ida, *La Commune de Cronstadt: Crépuscule sanglant des Soviets,* París, 1949. Historia breve, pero bien informada y sutil, desde la perspectiva anarquista. Hay una traducción inglesa un poco abreviada: *The Kronstadt Commune,* Londres, 1967, publicada por la Solidarity Press.

Miliukov, P. N., *Russia Today and Tomorrow,* Nueva York, 1922.

Morizet, André, *Chez Lénine et Trotski, Moscou 1921,* París, 1922.

Nestroev, G., *Maksimalizm i bol'shevizm,* Moscú, 1919.

Nikulin, L. V., *Tukhachevskii,* Moscú, 1964.

"Obrazovanie severo–zapadnogo Pravitel'stva", *Arkhiv russkoi revoliutsii,* I, 1922, 295–308.

Oktiabr'skii shkval (Moriaki Baltiiskogo flota v 1917 godu), comp. P. F. Kudelli e I. V. Egorov, Leningrado, 1927.

Osinskii, N. [V. V. Obolenskii], *Gosudarstvennoe regulirovanie krest'ianskogo khoziaistva,* Moscú, 1920.

Parvilahti, Unto, *Beria's Gardens: A Slave Laborer's Experiences in the Soviet Utopia,* Nueva York, 1960.

Pearce, Brian, “1921 and All That”, *Labour Review,* V, octubre–noviembre de 1960, págs. 84–92.

Petrash, V. V., *Moriaki Baltiiskogo flota v bor’be za pobedu Oktiabria,* Leningrado, 1966.

Petrichenko, S. M., “O prichinakh Kronshtadtskogo vosstaniia”, *Znamia Bor by,* N° 14–15, diciembre de 1925–enero de 1926, págs. 4–8.

-,*Pravda o Kronshtadtskikh sobytiiakh,* sin pie de imprenta, 1921.

Este trabajo y el precedente presentan importantes exposiciones del levantamiento, realizadas por su líder principal.

Petrov–Skitaletz, E., *The Kronstadt Thesis for a Free Russian Government,* Nueva York, 1964.

Poliakov, lu. A., *Perekhod k nepu i Sovetskoe krest’ianstvo,* Moscú, 1967. Una documentada obra sobre el campesinado ruso en la época del levantamiento.

Pollack, Emanuel, *The Kronstadt Rebellion,* Nueva York, 1959. Se apoya en gran medida en Berkman y en una o dos obras más.

Pravda o Kronshtadte, Praga, 1921. La fuente más importante, que contiene todos los números del diario rebelde.

Prokopovitch, S. N., *The Economic Condition of Soviet Russia,* Londres, 1924.

Pukhov, A. S., *Baltiiskii Plot na zashchite Petra grade (1919 g.),* Moscú, 1958.

- ,*Kronshtadtskü miatezh v 1921 g.,* Leningrado, 1931. La mejor

exposición soviética. Esta obra apareció como serie de artículos, en forma un poco distinta, en *Krasnaia Letopis',* 1930–1931.

Pukhov, G. S., *Kak vooruzhalsia Petrograd,* Moscú, 1933.

Rabinovich, S. E., "Delegaty 10–go s' 'ezda RKP(b) pod Kronshtadtom v 1921 godu", *Krasnaia Letopis,* 1931, N° 2, págs. 22–55.

Rabinowitch, Alexander, *Prelude to Revolution: The Petrograd Bolsheviks and the July 1917 Uprising,* Bloomington, 1968.

Rabota eserov zagranitsei, Moscú, 1922. Contiene cartas de expatriados socialistas revolucionarios que recolectaron fondos para ayudar a los insurgentes.

Rafail, M. A., *Kronshtadtskii miatezh (Iz dnevnika politrabotnika),* sin pie de imprenta [Jarkov], 1921. Memorias de un delegado del Décimo Congreso del partido, que actuó como voluntario en el frente de Kronstadt.

Raskolnikov, F. F., [I1'in], *Kronshtadt i Piter v 1917 godu,* Moscú, 1925.

Rotin, I. P., *Stranitsa istorii partii,* Moscú, 1958.

Schapiro, Leonard, *The Communist Party of the Soviet Union,* Nueva York, 1960. La mejor historia general del partido.

-------,*The Origin of the Communist Autocracy,* Cambridge, Mass.,

1956. Una obra sobresaliente, con un buen análisis breve de la rebelión.

Scheuer, Georg, *Von Lenin bís...? Díe Geschichte einer Konterrevolution,* Viena, 1954.

Serge, Victor, *Memoirs of a Revolutionary, 1901–1941,* trad. y superv. de Peter Sedgwick, Londres, 1963. Apasionantes memorias de un crítico que simpatizó con la rebelión.

-------, "Once More: Kronstadt", *The New International,* julio de 1938, págs. 211–12.

-------, "Reply to Trotsky", *The New International,* febrero de 1939, págs. 53–54.

Shelov, A. V., *Istoricheskii ocherk kreposti Kronshtadt,* Kronstadt, 1904. Exposición detallada del primer período de la historia de Kronstadt.

Singleton, Seth, “The Tambov Revolt (1920–1921)”, *Slavic Review,* XXV, setiembre de 1966, págs. 497–512.

Slepkov, *A., Kronshtadtskii miatezh,* Moscú, 1928.

Smith, C. Jay, *Finland and the Russian Revolution, 1917–1922,* Athens, Georgia, 1958.

Sofinov, P. G., *Istoricheskii povorot (perekhod k novoi ekonomicheskoi politike),* Moscú, 1964.

Soiuz S–R Maksimalistov, *O rabochem kontrole,* Moscú, 1918.,

-------,*Trudovaia sovetskaia respublika,* Moscú, 1918.

Steinberg, I. N., *Als ich Volskommissar war,* Munich, 1929.

-------, *In the Workshop of the Revolution,* Nueva York, 1953.

Sukhanov, N. N., *The Russian Revolution,* 1917, trad. y superv. de Joel Carmichael, Nueva York, 1955.

Todorskii, A. I., *Marshal Tukhachevskii,* Moscú, 1963.

Trifonov, I. la., *Klassy i klassovaia bor’ba v SSSR v nachale nepa (1921–1923 gg.),* vol. I: *Bor’ba s vooruzhennoi kulatskoi kontrevoliutsiei,* Leningrado, 1964. Incluye un ensayo bibliográfico completo sobre las revueltas campesinas de 1920–1922.

Trotskii, L. D., “Eshche ob usmirenü Kronshtadta”, *Biulleten’ Oppozitsii,* octubre de 1938, pág. 10. Traducido al inglés bajo el título “More on the Suppression of Kronstadt”,

The New International, agosto de 1938, págs. 249–50.

-------, *Kak vooruzhalas' revoliutsiia,* 3 vols, en 5 t., Moscú, 1923–1925.

-------, *The Revolution Betrayed,* Nueva York, 1937.

-------, "Shumikha vokrug Kronshtadta", *Biulleten' Oppozitsii,* mayo–junio de 1938, págs. 22–26. Traducido al inglés bajo el título "Hue and Cry Over Kronstadt", *The New International,* abril de 1938, págs. 103–106. Este escrito y el primero de los citados presentan la defensa que hace Trotsky del rol que desempeñó en el asunto Kronstadt.

-------, *Stalin: An Appraisal of the Man and His Influence,* Nueva York, *1946.*

Tseidler, *G., O snabzhenii Peterburga,* Viborg, 1921.

Tukhachevskii, M. N., "Bor'ba s kontrrevoliutsionnymi vosstaniiami", *Voina i Revoliutsiia,* 1926, N° 8, págs. 3–15. Sobre la represión de Antonov.

Vardin, *I., Revoliutsiia i men'shevizm,* Moscú, 1925.

Vogne recoliutsii, comp. L. Gurvich, Moscú, 1933.

Voennye moriaki v period pervoi russkoi revoliutsii, 1905–1907 gg., comp. S. F. Naida, Moscú, 1955.

Voennye vosstaniia v Baltike v 1905–06 gg., comp. A. K. Drezen, Moscú, 1933.

Voline [V. M. Eikhenbaum], *La Révolution inconnue* (1917–1921) París, 1943. Incluye una interesante sección sobre la rebelión desde el punto de vista anarquista.

Voronevskii, V. y N. Khenrikson, *Kronshtadtskaia krepost'–kliuch k Leningradu,* Leningrado, 1926.

Voroshilov, K. E., "Iz istorii podavlenüa Kronshtadtskogo miatezha", *Voenno Istoricheskíí Zhurnal,* 1961, N° 3, págs. 15–35.

Vos'moi vserossiiskií s"ezd sovetoy raboehikh, krest'ianskikh, krasnoarmeis kikh i kazach'ikh deputatov. Stenograficheskii otchet (22–29 *dekabria 1920 goda),* Moscú, 1921.

White, D. Fedotoff, *The Growth of the Red Army,* Princeton, 1944. Obra valiosa de un ex oficial de la Armada Imperial Rusa, que estaba bien informado. Presenta una buena exposición del aspecto militar de la revuelta.

Wollenberg, Erich, *The Red Army,* Londres, 1938.

Wrangel, P. N., *The Memoirs of General Wrangel,* Londres, 1930.

Wright, John G., *The Truth About Kronstadt,* Nueva York, 1938. Una defensa de los bolcheviques por un discípulo de Trotsky.

Za 5 let, 1917–1922: sbornik Ts.K.R.K.P., Moscú, 1922.

Zhakovshchikov, K., *Razgrom Kronshtadtskogo kontrrevo–liutsionnogo miatezha v 1921 godu,* Leningrado, 1941. Es una historia estalinista.

Zubelevich, lu., *Kronshtadt: Vospominaniia revoliutsionerki, 1906 god.,* Kronstadt, sin fecha.

DIARIOS Y REVISTAS CONTEMPORANEOS DE LOS HECHOS

Daily Herald, Londres.

L'Echo de Paris.

Golos Rossii, Berlín.

Izvestiia Vremennogo Revoliutsionnogo Komiteta Matrosov, Krasnoarmeitsev i Rabochikh gor. Kronshtadta, Kronstadt. *Izvestiia Petrogradskogo Soveta Rabochikh i Krasnoarmeiskikh Deputatov,* Petrogrado.

Izvestiia VTsIK, Moscú.

Krasnaia Gazeta, Petrogrado.

Maksimalist, Moscú.

Le Matin, París.

Narodnoe Delo, Reval.

New York Times.

New York Tribune.

Novaia Russkaia Zhizn', Helsingfors.

Novyi Mir, Berlin.

Obshchee Delo, París.

Petrogradskaia Pravda, Petrogrado.

Poslednie Novosti, París.

Pravda, Moscú.

Revoliutsionnaia Rossiia, Praga.

Rul', Berlín.

Sotsialisticheskii Vestnik, Berlín.

The Times, Londres.

Voennoe Znanie, Moscú.

Volia Rossii, Praga.